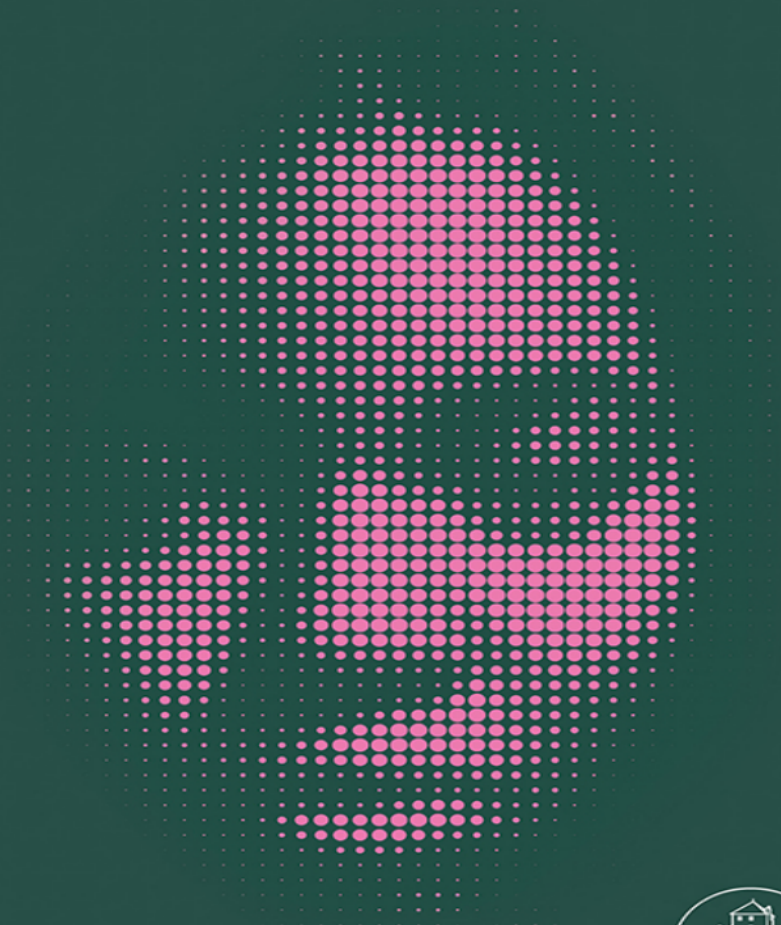
VÍCTOR SOMBRA

A doble ciego



RANDOM HOUSE

VÍCTOR SOMBRA

A doble ciego

Apuntes para un manual de la ignorancia

RANDOM HOUSE

A Marielo

Había traído con ella también portentosos venenos líquidos, espuma de la boca de Cérbero, veneno de Equidna, extraños desvaríos, olvidos que ciegan la mente, crimen, lágrimas, rabia y pasión por matar, todo lo cual, triturado a la vez, lo había mezclado con sangre reciente, cocido en recipiente hondo de bronce y agitado con ciccuta verde.

OVIDIO,
Metamorfosis, Libro IV*: Ino y Melicertes*

Dentro del saber está el no saber…

CONSTANTINO BÉRTOLO,
a propósito de «El revolucionario
que no sabía demasiado»

A esto lo llamamos
epistemología
del no saber.

MARÍA NEGRONI,
Exilium

Los principales peligros se esconden en lo que ignoramos que sabemos.
SLAVOJ ŽIŽEK,
Lo que Rumsfeld no sabe que sabe sobre Abu Ghraib

Doble ciego. En un experimento a doble ciego, ni los individuos participantes ni los investigadores saben quién pertenece al grupo de control (y recibe placebos) y quién al grupo experimental (y recibe el tratamiento ensayado).

EL LIBRO DE BEN

I

Yo siempre me negaba a escribir, Dusa. Te decía que las palabras son mensajeras del miedo: excusas, rodeos, súplicas. En cambio, los datos achican su espacio, no le dejan terreno. Tú respondías que a veces los datos se quedan cortos. Las palabras acuden entonces para explicarlos, sostenerlos, estirarlos. Ese día ha llegado. No estás aquí, pero me lo digo a mí misma recordándote: «Ben, no tengas miedo de las palabras».

Tú querías que pusiera por escrito lo que pasó antes de que nos conociéramos. Que siguiera luego con el relato común. Querías que lo hiciera de nuevas, como si aterrizara de golpe en cada acontecimiento, sin tener en cuenta lo que ya sabías de mí y de mis amigos. Un texto así, sin suposiciones ni sobreentendidos, nos serviría a las dos como referente común frente a hechos tan confusos y complejos. Entonces empecé un listado de cosas que habían pasado. Tú te reíste. «No se trata solo de apilar frases cortas, Ben, sino de enlazarlas. Al formar frases y párrafos das volumen al relato. Creas corredores de palabras que el lector transita. Pasajes. Y suéltate: si escribes pegada al suelo no podrás atrapar buenas ideas. Usa imágenes y metáforas, como redes, para capturarlas. En fin, busca un punto de partida y tira del hilo».

Empezaré por ti, Dusa, ya que tú estás en el origen de este cuaderno. Y empezaré explicando por qué eras «Tac-Tac» y también «la chica de las anillas», una de las primeras cosas que me contaste. En tu antediluviano colegio checoslovaco te llamaban así por cómo organizabas tu trabajo. No dejabas los apuntes confinados en los separadores de cada materia, sino que los trasladabas todo el tiempo de un lado a otro. Si estudiabas la Primera Guerra Mundial en los Balcanes, las notas sobre la geografía del río Drina acudían al auxilio del análisis histórico del frente, igual que los apuntes sobre producto vectorial abandonaban a sus compañeros de matemáticas para apuntalar el estudio de la mecánica. Siempre metiendo y sacando

hojas, abriendo y cerrando las anillas de tus cuadernos. Tac, tac, tac, tac. Intercalabas también la entrada de un concierto, la letra de una canción, la foto de un nuevo modelo de moto. Y apuntes de diario esporádicos que recopilaban pasajes memorables, como si asumieras que la vida solo se daba y recibía a ráfagas.

El día que dejaste tu trabajo en el bar de Alf para unirte a nuestro proyecto, un poco achispada por los brindis, me hablaste entre risas del impacto civilizatorio del cuaderno de anillas. De su carácter prognóstico, porque su rudimentaria tecnología prefiguraba la ruptura de la linealidad, el intercambio de contribuciones, la alternancia e iteración ilimitada del entorno digital. Un cuaderno de anillas es un sistema abierto, flexible, siempre reformable, extensible. Y común, porque en un cuaderno así yo podría leerte, lo mismo que tú a mí, si algún día nos decidíamos a intercalar y compartir nuestros textos.

Con la escritura siempre hay otra ilación; quizá por eso llevo tanto tiempo evitándola. Donde el código ofrece un mínimo operativo y evita lo superfluo para no llenarse de ruido, la escritura es el terreno inestable en el que puede brotar algo más: un código cuya función es generar código. La casa siempre abierta. La mesa donde siempre puede añadirse un plato. Y quizá esa conciencia de que siempre hay alguien y algo más, otra bifurcación que alumbrar en el pasadizo del texto, una línea y otra más y aún otra, hasta dar con el volumen de un pasaje, y luego unirle otro, y otro más, esto es lo que trajiste contigo, Dusa.

Pero como todo relato precisa de un punto discreto de arranque, propongo que todo empezó en el bar de Alf, ese sótano de paredes negras y música atronadora. Faltaban diez días para el inicio de la Semana de la Innovación Nórdica y, cerveza a cerveza, montábamos un andamio de críticas contra ese circo de chorradas para arribistas nacionales y extranjeros, contra la hipocresía del lenguaje del emprendimiento, su cuidado equilibrio entre la ruptura con los competidores y la obediencia al mercado. Apuntábamos sobre todo al principal blasón de la semana: el concurso relámpago a la mejor innovación nórdica en el que 99 participantes, ni uno más ni uno menos, por la jodida gracia estética del número, presentarían sus

proyectos ante una audiencia de financieros y empresarios. Lo harían por espacio de tres minutos, ni uno más ni uno menos, por la misma gracia, para hacerse con las 400.000 coronas del premio.

—Ganemos dinero —propuso Svein dando un largo trago a su cerveza.

Svein es el capitán de la mirada impasible, el que sufre la neurosis que nos aglutina. Suspira, se queja, bosteza y se pavonea. Es el fuelle sentimental del equipo. Siempre inflándose y vaciándonos, o al revés: vaciándose cuando respiramos. Siri es la que se pega a su costado y lo mira con arrobo, diga lo que diga. Loke, en cambio, mira a través de los cuerpos. Su esquizofrenia le convierte en el genio desgraciado del equipo, nuestro ángel caído, pero él es completamente ajeno a esa mitología, y yo también. Le veo más bien como el campo de juego entre bandos que solo él conoce, o mejor, que desconoce íntimamente. O como la bandera que se disputan.

Svein es rubio, de tipo atlético y ojos azules, a veces pienso que no podría ser de otro modo. Todo lo contrario que Loke y Siri, que son pelirrojos y delgaduchos y que, pese a ser mellizos, no pueden ser más diferentes. Sus padres llevan años en Estados Unidos, pero una tía materna se ocupa de los chicos cuando se meten en problemas o tienen alguna necesidad extraordinaria. Eso le permite a Siri seguir teniendo aspecto de niña desvalida y facilita a Loke una gestión ágil de sus entradas y salidas del psiquiátrico. Yo, en cambio, soy negra, aunque no siempre fue así, y estoy a menudo al fondo con las manos en los bolsillos, aunque cada vez menos.

Si siempre llevas las manos en los bolsillos, apretadas contra el cuerpo, los labios sellados, la gente asume que no sabes señalar. Menos aún levantar palabras al vuelo: calentar la tinta del bolígrafo para auparlas al papel, aclarar la garganta para desperezar sus alas. Te ven callada, cerrando la chupa contra el cuerpo y se dicen: Una comparsa. Se acostumbran a que desde tu ángulo solo llegue un leve subrayado, posicional, de las voces que cuentan.

Si vemos el equipo como una máquina, su engranaje es sencillo. Siri apenas puede reprimir su fascinación por Svein, mientras que él relega o difiere todo lo que llega de ella, alegando que es necesario siempre,

antes, fijar la mirada en Loke, encumbrar sus designios por más incomprensibles que sean. Siri es hermana de Loke y la tratamos como la experta médica del equipo, aunque no cuenta con ninguna formación que lo acredite. Lo es por masajista, por su afán por saberlo todo de alimentos y dolencias, en especial todo lo que se salga de la receta y terapia común: bayas y líquenes de la tundra más remota, cereales de las montañas más altas, piedras que crean una corriente magnética cerca de nuestras fuentes de energía, o algo parecido. No hace tanto me dio el sermón sobre los chakras y solo saqué en claro que son agujeros que todos tenemos. Y que no son la boca, el coño, la nariz o el ano. Ni los ojos y las orejas. Dejé de escucharla. Me pareció que proponía que me pasara la vida buscándome un roto.

«Tarda la luz más delgada. Tecla a tecla gira en la polea de la mirada». Es uno de los últimos hallazgos de Loke, recuperado de las profundidades abisales de la pantalla, allí donde solo alcanza el batiscafo de su mirada. Svein lo adoptó enseguida como coletilla. Lo repetía entornando los ojos ante todo lo que se demoraba, desde el fichero que descargaba al botellín que, con la chapa colocada al borde de la mesa, no se abría a pesar de los manotazos. Mientras tanto yo mantenía las manos en los bolsillos. Una solo si estaba bebiendo. Si hubiera podido habría tecleado con las manos en los bolsillos. Al fin y al cabo, no era difícil de aceptar que no estaba en posesión del lenguaje del universo, tan proclive a brotar en otras bocas. No me costaba quedarme al fondo. Esto era así, pero ya no. O no del todo. Me lo repito llevándome la palma de la mano contra el pelo hasta tocar la cabeza. Despacio, una y otra vez.

II

«Busca un punto de partida y tira del hilo». Te escucho, Dusa, no dejo de hacerlo. Quizá habría que situar unos años antes el comienzo para amarrar mejor el relato. Loke acababa de terminar la carrera y yo volvía a la uni tras una racha de activismo bastante cañero en lo que podríamos llamar «tecnofeminismo». Ambos empezábamos la tesis doctoral con el mismo director. Se trataba de desarrollar motores de búsqueda especialmente rápidos y precisos. Nuestras «arañas informáticas» se apoyaban en las redes neuronales y el aprendizaje automático. Sus búsquedas contextualizadas se adaptaban a distintos tipos de información, idiomas y formatos, lo que les permitía comportarse en cualquier entorno como depredadores implacables. Entre otras cosas, las programamos para pasar de la red al entorno analógico: si algo les interesaba en una base de datos accedían a ella y esperaban el momento de una nueva conexión para proseguir su recorrido, llevando consigo sus presas.

Cuando nuestro director aceptó una oferta de Silicon Valley y se fue de un día para otro, Loke y yo estábamos demasiado enfrascados en nuestros bichos para dejarlos. Decidimos fundir nuestros proyectos y continuar por nuestra cuenta, fuera de la uni. Montamos una pequeña asociación para contar con un local municipal. Por la mañana yo hacía consultoría informática para una proveedora del monopolio petrolero; Loke dormía hasta la hora de comer. Ambos estábamos demasiado entretenidos para someternos a las indicaciones de un nuevo director de tesis, al que seguramente codificar el instinto predador de nuestras arañas no le diría gran cosa. Loke debió de hablarle a su hermana de nuestros bichos y ella habló con Svein. Hace algo más de un año comenzaron a pasarse por el local. Algunos días traían cervezas o algo de comer, preguntaban detalles de lo que hacíamos y nos daban conversación.

Así nos fuimos encontrando con un grupo más amplio en el que, de

forma poco convincente, Svein y Siri nos ayudaban a explorar el impacto potencial de las arañas en la diversidad, el consumo y la distribución de la riqueza. Para mí toda esa charla era una forma descafeinada de reconectar con mi activismo del pasado. Svein se ofreció a pedir fondos de organismos públicos para distintos proyectos, y durante unos meses pude dejar la consultoría de las mañanas. Luego nos dimos cuenta de que las subvenciones venían acompañadas de demasiadas exigencias relativas a plazos, entregas y transferencia de tecnología, y preferimos centrarnos en las arañas, pero sin recibir ningún tipo de ayuda. Svein perdió utilidad, pero por otro lado él y Siri me ayudaban a superar los vaivenes de Loke, a compartir sus baches. Cada noche, tras acabar de trabajar en nuestras arañas, Svein y Siri nos llevaban al bar que frecuentaban y en el que te acabé conociendo. Svein decía que esa era la parte social de la jornada de programación, donde podíamos explorar juntos las repercusiones del código. Más bien se trataba de beber cerveza dándose importancia.

Sin embargo, el estímulo del bar de Alf revelaba la ductilidad de Svein y Siri ante el poder de persuasión de Loke. Ya he hablado de la admiración ciega de Svein. Lo de Siri rozaba el delirio, ya que no era capaz de ver su enfermedad. Consideraba a su hermano como un «enfermo falsificado», sin darse cuenta de que su enfermedad, falsa o cierta, tenía consecuencias. «Tu hermano está mal de la cabeza, Siri», le decía yo, y ella lo aceptaba, pero añadía que su enfermedad consistía en simular su condición. Que una vez se curase, descubriendo su propia impostura, todos los síntomas remitirían. Estas perspectivas tan pintorescas le evitaban el sufrimiento, la preocupación incluso. Junto con la medicina alternativa, tejían una pantalla que la preservaba de cualquier contaminación con la realidad.

Aún hoy me pregunto cómo acabé enredada con estos dos. Creo que tuvo que ver, a partes iguales, con mi debilidad por buscar el centro de gravedad de lo que no se sostiene y la fascinación por las comparaciones. Fue eso lo que me enganchó: cómo dos hermanos tan parecidos podían ser tan diferentes. Los dos eran flacuchos, pálidos y pelirrojos; normal, eran mellizos. Los dos llevaban tatuajes de colores

y piercings, pero su localización estaba invertida, ya que el faisán de Siri desplegaba un ala en el brazo izquierdo y la otra cubría el cuello y parte de las tetas, mientras que el esqueleto de Loke partía del codo derecho asomando la guadaña sobre la espalda. Siri tenía piercings en la narina izquierda y Loke en la ceja derecha, pero luego coincidían en el ombligo. Y sin dejar de compararlos —la pseudociencia contra la programación más cartesiana, la monogamia contra las relaciones más abiertas, la estupidez contra la locura—, sin más conclusión que el asombro, trasladé mi extrañeza al novio de Siri.

Svein trabajaba en un centro de atención a inmigrantes de las afueras de Oslo. Decía que su empleo era solo un observatorio, que lo que le interesaba era implementar tecnológicamente el cambio social. Según él, de la misma forma que para los soviéticos la electrificación o el ferrocarril no habían sido simples medios, sino revolución en sí mismos, teníamos que buscar los algoritmos de una transformación social emancipadora. Su problema es que era un programador discreto, aunque constante, constantemente discreto a lo largo de sus múltiples cambios de estudios: psicología, sociología, economía. Se entusiasmaba con todo lo que se podía traducir en código, pero a los pocos meses se desanimaba. De alguna forma su especialidad era el énfasis y la fluidez, pasar de un libro a otro, de un aula a otra, descargarse un programa y enseguida otro, sin perder nunca la desenvoltura. Tras recorrer varias facultades, acabó abandonando la universidad, de la que solía decir, con un punto de presunción, que le había defraudado de muy distintas maneras.

Cada vez que Svein lanzaba alguna de sus frases superlativas y narcisistas, yo imaginaba a su madre poniéndole una mano en el hombro, sosteniendo la voz engolada de su hijo con la decena de pisos que tenía alquilados por el centro de Oslo. La ausencia de mi madre, que no dejó al morir ningún patrimonio para apoyar mis palabras, quizá proyectaba en mí la envergadura desmedida de la de Svein. En todo caso, por esa vía que mezcla confusas aspiraciones políticas y una mediocre ejecutoria técnica llegó su apego a Loke, que era todo lo contrario, claridad meridiana en el delirio y solidez en la programación. Hasta aquí las comparaciones. Yo no entro en ellas. De

mí no tenían nada que objetar, nada que decir en realidad, mientras me quedase callada al fondo.

Esto es lo que puedo decir para empezar, Dusa, presentarte al grupo y añadir algo sobre cómo interactuábamos. Ya ves que esta red de intervenciones intensas me dejaba un cómodo papel secundario. No me costaba obviar que mi ejecutoria informática no desmerecía a la de Loke; al contrario, yo era capaz de unir a la mera programación competencias como el análisis estadístico y una vida de lecturas sobre el impacto social de la tecnología, por no hablar de mis años de activismo. Para quedarme al fondo me apoyaba en mis carencias, digamos extracurriculares, empezando por la incapacidad para la profecía y la paradoja. Dicho de otro modo, me apoyaba no en la falta de datos, sino en la ausencia de palabras. Y en el pelo corto. Así era hasta poco antes de que tú llegaras.

Tampoco esto te bastará. Me dirás que me ves venir, que pasaré de contarte mi currículum a describir mi aspecto físico, pero es que dejar de cortarme el pelo era un síntoma de algo que tu llegada confirmaría, facilitándole un contexto y una proyección mayores. La cuestión es entonces cómo explicar ese cambio que estaba gestándose cuando tú llegaste, y no es fácil, porque había emprendido una nueva dirección pero no había abandonado aún una forma obsoleta de verme. Aún decía, pero poco, que era marrón y no negra. No sé si te ha pasado, decir algo que te hace daño, a sabiendas, recreándote en el sarcasmo. Que tenía los dos bandos en mi sangre, uno por cada progenitor, y era por tanto negra y negrera. Yo seguía haciéndolo, pero cada vez menos, y al escucharme no había ya casi placer en los bordes del daño.

Como para muchas chicas negras, la adolescencia fue el territorio de mil ensayos con permanentes, extensiones y postizos, que zanjé cortándome el pelo al cuatro, a doce milímetros del cráneo, uniendo así radicalidad y negación. Lo que acabó con esa década rapada no fue tanto la decisión de dejarme crecer el pelo como no decidirme a cortarlo. Me conociste con la mano en la cabeza. Bajo la palma notaba un aliento capilar que buscaba trazar una esfera cada día mayor por encima de mi cabeza, como una aureola racial que iba disipando las supercherías. Era negra y fuerte, y hasta podía reconocerme como

gorda, siempre que gorda y fuerte, juntas, fueran lo contrario de fofa.

Y era huérfana. Lo era por mi madre, que murió poco después de volver a la universidad, pero quizá ya lo era antes. Quizá no puedes dejar de serlo si naciste por fecundación in vitro y tu madre no tiene pareja. Era indecisa o quería llegar a serlo. Indecisa, no cohibida. No falsamente segura de lo que no es cierto, no pasando de hacer lo necesario, sino aceptando la inseguridad como antesala de una decisión meditada. Y mientras dejaba crecer, día a día, mi espuma capilar, me entretenía (más cuanto más borracha estuviera) en contraponer mi nueva convicción con desconocidos que encontraba en el bar, en aprovechar el sarcasmo y el cinismo que destilaba el alcohol para comprobar mi firmeza. Por eso Noruega desteñía, y marrón era el término medio entre negro y blanco.

III

Te cuento todo esto porque te lo prometí, pero pienso que no hace falta, que desde la barra del bar de Alf nos calaste enseguida, incluso antes de que dijeras eso de que de día éramos los Cuatro Fantásticos y de noche los Hermanos Karamázov. Enseguida captaste el engranaje de la relación entre Svein y Siri. Te reíste cuando te conté que se habían conocido jugando al tenis. «No me extraña: estos solo pelotean». Se echan la bola de un lado a otro de la red, suben y bajan, le dan del revés y del derecho, restan y sacan, pero el partido nunca empieza. Antes aún me llegó tu visión de Loke, y ni siquiera vino directamente, sino a través de Siri. No me extraña que estuviese rabiosa contra ti. Desmontabas su juego de considerar a su hermano como un simple impostor. Era finales de noviembre del año pasado, Loke acababa de volver de una estancia corta en el hospital y tú apenas llevabas una semana trabajando de camarera. Siri llegó corriendo de la barra. Había ido a por cervezas y volvió con las manos vacías, furiosa:

—¿Sabes cómo llama esa furcia alemana a mi hermano? —preguntó, señalándote con la cabeza. Y sin esperar respuesta, una vez comprobado que Loke andaba lejos, añadió—: Superdesconocido.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Svein.

—Dice que nosotros somos como el resto de los clientes. No sabe qué esperar exactamente de nosotros, pero siempre dentro de un rango de conductas previsibles. Si beberemos esto o lo otro, si nos emborracharemos, pelearemos o drogaremos de un modo u otro, conductas propias del bar de Alf, aunque su actualización diaria se desconozca. Somos lo que se sabe que se desconoce.

—Desconocidos —apuntó Svein— para no darle tantas vueltas.

—Sí, pero justamente eso: simples desconocidos. En cambio, mi hermano sería lo que se ignora que se desconoce. Lo que haga es imprevisible y no caerá en el rango de lo previsto o propio del bar. Un

día detrás de otro.

—Pues aún no ha visto nada —dijo Svein echándose a reír, y dio un largo trago a su jarra—. Me gusta. Loke es superdesconocido y nosotros simples desconocidos.

Me giré hacia ti. Creo que esta fue la primera vez que te vi. Quiero decir, antes sabía que estabas ahí; que había una nueva camarera y que era diferente a las anteriores. Mucho mayor, menos tirada. Me fijé en tu pelo, iluminado por el reflejo del fregadero. No era un pelo canoso, sino absolutamente blanco, largo. «Absolutamente liso», me decía, mientras apoyaba la palma de la mano, una, dos veces, sobre mi cabeza, comparándolo con mi suave madeja inconforme. Sonreí. Tu cascada lisa no contradecía la ambición reticular, esférica, que notaba crecer sin descanso. Tenía la misma intensidad, solo que su dirección cambiaba. De alguna forma reafirmabas mi decisión.

Y era cierto que esa lana espumosa me impedía quedarme al fondo, retomar mi posición discreta. Me arrastraba delante de forma estridente. Delante es donde no quería estar, bajo el foco al que pertenecían las excentricidades de Loke, el disparate de su hermana o la interminable interpretación de sí mismo de Svein. Y por eso seguía tocando la extensión mullida sobre la cabeza, midiendo el aliento capilar que la impulsaba a eclosionar, pero negándome a corregirla. A fijar su frontera. Porque tenía que haber otro foco, otra forma de salir adelante, afuera, algo mejor que desbarrar o replegarse siempre.

Me acerqué a pedir las cervezas.

—Tres desconocidas y una Premium.

Me miraste de reojo.

—¿Superdesconocida?

Las dos reímos. Te pregunté de dónde habías sacado esa expresión y me dijiste que si esperaba un momento me lo contarías. Acerqué las cervezas a los colegas y volví a la barra con la mía. Tú acabaste de servir lo que te quedaba y al volver te paraste a hablar con Alf. Creo que le pediste que te reemplazara cinco minutos, sin darte cuenta de que a esa hora él ya no distinguía cinco minutos de cinco días. Llegaste sonriendo. Habías empezado a pensar en los tipos de ignorancia con los cofres de los hoteles.

—¿Qué cofres?

—Ya sabes, las pequeñas cajas fuertes que hay en las habitaciones. El cofre lo controla la gerencia del hotel. Meterlo ahí es invitar a mirar lo que tienes. Oculta lo que no sabemos qué es, pero sí que existe. Yo quiero poner lo mío con lo que ni siquiera sabemos que existe.

—Debajo de la cama —dije.

—Demasiado obvio. Lo mejor son los altillos. Esos agujeros enormes que hay encima de muchos armarios, sobre todo en las casas antiguas. Inútiles porque no se puede ver lo que contienen; sin luz, demasiado altos y profundos. Mi madre los llamaba «pavorosas fauces domésticas». Alguna vez me pidió que subiera algo allí, siempre un objeto inútil en el que veía posibilidades de reparación, un paraguas que ha perdido algunas varillas, por ejemplo. De puntillas sobre la silla distinguía en la oscuridad su vieja máquina de coser, rodeada de pilas de revistas y patrones de costura pasados de moda, hierros y tablas de algún mueble desmontado y hasta una pelota desinflada con la que jugaba de niña. Me recordaba el fondo del mar: desdibujado, imprevisible y amenazador. Por eso echaba lo que fuera de cualquier manera para cerrar rápidamente sus puertas. No te rías… En nuestra casa los altillos se llenaban de cosas inútiles, cachivaches de todo tipo que en su día se pensó que podrían servir más tarde, o ni siquiera: retirarlos a ese fondo oscuro era la forma prudente, cobarde, de deshacerse de ellos sin tomar una decisión clara. Eran depósitos sin retorno.

—Exageras, Dusa.

—Para nada. Hace poco leí que en una casa de Praga encontraron en el fondo de un altillo manuscritos del siglo XIX, plumas de ganso y tinteros. ¿Y sabes lo mejor? Mientras leía esto me di cuenta de que cuando murió mi madre y vaciamos su casa no tocamos los altillos. No recuerdo si nos olvidamos o decidimos no hacerlo.

—El siguiente inquilino estará poniendo sus paraguas rotos con los vuestros.

—Seguro. Nadie mira ahí. Nadie sabe si he metido algo en el altillo, y mucho menos de qué se trata.

«Pavorosas fauces domésticas», pantallas de ordenador profundas

como pozos, oscuros sótanos musicales; cuando empezaba a redactar este cuaderno recordé varias veces a mi abuela con la labor sobre las piernas. Huecos. Escogía la buena aguja y el buen hilo para enhebrarlos. Los iba probando junto a la ventana. Era cuestión de tiempo.

IV

Ya he dicho que todo empezó en el agujero de Alf. De ese agujero saliste tú, pero antes salieron el dinero y un proyecto para ejecutar entre todos. Y aún antes habíamos planeado allí juntos alguna chapuza. Loke y yo ayudamos a Siri a hackear las páginas escandinavas del McDonald's. Una de nuestras arañas fue colocando escenas de mataderos junto a las fotos de cada hamburguesa, pero luego quería que hiciésemos lo mismo con los restaurantes locales que sirven carne de reno. Loke se plantó: le encanta un bicho bien guisado, y a mí me bastó sellar los labios y meter las manos en los bolsillos para que Siri desistiera. En otra ocasión, Svein nos pidió que entráramos en el sistema informático de la uni para hacernos con las preguntas de un examen y colgarlas en la red. Decía que había que reventar la opacidad del régimen carcelario-educativo, pero no por qué justo en ese examen ni a quién quería impresionar. No sé, tonterías así, decididas sobre la marcha, a menudo con una cerveza en la mano. El entusiasmo deportivo de Siri y Svein contrastaba con la indiferencia de Loke y con mis reticencias ante esa versión descolorida de mi pasado activismo.

Y esta vez empezó de forma parecida.

«Ganemos dinero», había propuesto Svein, y desde el móvil, sin salir del bar, nos inscribimos en el concurso relámpago de la mejor innovación escandinava, compitiendo con otras 98 propuestas para conseguir las 400.000 coronas del premio. La bravuconada de Svein no podía llevar sino a otra broma. El día de nuestra presentación, pese a los múltiples requerimientos de los organizadores, aún no habíamos puesto nombre a nuestro proyecto. Una hora antes seguíamos apurando cervezas, como si el nombre estuviese en el fondo de las jarras y con cada trago se redujera la distancia a las oficinas del puerto donde se celebraba el concurso. De hecho, no sabíamos muy bien de qué se trataba; o, mejor dicho, sabíamos algo de lo que

queríamos, pero también que no era posible. En otras palabras, no sabíamos cómo se podía querer lo que queríamos.

Tenía que ver con algo que habíamos hablado muchas veces ante la barra: las montañas de información médica que guardan los hospitales e instituciones sanitarias; la posibilidad de excavar en esa montaña de datos para extraer «conexiones curativas». Habíamos desarrollado unos cuantos programas de rastreo muy eficaces. Nuestras «arañas» con bata, aunque estaban basadas en los mismos principios de inteligencia artificial, aprendizaje automático y redes neuronales que otros programas del mercado, eran más versátiles y autónomas. Se adaptaban mejor a cada contexto de búsqueda, y sobre todo tenían una desfachatez difícil de igualar. Bastaba dotarlas de unos parámetros claros para que encontraran su camino por la red, adentrándose en bases de datos, programas, archivos, en cualquier lengua y formato, sin detenerse ante ninguna barrera de compatibilidad o interoperabilidad. Creo que ya hablé de ellas, pero no puedo evitarlo. Alzo la voz, rasgo el papel con la punta del lápiz, me repito. ¿He dicho ya que hasta extraían datos no estructurados? En el fondo, Loke y yo solo buscábamos una excusa para soltar a nuestras arañas en el sistema sanitario.

Me había alejado un par de pasos del grupo y garabateaba en una servilleta alguna idea sobre cómo afrontar nuestra presentación. Mientras tanto, la discusión del bar se centraba solo en el nombre del proyecto, como si pronunciarlo lo explicara todo. Cerveza en ristre, Svein nos convocó a una ronda de intervenciones. Estos fueron los nombres propuestos:

Svein: LAZO, CEPO, DARDO.
Siri: CUERDA, TRAMPA, SILUETA.
Loke: LEY.
Ben: Hablemos antes de lo que vamos a decir.

Al final tuvimos que salir a toda prisa y decidir el nombre a la carrera, sin preparar nuestra intervención. LEY, claro está, el nombre propuesto por Loke vestiría nuestro proyecto ante el mundo. Llegamos

al despacho de abogados donde se celebraba el evento cuando los anteriores concursantes bajaban del estrado. La sala estaba repleta. Las corbatas y trajes oscuros de los empleados de grandes instituciones financieras se disputaban el espacio con los atuendos cuidadosamente desenfadados de los «innovadores» de todo pelaje: gurús, ángeles, agentes de transferencia de tecnología, aprendices de brujo capaces de despertar las más poderosas tormentas de ideas y diseñar para sí las más alambicadas comisiones. Trajes combinados con playeras, tirantes, gorras, calcetines amarillos y llamativos pañuelos y pajaritas: la innovación desbordaba en todas direcciones. Detrás del escenario, una enorme cristalera se abría sobre el puerto de Oslo: hangares convertidos en galerías y tiendas, salpicados de edificios de cristal. Grúas y tuberías pintadas en colores chillones que estrenaban su nueva condición de esculturas urbanas: inadecuadas, estridentes, ociosas.

Apremiados por los organizadores, subimos al escenario y nos agrupamos de cara al público. Al sonar la campana nos giramos hacia Svein, que se separó del resto. Aún tardamos cuatro o cinco segundos en darnos cuenta de que su elocuencia se había convertido en un espantoso bloqueo y unos pocos más en comprobar que el tartamudeo insistente sobre la misma sílaba, «bu, bu, bu», como un niño emperrado en la misma tecla del piano, era incapaz de hacerle arrancar. Tenía los ojos desorbitados. Se acababa de dar cuenta de que esos tres minutos y no otros eran los que nos separaban de las 400.000 coronas a la innovación más rompedora. Tres minutos secos, singulares, tan distintos a las tres horas anteriores, tan elocuentes y bañadas en cerveza.

—¡Buenas tardes! —gritó Loke, y por un instante pareció que Svein superaba su bloqueo. De hecho, sonrió aliviado y miró a su compañero antes de arrancar a hablar.

—Sí, Loke, eso es, buenas tardes a todos. —Pero enseguida quedó claro que no recordaba el nombre del proyecto.

— Lo que queremos hacer con NORMA… —decía Svein, y él mismo se quedaba dudando y volvía a arrancar—, nos proponemos con NORMA… no, MANDAMIENTO…

Quedarse atascado en esa palabra y no otra fue lo que nos salvó, porque Loke se acercó a él y le arrebató el micro:

—Somos LEY. La traemos y aplicamos. Ese es nuestro nombre.

Su voz, demasiado alta, arrastraba como la cola de un cometa la interferencia estridente del micrófono. Luego nada. Solo su mirada fija sobre la audiencia, el ceño fruncido. Una risa nerviosa quebró el silencio expectante de la audiencia y dio paso a Siri, que le quitó el micrófono a Loke:

—En efecto, así se llama el proyecto, ese es nuestro nombre y no otro, aunque podría haber sido otro y no este, no LEY, quiero decir, que es como se llama…

Siri no saldría de allí. Quedaba un minuto y medio. Le tendí la mano y casi me tiró el micro. Saqué del bolsillo la servilleta que había garabateado en el bar de Alf.

—LEY es el modo en que se precipitan los datos —dije—. Su secuencia y medida. Su música, si quieren, pero también su aroma. Nuestro proyecto buscará, gracias al tratamiento masivo de datos, la melodía que subyace en las conexiones más insospechadas del área de la salud.

Di las dimensiones de la pila de datos médicos del sistema sanitario holandés y belga. Les pregunté si no sería razonable pensar que enterrada en esas montañas se encontrara la ley que hace a los belgas más proclives a la dispepsia que los holandeses, pero menos a la alopecia. No dio tiempo para más.

Y la mayoría de quienes se acercaron al acabar nos felicitaban, confirmando que veían nuestra interpretación como una concatenación bien orquestada. La sucesión que llevaba del titubeo de Svein a la escueta contundencia de Loke, seguida por las frases circulares de Siri, y solo al final mi jodido parlamento, ilustraba lo que nuestro proyecto quería demostrar. Se puede hablar mucho, dar muchos tumbos por conceptos y palabras, pero si sabes preguntarles a los datos, desdoblar el papelillo oportuno, darás con la respuesta acertada. Svein daba un paso adelante, separándose del grupo, encabezándolo con su sonrisa, cada vez que alguien se acercaba. Un financiero londinense calificó la presentación de «friki y brillante» y

hasta destacó como parte de la coreografía el modo en que yo me tocaba la cabeza y apoyaba la mano una y otra vez sobre el pelo rizado mientras mis colegas intervenían, como preparando y estimulando mi respuesta.

Un empresario sueco nos pidió una tarjeta y otro danés señaló que el punto flojo de la presentación era la poca información que facilitábamos, sobre todo en relación con los métodos para recabar datos. A otros no les gustó. Un miembro del jurado se acercó para decirnos que nuestro proyecto era «hiperbólico y de dudosa legalidad», quizá el comentario más ajustado a los hechos.

Y unas horas más tarde estábamos de vuelta en el bar de Alf. Habíamos quedado en el puesto quince, algo incomprensible para un proyecto gestado unas pocas horas antes en el fondo de una jarra de cerveza, aunque quizá no tanto si se atendía a la audiencia y los organizadores. El premio había ido a parar a una aplicación para detectarte tu propio cáncer de piel o hacerte unos zapatos mediante impresión 3D, lo he olvidado, pero la cerveza no tenía el sabor de la derrota, al revés, estábamos brindando por el equipo y su Ley.

V

Como decías, la escritura no es apilar cosas, Dusa, sino darles cabida. Liberar espacio para que transiten en una secuencia de sentido. No precipitarse forma parte de este esfuerzo: no evitas las cosas por dejar de mencionarlas. Porque antes de volver al bar de Alf, durante el cóctel que ofrecieron los organizadores del premio, tuvo lugar un encuentro decisivo.

A ambos lados de la sala, sendas hileras de mesas acogían las entrevistas entre los innovadores y el dinero, pero nosotros seguíamos de pie junto a los canapés y la bebida, cada vez más solos, dejando a lo largo de la cristalera un rastro de botellas y bandejas vacías. La luz declinaba en cada hangar, grúa y barco, parecía pasar lista antes de dejar el puerto a oscuras. Los camareros empezaban a mirar con aprensión a ese grupo ruidoso y bebedor cuando Dixon (eso decía la tarjeta que llevaba prendida a la chaqueta) se acercó a nosotros.

Llevaba un traje oscuro, sin corbata, una gorra de béisbol colocada del revés con la palabra «Oslo» en letras de brillantina y la camisa blanca por fuera del pantalón. Alto, muy delgado.

—Me interesa —dijo sin levantar apenas la vista.

Svein le miró de arriba abajo. Se fijaba, como yo, en las insignias que llevaba prendidas en la solapa de la chaqueta. Siri y Loke se acercaron.

—Ya veo que os llaman la atención mis pins. El signo de la paz y el amor, igual ni lo conocéis, nació en la Guerra Fría como un símbolo contra las armas nucleares. El otro es eterno: el pez evangélico. No suelen verse juntos, ¿verdad? Pues eso es también lo que me gusta de vosotros: las conexiones insólitas.

—Las nuestras son curativas —intervino Siri.

—Mejor aún —dijo Dixon, y su sonrisa parecía desprenderse del rostro, circular entre nosotros, completamente ingrávida—. Mientras os veía festejar me he sentado para hacer unas breves averiguaciones

sobre el equipo, sobre todo la parte técnica —añadió mirándome a mí, girándose levemente hacia Loke.

—Como sabe, nuestro propósito es unir big data y medicina —le interrumpió Svein.

No sé si había detectado algo interesante en Dixon o si veía la conversación que se iniciaba como una oportunidad para restablecer su posición en el grupo y confirmar que todo, incluido su bloqueo, había estado planificado.

—Podemos hacerlo de un modo distinto a las instituciones médicas. Millones y millones de datos se acumulan en los historiales de los pacientes, los registros de los hospitales, las oficinas de estadística y consumo. Hay montañas de información que esperan ser tratadas y correlacionadas en las formas más insospechadas y atrevidas. La contaminación puede relacionarse con el cáncer, pero también una dieta vegana puede vincularse con problemas óseos. Las heces con el Parkinson. Nicotina y neumonía. No hace falta ser médico para averiguarlo. Deporte y próstata, aspirina y legañas, acidez de estómago y problemas de espalda, capacidad pulmonar e ingesta de picantes…

Siri carraspeó, anunciando que saltaba a la cancha. Svein había sacado, suyo era el resto:

—Yo diría que un médico no está bien situado para verlo. Sabe demasiado. Mira un punto determinado y eso le impide descubrir lo que hay alrededor.

Svein ya estaba en la red:

—Su conocimiento le ciega —remachó.

Este era el momento en que el interlocutor debía puntualizar que era siempre preciso, de un modo u otro, acotar el ámbito de examen. La representación no puede extenderse tanto como el objeto representado, la cartografía tanto como el paisaje. Dixon no lo hizo. Tampoco preguntó cómo conseguiríamos acceder a esas «montañas de información».

—Tenemos dos formas de operar —siguió Siri—: o bien buscamos donde nos señalan, o lo hacemos sin saber lo que buscamos, lo que da pie a alcanzar las conexiones más creativas. En otras palabras, nos

ocupamos tanto de lo que sabemos que ignoramos como de lo que ni siquiera sospechamos que desconocemos.

—Me interesa combinar ambas modalidades —dijo Dixon.

Hizo el gesto de tender hacia Siri una tarjeta de visita pero se detuvo. La miró de reojo y la devolvió a su sitio. Sacó otra del bolsillo contrario. Svein se adelantó a recogerla.

Los tres nos quedamos quietos, examinando su lacónico enunciado, «Consultor», con un numero de móvil y los dos símbolos de las insignias. ¿No faltaba algo en la tarjeta? Consultor ¿de qué? ¿Para quién? Volvimos rápidamente la mirada hacia sus ojos blandos, enmarcados por unas gafas de pequeños rectángulos y montura escueta. Él adelantó aún más su sonrisa plácida, como si la cara pálida bajo la gorra del revés añadiera información al trozo de cartulina. Loke se dio la vuelta y se alejó a grandes pasos a lo largo de la cristalera. Se quedó musitando frente a las grúas y hangares.

—Nuestro equipo es multidisciplinar, con predominio de informáticos —arrancó Svein—. Si ha buscado por internet, se habrá dado cuenta de que no hay muchos programadores en Escandinavia del nivel de Loke. Y de Ben, pero de hecho todos nos apañamos con el teclado. Además, y esto es una característica importante de LEY, contamos también con profesionales de la salud.

Dixon parecía no escucharle. Entrelazaba las manos.

—Tengo un encargo para vosotros. Un encargo difícil que habrá que ejecutar de forma expeditiva. Poca gente podría llevarlo a cabo, pero creo que vosotros tenéis el valor y la competencia necesarios.

—El valor y la competencia tienen un precio —adelantó Svein.

—Y estará a la altura del desafío —dijo Dixon.

—¿Hablamos de cuatro ceros? —preguntó Svein.

—Se puede llegar a cinco, si el resultado es impecable, pero no merece la pena hablar aún de dinero.

—Tenemos que saber cuánto pesan sus palabras, para saber qué atención prestarles. Cien mil coronas es mucha atención.

—Hablaba de dólares —dijo Dixon.

—Muchísima, entonces. ¿Por qué no nos sentamos un rato? —dijo Svein señalando las mesas que flanqueaban la sala.

—¿Habéis pensado lo fácil que sería para este bufete, o supuesto bufete, disponer todas estas mesas estratégicamente, de modo que sean una boca locuaz para inventores, innovadores y financieros, y un oído fino para ellos?

—Los concursantes ya intervinieron en público.

—Tres minutos para llamar la atención del dinero. Lo importante es lo que sigue. Mi hotel está aquí al lado.

Dixon miraba al suelo, pero evitando escrupulosamente nuestros pies.

—¿Qué tal oído tiene su hotel? —preguntó Svein con una sonrisa forzada—. No, en serio. Hay una cafetería a dos pasos que tiene mesas apartadas para una conversación tranquila. Iremos juntos hasta allí… Ben, ¿te importa traerte a Loke mientras el señor Dixon y yo vamos andando al Rex?

Loke tenía la cabeza apoyada contra la cristalera oscura. Miraba al puerto con fijeza y furia. Svein se giró levemente hacia él mientras echaba a andar.

—Conviene no meterle prisa cuando le saca las muelas al mundo.

VI

Loke estaba amodorrado. No dijo nada cuando lo tomé del brazo, ni se despabiló con el aguanieve y el viento frío. A pie de calle, el puerto parecía otro: el agua encrespada, los diques y botes salpicados de espuma, las grúas proyectando sombras amenazadoras sobre las calzadas desiertas. Me subí las solapas de la chupa y caminamos aprisa, en silencio, en dirección al Rex. Franqueamos la estúpida sonrisa del dueño y fuimos pasando de sala en sala. Svein y Siri estaban en la mesa más apartada, sentados frente a Dixon.

—¿Habéis oído hablar de NOXTRO? —preguntó este—. ¿No? No me extraña. Nunca se distribuyó en Escandinavia, y solo de forma muy limitada en otras partes de Europa. Ahora es muy popular bajo otros nombres en muchos países de Asia y África. Se ha convertido en un medicamento para la clase media de países pobres y emergentes. Sin embargo, no es nuevo. Es una de las primeras estatinas sintéticas, especialmente eficaz en la reducción del colesterol, una verdadera devoradora de grasas… ¿Por dónde empezar? Ocurre que su impacto en la actividad psíquica no ha sido del todo explicado y corren todo tipo de rumores sobre sus beneficios en muchas dolencias, desde el Parkinson al temblor esencial. Hay quien lo tiene por un verdadero lubricante cerebral, por no hablar de sus efectos euforizantes.

—¡Un Prozac quemagrasas! —exclamó Svein riendo, pero Dixon apenas le miró.

—La Tigresa es como lo llaman en Tailandia, Malasia e Indonesia: un felino imprevisible y escurridizo. Quienes lo toman quieren parecerse a sus clientes occidentales. Tratarse el colesterol es lo que hace el empresario italiano que encarga la ropa en las grandes fábricas de Yakarta o el japonés que compra la madera al latifundista de Borneo. Si encima te anima un poco, tanto mejor, ¿verdad? Queremos saber más sobre la Tigresa; o mejor, saber si su leyenda es cierta… ¿Y cuál es su leyenda?, me preguntaréis. Y yo os respondo: Tranquilos,

conoceréis el mito de principio a fin. Nuestro objetivo es verificarlo.

Loke pareció despertarse.

—¿Por qué no empiezas por hablar de ti mismo, Dixon? —preguntó, y le señaló por encima de la mesa, con los dedos formando una pistola —. ¿Cuál es tu leyenda?

Fijé la mirada en Dixon para que supiera que secundaba la pregunta, pero él miraba por encima de nosotros, como si fuéramos más altos.

—No hay leyenda. Las leyendas son proyecciones de sombras en la pared, se forman cuando juegas con las luces, las colocas de un modo u otro para producir un efecto. Pero alguien que aprecio mucho —dijo Dixon mientras apoyaba los dedos índice y corazón sobre la insignia del pez— nos habló de la transparencia hace ya dos milenios. Eso sí, con otras palabras. Nos invitó a poner la lámpara sobre la mesa para que brille para todos. No escatimemos la luz, Loke.

Luego tomó aire y nos miró detenidamente, uno a uno.

—NOXTRO fue desarrollado a mediados de los años ochenta en un hospital baptista del sur de Estados Unidos. Desde el principio corrieron todo tipo de historias sobre su creación. Aunque estaba diseñado para tratar el colesterol, se decía que estimulaba la irrigación del cerebro y reforzaba el sistema nervioso, pero siempre hubo muy pocos datos y también algunos rumores negativos.

—No digas que no hay datos: siempre los hay —dijo Svein—, pero hay que saber dar con ellos. Al girar, el mundo deja marca.

—Y aunque pocas, hay también algunas certezas, incluyendo un efecto secundario: la sobredosis de NOXTRO produce una amnesia irreversible. Hay varios casos documentados de suicidas frustrados que vaciaron sus frascos en el estómago y perdieron por completo la memoria. Esto es un dato bastante peculiar y hasta podría verse como una ventaja: la ingesta masiva no mata. Se dice que estos percances, y quizá algunos otros de los que nada sabemos, frenaron la comercialización en Estados Unidos. Llevaron también a seguir los ensayos, incluso con el medicamento ya aprobado, y a introducir modificaciones en la molécula. Una de las razones que hacen tan escurridizo a este medicamento es que ha tenido varias versiones. Hay

varias camadas de la Tigresa.

—No cuentas nada, Dixon —dijo Loke—. Solo das vueltas como una peonza.

Siri sacó de su mochila un bloc y un bolígrafo. Empezó a tomar notas.

—A esto se añade una comercialización extremadamente fragmentada, tanto en el tiempo como en el espacio. Dejadme hacer un recuento rápido. Pocos años después de su creación, el hospital vendió la patente a una gran multinacional, DUGENTA, que a principios de los noventa obtuvo autorizaciones para comercializarlo en Estados Unidos y Europa. Sin embargo, no lo hizo; se dedicó a continuar investigando sus propiedades y a realizar más ensayos. Desde 1995, y al menos hasta el año 2000, DUGENTA llevó a cabo sendos ensayos en Europa, uno en Grecia y otro en España. En 1999 puso por fin el medicamento en el mercado, pero lo hizo solo en tres países en desarrollo: Nigeria, Egipto y Tailandia. En 2002 sacó una nueva versión y, cuando todo el mundo esperaba que arrancase una distribución planetaria, ya que la respuesta del mercado había sido excelente, se limitó a distribuir la nueva versión en los mismos tres países. En 2005 DUGENTA vendió las patentes de todas las versiones de NOXTRO a un fondo de inversión, y a partir de ahí todo cambió. Se licenció en decenas de mercados de países en desarrollo y las ventas se multiplicaron, comercializado siempre por empresas locales.

Loke negaba con la cabeza y apuntó otra vez a Dixon con dos dedos. De nuevo Dixon rehuyó mi mirada y esta vez su rostro reflejó un leve rictus de descontento. Enseguida entornó los ojos y siguió hablando:

—Da la impresión de que, con este medicamento, DUGENTA consiguió un sinfín de especulaciones y poco negocio, pero que este se hizo descomunal en cuanto lo vendieron. No os quiero aburrir con detalles innecesarios. Vamos a centrarnos en un efecto fácilmente mensurable. Dejemos de lado la función típica, que no se discute, esto es, la capacidad de NOXTRO para reducir el colesterol, y busquemos el efecto secundario insospechado del que más se habla por los rincones de la red. Me refiero a blogs de medicina alternativa y otros que recogen teorías conspirativas sobre la industria farmacéutica, pero

también a distintas plataformas de salud pública más o menos respetables.

Siri pasaba de tanto en tanto la mirada de Dixon a Svein, como si midiera en este la atención que debía prestar al primero. Mucha.

—NOXTRO acaba con la arritmia —siguió Dixon—. Esa es la leyenda. Y me preguntaréis: ¿Qué tipo de arritmia? La taquicardia, la braquicardia… Hay muchas formas del latir descompensado. Y también os preguntaréis qué quiero decir con acabar con la arritmia. Pues bien, la leyenda dice que a partir del año y pico la Tigresa acaba con todas las arritmias de forma definitiva. Reacompasa el corazón al intervenir en los espasmos eléctricos del nodo sinusal. No soy médico y no os puedo dar muchos más detalles, pero puedo enviaros alguna de las explicaciones que se barajan.

—Si dice que la Tigresa ha tenido un uso masivo —intervino Svein —, ese efecto debe de estar documentado. Quizá no tanto como el de la euforia, que afecta a todo el mundo, pero debe de haber trazas, estudios.

—Hay varios ensayos recientes, y todos desmienten el impacto en la arritmia de forma categórica, pero, atención, todos se refieren a la Tigresa actual. Se sospecha que DUGENTA, cuando cambió la molécula en 2002, eliminó esas extraordinarias propiedades de forma deliberada.

—¿Por qué harían eso? —preguntó Siri.

—Aprovecharon el conocimiento que habían adquirido sobre la arritmia para desarrollar varios medicamentos paliativos. Así consiguen tratamientos continuados de los distintos tipos de descompensación —respondió Dixon.

—Cronificaron la respuesta médica —dijo Siri.

—Exacto, la cronificaron y diversificaron —confirmó Dixon—. Convirtieron una solución global y curativa en una serie de intervenciones parciales y paliativas…

—Y mucho más rentables —siguió ella.

—Como os dije, en el origen de NOXTRO están algunos de los nuestros —dijo Dixon apoyando el índice sobre la insignia del pez—. Queremos saber si han sido chicos malos, si ignoraron adrede un

efecto curativo tan importante para montar una operación comercial a gran escala. O si todo son infundios y debemos defenderlos.

—Necesitamos un metaanálisis que reúna todos los datos de los países donde se comercializa —dijo Svein.

—Se trata de un análisis histórico, archivístico —dijo Dixon—. Es más un estudio retrospectivo que un ensayo. No olvides que solo nos importa el uso de NOXTRO antes de 2002. Solo la vieja Tigresa, que se vendía en tres países, no sus cachorros más recientes…

—Cierto —reconoció Svein—, solo el uso anterior a 2002. ¿Cuánto tiempo de consumo?

—Digamos una carencia de dos años, para estar seguros. Tenéis que acceder a las historias clínicas de quienes tomaron NOXTRO dos años, identificar a las personas que padecían cualquier tipo de arritmia y contar en cuántas desapareció por completo.

—¿En qué países? —preguntó Svein.

—En Nigeria, Egipto y Tailandia —dijo Siri mirando sus notas.

—Eso es. Los tres únicos donde se comercializó la vieja versión —confirmó Dixon.

Loke musitaba algo mirando al suelo. Me incliné ligeramente hacia él: «Inane, fútil, exangüe», decía. Me acerqué más, buscando interrumpirlo, que me mirase. Tuve que darle una patada en la espinilla. Reconocí enseguida su mirada angustiada.

—Loke y yo vamos a salir un momento a fumar un cigarrillo y tomar un poco el fresco. Siri, ¿te vienes?

—Mejor os espero aquí —dijo ella—. Necesito recabar todos los parámetros del ensayo.

VII

Nos quedamos mirando la calzada cubierta de nieve frente al Rex, aliviados de que el mundo mostrara su indiferencia a lo que se contaba allí dentro. Loke se encendió un cigarrillo. En realidad, no teníamos nada que decirnos. Le conocía lo suficiente para saber que no quería hablar de Dixon; al contrario, quería olvidarle lo más rápidamente posible. Y el Rex le ponía de los nervios, igual que a mí. No aguantaba ese ambiente náutico tan primoroso: maderas oscuras, ojos de buey, paredes recubiertas de tablones y la parafernalia nórdica más tópica, desde viejos instrumentos de navegación a marinas de los fiordos con pretensiones. Todo en unos espacios reducidos donde la poca luz aumentaba la sensación de claustrofobia. Y cada día era peor. Ahora habían pintado en las paredes citas sin atribuir que recordaban eslóganes comerciales: «Nunca pelees con un cerdo. Te ensuciarás y el puerco disfrutará», «La cura para el aburrimiento es la curiosidad. No hay cura para la curiosidad».

Los eslóganes contrastaban con las pintadas de la calle. El resto del edificio llevaba un par de años ocupado y las paredes estaban cubiertas de llamamientos a la rebelión y a favor de la libertad de Palestina, pero también de figuras y escenas de combate. Mi favorita era una pintura gigantesca con dos esqueletos que caminaban por encima de una ciudad parecida a Oslo, uno enarbolando un cóctel molotov y el otro una escoba mayor que los edificios más altos. Mientras miraba la pared, Loke se acariciaba el hombro izquierdo, donde tenía tatuado su propio esqueleto. Yo me acerqué a una pintura nueva, un punki con cresta y cara de chino que cortaba zanahorias azules con la navaja ante una gran olla. Un bocadillo rezaba: «Un millón de polis muertos le darán sabor a mi caldo».

—Ve a casa, Loke. Luego te llamamos.

No respondió, pero echó a andar calle abajo. Al volver a la mesa nadie preguntó por él.

—A mí me parece bien —decía Siri—. Nuestras arañas pueden hacer un buen trabajo. Los parámetros son claros.

Svein se giró hacia mí. Apreté los bolsillos de la chupa contra el cuerpo, pero Svein insistió:

—¿Qué más, Ben?

—A no ser que me haya perdido algo, falta un control negativo y otro positivo.

—¿Qué quieres decir?

—Para que los resultados sean fiables, hay que compararlos con la ausencia de tratamiento: control negativo. Y hay que compararlo con un tratamiento existente: control positivo.

—Claro —dijo Svein girándose hacia Dixon.

—El control positivo ya lo tenemos: sería el efecto en la arritmia de la versión del NOXTRO de 2002, esto es, ninguno. Y, en principio, la arritmia permanece si no se trata, con lo que el control negativo no dará gran cosa.

—¿Ben? —preguntó Svein.

—Eso es una mierda de respuesta. Para el control positivo habría que buscar un medicamento diseñado para la arritmia. El nuevo NOXTRO no vale.

Dixon empezó a negar con la cabeza antes de hablar:

—No puede haber un buen control positivo porque no existen medicamentos para todo tipo de arritmias. Y encima que sean curativos, no paliativos. O sea, que NOXTRO es incomparable. Y, en todo caso, no tenemos tiempo para tantas cautelas. Vosotros no tenéis que definir el ensayo, sino ejecutarlo. Se llama división del trabajo.

—Está claro —zanjó Svein.

—Quiero una muestra amplia y bien documentada: quinientos pacientes con arritmia que hayan consumido NOXTRO al menos dos años. Da igual que vengan de los tres países o de uno solo. El plazo es cuatro meses. Estamos a diez de noviembre. El diez de marzo de 2013 quiero los resultados.

—Todo claro entonces —dijo Svein—. ¿Cómo organizamos los cinco ceros? ¿Cien mil? ¿Ciento cincuenta mil?

—No tan rápido, Svein —dijo Dixon—. Usando vuestra

terminología, faltaría lo que no sabemos que ignoramos. Para esto quiero una búsqueda diferente. Se trata de saber lo que pasa, si pasa algo, diez años después de haber empezado a tomar el viejo NOXTRO. Y para estos pacientes solo quiero un sencillo test sobre estado general, no ligado a patología alguna.

—Saber los efectos después de diez años, vale —dijo Siri—, pero ¿cuánto tiempo de consumo?

—Cinco años al menos —respondió Dixon.

—Países y muestras —apuntó Svein.

—No hay —dijo Siri mirando sus notas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Svein.

—NOXTRO se empezó a comercializar en 1999, hace más de diez años, pero la versión antigua del medicamento solo estuvo en el mercado hasta 2002, tres años, con lo que no tenemos la carencia de cinco que nos pide Dixon.

—Cierto, Siri. Muy bien —dijo Dixon—, pero ya os expliqué que en dos comarcas del sur de Europa se utilizó antes, desde 1995, en el marco de sendos ensayos. Esos pacientes sí que lo tomaron cinco años, y aún más. La muestra será pequeña; me basta con que paséis una encuesta sobre el estado general de salud a cincuenta pacientes.

—Cincuenta personas que hayan tomado el medicamento al menos cinco años —dijo Siri mientras escribía.

—Si no encontráis cincuenta, me llega con cuarenta. Lo difícil aquí será descubrir quién participó en el ensayo. Las farmacéuticas son extremadamente celosas de esa información, y en aquella época apenas había obligaciones de transparencia.

—Aquí tenemos que generar los datos, no solo buscarlos —dijo Svein—. Tendremos que pasar las encuestas nosotros mismos. Es un trabajo de campo. Los cinco ceros tendrán que reflejar ese esfuerzo.

—Tendréis 50.000 dólares para empezar —dijo Dixon—, y 75.000 más por cada una de las dos muestras. Ah, y no quiero resultados parciales. Tenéis que completar las dos muestras y las cobraréis juntas. Hasta que no acabéis la segunda…

—No cobramos. Está claro, señor Dixon —exclamó Svein—. Tenemos doscientas mil razones para seguir sus instrucciones al pie de

la letra.

—Mañana recibiréis todas las especificaciones y la forma de cobro. ¿Tenéis costumbre de tratar con bitcoins?

VIII

Y entonces sí. Volvimos riendo y cantando al bar de Alf. Lo coreábamos con voz pastosa: «Nunca tuvimos trato, ni con dólares ni con bitcoins».

Mientras bebíamos contra la barra, especulando entre risas sobre las razones del encargo, apareció Loke. No se había ido a casa como le dije: tenía el pelo y el abrigo empapados. No conseguimos sumarlo a la celebración, disipar su mirada torva, el gesto cada vez más sombrío. Estaba a punto de recordarnos que todo había empezado mal, hacía unas pocas horas, en aquel mismo sótano, y mal debía acabar. Antes de que nos diéramos cuenta estaba pasando el brazo por la barra, derribando a la carrera todas las jarras de cerveza, estampando un taburete contra el viejo espejo de azogue. Intentamos detenerlo entre varios, pero fue inútil. Tuvo que bajar la policía en tromba y atarlo. Vociferaba en la camilla, mientras lo sacaban escaleras arriba, que el 83 por ciento de las gambas que había tomado en el cóctel estaban programadas para atacar su cerebro. No llegaban al 85, insistía. Se lo decían las neuronas que aún lo defendían. Al acompañar la camilla hasta la ambulancia pude oír que farfullaba algo sobre Dixon, al que tachaba, entre escupitajos y maldiciones, de comandante de las gambas y langostino jefe.

Mientras esperábamos un taxi para acercarnos al hospital, no dejaba de darle vueltas al encargo de Dixon y a los medios para cumplirlo. Siri, nuestra experta médica, era masajista. Svein mandaba, pero era difícil decir si su gesto era capaz de desplazar algo más que aire. En cuanto a la programación, Loke sufría brotes psicóticos y yo llevaba demasiado tiempo quedándome al fondo con las manos en los bolsillos. Y el susurro de los rizos en la palma de la mano, cada día un poco más fuerte, era mi consigna para salir adelante, pero ¿bastaría un susurro ante Dixon?

En la sala de espera empezamos a hablar del proyecto. La resaca y

la luz mortecina del hospital no parecían presagiar nada bueno. Sin embargo, mientras se hacía de día contra las cristaleras sucias, empezamos a concretar varios puntos. Alquilaríamos una casa donde trabajar y vivir juntos. Empezaríamos por investigar lo que sabíamos que ignorábamos para ir avanzando hacia lo completamente desconocido. Separaríamos claramente la tarea de cada cual y definiríamos la mejor forma de combinarlas. Y antes de que nos mandaran a casa asegurándonos de que Loke dormía bajo el efecto de los tranquilizantes, empecé a sentir algo parecido a la confianza y la convicción de que lo lograríamos, lo que quiera que fuese.

En el tranvía Svein y Siri se sentaron juntos, apoyados uno en el otro. Yo iba pegada al lado contrario del vagón. Miraba la ciudad desperezarse mientras se me cerraban los párpados, oyendo su conversación como el canto del sueño. Hablaban de cómo organizar el trabajo, pero también de dónde instalarse: Svein recordó que su madre tenía un piso vacío cerca del puerto, pendiente de renovación. Con los ojos casi cerrados me preguntaba quién diría que esos dos no habían dormido, que habían participado en un concurso a la mejor innovación escandinava, sin prepararlo y, tras fracasar dignamente, habían cerrado un trato de doscientos mil dólares. Y eso no era todo: habían seguido hasta el hospital al compañero extraviado y con el nuevo día comenzaban a esbozar los planes para ejecutar su proyecto. «Por una vez cumpliremos la Ley», me dije, riendo por lo bajo, y justo cuando dudaba de si compartir una broma tan floja Svein saltó de su asiento, girándose para mirarnos a ambas. La siguiente parada era la suya.

—¿Cuál es la diferencia —preguntó— entre los hermanos Karamázov y los Cuatro Fantásticos?

Siri le miró con arrobo, demasiado impresionada para reaccionar. Yo acomodé mejor las manos en los bolsillos. No estaba preparada para disquisiciones tan trabadas, tan tarde, tan agotada, pero las peroratas de Svein no me eran indiferentes. Las reconocía como artefactos vanos, jarrones más decorados y ampulosos cuanto más aire contuviesen, pero esa proporción —como una regla áurea atrofiada— me repelía y fascinaba a partes iguales.

—Comparten la plétora de su juventud, rebosante de proyectos y facultades variadas —observó Svein—. Los distingue que, mientras que los personajes de Marvel quedan unidos por una serie de conexiones virtuosas, que complementan y potencian sus facultades, conexiones propias de los mejores ejemplos de la familia y la amistad, cada Karamázov es una rémora para el resto. Unos despiertan en otros sentimientos intensos, pero la admiración es estéril y la irritación tóxica, y en todo caso sus fuerzas, en lugar de confluir y sumarse, se anulan y obstruyen entre sí.

Me pareció pedante y enternecedor, pero al recordarlo más tarde empecé a verlo como una advertencia. De alguna forma, Svein quería emplazar dos iconos enfrentados ante el proyecto que iniciábamos para que supiéramos que, si nos ateníamos a lo que sabíamos hacer, cada uno a lo suyo pero pensando en el resto, cada llamarada, puñetazo, desaparición y estiramiento obraría en favor del conjunto. Que si nos envidiábamos, despreciábamos y maldecíamos concitaríamos la destrucción común, naufragando juntos.

Me quedaban tres estaciones, pero me levanté con ellos para no quedarme dormida en el vagón vacío. Los miré alejarse por el andén, él trastabillando, ella sujetándole del brazo.

Murmuré algo frente a la puerta. No sé si mis palabras empezaban a levantar el vuelo, pero al menos empañaban el cristal.

—¡Oh, Svein el de las bellas figuras, infinito torno de vanas palabras!

IX

Al día siguiente, Siri me pidió que fuera a casa de Svein para ver juntos los parámetros enviados por Dixon. Aunque había un ordenador encendido en la mesa del comedor, rodeado de papeles con notas y gráficas, ellos se sentaron en el sofá, ante una cafetera humeante, y me dejaron un espacio para mí entre ambos. Como dirías tú, Dusa, todo ensayado, preparadito, pero esa tarde yo no quería ver otro partido amañado, sino prolongar la sensación de que formábamos un equipo exitoso.

Svein nos sirvió café. Dijo que habían estado buscando más información sobre NOXTRO. Miró a Siri, que desgranó unos datos preliminares sobre el medicamento, precisos y bien expuestos, con un tono médico bastante logrado.

—Todo eso está muy bien, Siri —dije—. Yo también he comprobado que NOXTRO es una de las primeras estatinas que se produjeron de forma sintética. Lo que me parece un galimatías es su distribución, toda la secuencia de aprobaciones y licencias.

—Y lo es —intervino Svein—, pero la explicación de Dixon resulta plausible. Los propietarios del medicamento han estado probando sus efectos durante años, entre inquietos y asombrados. Aunque su uso fue aprobado en Estados Unidos y Europa, nunca llegó a comercializarse en Occidente, solo tuvo un uso residual en Grecia y España, vinculado a un ensayo médico de larga duración.

—A partir de 1995 —apuntó Siri.

—Y en los países en desarrollo tampoco es sencillo, parece que se expande a trompicones —dije.

—En 1999 se empieza con tres países, Nigeria, Egipto y Tailandia, y todo sigue igual durante varios años, hasta… —dijo ella mirando su cuaderno abierto.

Svein la interrumpió:

—Es lo que os decía. DUGENTA continuaba probando el

medicamento.

—Hasta 2002 —siguió Siri—. Entonces se anuncia una versión mejorada del producto y tres años más tarde DUGENTA vende la nueva versión a un fondo del sector sanitario… Comienza entonces la eclosión de su comercialización, que abarca casi simultáneamente decenas de mercados, siempre a partir del mismo patrón: países en desarrollo y distribuidoras locales. La fragmentación, ese avance a trompicones del que hablabas, Ben, no hace a NOXTRO menos universal, ya que se extiende con nombres diferentes por toda Asia salvo China, Japón, Corea y Singapur, por buena parte de África y por varios países de América Central y Sudamérica.

—Pero solo países en desarrollo —dije.

—Sí, siempre. NOXTRO es la alternativa más barata de los medicamentos para el colesterol. Y además es vista como más cercana a la gente de cada país. La publicidad insiste en cada lugar en ese ángulo de la pertenencia a la comunidad local. De hecho, he estado mirando por internet las cajas en que se vende y casi todas despliegan símbolos de suerte o salud, como elefantes y carpas, o plantas y semillas curativas que forman parte de los recursos tradicionales de cada lugar.

—En todo caso, a nosotros no nos interesa lo que NOXTRO es, sino lo que fue —dijo Svein encendiendo la tableta para que viera los parámetros que Dixon le había enviado—. Y no nos interesa su función típica, sino otros efectos, secundarios e insospechados para el consumidor. Para el primer análisis necesitamos quinientas personas con arritmia que hayan consumido la vieja versión de NOXTRO durante al menos dos años.

Siri movía, inquieta, los pies. No podía dominar su vocación de gran facilitadora de lo evidente. Yo trataba de no darme cuenta de que se preparaba para el saque, que miraba a Svein enfrente, me identificaba como público.

—Svein y yo hemos empezado a mirar el marco operativo para Nigeria, Egipto y Tailandia. Los tres únicos países que comercializaron la vieja versión de NOXTRO. Pensamos que hay que analizar los centros de gestión sanitaria conforme a distintos criterios, sobre todo

la disponibilidad y protección de los datos. La situación es muy dispar, dentro incluso de cada país.

—Hay que apuntar a un término medio —siguió Svein—. Hospitales poco protegidos pero suficientemente informatizados

—Sí, pero no solo eso —observé—. El número de pacientes es también importante. Lo ideal es identificar grandes hospitales o cadenas que los agrupen con los mismos criterios informáticos, algún tipo de sistema de salud o empresa que unifique estándares. Se trata de diseñar tres o cuatro abrelatas para nuestras arañas que sirvan para muchos pacientes y más de una institución.

—Y eso es solo el primer estudio. Para el segundo, Dixon quiere saber qué pasa diez años después de la primera ingesta —dijo Siri pasando varias páginas de su cuaderno—. Esto lo quería analizar en el universo que encontremos, no sabe cuántos pacientes habrá, entre cuarenta y cincuenta personas en dos pequeñas regiones. Dixon las ha precisado más. Son áreas rurales: el Solsonès y otras comarcas de la Cataluña central, la Macedonia Oriental y Tracia, en Grecia.

—Eso sería lo superdesconocido. La búsqueda sin objeto. Lo que no sabemos que ignoramos —resumió Svein. Y añadió, mostrándome la pantalla—: Siri ha localizado ejemplos de test que usan los médicos de atención primaria para una primera evaluación general.

—No valen de nada si no localizamos antes a quienes tomaron el medicamento, los que participaron en ese ensayo en los noventa —apunté.

—Y, como dijo Dixon, eso será lo más difícil —señaló Svein—. Los departamentos de ensayos de las farmacéuticas son prácticamente inexpugnables. Tus arañas no encontrarán muchos resquicios para abrirse paso. Y a eso se añade la baja digitalización que había entonces. Nos arriesgamos a que todo esté en un archivo de papel bajo llave en Dallas o Connecticut…

—Siempre hay trazas —dijo Siri—; algún indicio indirecto en el sistema de salud local, el colegio de médicos o los ayuntamientos. O podemos tratar de localizar a los médicos que tomaron parte en los ensayos y tirar de ellos.

—Es posible, pero no bastará con hackear cuentas hospitalarias y

desarrollar programas para leer y descompilar datos —dije—. El segundo encargo no es solo archivístico. Habrá que combinar el ordenador con intervenciones en el terreno.

Mi buen humor se iba disipando a toda velocidad. Me ponía de los nervios que estos dos estuvieran ya tan frescos y enterados, que nada les planteara dudas o problemas. Que hablaran con tanta naturalidad de todo lo que ignoraban, empezando por mis arañas. Su peloteo evitaba todos los puntos difíciles. Si uno apuntaba una dificultad era solo para que el otro la eliminara. Era como si la coordinación fuese demasiado perfecta, los Cuatro Fantásticos demasiado fantásticos, y no hubiera espacio para el error, la sombra, el tropiezo. Su exceso de confianza minaba la mía y no encontraba el modo de transmitirlo. Apuré mi café y recordé algo pendiente de la noche anterior:

—Los hermanos Karamázov son tres —dije—. Es un dato numérico. No puedes compararlos con los Cuatro Fantásticos.

Si lo hubiera dicho Siri, él la habría rebatido de inmediato. Si hubiera sido Loke, habría cambiado de teoría. Como lo dije yo, Svein se inclinó hacia la tabla que resumía los parámetros de Dixon, reconfortado porque yo ofrecía un fondo animado a su reflexión.

—Volvamos a los plazos y los números. ¿Qué piensas? —me preguntó.

—Que son tres, no cuatro, ya te digo.

—¿No cuentas al padre? —preguntó Siri.

—No. El padre no cuenta —dije en tono tajante—. Y todo esto me parece muy raro. Entiendo poco de medicamentos, pero este resulta esquivo, oscuro, por no hablar de su accidentada comercialización. Las reticencias de algunos mercados y el entusiasmo de otros me parece llamativo… Y Dixon lo mismo. Apenas hay nada suyo en la red y lo que veo es demasiado bonito. Un tal Dixon aparece mencionado en una entrega de premios de hace dos años de un Consejo de Salud Evangélico y años antes en unas ponencias organizadas por Cristianos por Hipócrates, y varias chorradas más. Pero no hay imágenes de él y ninguna de estas asociaciones parece seguir activa.

Svein se levantó y se acercó a la ventana, pero antes de llegar se dio la vuelta y vino deprisa hacia nosotras:

—Nos ha dado una explicación, Ben. Quiere saber si determinados colegas suyos hicieron lo que debían o no, pero es que no está obligado a explicarnos nada. Es una ocasión inmejorable y nos ha ido a buscar casi hasta el bar de Alf. Tenemos que ejecutar un encargo y punto.

—Una cosa es no saber por qué nos pide todo esto y otra no saber quién es —dije.

—Quién es y por qué lo pide son preguntas irrelevantes; peor aún, pueden distraernos y desviarnos de nuestro objetivo. Yo te digo su nombre: Dixon se apellida Dólar. Su mote es Bitcoin.

—No olvidéis que Dixon dejó claro que si no teníamos respuestas para los dos ensayos no pagaría ninguno —apunté—. Los dos. Y el segundo no lo veo nada claro.

Siri respondió enseguida:

—Propongo empezar por lo más fácil. El ensayo de la arritmia. Así podremos ir perfilando nuestros métodos para el segundo ensayo, que requiere un trabajo de campo.

La miré con desgana. No se esforzaba por ocultar que lo tenían todo hablado, que no hacían sino reproducir delante de mí una charla ensayada. El discurso operativo sobrenadaba las objeciones al proyecto. Faltaba la conclusión. Sostuve la sonrisa como una raqueta.

—En una o dos semanas, Loke estará de nuevo en pie —dijo Svein —. Una vez que el primer ensayo esté bien encarrilado podremos intentar que uno de nosotros, quizá tú, Ben, empiece a adentrarse en el segundo, con los pacientes del sur de Europa. Para ello habría que localizar primero a los pacientes que participaron en el ensayo y después ir a buscarlos a Grecia o a España para pasarles el test. Pero ahora Nigeria. Si no encontramos bastantes pacientes, Egipto. Si no cubrimos la muestra, Tailandia. Así es: Nigeria, Egipto, Tailandia. Nigeria, Egipto…

—… Tailandia: NET —resumió Siri.

Me lanzó su sonrisa como una larga dejada, pero no se la devolví. Hasta el acrónimo estaba ensayado.

X

Tres días después del encuentro con Dixon ya estábamos instalados en el piso grande y destartalado de la madre de Svein. Sobre la larga mesa del comedor, cuyos ventanales se abrían al puerto, colocamos todos los portátiles, incluyendo los dos que Loke y yo compartíamos desde hacía años, una impresora con escáner y una base con ocho tomas para cargarlo todo. No necesitamos ni un día para aclimatarnos, el primero fue igual a los que le siguieron. Se componían todos de sendas sesiones de pantalla y barra, adosadas sin interrupción. Nos despertaba siempre Siri con sus gestos descuidados por la cocina: puertas, vasos y platos, los cazos como si los llevara atados al tobillo. Empezábamos a discutir la tarea en el desayuno y, aunque no empezábamos antes de las diez, ya no parábamos hasta las nueve de la noche. Cenábamos cualquier cosa de camino al bar de Alf y no regresábamos hasta las dos o las tres de la madrugada.

El proyecto ocupaba toda la jornada. Monopolizaba conversaciones, bromas y reproches y acompañaba todas las actividades. Comíamos y tomábamos café ante el teclado, acercando a veces un portátil a otro o sentándonos en círculo en el suelo. Nos centrábamos en los tres países que habíamos pasado a llamar NET, como si formasen una unidad o federación existente. Lo hacíamos de forma secuencial, pero ocupados primero en Nigeria, sospechando que en el caos documental de las instituciones sanitarias de Lagos, Abuya, Ibadán y Kano no alcanzaríamos ni la mitad de los quinientos pacientes que necesitábamos, con lo que empezábamos ya a fijarnos en Egipto. Siri nos servía de oteadora: describía la situación sanitaria general y localizaba las instituciones médicas susceptibles de contar con más información accesible a costa de un menor esfuerzo. Se trataba sobre todo de centros privados cuyos recursos les habían permitido alzar la vista de la mera atención para llevar un registro informático de sus pacientes, pero no para protegerlo adecuadamente.

Una semana después de instalarnos en el piso, Loke salió del hospital y se unió a nuestra rutina: no quiso ni hablar de quedarse en casa las primeras noches hasta confirmar su recuperación.

—Estaría loco si me quedase.

Esta respuesta permitió a Svein reanudar las citas descontextualizadas de Loke. «Estaría loco si esto o lo otro» fue la muletilla que marcó las semanas que siguieron al regreso del compañero extraviado.

Loke y yo éramos los entomólogos del grupo, así nos bautizó Svein en atención a nuestras arañas «datávoras». Las programábamos para eludir distintos tipos de cortafuegos, desencriptar ficheros, descomprimirlos o accionar distintos programas de traducción automática. Trazábamos sus rutas por los organigramas de los sistemas de salud y la arquitectura de sus bases de datos, pero ellas perfeccionaban con creces nuestras instrucciones y encontraban los puntos débiles para acceder a los mayores depósitos de información.

Es curioso cómo me gana el eufemismo empresarial y zoológico, porque ¿dónde, si no es en este cuaderno, voy a reconocer que lo que hacíamos era básicamente acceder sin permiso a información médica confidencial para luego tratarla conforme a los parámetros de Dixon? Lo hacíamos para saber quiénes tomaron el viejo NOXTRO y determinar cómo se desarrollaron después sus historias clínicas.

Y seguía dándole vueltas a la comparación de Svein entre los Karamázov y los Cuatro Fantásticos. No creo que ambas familias presidieran aquellos días, modelo y antimodelo escrupulosamente separados en el frontispicio del proyecto; no, más bien en aquellas jornadas de trabajo de día y bar de noche los modelos se alternaban. Y fuiste tú, Dusa, quien me diste la pista cuando, al preguntarte en la barra si te parecíamos un grupo u otro, me respondiste con otra pregunta: «¿A qué hora?». Y añadiste: «Nunca os veo de día, pero, por lo que me cuentas, no os parecéis en nada a lo que veo aquí por la noche». Y tuve que darte la razón. Si de día teníamos una pata y medio cuerno de los Cuatro Fantásticos, de noche toda la vaca era karamazoviana. En serio, la rapidez del cambio era asombrosa.

Hasta que cerrábamos los ordenadores, primaba la coordinación

impecable de nuestras tareas. Svein andaba de un lado a otro, discutía con Siri la secuencia de instituciones a analizar y con Loke y conmigo los obstáculos que encontraba una u otra de nuestras inquietas depredadoras. Adoptaba la función del entrenador que se pasea entre los miembros del equipo y los anima e impulsa hacia el objetivo común. Cada vez que le veía andando entre nosotras no podía dejar de pensar en los aéreos personajes del cómic y en las densas figuras de la novela rusa. Sonreía pensando que, pese a sus peroratas, el tiempo de los Cuatro Fantásticos, de sus impecables ataques coordinados contra las instituciones sanitarias africanas, adelgazaba con la luz del día; que, tan pronto cerrásemos los ordenadores y bajásemos juntos al bar, las conversaciones perderían ligereza. El escenario, las tristes calles invernales que conducían del puerto al centro de la ciudad, el sótano de Alf, nos acercarían a las páginas de Dostoievski. Pesadas frases, balbucientes e inconexas, enfangarían los diálogos, y el reproche, la culpa y la vanagloria, por no hablar del trastorno, agitarían sus sombras en aquella cueva oscura. En pocos metros se pasaría de la súplica de Siri y la arrogancia de Svein a la profecía de Loke. O a mi distante indiferencia.

Eso sí, cuando ya llevábamos un rato en el bar, nadie podía detectar nuestra metamorfosis. La distancia entre la torre de los Fantásticos en Manhattan y la aldea rusa de los Karamázov apenas cubría unos pocos peldaños, pero todos los observadores habían sufrido, al bajar la misma escalera, una metamorfosis semejante. Lo que reconocíamos en el entorno, a voces o tartamudeando, con los párpados pesados y la mirada hundida, nos reflejaba. La forma de desplomarse era también distinta en cada uno de nosotros. El peloteo entre Svein y Siri se transformaba en una angustiosa bola de partido plagada de reproches. El sermón de Loke, envuelto en las risas y alabanzas de sus admiradores, se tornaba en una retahíla de insultos que a veces se prolongaba con golpes y jarras derramadas. En cambio, mi declinar era lento, como el de un buque con una pequeña vía de agua. Un naufragio que sabía detener, del que me alejaba cada vez más, pero en el que aún me entretenía algunas noches malas. Por autocompasión, por pereza, por sadismo, me hundía en mí, jarra a jarra, contra mí. Si

alguien se me acercaba desde un ángulo étnico, me llamaba «hermana» o empezaba a menear las caderas porque sonaba hip hop o reggae, no lo mandaba a la mierda, sino que me excusaba diciendo que mi baile era flojo, tibio, porque, pese a las apariencias, yo no era negra, sino marrón. Si había llegado a la sexta cerveza, hasta le explicaba que vivir en Oslo desteñía, que para sobrevivir había que mimetizarse con el entorno. Y le preguntaba si no se habría confundido por la falta de luz del local. El pesado se alejaba a la par que la cerveza se hacía más amarga, pero yo respiraba porque mi metamorfosis, aunque quizá más triste que la de mis colegas, causaba menos estruendo.

Y porque conocía bien mis rutas en el bar, la trayectoria de mis naufragios, sabía que los modelos propuestos por Svein no podían auxiliarme. Ni él ni sus modelos me convencían. Es más: los Fantásticos eran el anverso idealista de la misma moneda en que los Karamázov ocultaban su cara. «Uno va con el otro», me decía mirándome en el espejo de la barra. «Ni el idealismo naif ni el malditismo narcisista sirven para abrirse paso en esta escollera», repetía palpándome la cabeza. Si levantaba despacio la mano, mi espesa lana, ruda y sedosa, parecía alzarse hacia la palma, la seguía como un muelle, una y otra vez. Y tú al fondo, sirviendo cerveza, me mirabas. Mi blando timón virando hacia el faro de tu sonrisa.

XI

Y quizá era exagerado compararte con un faro, pero no tanto si en el naufragio colectivo del bar tú aparecías anclada firmemente al margen, serena mientras nos zambullíamos en el descontrol y el olvido. Tu discreción parecía un recuerdo del mundo aéreo de los superhéroes en el sótano ruso, como si Sue, la mujer invisible, se hubiera infiltrado en las páginas de los hermanos Karamázov y visitase el convento de Sacha o la mansión del padre para corregir discretamente el rumbo que les conducía a todos al desastre. Y sé que no es cierto, pero me gusta pensar que al aceptar tu invitación a que te llamase por ese nombre corto y suave, silencioso, que tan bien te caía, Dusa, invocaba la presencia de la Sue neoyorquina en el corazón de la estepa.

El contraste era mayor porque Alf solía contratar camareras jóvenes, normalmente estudiantes extranjeras que no tardaban en mimetizarse con el descontrol del bar. Algunas parecían resignadas, como si, al verse atrapadas en aquel agujero remoto, se vieran obligadas a atravesar a tragos y gritos el invierno hasta alcanzar el deshielo y el ferri de vuelta. Otras se entregaban a gusto al oleaje, pero tú no te parecías tampoco a esas; no, a ti no te llevaría esa marea.

Tu vieja moto, siempre a la puerta del bar, lo dejaba claro. Te había visto llegar un par de veces y me pareció todo un espectáculo de negación del invierno. El jersey de cuello alto y la chupa de cuero con tachuelas, la melena que oscurecía la nieve. Y saldrías a flote en el pozo de Alf sin fantasías ni presunciones, reconociéndote como viuda de un profesor sedentario y madre de dos hijas ausentes. Habías salido de Praga con otra amiga motera, la viuda con la divorciada, qué peligro, pero después de diez días de carreteras pegadas a las dunas del Báltico y noches de confidencias y vino, Olga decidió volverse y tú aprovechaste que te abandonó en Kiel para tomar el ferri a Oslo. El mismo día que llegaste a la ciudad diste un paso más en tu aventura.

Tras asistir a la bronca con que se despedía la anterior camarera, decidiste aceptar su empleo por unos meses. Aún no se lo habías contado a tus hijas, pero bromeabas diciendo que no te preguntarían antes de que llegase la primavera.

Tenías otras formas de confirmar, atenta y complacida, que no te disgregarías en la tormenta. Ponerte la capucha de la sudadera negra con la que trabajabas, por ejemplo, como si pusieras copas de incógnito. Me contaste que no lo hacías para evitar a alguien especialmente ruidoso o pesado, sino más bien cuando salías de la barra y querías aislarte de todo unos segundos, bajar las persianas en torno a lo que ibas pensando. Hacerte invisible, Sue. Y lo cierto es que de negro en un local tan oscuro, ocultando la melena blanca, casi lo lograbas.

En la barra, en cambio, la melena era como una bandera que enarbolabas a paso rápido, certero, cuando cargabas contra el dragón errático de una borrachera de cien cabezas. Al mirarte veía a la chica mayor, la ilusión experta. Recuerdo una de nuestras primeras conversaciones:

—No tienes nada que ver con otras rehenes de Alf.

—¿Ah, no? ¿Eché a perder el botín vikingo? —preguntaste.

—Las otras fumaban más porros y bebían más. Y trabajaban menos. A partir de la una tenía que servirme yo misma. ¿Cómo te convenció Alf?

—No era una mala oferta para una viuda con tiempo libre y ganas de conocer mundo. Apartamento gratis y un sueldo decente a cambio de echar una mano en el bar.

—Pero no cualquier bar, ni cualquier mano. Seguro que no te esperabas un agujero como este.

—No tenía expectativas. Y el descontrol se gestiona solo: donde todo vale, poco hay que corregir. Lo que no me esperaba es que Alf ayudase tan poco. El día que no está de resaca está en cama con el hígado hecho polvo. Como siga así, desembarcaré en Kiel antes de lo previsto.

—¿Kiel es el puerto de embarque de la desesperación alemana?

—Checa. Uno de ellos, pero más bien de la claustrofobia de un

pequeño país. Sin costas y con pocos recursos. Pero con sed de horizontes.

Me descubría sonriendo al mirarte, sorprendida de mi reacción. Recordé lo que me decía mi madre de una amiga que tuve en la guardería, Julie, a la que no me podía acercar sin que las dos nos echáramos a reír y corriéramos una detrás de otra, una niña gorda y bajita, pero fuerte, la otra alta y zancuda, girando en el carrusel de risas que ellas mismas creaban.

Cada vez que aparecías se me iban los ojos detrás de ti y me extrañaba que nadie lo notara. Loke era la excepción. Una noche dejó de lado a sus admiradores y se puso a mi lado en la barra.

—*Kimchi*, ajo negro, porcelana, queso parmesano, brandy, cuadros y estatuas, tapices, los huevos centenarios chinos —dijo.

Y tras el intervalo de una sonrisa que buscaba complicidad, añadió:

—A todos los mejora el tiempo. Acrecienta su valor. Hasta la buena carne se deja reposar varias semanas antes de cocinarla. ¿Por qué iba a ser distinto con la boca, el lóbulo de las orejas, la nuca, el ano y la vagina? Por no hablar de los cerebros. La frescura está sobrevalorada, Ben. Aunque en el fondo prefiero que esto siga siendo un secreto para iniciados…

Le iba a preguntar de qué hablaba, pero su mirada, fija en Dusa, me dio la respuesta. Nos reímos con ganas, sobre todo cuando, dos cervezas después, Loke dejó atrás sin reparos el sibaritismo de la edad. Importa que la presa sea buena, reconoció, pero aún más importa que esté a tu alcance.

—Si se pone a tu alcance, muerde.

Y una cerveza más tarde, con la voz pastosa:

—En el sexo me considero hiena. No es lo mismo que omnívoro ni bisexual.

No te miraba ni como un manjar exquisito ni como un trozo de carroña a mi alcance. Nada que ver. Olvidando toda cuestión de gusto, principios o edad, me sorprendía enganchada a tu mirada y te cedía mi atención. Y es que, ahora me doy cuenta, estabas disipando mi tristeza. Tu mirada y tu sonrisa me invitaban a descargar el peso que sentía a veces en la frente, entre los ojos; otras, como una traba en la

garganta, o en el pecho, como un charco de aguas pesadas donde se sumaban la muerte de mi madre, un grupo de amigos en los que no me veía reflejada, el enigma de mi padre. Y tú lo favorecías acercándote discreta, casi invisible, secando vasos y llenando jarras a mi lado, aunque luego tuvieras que llevarlas al otro extremo de la barra. Y pasaron unas cuantas noches y cervezas hasta que me atreví a preguntarte cómo lo hacías.

No me entendiste hasta que te señalé con la cabeza el bar repleto. Voces, humo, música y el vapor caliente del agujero de Alf, casi una sopa que lo condensaba todo, en la que parecíamos flotar como picatostes.

—¿Cómo aguanto a esta peña?

—No tanto cómo la aguantas, sino cómo conservas el empuje.

—¿A pesar de los años? —preguntaste.

Asentí.

A esas horas de la madrugada, aquel secreto no podía costar más de una cerveza. Al fin y al cabo, a dos pasos Loke evisceraba el universo a voces, gratis, ante todo el que le prestara oídos, pero a ti no te apetecía beber, ni tenías tiempo.

—Si no tienes prisa, hablemos entre jarra y jarra. A cambio, tú me cuentas en qué andáis metidos. Qué es toda esa cháchara de hospitales africanos, Tigresas, arañas y estatinas.

—Empieza tú —dije.

—Ahora vuelvo —dijiste, llevándote cuatro jarras.

Al cabo de un rato volviste con tres vacías. Acercaste el puño a la boca, simulando el carraspeo que precede a las palabras importantes:

—Entre dos cervezas, la vida se resume así: una vez concluida la tormenta de la adolescencia, buscas la estabilidad. Esto vale para Oslo, Praga y Honolulú. Precisas una rutina, trazada por caminos bien rodados. Esto te estabiliza, pero acaba por agotarte. El tiempo te erosiona por mucho que te hagas la dura. Y luego te das cuenta, o no, de que la fuerza viene de desprenderse de lo aprendido. Para atrapar algo, hay que soltar lo que tienes entre manos. A ese punto de inflexión lo llamo cambio de marea. Para que el agua empiece a subir, tiene que dejar de bajar, ¿no? Al caminar dejas un pie atrás para echar

otro adelante, ¿verdad? Pues eso. Dejar de hacer te permite lograr; cambiar de paso, llegar; desvestirte, tomar cuerpo, soltar lastre…

—Subir —dije sonriendo.

—*Ecco*, ahora vuelvo… No, espera: el colega se durmió en la barra. Ha debido de oírnos.

Ambas reímos.

—Pero es cierto: de la reticencia brota un paso nuevo.

—Eso me recuerda a las células pluripotentes —dije—. Ya sabes, células en una fase inicial de desarrollo, que se pueden reprogramar para formar distintos órganos, cumplir distintas funciones…

—Para situarse en el punto en que un paso nuevo es posible hay que dar un paso atrás, adentro. «Adentrodelante», le digo a veces.

—«Atrasdelante» casa mejor con las células.

— Vale, pero siempre que «atrás» no signifique volver a lo que hiciste, sino regresar a la encrucijada en que tomaste el paso previo, precisamente para dar otro diferente. Sacar lo de dentro adelante.

—Como un calcetín.

—Eso es.

—Creo que te llaman —dije mirando hacia el final de la barra.

El chico de antes había levantado la cabeza y agitaba la mano, abría la boca. En cambio, sus ojos volvían a cerrarse.

—Espera —dijiste, y el colega volvió a apoyar lentamente la cabeza sobre la barra.

—Renacerse en cada contexto. Rehacerse. Ese cambio es más adictivo que vicios y rutinas.

Di un largo trago a mi cerveza.

—¿Hacía tiempo que no te dejabas crecer el pelo? —preguntaste.

—Siglos. ¿Por qué lo dices?

—Porque te lo tocas mucho con la palma de la mano. Y sonríes al hacerlo. Le das golpecitos como animándole a crecer; me hace gracia. Se ve que te gusta. A mí también.

—Mi pelo natural es estridente, crece como una marea capilar irresistible. Una masa con exceso de levadura en un inmenso molde esférico. Hasta hace poco lo odiaba. No me parecía acorde con donde quería estar.

—¿Estás de broma?

—No me parecía apto para situarse al fondo. Te juro que lo pensaba.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora quedarse al fondo significa otra cosa: pensarlo bien, llevar los asuntos a un lugar silencioso y tranquilo al fondo de la cabeza. Atrasdelante. Algo así como la botica donde preparas lo que luego llevas al mostrador.

—¿Y antes?

—Antes era el escondrijo, el lugar donde evitaba a todos, incluida a mí misma. Y aún lo sigue siendo en los días malos. Días en que digo que no se puede ser negra con tanta nieve. No merece la pena. Me hace más visible, y para observar es mejor no llamar la atención. Si destacas en la nieve, te conviertes en presa fácil.

—Eso no te hace menos negra.

—¿Si mi madre se inseminó semen de alguien de otra raza su decisión me vincula, me une a un pueblo y a una cultura? ¿Cuál es mi origen más allá del capricho de una madre soltera, con pocos recursos, que por principio decide no excluir ningún origen del donante?

—El origen también se elige, Ben. Tu madre eligió abrirse a esa posibilidad, y tú también al cerrarla.

—Ella tomó la buena decisión, Dusa, ya lo sé. Solo uno de los bandos merece la pena. Antes también lo sabía, pero no quería reconocerlo. Replegarse da menos trabajo.

—Cambió la marea. Hay pasajes, lugares y tiempos para el tránsito, y cada uno tiene los suyos. A mí me sirve escribir para identificarlos. Y tengo que sentirme entera a los dos lados del lápiz: al empuñarlo y sobre el papel.

Esa fue la primera vez que me hablaste de la escritura y, aunque hablabas de ti, al mirarme, a la vez cerca y de lejos, me traías tu propuesta. Y nada más oírte ya quería escribir. Había bebido mucho, pero los párpados no me pesaban. Estaba a punto de decirte que quería buscar el pasaje del tránsito contigo, juntas, y localizarlo escribiendo, pero me eché a reír. No podía proponerte que escribiéramos el mismo texto a dos manos.

XII

El atinado comentario de Dusa sobre nuestras actividades despertó mis alertas. Trataba de imaginar qué podrían sacar en claro otros clientes del bar de aquellos retazos enfáticos de conversación. Los achacarían a una serie de televisión, un cómic o un videojuego, animados todos por el toque distópico de las arañas datávoras. Ni siquiera descarto que alguien pensara, sobre todo si nos oía más de una vez, en un ataque informático, pero imaginaría una acción reivindicativa, alternativa, nunca un proyecto económico de tanta envergadura.

No había que preocuparse. A diferencia de Dusa, los colegas del bar no estaban interesados en lo que hacíamos, y sobre todo no estaban sobrios. El alcohol ayudaba a preservar la conversación. La codificaba con la distorsión del habla y empeoraba la escucha. Eso sí, en el bar de Alf no adelantábamos gran cosa. Llegábamos dispuestos a ahogar la voz en cerveza y sacarla a flote de nuevo, renacida, si no más clara, más pertinente y verdadera. Sin embargo, al cabo de un rato las conversaciones se volvían circulares, pastosas, irrelevantes, pero aun así nos demorábamos en aquel agujero hasta las dos o las tres. El día da para mucho si solo lo dedicas a dos cosas. A la mañana siguiente, nos abriríamos paso con determinación por las galerías de la mente, disipando ante la pantalla los últimos restos de vapores nocturnos.

Cada noche llevábamos la discusión del apartamento a la barra. Era como la versión en tinta china de la acuarela de las mañanas, la misma cantinela en tonos graves: su versión grotesca y sombría. El contraste entre las jornadas de trabajo en el luminoso piso compartido y las noches de alcohol subterráneo explicaba que la conversación nocturna se fuera haciendo cada vez más agria, que cediéramos terreno a los malos modos y el desplante. ¿Qué otra cosa podía explicarlo? Al fin y al cabo, avanzábamos a buen ritmo, mes a mes y letra a letra. Despedimos el 2012 terminando la letra N, convencidos de haber extraído todos los datos aprovechables sobre NOXTRO en

Nigeria. Empezamos Egipto a muy buen ritmo, y era fácil asumir que terminaríamos la E en enero para atacar Tailandia en febrero. Era razonable prever que cada vez avanzaríamos más rápido y que la T caería aún más deprisa que Egipto. Así liberaríamos algo de tiempo para el trabajo de campo del segundo ensayo, que exigiría que una de nosotras se desplazara a Grecia o España. No había misterio. Mes a mes, de la N a la E, avanzando hacia la T, veíamos dibujarse en el calendario la palabra que pronunciábamos tan a menudo: NET. La diríamos juntos, completa, antes del 10 de marzo.

Si pienso en esas semanas iguales del invierno, las listas de pacientes en distintos idiomas, pantalla a pantalla, las aceras bordeadas por la nieve, bloque a bloque hasta el sótano de Alf, me doy cuenta de que el entorno por sí solo no podía transformar a los Fantásticos en Karamázov. Ni el alcohol ni el estruendo explicaban el cambio. Y es que quizá no había cambio. Nos entregábamos a un ejercicio de simulación colectiva que duraba veinticuatro horas y adoptaba distintas formas. De día ocultábamos los hechos en el trabajo programado y de noche en la cerveza y la juerga. Lo que no queríamos ver se servía del cansancio y el desgaste para alcanzarnos a ráfagas cada noche. Era eso, la constancia fragmentaria, puntual, de esa simulación lo que nos enfadaba y nos lanzaba a unos contra otros.

Porque los Cuatro Fantásticos no sabíamos qué hacer con el segundo ensayo ni teníamos un plan para acometer lo que ignorábamos que desconocíamos. Por mucho que rastreé junto a Loke las bases de datos de proveedores de DUGENTA, no pude detectar entregas del medicamento en Grecia y España. Hice búsquedas en los sistemas de salud y los colegios de médicos y listé a los operarios activos en ambas regiones entre 1995 y 2005, tratando en vano de descubrir conexiones entre ellos y NOXTRO. Encontré recetas y albaranes de otras estatinas, pero nunca de la vieja Tigresa. Nada tampoco en ambulatorios y hospitales, grandes o pequeños, públicos o privados. Ni siquiera era capaz de decidir si convenía más Grecia o España, o atacar ambos países al tiempo. Atacar ¿el qué? Sin identificar a un grupo de pacientes, no podríamos pasarles ningún test sobre su estado de salud. No teníamos absolutamente nada.

Y lo peor es que preferíamos no darnos cuenta. Svein y Siri cada vez me preguntaban menos, y acabaron por dejar de hacerlo y yo tampoco les decía nada, y mientras tanto el tiempo pasaba y todos nos conformábamos con que la primera parte del encargo avanzase a buen ritmo. Recuerdo una mirada de Loke como lo más cerca que estuve de poner las cartas sobre la mesa. Era ya febrero. Celebrábamos en el bar de Alf que habíamos accedido a los ficheros del hospital más grande de El Cairo, que la E mostraba casi todo su contorno, y su jarra de cerveza fue la última que chocó con la mía en el brindis. La golpeé muy despacio porque mi impulso inicial encalló en el mohín de sus labios y naufragó en su mirada. Allí sí estaban todas las letras: «¿Qué coño estamos celebrando?». Estuve a punto de apoyar la jarra y anunciar que ese rumbo en apariencia exitoso nos llevaba derechos al fracaso, pero las risas de Svein y Siri continuaban, aún más altas, como si se las lanzasen uno a otra por encima de nosotros, eran tantas y tan seguidas que no dejaban espacio para cuestionarlas. Di un trago largo y en cuanto pude metí las manos en los bolsillos.

Al día siguiente todo seguía como siempre. En el desayuno, Svein insistió en que nos centráramos en los indicadores facilitados por Dixon, sin entrar en más consideraciones. Y era difícil no fijarse en tantas otras cosas que afluían de las bases de datos e historiales médicos, descartar el trazo grueso con que iba dibujándose la Tigresa, su poder extraño y multiforme en áreas dispares, reconocido en notas al margen de los informes y en la profusión de recetas.

Solo una vez salimos de la ciudad, y fue para encontrarnos con un tipo de Skagen que había desarrollado un programa nuevo de desencriptado, pero convertimos el viaje en jornadas iguales a las de Oslo: un día de reunión y dos travesías nocturnas en ferry —trabajo de día y cerveza libre de impuestos de noche—, y ni una mirada distraída por la borda.

Y, como siempre, al llegar al bar la inercia del proyecto nos empujaba a seguir discutiéndolo, pero en cuanto la conversación naufragaba nos escabullíamos unos de otros. Siri y Svein reanudaban su toma y daca y a Loke lo rodeaba su público: más entusiasta cuanto peor lo tratara. Y yo buscaba la barra, te encontraba siempre

queriendo saber más de lo que hacíamos.

—Los efectos de una estatina poco conocida: eso ya me lo has dicho, pero ¿qué efectos buscáis? ¿Por qué solo habláis de tratamientos antiguos en hospitales de África y Asia?

Y, ante mi silencio, volvías a arrancar:

—Os puedo ayudar, Ben. He trabajado muchos años en un hospital, buena parte de ellos en el departamento de ensayos.

—Ya lo sé. Y antes trabajaste en un cole. En la red hay una carta tuya de despedida, muy emotiva. Está en un idioma imposible, pero que Google conoce.

—Eslovaco. La puso en la red un antiguo alumno.

—¿Por qué dejaste la enseñanza?

—Michel, mi primer marido, era motociclista profesional. Se exilió en los setenta y yo le seguí, pero no me hice a la vida en Italia y Suiza y acabé volviendo a Praga. No volví a pisar una escuela. No lo decidí yo sola. No quería volver al entorno que había abandonado, que tampoco resultaba ya acogedor. Mi única vinculación con la docencia pasó a ser mi nueva pareja, profesor de lenguas latinas en la Universidad de Praga. Era hijo de un exiliado de la guerra civil española muy bien conectado con el partido, lo que me ayudó a reintegrarme.

—Cambio de marea —dije apurando mi jarra.

—En la Checoslovaquia socialista no era difícil cambiar de trabajo ni reanudar los estudios. Eso sí, no se hacía por dinero porque no había grandes diferencias de sueldo. Pero fue duro. Pasé de ser la chica de un campeón socialista a una divorciada de dudosa lealtad. La sospecha no empezó a disiparse hasta mi boda con Pol.

—Habías decidido volver: ¿no era eso una muestra de lealtad?

—Sí, pero las autoridades tenían sus motivos para sospechar. Había viajado mucho a Occidente con las competiciones de Michel, y él había desertado. Me fui muy joven, muy enamorada, y volví sola apenas dos años después. Todo podía estar preparado, ¿no te parece?

No sabía qué decirte. Alcé los hombros y metí las manos en los bolsillos, pero tú las señalaste. Las delatabas.

—¡Manos arriba! ¡Rápido! ¡Desalojen!

—¿Qué dices?

—Nada de tener las manos durmiendo calentitas todo el día, cada una en su madriguera. Cada vez lo haces menos, pero de tanto en tanto vuelven a esconderse.

Le di la vuelta a los bolsillos y apoyé las manos en la barra.

—Estaban en su bar de Alf, pero acabo de echar el cierre.

—Bien hecho. Eso mismo voy a hacer yo —exclamaste riendo.

Y no consulté nada a los Fantásticos de nuestras charlas sobre el proyecto. Cada noche te ponía al tanto de las novedades. Algunas veces hasta te ayudaba a cerrar para seguir hablando, pero la jornada de bar no daba para albergar una conversación que iba creciendo. Por la mañana me levantaba antes que el resto y desayunábamos juntas en un café del puerto. Me ayudabas a interpretar los resultados, a correlacionar los de unas instituciones y otras. Te ofreciste a ayudarnos a identificar el blanco de nuestros ataques. Empecé a preguntar a Siri los nombres de los hospitales de su lista y tú descartabas los que, a partir del organigrama y lo que encontrabas en la red, tenían buena protección o carecían de suficientes datos.

Siri solía aceptar mi criba, es decir, la tuya, al ver que daba buenos resultados, contenta así de demostrar que cumplía su función con jodida ecuanimidad, y que el grupo —los Cuatro Fantásticos, no los disfuncionales rusos, no el propio criterio impuesto tozudamente sobre el resto— era siempre lo que contaba. Gracias a tus consejos, empezamos con la tercera letra del NET, Tailandia, a pesar de que ya llevábamos cerca de cuatrocientos pacientes y nos quedaban muchas instituciones egipcias. Tras examinar la situación, nos recomendaste atacar los hospitales internacionales de Bangkok sin dejar de examinar los principales que quedaban en Egipto, y menos mal que te hicimos caso, porque nos quedamos atascados en Alejandría y, en cambio, con solo tres hospitales de Tailandia empezamos a ver dibujarse el horizonte de los cuatrocientos treinta pacientes.

Estaba claro que no querías solo ayudarnos a cumplir el proyecto. El desafío de poner en práctica antiguas destrezas se unía al deseo de trabajar con un equipo joven y diverso. Y te intrigaba mucho lo que subyacía al proyecto. Que Dixon quisiera comprobar la honestidad de

los colegas evangelistas que desarrollaron el medicamento te parecía una explicación débil, pero en todo caso, sin descartarla, querías saber qué había detrás de NOXTRO, qué efectos tenía más allá de la tarea asignada y por qué Dixon quería desvelarlos. Para todo esto estabas mejor equipada que cualquiera de nosotros y no estabas sujeta al estricto balizamiento que Svein impuso a nuestras tareas. Ibas juntando testimonios de pacientes y doctores sobre la eficacia de NOXTRO más allá del colesterol y la arritmia: vértigo, ataxias, estimulación de la memoria, irrigación cerebral. Me ibas haciendo partícipe del asombro que había causado entre los pacientes y el personal sanitario.

Me dijiste que era más eficaz recorrer todas las letras de forma superficial que profundizar en cada una de ellas, ya que a partir de un punto la extracción de datos se complicaba; que debíamos, por tanto, considerar NET como un solo territorio, aunque esto supusiera programar un número mayor de rastreadores. Esta era una observación correcta, pero teórica, no tenías en cuenta la dificultad de adaptar los buscadores a distintas lenguas, arquitecturas de datos y sistemas de protección, en especial cuando Loke comenzaba de nuevo a flaquear y yo me encontraba cada vez más sola.

En otros temas sí estábamos de acuerdo. Desde el principio tuviste claro que el proyecto, tal y como estaba planteado, no podía completarse. Tras revisar mis pesquisas sobre el ensayo en Grecia y España confirmaste que, con la información disponible, no había forma de identificar a quienes consumieron la vieja estatina durante al menos cinco años y hacía más de diez. Pensabas que si Dixon no nos facilitó más información era porque nos estaba probando y que tendríamos que acercarnos a él para pedirle más datos. Me dijiste que no hablara aún con el resto del equipo, que esperase unos días más a que Svein reaccionase, porque, cuando él se diera cuenta de que todo estaba perdido, yo podría proponerle que pidiésemos más tiempo a Dixon y que tú te unieras al grupo para solucionar el problema. Serías tú la que viajarías al sur de Europa y te ocuparías del trabajo de campo. Yo no tenía claro que los Fantásticos te fueran a aceptar. Ni siquiera sabía si yo quería que te unieras; Svein, Siri y tú me parecíais

incompatibles, pero te hice caso y no comenté nada al grupo sobre el segundo ensayo y la inviabilidad del proyecto.

Por aquellos días pensaba más en mi madre. Años antes, el proceso vertiginoso de su enfermedad, que la llevaría a la tumba en unos pocos meses, no me acercó a ella, al contrario. El dolor se unía a la rabia porque me dejara tan sola, porque uniera su ausencia a la que ya me impuso al privarme de tener un padre. Después de su muerte decidí volver a la universidad, es cierto, pero no pensé que estaba accediendo a algo que ella me pedía desde hace años. Pensaba, eso sí, en la futilidad de mi activismo, la insatisfacción de las rachas de consultoría con clientes impresentables y en cómo se desplegaría el horizonte de la treintena cuando en el supermercado me descubría apostada ante un estante para programar mentalmente la secuencia de clientes que comprarían arenques con distintas salsas. Y, sin embargo, tanto tiempo después me quedaba parada en el bar de Alf pensando en mi madre, como si estuviera empezando a escucharla cuando ya no podía hablarme. Dándole vueltas a su nombre, Bente, y al mío, ¿por qué me llamaba de forma diferente, pero tan cercana? Mi nombre en los papeles era Bente, como el suyo, pero desde siempre fui simplemente Ben. Ella me contó que empezó a llamarme así cuando me oyó pronunciar mi nombre, el típico error infantil en el origen de tantos apodos, y que yo insistí en conservarlo, primero en la guardería, luego en la escuela. Pero ¿por qué me dejó hacerlo sin protestas y hasta lo afianzó adoptando también ella el apodo ante todos? ¿Por qué no hablé más con ella cuando enfermó? Si lo hubiera hecho no estaría haciéndome preguntas vanas e imposibles de responder a las dos de la mañana en un sótano con música atronadora y paredes negras. ¿Sería Ben el nombre de mi padre biológico? Y, si era así, ¿cómo pudo ella saberlo?

Todo el mundo tenía su historia. Otros contaban cómo se conocieron sus padres. Yo callaba que Bente juntó el dinero de una indemnización por despido para embarcarse en una reproducción asistida, en los ochenta, cuando apenas comenzaban en Noruega. Que insistió en que no se introdujeran criterios de afinidad racial para seleccionar el semen del donante al considerar que suponían una

forma de discriminación. Cuando me oía hablar de dinamitar las estructuras del Estado y sus flujos de distribución de recursos, me preguntaba cómo pensaba que una obrera podía criar sola a su hija y lograr que fuera a la universidad. Y, antes aún, si pensaba que, sin protección del Estado, ella se hubiera podido costear la decisión de tener una hija sola. «Es el Estado, Ben, el que me ha dado estas tres libertades: tenerte, criarte, educarte. Justo lo que yo quería. Antes de elegir, hay que poder hacerlo».

Perdona, Dusa, pero esto tengo que decírselo directamente a ella. Yo también estoy aprendiendo a elegir, Bente. A ser negra. A defender lo de todos. Al ponerme la mano en la cabeza, te escucho en el bar, te oigo llegar en mi pelo rizado, en el color que aceptaste. Y recuerdo lo que me dijiste el día que te trajeron a casa del hospital, agotada, delirando, abandonada ya la posibilidad de una cura:

—Ya eres huérfana, Ben, pero tu nombre tan corto permite imaginar muchos otros: Bendik, Benedict, Beint, Benjamin, Benita, Benvenuta… Y también Bente, Ben. Abrazarlos a todos en distintas playas, campos, fábricas. Tantos padres, tantas hermanas y hermanos.

Es curioso el poco caso que te hice, cómo durante años me empeñé en quedarme al fondo y explorar las mil tonalidades del marrón, aprovechar cada ocasión para jugar al gato y al ratón con papá Estado. Y más curioso aún cómo me llega tu voz ahora, en cualquier momento, desmadejando la perplejidad del origen con la decisión de cada paso. Cómo se van vertiendo los miedos, el sarcasmo y la superchería en un molde compacto y convincente que me muestra cómo soy, esto es, cómo puedo elegirme gracias a ti, mamá, a ti y a otras: fuerte, gorda, indecisa. Y negra, sobre todo negra.

XIII

Fue por entonces cuando empecé a tomar las primeras notas de este cuaderno, al que daría forma definitiva con tu desaparición. Quise que fuera, Dusa, como los tuyos, un cuaderno de anillas, ensayar contigo ese «viejo antecedente del hipertexto» del que hablabas. Me compré también una caja de lápices de colores, muy parecidos a los que tenía de niña. Si cerraba los ojos veía la mano de mi madre sobre la mía, ayudándome a colocar los dedos cuando empezaba a escribir. Eso era lo que quería con la escritura. En vez de abrir la mano sobre el teclado y extender los dedos, cerrarlos sobre la madera, llevarlos a un punto preciso, siempre distinto, pero trazando un hilo continuo sobre la hoja. Sin embargo, hizo falta tu ausencia para que mi escritura fuera más allá de las descripciones y comenzara a estirar los datos: albergar quejas, anhelos, imprecaciones.

Y es que, en cuanto apoyé el lápiz sobre el papel, supe que estaba de vuelta. Me fui encontrando con la niña Ben, que escribía primorosa su diario, solo que en vez de dibujar a las compañeras que juegan en el patio del colegio trazaba en el margen de su texto el contorno de un tipo dormido sobre la barra o un mapa de Tailandia sobre el que se asomaba una encapuchada con lápiz y cuaderno. Y volví también a encarar el recuerdo del fin de la escritura para una adolescente no tan diferente de mí misma, cada día más frustrada por la escasa eficacia de las buenas palabras. Porque al final del bachillerato viví la opción por el código como un gesto revolucionario, llena de fascinación por la palabra que cumple lo dicho, pero también de alivio por alejarme del ruido, la redundancia y la vacuidad de las simples palabras. En el ordenador encontraba un lenguaje verdaderamente performativo. No precisaba perder el vuelo, la ambición narrativa ni la evocación de los detalles; era solo que el relato tendría peso, desplazaría el entorno conforme al gesto de mis manos en el teclado. Y me lanzaba de una línea a otra con la ambición de levantar una nueva arquitectura de lo

posible. Quería abrir espacios inéditos de encuentro, desarrollar plataformas que saciaran necesidades, trazar rutas y protocolos que ampliaran el horizonte de todos. Sin embargo, el código debía cumplir antes su labor de zapa, facilitar el colapso de viejas estructuras y sistemas caducos, rutinas y costumbres compulsivas, monetizadas, tóxicas.

Ese era el objetivo de las Bitch Coders, el grupo que entre varias colegas montamos en la universidad. Curiosamente, verte en la barra, nuestras largas conversaciones sobre el pasado y la escritura, me llevaron a sacar del fondo del armario dos camisetas, «ctrl alt patriarcado» y «ctrl alt capitalismo», y ponérmelas para explicarte que las zorras programadoras queríamos dejar de ser las galeotes del capitalismo digital emergente.

Los dos primeros años fueron los mejores. Buscamos la conexión con trabajadoras, inmigrantes, discapacitadas, otros grupos de chicas, y analizábamos juntas qué líneas del código, situadas en qué pasaje del texto social, contribuirían a su emancipación. Se trataba de efectuar cambios discretos y documentados que pudieran pasar desapercibidos al menos durante cierto tiempo, a la espera de que la presión social pudiera luego imponerlos. Hackeamos las cuentas de la prisión de Botsen para que todos aquellos que contaran con permisos los vieran prorrogados un día. Introdujimos descuentos en la provisión de servicios públicos, que compensábamos engrosando las facturas enviadas a las grandes fortunas y las multinacionales. Hackeamos la lista de estudiantes de la universidad cambiando el género de cada alumno. Tras un encendido debate, la volvimos a hackear para eliminar el género de cada nombre. Los cambios de nombre, verdaderos implantes barbáricos asignados por un algoritmo no siempre convincente, tenían efectos jocosos y acabamos por aplicarlo a nuestros adversarios para asignarles apodos peyorativos.

Al acercarse el final de la carrera, el grupo fue perdiendo fuelle. Hackear cuentas de la compañía eléctrica solo servía si formaba parte de un proceso de transformación, explicado y combatido socialmente; en otro caso, nos situábamos en el viejo juego del ratón y el gato, confrontando la debilidad de un Estado perezoso y obeso con la

rapidez de nuestras teclas. No es que no supiéramos qué hacer, es que éramos pocas y estábamos demasiado aisladas, nos faltaban apoyos fuera del teclado. Y no teníamos la paciencia, ni el tiempo, ni la capacidad de interpelación social para pasar de la programación a los hechos.

Aun así, nunca perdí de vista la capacidad transformadora del código. Ni siquiera mientras trabajaba horas sueltas de consultoría, cada vez más alejada del activismo, ni cuando, tras la muerte de mi madre, volví a la universidad. De hecho, lo primero que Loke me preguntó en la facultad, cuando nos reunió el director en torno a las arañas, fue si no era yo una de las zorras programadoras. Le dije que sí, sin ocultar una punta de orgullo.

«Yo también. Soy superfan», respondió él, y se levantó el jersey para mostrarme la camiseta de «ctrl alt prisión». Y enseguida se levantó esta, mientras rompíamos juntos a reír, para mostrarme debajo otra más: «ctrl alt manicomio».

Todo esto te lo fui contando poco a poco, aprovechando que pasábamos juntas cada vez más tiempo. Curiosamente, mi regreso a la escritura no se planteaba de forma antagonista, como una revancha contra el código. Me hacía recordar las viejas batallas, pero, tal y como me gustaba contarte, veía espacio para ambos. Y así lo leía también en tu escucha. Tus arrugas acentuaban la expresión, reforzaban la sonrisa o daban profundidad a la mirada. Esa piel fina formaba un pergamino moroso, casi traslúcido, en el que cada día leía un texto diferente que reflejaba también mi relato. Tu pelo me llamaba la atención, pero no porque fuera liso y blanco, al contrario que el mío, sino porque fuera así sin ninguna alteración, justamente refrendando la decisión que yo había tomado.

—Sale así. Esta es su voz —decías, y yo lo miraba con más ganas, como si verlo hiciese crecer el mío de un modo tan diferente.

Cuando acababas de trabajar sacabas de la taquilla la chupa, y del bolsillo de esta el colgante que siempre te quitabas para trabajar. Me gustaba ver cómo te lo quitabas y te lo ponías. Era una piedra de ámbar, bastante tosca, que tu madre te había regalado. «Para que te acuerdes de mí cuando lleves la moto», te había dicho, incapaz de

hacerte desistir de tu afición, y tú te la ponías siempre que conducías. Tenía dentro un ala de libélula o de no sé qué otro insecto que yo no era capaz de distinguir. Me parecía más una hoja, traslúcida, milagrosamente preservada, pero me daba igual lo que fuera, lo que me gustaba era ver cómo al acabar la jornada frotabas la piedra con una gamuza, desenrollabas la cadena y te la volvías a pasar por el cuello. Estabas tan acostumbrada que lo hacías sin mirar el colgante, mientras me hablabas:

—Eres mucho más lista que el rimbombante Svein y su acólita, que siempre me han parecido un bluf, una panda de niños ricos jugando a disparar con las teclas. No me fiaría de ellos. Y me gustaría fiarme de Loke, pero ni el propio Loke se fía de Loke.

Esa noche me separé del grupo y su ruidosa marcha de regreso a casa por las aceras heladas. El aire frío me llenaba los pulmones. Dando inicio a las notas de mi cuaderno, se iban ensamblando distintas partes de mi vida. Por diversas que fueran, cabían en las cubiertas de tu mirada. Hojas o alas atrapadas en tu ámbar. Iba cantando, saltando sobre los montones de nieve, feliz de volver sola de la aldea rusa al apartamento de los Cuatro Fantásticos. Y me paré a mirar el puerto con los ojos encendidos, echando a volar las palabras sobre el agua oscura y encrespada.

—¡Dusa, Dusa, por ti se quebraron tantos diques que ya no quedan marineros ni navíos!

XIV

A falta de tres semanas, el primer ensayo estaba muy avanzado. Contábamos con cuatrocientos cincuenta pacientes de los tres países del NET y, aunque la progresión se iba ralentizando, podíamos acabar la tarea en plazo. Los resultados eran extraordinarios. Por mucho que Svein insistiera en que nos centrásemos solo en recabar datos, era imposible ignorar que tres cuartas partes de las personas que tomaron el viejo NOXTRO dejaron de sufrir arritmia.

Sin embargo, ya no era posible obviar que no teníamos nada para el segundo ensayo. La tensión soterrada de las mañanas acabó aflorando. Svein me pedía explicaciones varias veces al día y yo le contestaba de mala gana. Esto le sorprendía. No se acostumbraba a que dejase de ser la chica que se queda callada al fondo con las manos en los bolsillos. Me miraba como si mi tupida aura capilar desplegara, con su rotunda voluntad esférica, un mensaje contra su liderazgo. Por otro lado, el cabreo de Svein revelaba su confusión: quería que saliera a resolver el segundo ensayo, pero también me quería en Oslo para rematar el primero, sobre todo ahora que Loke volvía a flaquear. Aquello de «Estaría loco» si esto o lo otro empezaba a ser una broma demasiado cierta para repetirla. Daba igual la condición impuesta: Loke estaba mal, lo decían sus ojos angustiados mucho más que sus salidas de tono.

La ralentización de nuestro avance no tenía que ver solo con la estructura de los datos, menos accesibles cuando ya habíamos desvalijado los centros que ofrecían una mejor diana, sino con el deterioro de Loke. Cada vez dudaba más de su trabajo y necesitaba más tiempo para revisarlo, y hacerlo además sin que se diera cuenta; si seguía así, la cuenta atrás para alcanzar los quinientos pacientes del primer ensayo sería angustiosa.

Además, la confusión de Svein reflejaba la mía. No quería irme, temía por el primer ensayo, por mis largas conversaciones contigo, por

la incipiente escritura, pero, aunque me sobrepusiera y consiguiese hacerlo, no tenía ningún hilo del que tirar, ni en Cataluña ni en el norte de Grecia. Ni el menor rastro de los ensayos de larga duración en los que, según las indicaciones de Dixon, se recetó NOXTRO hacía más de diez años. Y el ambiente seguía deteriorándose: el bar de Alf se tragaba el apartamento, la desazón se expandía a costa del trabajo, las conversaciones ante la pantalla se agriaban y subían de tono. En el bar hablábamos más de los ensayos, pero sin solucionar nada. Como en otras ocasiones, Loke confirmaba la tensión, subrayándola y distorsionándola. Sus gritos rompían el silencio tenso del piso o se sobreponían a los reproches que Svein y yo nos cruzábamos. Era precisamente la falta de conexión de su furia lo que más minaba nuestra confianza. Confirmaba que en el fondo los argumentos eran indiferentes. Se trataba de un fracaso nuestro, colectivo, absoluto, y él lo serviría con el estrépito que merecía.

—Todo lo de Loke te hace más daño, Ben. No porque esté loco, sino porque hay algo entre vosotros; o mejor, puede haberlo. Pasa una corriente que aún no ha aflorado del todo.

Yo no te dije lo que él pensaba de nosotras, ni que te asimiló en el bar al queso parmesano, pero sí te conté que él y yo habíamos tenido algún rollo, siempre en plan de amigos, y cuál era su visión cinegética de las relaciones, incluida su propia definición como hiena, más o menos carroñera según las circunstancias. Y recalqué lo que me agobiaban después de tantos años sus crisis recurrentes, cómo tras un periodo de calma llegaba la euforia y enseguida volvía a delirar, sin darse cuenta de que daba vueltas en círculo. Tú tenías tu propia opinión sobre esas crisis:

—Loke es capaz de relacionar cosas muy lejanas y dispares. Eso da medida de su inteligencia. El problema viene cuando no eres capaz de traerlas de vuelta. No eres capaz de enhebrarlas, pierdes el hilo y tiras las cuentas por el suelo.

En esos días solo me aliviaba quedarme contigo cuando cerrabas el bar y contarte mis penalidades y alegrías, incluidas las capilares, la sorpresa de amigos y desconocidos ante el crecimiento desbocado de mis rizos y su asombrosa perfección esférica. Una noche soñé que mi

madre me veía y no podía parar de reír. «¡Ahora sí que te conozco de veras!», exclamaba. Su alegría contrastaba con el pavor que el mismo pelo causaba en Svein. O tu propia reacción, desenvolviendo cada noche un nuevo mote como regalo: Santa Lana, por la gran aureola; Capuchino Capilar, por la bella espuma; Algodón de Azúcar, por el dulce rizo. Yo no me quedaba callada: Barbie Bruja, Glaciar Hilado, Cabello de Nieve…

Con los ojos aún húmedos por la risa, volvías a la carga con el proyecto.

—Creo que ha llegado el momento, Ben. Déjame ayudarte con el segundo ensayo.

Ya lo habíamos hablado varias veces, pero quería confirmarlo, creerlo posible.

—¿Cómo?

—No os podéis permitir romper ahora el grupo, justo en la recta final. Yo puedo hacer el trabajo de campo.

—No tenemos por dónde empezar.

—Dixon os tiene que facilitar el acceso a los pacientes. El primer ensayo está prácticamente acabado. Si quiere resultados, tiene que moverse.

—Igual se está echando atrás. Aún está a tiempo de ahorrarse una buena cantidad.

—No creo, Ben. Quiere lo pactado. Quizá os dio un plazo y poca información porque quiere que os acerquéis a él con el trabajo del primer ensayo bien avanzado y un plan concreto para acabar el segundo.

Sin darte cuenta, me estabas diciendo que, pese a tu escepticismo con el grupo, los Cuatro Fantásticos íbamos en la buena dirección. Tus palabras sostenían el piso del puerto y las largas columnas de datos. Y no solo eso: te sumaban al grupo, al que amparabas con tu claridad y tu calma, sin perder la sonrisa en aquella sala vacía y sucia, cargada del olor ácido de la cerveza derramada.

XV

Al día siguiente, el 24 de febrero de 2013, dos semanas antes del cumplimiento del plazo, propuse nuestro plan a los Fantásticos. Escogí la hora del desayuno, antes de que Svein diera su palmada de entrenador escolar para marcar el inicio de la jornada. Les dije que no seríamos capaces de cumplir el encargo. Teníamos que hablar con Dixon, pedirle ayuda para localizar a los pacientes del segundo ensayo antes de que fuera tarde. Y alguien tenía que ayudarnos con el trabajo de campo. No me atreví a decir que Loke volvía a estar mal, que el incremento de sus profecías y dislates se reflejaba en un trabajo cada vez más lento y plagado de errores, pero dejé claro que los cuatro éramos necesarios en Oslo para acabar el primer ensayo. Y añadí que la persona que se ocupase del trabajo de campo debía ser de absoluta confianza, tener experiencia con ensayos y conocer la lengua local.

—Conozco a esa persona —concluí, poniendo sobre la mesa tu currículum.

Svein lo recogió enseguida. Siri miró por encima de su hombro.

—¿La alemana? ¡Ni hablar! Es demasiado tarde. No podemos ampliar el grupo a estas alturas.

—¿Qué alturas, Siri? Estamos a punto de fracasar.

—Tenemos el primer ensayo muy avanzado —dijo Svein.

—Y no tenemos ni idea de cómo empezar el segundo.

—Pidamos entonces ayuda, estoy de acuerdo —dijo Siri—, pero sin ampliar el grupo.

—Aunque Dixon nos ayude a localizar a los pacientes, tenemos que pasarles test. Y están en Grecia y España.

—Dijimos que tú lo harías, pero has ido retrasando el viaje —dijo Siri.

—Tenemos que acabar el primer ensayo. Hago falta aquí, y tú lo sabes.

Loke se levantó de golpe. Al hacerlo, derribó su taza de café.

—¡Os iréis las dos! ¡Y vuestro chulo también! —Empezó a contonearse de un lado a otro de la sala, sin dejar de gritar—: ¡Haréis la calle en Cataluña y Macedonia! ¡Svein cobrará el dinero para Dixon! —gritaba. Luego fue bajando la voz mientras miraba por la ventana—. Y me dejaréis tranquilo con la Ley. La Ley lo sabe todo… No valen plazos ni esfuerzos, pero hay que estudiarla.

—Loke tiene razón —dijo Svein—: él tiene que quedarse solo con su Ley.

—¡La, la, la! —gritó—. ¡La Ley no es de nadie!

—Eso es, Loke, la Ley. —Y pasándole la mano por el hombro, añadió—: Tu tarea es demasiado importante para que te distraigamos. Vamos a dar un paseo. Tenemos que organizar bien tu estudio.

—Lo sabe todo de nosotros —dijo Loke mientras se ponían el abrigo.

—Os acompaño —dijo Siri.

Esa tarde, Svein y Siri volvieron solos al piso. Habían convencido a Loke de quedarse con su tía, en las afueras de Oslo. Aceptó porque decía que el puerto era un inmenso oído. Que las farolas, el pavimento y el asfalto de la calle estaban plagados de micrófonos. También todos los pisos, sobre todo el nuestro. Svein confesó entre risas que para confirmarle en su paranoia le contó que vio cómo mezclaban micrófonos con el alquitrán y el cemento de una obra del puerto. Estaba claro que la fascinación de Svein hacia Loke se enfriaba con las crisis, pero a partir de cierto punto se convertía en fastidio, mayor cuanto más nos ahogaba la fecha de entrega. Ahora solo quería librarse de él, entregarlo a su tía, que le llevaría al hospital al día siguiente. Siri no veía nada anómalo en esa forma de tratar a su hermano.

Pasé la tarde revisando el trabajo de los últimos días de Loke. Había errores en la programación de las arañas empleadas en Rayong y otras dos ciudades tailandesas, de forma que no era posible determinar si los historiales médicos de quienes tomaron NOXTRO durante al menos dos años reflejaban la ausencia de todo tipo de arritmias. Se lo mostré a Svein, que me dijo que no le extrañaba. Le advertí de que tendría que revisar el trabajo anterior, al menos de las últimas dos semanas.

—Creo que tu propuesta es razonable —dijo Svein—. Necesitamos ayuda. Por lo que he visto en el currículum, Dusana tiene un perfil ideal para el trabajo de campo. Y me encantó su definición del superdesconocido. Tendríamos que ir a ver a Dixon y presentarle nuestro plan en persona.

—¿Vas a aceptarla en el equipo? —preguntó Siri.

Por una vez me pareció que el partido no estaba amañado.

—La enfermedad de Loke será el eje de nuestro argumento —dijo Svein—. Hay que reemplazar a un miembro del equipo. Ahora bien, Dusana no formará parte de nuestro grupo, sino que trabajará para nosotros.

—Eso sin duda —confirmó Siri—. Acaba de llegar, y buena parte del trabajo está acabado. No estaba con nosotros al principio, cuando tuvimos la idea de presentarnos al concurso.

—No os preocupéis —dije—. No está pidiendo repartir las ganancias con nosotros.

—Pues habla con ella —dijo Svein—. Cubriremos sus gastos y le pagaremos, como mucho, un treinta por ciento más de lo que gane en el bar. Llamaré hoy mismo a Dixon y le diré que necesitamos verle. Tenemos que cerrar un trato que complemente nuestro acuerdo inicial y acabar el proyecto… Ya estamos tardando en cobrar nuestros doscientos mil dólares.

XVI

Dixon llevaba una gorra de béisbol sin lemas y colocada del revés, y una chaqueta vaquera a la que había prendido las insignias, la de la paz y el pez, del anterior encuentro. Seguía pareciéndome imposible decir qué edad tenía. Lo suyo era una cincuentena criogenizada, o, mejor aún, como si hubiese nacido con esos años y no los fuera a abandonar nunca. Seguía hablando igual, tocando con la punta de los dedos las gafas o el borde de la gorra para subrayar su discurso de un modo u otro. Vestía y se comportaba como en el primer encuentro, pero su informalidad parecía más deliberada, casi metódica.

Que hubiera tardado tanto en responder a nuestras llamadas tenía quizá que ver con ese énfasis teatral. Se hacía de rogar y dejaba claro que él escogía el terreno del encuentro. Recordarás que Svein le había propuesto que nosotros le visitáramos, y hasta fantaseamos con los lugares adonde viajaríamos para verle —Londres, Singapur, Crans-Montana, Baden-Baden—, pero él insistió en examinar nuestro lugar de trabajo, aunque no podría hacerlo hasta unos días después, apenas once antes del final del plazo.

Todos sabíamos que en esa reunión nos jugábamos el proyecto, la posibilidad de completar el encargo y recibir la suma acordada. Svein insistió en que no hubiera pantallas abiertas ni nada que revelase información sobre los resultados del primer ensayo. Te pidió que preparases un currículum detallado con un apartado especial describiendo cómo debían de afrontarse los ensayos en personas mayores en los países del sur de Europa.

Si estuvieras aquí, me pedirías que me centrase en cómo viví ese encuentro. «Mi Dixon» antes que Dixon. Lo intento, Dusa, no dejo de hacerlo. Recordarás que antes que nada quiso sentarse contigo un rato y os dejamos a los dos en la cocina. Apenas estuvisteis quince minutos juntos y luego me contaste que sus preguntas habían sido muy banales, centradas en tu experiencia laboral en el sector sanitario,

sobre todo en los ensayos clínicos durante la época socialista. Tus respuestas fueron breves y le remitiste en varias ocasiones al dosier que le habías entregado. Se lo presentaste en una carpeta de anillas, cómo no, que comprendía el currículum, fotos y una descripción detallada de tu experiencia profesional. En un anexo incluiste casi diez páginas de análisis sobre los ensayos en personas mayores. El cuaderno te sirvió para darle un toque más personal al encuentro y explicarle a Dixon tus capacidades organizativas. La niña checoslovaca del cuaderno de anillas seguía extendiendo el ámbito de su exploración. Imagino que recibió esta expresión de tus habilidades, tan personal y candorosa, con la sonrisa inane y la mirada blanda y vacía de siempre.

Lo cierto es que, aparte de mis impresiones, hay un elemento objetivo que desconoces y me gustaría compartir contigo. Sabes bien que no me fiaba de Dixon. Que quería situarle en su contexto, sin dar por buena la forma en que se presentaba ante nosotros, gorrita e insignia incluidas. ¿Te acuerdas de que Loke y yo llegamos más tarde al Rex? Desde la sala adyacente aproveché que Loke me tapaba al quitarse el abrigo para sacarle una foto con el móvil. La imagen era aceptable. Una de mis arañas más logradas era un programa de reconocimiento facial, la «araña de mil ojos» la llamaba, no solo recorría internet sino que era capaz de asaltar bancos de imágenes de las instituciones más celosas. Le pedí que buscara otras imágenes del mismo rostro, y nada. Nada en redes sociales, nada en la prensa y nada en archivos de más de veinte países que la criatura exploró a fondo. Por eso, y esto es lo que no sabes, tuve que recurrir a tecnologías más rudimentarias y ocultar un GPS en tu primorosa carpeta de anillas. Es cierto que la batería no duraría más de cinco o seis días, pero determinaría al menos los movimientos de Dixon tras abandonar nuestro piso, con la esperanza de que fueran relativamente estables. ¿Que por qué no te lo dije? Estabas demasiado entusiasmada con unirte a los Fantásticos para autorizar una operación encubierta como esa, apoyada nada menos que en tu currículum. Y mis sospechas hacia Dixon alcanzaban la dignidad de una manía que no podía exigirte que compartieras. En suma, no podía arriesgarme a que te

negaras.

Cuando acabasteis vuestro encuentro particular nos sentamos todos en la gran mesa del comedor. La cristalera no ofrecía mucha distracción. La niebla recortando el otro lado del fiordo, dos o tres barcos de pesca fondeados junto al depósito rojo de gasoil. En cambio, la atención del grupo hacia el visitante, situado en el centro, era palpable. La escena daba para una foto que nadie tomó, que participaba ligeramente de la iconografía de los cuadros de la Última Cena y para la que tenía hasta el título: «El villano Dixon visita la torre de los Cuatro Fantásticos».

—Queridas —arrancó él ajustándose ligeramente las gafas—, me encanta que me hayáis invitado a vuestro cuartel general antes de acometer el asalto final a los bastiones de datos rebeldes. La visita a vuestra oficina me ha gustado mucho. Se ve que es un lugar de trabajo; más aún, que todo está dispuesto, desde mesas y ordenadores hasta la taza del café y los cojines, en función de una finalidad. Es lo que yo llamo un espacio en punta de flecha… Me gusta, me gusta —insistió.

—Si no me hubierais llamado habría sospechado que vuestros datos eran fraudulentos. A decir verdad, me molestó que aceptarais empezar el segundo ensayo con tan poca información. Lo achaqué a la vanidad propia de la juventud, a vuestra falta de experiencia. En fin, os dejé hacer.

—¿Estás diciendo que fue una forma de probarnos?

—Puedes decirlo así, Siri. Y me alegra que hayáis corregido vuestra presunción con una llamada. Ahora bien, no debisteis hablar con nadie. Y mucho menos contratarlo. Os lo dije claramente: nada del proyecto debía salir del grupo, aunque os fallase un miembro, o dos, o tres. No, nunca, sin mi autorización.

Svein levantó el dedo, carraspeó, pero Dixon siguió hablando:

—En otras circunstancias, habríamos firmado un contrato con cláusulas de confidencialidad, pero ya sabéis que se trata de un proyecto extremadamente delicado. Hay mucho dinero y muchas reputaciones en juego. No solo reputaciones científicas y empresariales —dijo señalando la insignia del pez—, sino también

almas, almas en juego, que deben rendir cuentas en un juicio incomparablemente más serio.

La mirada de Dixon pasó del techo al puerto y recorrió poco a poco los distintos elementos que sobresalían en la niebla: partes del dique, algunos barcos, la silueta de algún edificio…

—No sé si os habéis parado a pensar que, cuando se sobrepasa un cierto nivel de confidencialidad, es mejor no poner nada por escrito. Por eso es tan importante no pasar por alto ningún detalle de esta reunión. Y por eso os digo que si volvéis a compartir con un tercero datos del proyecto, pase lo que pase, sea quien sea, ya no podréis lamentarlo. Lo perderéis todo.

—No habrá pagos —dijo Siri.

—Siri, he dicho dos cosas que vienen a significar lo mismo: no podréis lamentarlo y lo perderéis todo.

—No volverá a pasar —dijo Svein.

—Ya lo sé —dijo Dixon, y su sonrisa vacía cruzó un instante, como un relámpago, su rostro inexpresivo.

Svein apoyó la mano en la rodilla de Siri. ¡Cómo odiaba ese gesto! Mostraba que Svein no quería que ella hablase, pero tampoco decírselo en público.

—Loke no está ya con nosotros —siguió Dixon—. Eso no es malo, al contrario: es necesario en esta última fase. Y Svein me ha explicado las dificultades en las que os encontráis. No es una coincidencia que no hayáis sido capaces de conseguir datos sobre la ingesta de NOXTRO en los parámetros del segundo ensayo, esto es, los efectos diez años después de iniciar un consumo de al menos cinco. Ya os dije que fue un uso muy limitado y confidencial, en el marco de un ensayo clínico de larga duración.

—Aun así, ¿cómo es posible que no hayamos detectado absolutamente nada? —preguntó Siri.

—Repasemos: a mediados de los noventa, consciente de la diversidad del potencial de NOXTRO, DUGENTA decidió verificar sus efectos mediante sendos ensayos efectuados discretamente en dos países europeos.

—España y Grecia —apuntó Siri.

—Eso es, las comarcas del Solsonès y el Berguedà y alguna más en la Cataluña central, y la Macedonia Oriental en Grecia. Al principio también buena parte de la península de Salento en Italia, pero un artículo en la prensa local dejó el ensayo expuesto, por lo que fue abandonado.

—El artículo sí que lo encontramos, pero nada más. Nada en los canales de distribución farmacéutica, en los hospitales, ambulatorios o clínicas, ni en los registros de la administración sanitaria. Ni facturas ni listas de pacientes ni recetas en cientos de miles de archivos revisados. Y, sin embargo, alguna de esas instituciones debió de estar implicada —dijo Svein, y se giró hacia mí—. Ben ha hecho un examen riguroso en las dos regiones, sin ningún resultado.

—DUGENTA utilizó un solo doctor en cada lugar. Le hicieron llegar los medicamentos fuera de los canales habituales, lo mismo que los pacientes para el ensayo, muchos de los cuales venían de otras regiones, pero eso fue solo el principio… A todos los que se trataron el colesterol con NOXTRO les ofrecieron de por vida enormes ventajas: una residencia con servicios asistenciales y sanitarios de alta gama, aunque, eso sí, en otra región del país. Todo sin coste alguno.

—¿Solo a cambio de confidencialidad? —preguntó Svein.

—Y de hacer un seguimiento de su salud, esto es, de más ventajas. Así podían seguir analizando los efectos del medicamento.

—Entonces habría que acudir a esas residencias —dijo Svein.

—Es la única forma de completar el proyecto —confirmó Dixon—. La residencia de los pacientes de Macedonia Oriental está en la isla de Kárpatos. Y la del Solsonès a más de setecientos kilómetros, en Albox, un pueblo del sur de España. Ambas pertenecen a una fundación que sabe preservar férreamente la información y también filtrarla a quien corresponda.

—Ya veo —dijo Siri—: desplazando a los pacientes refuerzan la confidencialidad. Se podría hablar de un ensayo encubierto.

Dixon se puso de pie y se acercó a la cristalera. La niebla roía diques y barcos, borraba casi toda el agua y buena parte del paseo que la circundaba.

—Podrías llamarlo así, Siri; los pacientes no saben con qué criterios

les llevan examinando todos estos años, pero tampoco les importa. La asistencia médica es excelente y abarca todo tipo de prestaciones complementarias. Ellos aceptaron estas ventajas a cambio de que su condición médica fuera monitorizada, pero ¿no nos controlan de muchas otras maneras? El seguimiento habrá ido evolucionando en función de lo que se iba descubriendo de NOXTRO, pero también lo han hecho las ventajas concedidas a los pacientes. Les pasan todo tipo de pruebas y análisis, pero todo se enmarca en un relato médico individualizado, construido en aras de la máxima discreción: inexpugnable desde fuera y desde dentro. Se procura que prime la percepción de la residencia como un lugar de cuidados y ocio, con excursiones y actividades de todo tipo.

—En todo caso, es un ensayo encubierto de cara al exterior.

—Eso sin duda, Siri. En fin, dadas las limitaciones de tiempo, debemos centrarnos en una de las residencias. Quizá la que funciona de modo más laxo es la situada en Albox, Almería. Tiene cuarenta y dos pacientes. Alrededor de la mitad tomaron NOXTRO. Aceptaron otros pacientes que sirven de grupo de control y que hacen que los residentes sean menos homogéneos, menos llamativos, en caso de que alguien decida examinarlos de cerca. Albox está también mejor adaptada a la formación de vuestra nueva colega.

—Consultora, no colega —puntualizó Siri.

Svein asintió.

—Entonces, quedamos así. Buscaremos en la residencia española.

—Los trabajadores de la residencia están sometidos a protocolos muy restrictivos —dijo Dixon sentándose de nuevo y girándose hacia ti, Dusa—, pero una de las monitoras te acercará discretamente a los internos. Los irá sentando a tu lado cuando van al parque a dar de comer a las palomas u otras cosas de viejos.

—¿Por qué no les pasa ella los cuestionarios? —preguntaste.

—Imposible. No quiere ni oír hablar de tocar papeles de la residencia, ni tampoco de fuera. Tiene miedo. El dinero solo logrará que te acerque poco a poco a los viejos, y aun así tendrás que ser extremadamente discreta.

—Tendré que pasar los cuestionarios a los cuarenta y dos pacientes.

—Sí, a todos, pero es un cuestionario simple para el que os daré un modelo específico —confirmó Dixon.

—¿Cómo sabremos cuáles de los ancianos tomaron NOXTRO? —preguntaste.

—Ya estoy haciendo otra gestión para separar el grano de la paja, pero esto ya no os incumbe a vosotros. Bien mirado, el no saber qué residentes tomaron NOXTRO os hará más fiables. Vuestra intervención se librará de cualquier contaminación teleológica, por así decir, se acercará a un verdadero ensayo de doble ciego.

Por tu expresión supe que te inquietabas. La reunión tenía por objeto hacer viable el proyecto, y para eso había que localizar a los pacientes, pero también lograr más tiempo. Svein no decía nada y tú no ibas a esperar a que se decidiese o no a hacerlo.

—Entiendo que el acuerdo con mis colegas termina a principios de marzo —dijiste.

—El diez —confirmó Dixon.

—Apenas quedan once días. No hay tiempo suficiente para establecer contacto con la monitora de Albox y pasar todos los test.

—¿Cómo lleváis el otro ensayo? —preguntó Dixon.

—Muy avanzado —dijo Svein—. Apenas nos queda reunir cincuenta pacientes de los quinientos que pediste.

Svein no me pondría la mano en la rodilla, pero evité su mirada. La que me pedía que callase que también había que revisar el último trabajo de Loke.

—¿Y cómo son los resultados? —preguntó Dixon—. No, no me digas nada, entiendo que están sin pagar. Dime solo si son extraordinarios o muy extraordinarios

Me extrañó que Svein se contuviese. Que no comenzara a presumir de la eficacia extraordinaria de NOXTRO para controlar la arritmia y sus más que probables efectos en otras dolencias nerviosas. Lo achaqué al influjo de Dixon, a cómo se giraba hacia él, cómo le hablaba y le ponía la mano en el hombro. Quizá esa mano leía la temperatura de la piel de Svein, el temblor y el pulso, la sonrisa insegura en la comisura de los labios. Quizá no le hacía falta, le bastaba con el reguero de risa nerviosa de nuestro capitán.

—¡Muy extraordinarios! ¡No esperaba menos! ¡Bravo! Os daré un mes más. El diez de abril me enviaréis los resultados de los dos ensayos y recibiréis la transferencia que convinimos. No habrá más aplazamientos. Y, por supuesto, recordad lo que os dije: ni una palabra a nadie más.

XVII

A ver, Dusa, no olvido tu recomendación. El relato debe servir como testimonio común, acreditación compartida de tiempos y lugares. El día después de la reunión, Svein recibió los datos de la monitora de Albox que facilitaría las entrevistas y el cuestionario que habría que pasar a los ancianos. Tú nos dijiste que parecía un test de Alzheimer, lo que nos extrañó bastante, aunque enseguida nos aclaraste que ese tipo de test era una buena herramienta para una primera evaluación del estado mental. Era algo diferente a los estándares más conocidos, por lo que, tras buscar en vano más información en internet, nos propusiste consultar a una neuróloga amiga. Svein se cerró en banda. Te dijo que no necesitábamos tanto detalle y que no preguntaríamos nada, nunca nada a nadie que no formara parte del grupo. Siri le dio la razón y devolvió la pelota en otro lado de la pista: «Cuanto menos sepamos, mejor mediremos». En todo caso, el nuevo desafío cohesionaba al grupo. Había un nuevo plazo y una tarea bien definida. Se palpaba la confianza de que, aun sin Loke, podríamos acabar el trabajo en el nuevo plazo.

El domingo 3 de marzo fue el último día que trabajamos todos juntos en el piso del puerto. Te habíamos puesto al día de todo lo que necesitabas saber para el trabajo de campo en Albox y, tras dejar la moto en el garaje de una amiga, tú y yo fuimos hasta tu estudio, del que también te despedías. Me dijiste que una buena forma de celebrar el arranque de esta nueva aventura y familiarizarnos con el segundo ensayo era probar los productos locales.

—¿De Albox? —pregunté.

—No. De Solsona, donde se hicieron los primeros ensayos.

Me temía una búsqueda exhaustiva y con escasos resultados por las tiendas del centro de Oslo, pero me sorprendiste: habías encargado por internet tres botellas de vino de Solsona y queso y embutidos de la región. Lo colocaste todo en la pequeña mesa abatible que separaba la

cocina de la cama, en cuya esquina te sentaste para dejarme la única silla.

Brindamos y comimos. Analizamos el proyecto desde distintos ángulos: trabajarías sola, en otro país, a escondidas de la institución que acogía a tus pacientes. El riesgo era difícil de calibrar porque desconocíamos quién estaba detrás de la residencia y a quién representaba de verdad Dixon, pero el miedo de la monitora no era buena señal. En nuestra charla crepuscular mezclamos risas, vino, poemas y nuestra determinación por ejecutar un proyecto dentro del proyecto. Seguíamos empeñadas en desentrañar la intención última del encargo, no solo cumplirlo, y para ello seguir recabando información por nuestra cuenta, más allá de los parámetros de Dixon.

—Lleva siempre contigo el móvil, cargado y con memoria suficiente para fotografiar todo lo que se ponga por delante. También a los pacientes, si nadie te ve. Su aspecto puede ser revelador.

Es cierto que yo adoptaba un tono cercano al de Svein cuando ejercía de entrenador de los Fantásticos. Me apoyaba en que, pese a las canas, eras la novata del grupo. Tenía cuidado en rebajar el tono deportivo de mis instrucciones con unas gotas de ironía. Si faltaban estas, tú protestabas:

—Venga, saca ya. Y no te quedes al fondo de la red.

Y rompíamos a reír a carcajadas.

También insistías en que no me pasarías información hasta el regreso.

—No quiero que nos distraigamos la una a la otra. Vamos a estar todas muy ocupadas, y compartir información desde un lugar desconocido nos expondrá a nuevos riesgos. Y quiero darte una buena sorpresa. A ti y al resto de los Fantásticos.

—Me conformo con los titulares, Dusa, lo más llamativo de lo que vayas descubriendo, aunque dudo que a Svein le baste eso.

—Ya lo hablé con él y está de acuerdo, Ben. Siempre, eso sí, que las cosas avancen según lo previsto. En cuanto detecte el menor riesgo de contratiempo, debo avisaros de inmediato. Lo único que le importa es el resultado final y alcanzarlo en plazo.

Me pareció peculiar que para Svein la forma de asegurar un

resultado fuera dejar las manos libres al encargado de cumplirlo, pero estaba en sintonía con lo que tú querías, Dusa, con ese afán un tanto infantil de recuperar un proyecto laboral estimulante como un viejo juguete perdido. ¡Y estabas tan feliz ante el pequeño mantel de especialidades catalanas!

Al apurar la segunda copa decidiste demostrarme tu competencia lingüística cantando y recitando poemas, en castellano y catalán, que yo te iba pidiendo traducir.

—Estos idiomas son lo mejor que me dejó Pol.

Ya me habías hablado de tu matrimonio con el hijo de un exiliado de la guerra civil española. De Pol, profesor de lenguas latinas en la Universidad de Praga, adorabas la conversación, trufada de versos, canciones, idiomas.

—Los idiomas y las hijas, ¿no?

—Lo mejor —insististe—. Mis hijas son marcianas. Solo les interesan dos cosas: alejarse y acumular. Coches, casas, ropa, joyas, todo tipo de ostentación que distinga a su pequeño universo familiar y lo separe del resto de los mortales. A sus ojos, Pol y yo somos fracasados, estúpidamente idealistas, supervivientes de un pasado equivocado que casi las devora a ellas.

—Eres demasiado dura.

—Para nada. La mayor se estableció en Miami hace años y, aunque me cueste reconocerlo, la segunda ha seguido el mismo camino, solo que ha levantado su fortaleza en Londres…

—De quien apenas me has hablado es de tu primer marido.

—Michel. Éramos muy jóvenes. Y fue todo muy rápido, como corresponde a un campeón de motociclismo. Estábamos muy enamorados. Recorríamos el país en moto; yo le acompañaba a las competiciones y él me ayudaba a trasladar libros a las escuelas rurales donde trabajaba como suplente para bajas de corta duración. Aun así, en cada escuela trataba de dejar la señal de mi paso en nuevos temas o en una nueva forma de abordarlos y, si podía, siempre su reflejo en un texto. Casi siempre preferíamos ir en la misma moto, bien amarrados; unas veces conducía él, otras yo. La cosa se fue complicando con las victorias de Michel. Le reconocían en los pueblos, y su llegada daba

pie a comidas, discursos y fiestas. Y a eso añádele cada vez más viajes al extranjero. Yo tuve que pedir que me redujeran al mínimo la jornada para poder acompañarle de vez en cuando. Michel insistía mucho en que quería verme a su lado, y sus éxitos nos permitían viajar juntos, en contra de todas las prácticas establecidas. En sus viajes me hablaba de las motos italianas, de que para seguir en lo alto del podio necesitaría una de las máquinas de Augusta, la escudería de Verona. Un día me vino con que alguien de la marca le había dicho que si se pasaba a Occidente le harían líder del equipo.

—¿Y entonces os exiliasteis?

—A veces lloro de rabia al pensarlo. Cómo alguien al que quería pudo hacerme tanto daño. Nos exiliamos por el brillo de unas motos que ni siquiera eran mejores. Jamás fue capaz de darme otra razón, más allá de que él debería ser capaz de conducir la moto que necesitaba en cada momento.

—¿Y Augusta cumplió su palabra?

—Sí, sí, ni siquiera puedo echarles la culpa a ellos. Pero en la segunda carrera Michel se cayó de la moto y no volvió a ser el mismo. Seis meses después le indemnizaron y le buscaron un trabajo de compensación. Como Michel no quería estar cerca de las motos que conducían otros, la escudería, a través de un antiguo mecánico, le consiguió un puesto de policía en Ginebra. Nos instalamos allí, pero no llegué a aclimatarme, todo lo contrario que él, que se entregaba a su nuevo trabajo como una forma de alejarse de su caída: cursos, lecturas, idioma, colegas…

—Cambio de marea.

—Sí, pero para él. Cuando, de vuelta en casa, me contaba su jornada creía que estaba en medio de una pesadilla. No veía la continuidad con nuestra vida previa, ni aceptaba las consecuencias vertiginosas de una decisión ajena y apresurada. Unos meses después me volví a Praga.

—¿Y seguisteis en contacto?

—No quería saber nada de él. Creo que su decisión de exiliarse, el que me dejara arrastrar por él, torció mi rumbo. No solo con la familia y los amigos, con todo el país. El otro día en el bar hablamos del

cambio de marea, y creo que pinté un cuadro algo idealista; ya sabes, un golpe de timón al fondo de uno mismo que nos hace surcar otras aguas. En realidad, el piloto navega con lo que hay; a veces, por muy bien que maniobres no hay agua. La marea no solo cambia por una misma. Ese fue mi caso al volver. No podía soportar los cuchicheos y miradas de mis vecinos, menos aún los de los compañeros del ministerio. No quería ni imaginar lo que sería la acogida en las aulas, y decidí no tener que saberlo. Hasta que me casé con Pol, cuyo padre estaba bien posicionado en el partido, no pude reintegrarme de veras, alejar el temor a las represalias.

—Alguien devolvió el agua a su sitio.

—Aún hoy me despierto a veces con los puños apretados pensando en aquellas semanas terribles en que trataba de hacerle ver a Michel que debíamos volver juntos a Praga. Y en cómo, sin conseguirlo, decidí dejarle… Ya entenderás por qué no quería verle.

—¿Y Michel?

—Él todo lo contrario. No se casó ni tuvo críos. Una pareja medio estable durante bastantes años, me dijo. En un par de ocasiones me hizo saber discretamente, una de las veces a través de un amigo común, otra por carta, que seguía pensando en mí. ¿Cómo decía? Algo muy convencional, muy cursi… Que, sin poner en cuestión mi vida ni mi familia, esperaba una ocasión para el reencuentro. ¡Qué infantil! ¡Qué disparate! Como si él, a su manera, no hubiese rehecho su vida. Se cambió de nombre de forma ridícula. Llegó a ser el comisario jefe de la ciudad de Ginebra.

—Y pasó página.

—Eso es lo curioso, Ben, que no pasó página. El pasado septiembre se presentó en casa con un ramo de rosas rojas. Decía que me traía un regalo y sacó de su mochila un cuaderno con fotografías de más de treinta motos de la época socialista, sobre todo Jawas y CZ. Decía que quería abrir el Museo de la Motocicleta Checoslovaca y que estaba buscando un local en el centro de Praga. Quería que nos uniésemos en ese proyecto.

—Igual era sincero y solo quería una alianza entre viejos moteros checoslovacos.

—Michel no ve las motos, y menos esas motos que le dieron el éxito, vinculadas conmigo sin nada de por medio. Conozco bien su mirada. Y ¡qué casualidad!, yo me acababa de quedar sola. Pol había muerto un año antes y la hija que me quedaba en casa se había ido a vivir a Londres hacía un mes.

—¿Qué le dijiste?

—Fui más sincera que él. Le dije que volver juntos supondría echar por la borda todos los años desde que nos separamos: Pol, mis hijas, mi trabajo en el hospital, pero sobre todo la decisión de volver, de no exiliarme. Y lo curioso es que entonces se sinceró. Me dijo que quería recuperar conmigo su nombre de antes del exilio, Michal Nouvak, y dejar atrás el que se dio en Ginebra para integrarse mejor: Michel, Michel Nouval. Quería llevarme en moto por todos los lugares que recorrimos juntos. Y que yo le llevara a él por otros que ya no recordaba. Acabé enfadándome. Le dije que no podía recuperar la vida que había decidido dejar atrás, pero se arriesgaba a perder lo que sí había querido tener. Ginebra. Su profesión. Sus amigos.

—¿Y qué dijo?

—Que esa vida no valía nada. No la quería.

—Lo echarías de casa, ¿no?

—No quise acabar mal, en parte por mí misma. Le dije que yo estaba pasando mi propio proceso de duelo y readaptación. Le hablé de Pol y de mis hijas, que solo pensaban en hacer su vida y alejarse lo más posible de mí. Le dejé claro que no quería volver atrás, retomar algo que no funcionó, sino hacer otras cosas, viajar en moto por donde nunca había ido: el desierto, Asia, Escandinavia. Vivir en otros lugares, hacer pequeños trabajos que me pusieran en contacto con gentes que no conocía… No me importaba que siguiéramos en contacto, pero más adelante. Yo le llamaría en seis meses para ponernos al día.

—¿Y abrió el museo?

—No, y eso confirma mi teoría. Por cierto —añadiste apurando el vaso de vino, paladeando el último sorbo—, Solsona parece un lugar interesante.

Nos servimos otra copa.

—Pero estaba pensando otra cosa. Quizá podríamos pedirle ayuda. No digo que colabore con nosotros de forma regular, pero sí que nos facilite datos puntuales. Ha trabajado muchos años de policía en un país muy conectado con las finanzas y la industria farmacéutica, con lo que no le faltarán los contactos. Podría desenmascarar a Dixon, darnos más datos sobre DUGENTA de lo que se cuece tras el escenario.

—No lo veo, Dusa. Seguro que tiene muchos recursos, pero no deja de ser tu ex, y por lo que cuentas sus sentimientos pueden jugarnos una mala pasada. Aparte de que ahora no es la misma persona que conociste; no sabes gran cosa de él, qué compromisos tiene…Y recuerda la amenaza de Dixon para quien se vaya de la lengua. No pudo ser más claro.

Dijiste que sí con la cabeza, varias veces, como sopesando mis palabras. Luego descorchaste la segunda botella. Después de verte trabajando en el bar de Alf, había llegado a la conclusión de que eras prácticamente abstemia y nada festiva, pero no, «otra más», decías, sirviéndome vino y atacando una canción imposible, «Al carrer dels quatre llits», que tratabas de traducirme.

—No entiendo

—No me extraña. Es una canción hermosa, pero larga y complicada. Algo así como que la puta Hermandad y la puta Libertad merodean, pobres, por las esquinas de la calle de las Cuatro Camas para buscar viejos amantes y nuevos amigos. Y dan gratis el amor. La gente sencilla busca el calor de su pecho. «Cuerpos humildes que inventan gestos, se convierten en dioses de la noche». Ante ellos están los fríos atletas de la dignidad y los buenos sentimientos, pero al pueblo no le inspiran confianza.

Como no la recordabas bien, la pusiste en el móvil para acompañarte. Estaba compuesta de partes muy distintas: una voz muy emotiva, con poca instrumentación, seguida de una especie de fanfarria que se convertía luego en un extraño himno. La letra era aún más enrevesada y estaba llena de textos misteriosos. Te hice repetir varios de ellos. Mientras la puta Cultura y el chapero Bienestar bailan, los atletas «fachandean», exhiben un cuerpo bello y agresivo y hablan de un mañana mucho más feliz. A esos atletas nadie los recuerda

haciendo el amor en nuestras camas. Acabaste de cantarla mientras apuraba mi copa y volvía a servirme.

—¿La repito?

—No, no. Ya lo entiendo todo. Con esta copa hasta lo veo: la calle, la puta Hermandad, la puta Libertad… los castos atletas a lo lejos. Cántame otra —exigí entre risas.

Cuando te quedaste ronca, ya medio borracha, te pregunté en qué lado del Muro echaste los mejores polvos. Tus mejores polvos fueron siempre comunistas. Y podías probarlo: cuando desertasteis, tu marido empezó a follar como si estuviera en la cadena de montaje.

—En serio —insistí—, ¿cuál fue tu mejor experiencia sexual?

Me hablaste de Michel, de una mañana que hicisteis el amor en el bosque, al borde de un arroyo, no lejos de un pueblo donde tenías que hacer una sustitución. Fue la comunicación con la naturaleza, el viento en las ramas, el rumor del agua, el olor de la tierra, pero era también todo lo que te había llevado hasta allí. Michel acababa de ganar su primer campeonato internacional y ambos habíais salido en la televisión checoslovaca montados en la moto de la victoria. Allá adonde fuerais juntos, las escuelas a las que él te acompañaba, los cafés en que entrabais, la gente se acercaba a felicitaros. Os agradecían la victoria, que no era solo de Michel, ni suya y tuya, sino de todos. Intenté que precisaras un poco más la experiencia sexual concreta, las posturas, los gestos y las palabras, pero nada.

—Es sobre todo lo que rodeó el encuentro, Ben. Más la química que la mecánica. ¿Y tú?

—Oh, no, para mí fue el encuentro mismo. Sobre todo la mecánica —respondí—. Y ni siquiera follamos.

—¿Loke?

—Sí. Nunca nadie me ha comido así el coño. Tres noches seguidas y luego nunca más. Y te juro que fueron distintas, pero en las tres veía el firmamento encendiéndose y apagándose mientras me lamía, destellando entero cuando me sujetaba el clítoris entre sus labios. Fue hace años, pero aún me masturbo recordándolo.

Dusa se echó a reír.

—Pues te deja muy pensativa.

—A veces le doy vueltas a lo que sentiría él, lo que imaginaría mientras le tenía entre mis piernas. Si él también veía las estrellas. O una ristra de datos en la pantalla de su ordenador, cualquiera sabe. O esa Ley, la que dice que lo sabe todo y que solo él sabe descifrar dentro y fuera de la pantalla… Quizá sea mejor dejarlo así.

—No, no, tienes que saberlo. Tuvo que sentirlo muy dentro para transmitirlo así. Pregúntale.

—Sí, quizá algún día, si deja de desbarrar y encuentro la forma de hablarle de esas noches.

—Mientras tanto, ve imaginándolo. Dibújalo. Escribe. Imagínale imaginando. Así preparas la conversación que tendréis.

Negué con la cabeza, escéptica.

—Loke me deja en blanco. Me pareció muy acertado que le llamaras «superdesconocido»; es de las pocas cosas en que estoy de acuerdo con Svein: no sé qué pensar de Loke. Y no solo de aquellas noches.

Vaciaste la botella en los dos vasos y me pusiste la mano en el hombro. Al verte los ojos chispeando, las arrugas finas que los circundaban, estirándose al máximo, pensé que le agradecía a Loke tu sonrisa y la piel sonrojada que nos unía, pero que ya se podía ir, que nos dejara solas. Tú tenías otras ideas. Hipaste.

—Déjame ayudarte, Ben. Pondré por escrito algo de lo que sintió Loke esas tres noches. Y te lo traeré a la vuelta de Albox, con los resultados del ensayo.

No me importaba tu insistencia. Me pareció un brindis al sol, una promesa surgida del vino de Solsona y la celebración de despedida, del eco efímero de la calle de las Cuatro Camas en tu apartamento. Y, además, tú estarías a un lado y otro del papel cuando Loke inclinase la cabeza entre mis piernas.

XVIII

El lunes te acompañé al aeropuerto y nos dimos un gran abrazo. Hombro con hombro, cabeza con cabeza, los ojos cerrados en una inmersión larga que me dejó en una orilla que no reconocía, sola, llorando en el tren de vuelta a casa. Me llevaba la yema de los dedos a los labios porque en medio de la inmersión tocaron los tuyos un instante antes de separarnos.

Ese beso me parecía un anticipo, una puerta. Como un primer paso para quien aguarda la ocasión, la atesora y prepara. Ya no quería que me trajeras nada de Loke a tu vuelta de Albox. Ninguna reflexión sobre él, por lúcida y teñida de ti que fuera. No. Solo te quería a ti en mis brazos. Temía que para ti fuera diferente. Dejar pasar la fiesta en tu casa, contentarte con un beso, era otra expresión de la ilusión experta. Bastaba llegar hasta ahí, la frontera del beso, para recuperar todo el sentimiento del instante, la conjunción de nuestro acercamiento y la despedida. Aunque la canción de la calle de las Cuatro Camas resonaba aún en mis oídos, no pensaba en los atletas de los buenos sentimientos. No. Nunca en esos atletas fríos y distantes que nunca conocerían mi cama.

Habías alquilado en Albox una vieja casita porque era luminosa y estaba en el centro, porque no era cara y sobre todo porque el propietario te la reservaba dos meses, pero le pagabas semana a semana, y aceptaba que la dejases cuando acabases sin penalización. Nos hablábamos cada dos o tres noches. Yo te contaba el nerviosismo de Svein y Siri y la falta de evolución del estado de Loke, que seguía ingresado. Tú me repetías que el encargo te entusiasmaba. Era un proyecto del grupo, pero tú tenías una parte bien definida que dirigías por tu cuenta. Los datos eran solo tuyos hasta que encajaran, de golpe, en el proyecto común.

Mercedes no te dio los nombres de los residentes por adelantado. Los ibas conociendo según te los llevaba y les pasabas los test, pero te

negaste a facilitármelos según los ibas sabiendo. De nuevo, todo llegaría completo al final. Esta forma de proceder la envolvías de pura cháchara para entretenerme, para evitar —eso sí, con mucho cariño— que me pusiera insistente con las preguntas. Me contabas el método que seguías cada mañana para realizar las entrevistas a los pacientes, cómo te acercabas al parque o a la plaza convenida a la hora del paseo de los residentes, cómo la monitora te los acercaba, pero nada más, aparte del «ya verás» y del «muy bien», de los resultados que ibas obteniendo y que nos reservabas, completos, para el final.

Siempre me contabas las respuestas que los residentes daban a tu pregunta favorita del test: «¿En qué se parecen una regla y un reloj?». Ese día una anciana te había respondido que los dos hacían daño.

—Con la regla le atizaban en la escuela. Y asimila el reloj con la edad —propuse como interpretación, pero tú habías escuchado ya demasiadas respuestas para seguir buscándoles explicación.

—Los dos se tuercen —me dijo ayer un señor muy educado.

Ambas respuestas podían haber sido pronunciadas por Loke. Por mucho que presumiera de que solo él conocía el código de la Ley, que los demás nos quedábamos en la superficie de los hechos, su regla y su reloj siempre acababan por enviarle al psiquiátrico. No dejaba de ser una paradoja que la Ley que lo gobernaba todo y solo él conocía tratara tan mal a sus más cercanos servidores.

Los primeros días no dejabas de repetirme que nada podía haber más opuesto a las jornadas oscuras del bar de Alf que aquellas calles blancas bajo el cielo azul. Hasta las conversaciones, a veces delirantes, con los residentes te parecían claras en comparación con el ajetreo infernal y los clientes distópicos del sótano oslense.

Y el trabajo no era sencillo. Mercedes, la monitora, quería cumplir contigo por las razones que fueran, pero no se permitía la mínima expansión. Te daba acceso a los pacientes con cuentagotas y evitaba cualquier conversación que fuera más allá de la colaboración programada. A menudo no llevaba a los pacientes acordados o cancelaba la salida, y te explicaba que ese día la acompañaba un colega del que no se fiaba o que habían programado nuevos exámenes para el paciente. No quiso dejarte ver ninguna documentación, menos

aún entregártela.

A pesar de las dificultades, a finales de marzo casi habías acabado. Pensábamos que lo harías antes incluso que nosotras, que seguíamos revisando el trabajo de Loke y atacando al tiempo varios hospitales tailandeses, pero de golpe todo cambió. La monitora te anunció que un grupo de residentes, entre los que estaban los seis que te faltaba examinar, saldrían de excursión en un viaje que les llevaría al otro extremo del país: Úbeda, Baeza, Sevilla, Mérida, Hervás. Esto trastocaba en el peor momento toda tu programación. Le dijiste que alquilarías una moto y los acompañarías discretamente, pero de cerca. Utilizarías el mismo hotel para facilitar los encuentros, pero solo cuando fuera bastante grande y tu cercanía no llamase la atención. No te rendías. Aunque solo pasases un test cada día, aun perdiendo algunos días por percances y visitas turísticas, el 10 de abril por la mañana, desde Hervás, la última etapa del viaje, nos remitirías los resultados de los cuarenta y dos pacientes.

Svein te había dado un sobre con dos mil euros. Había insistido en que, cuando quedaran pocos días para acabar la tarea, se lo dieses a la monitora y le dijeras que se trataba de una propina «por fuera y por encima del acuerdo que tuviera con Dixon».

—¿Con quién? —preguntó la monitora mientras miraba dentro del sobre.

—Del acuerdo que tenga para colaborar conmigo. Da igual con quién —contestaste tú.

—No sé de qué habla, Dusana. No le parezca mal, pero mi ayuda vale mucho más —dijo ella. Deslizó el sobre de vuelta por encima de la mesa—. No quiero arriesgarme a que alguien sepa que acepté su dinero.

Tu vida en Albox había alterado mi rutina y los días pareados en trabajo y bar se disolvieron en una jornada continua y amorfa. No me interesaba bajar al bar de Alf si tú no estabas y, en todo caso, teníamos tanto trabajo que muchas noches tampoco el resto del equipo bajaba. Y luego estaban los nervios de todos, la desesperación de Svein. Un proyecto que durante meses tratamos todos juntos como si estuviera controlado se convertía de golpe en una vorágine de prisas

y trabajo a destajo, desdoblado en dos focos paralelos, para cumplir el plazo en el último minuto.

Nos faltaba obtener aún treinta pacientes del primer ensayo. Apurábamos a marchas forzadas las rutas de acceso a las bases de datos de un par de grandes hospitales de Bangkok inesperadamente bien protegidos y, mientras cedían sus defensas, intentábamos desvalijar otro centro en Samut Prakan, una operación que se saldó con información de doce pacientes con arritmia que tomaron NOXTRO. Nuestro único horizonte, línea a línea, estaba en la pantalla y el calendario, sobrepuestos uno al otro. Siri tuvo la idea que nos hizo sobrepasar con creces, en el último minuto, la cifra de quinientos pacientes reclamada por Dixon. Ella se había fijado en que en el historial de varios pacientes tailandeses figuraba la mención de centros de la misma cadena en Singapur y Malasia. Se trataba de cambios de residencia que nos habían impedido comprobar los efectos de NOXTRO en medio centenar de pacientes. Al orientar nuestras arañas a los centros extranjeros, que contaban con una arquitectura de datos semejante, los datos que faltaban empezaron a saltar completos a la pantalla. Era el 9 de abril y contábamos con quinientos veinte pacientes, pero estábamos tan agotadas que no fuimos capaces de bajar al bar de Alf a celebrarlo. Y teníamos que descansar, esta vez sí; al día siguiente por la mañana contábamos con recibir los resultados de tus cuarenta y dos pacientes, que, unidos a los del primer ensayo, remitiríamos por la tarde a Dixon.

Svein me dijo que te llamara para darte la buena noticia, pero yo ya había hablado contigo por la mañana. Te había anticipado los primeros resultados de los centros extranjeros y ya sabías que cumpliríamos con creces el encargo esa misma tarde. Tú me habías confirmado que nos enviarías los datos de tus pacientes al día siguiente. Además, te imaginaba volviendo de pasar el último test o preparando las gráficas con que querías presentar tus extraordinarios resultados. Lo cierto es que nuestra conversación no había acabado bien y no quería volver a llamarte. Eran solo las nueve, pero, para hacer algo de tiempo antes de acostarme, decidí volver a comprobar los movimientos de Dixon en el GPS. No había dudas: Dixon había

volado hacía ya un mes hasta Budapest y no se había movido de allí en los cinco días siguientes a su reunión con nosotros, antes de que se perdiera la señal.

A las diez y media de la noche me desperté. Me desvelaron los rugidos de la Tigresa, sus resultados extraordinarios. Lo había visto venir, pero solo ahora me daba cuenta de su verdadero alcance. El viejo NOXTRO tenía efectos curativos innegables. Más del ochenta por ciento de los pacientes con arritmia dejaron de tenerla después de tratarse el colesterol con ese medicamento. No podía dormir. No dejaba de darle vueltas a algo que me habías dicho por la mañana.

Me habías contado que en Hervás llovía sin parar y que anunciaban una fuerte tormenta para la noche, nada que ver con la luna solitaria que veía desde la cama por la ventana, surcando el cielo despejado de Oslo. Te había anticipado nuestros resultados y me habías respondido que los tuyos también serían extraordinarios, pero no me habías querido explicar nada más. Ni una palabra hasta que lo tuvieras todo listo. Insistí en que me dijeras algo. Barbie Bruja. Glaciar Hilado. Protesté y hasta llegué a enfadarme, criticando tu desconfianza, la vanidad de querer reivindicar tu parte del trabajo y sorprendernos. Entonces me dijiste que tus resultados irían más allá de lo que Dixon había pedido.

—¿Qué quieres decir con que irán más allá?

—Dixon se contentaba con que completáramos los ensayos a los cuarenta y dos internos.

—Exacto. Esa es nuestra tarea. Él discriminará luego quiénes tomaron el viejo NOXTRO.

—Yo se lo diré. Le diré quiénes tomaron NOXTRO. Y es más: todos ellos tienen el mismo resultado en el test.

—¿Cómo es posible?

—Ya verás.

—Dime solo cómo los has identificado. ¿Cómo sabes quién tomó NOXTRO? —pregunté.

—Por el doctor que se lo recetó: un tal Torné, que ejercía en Solsona.

—Estuve meses tratando de localizar clínicas y doctores de Solsona

vinculados a NOXTRO. ¿Cómo lo has encontrado tú sin buscarlo?

—Él me encontró, o mejor, encontró a sus pacientes. Yo iba detrás de los residentes, que visitaban la judería, esperando una ocasión para que la monitora me facilitase la siguiente entrevista. Cuando empezaban a subir al castillo, vi que se detenían a la altura de otro grupo que bajaba la misma cuesta. Varios pacientes rodeaban a un hombre mayor que los saludaba efusivamente, a unos en catalán y a otros en castellano.

—¿Los conocía?

—Muchos habían sido pacientes suyos en Solsona. Torné fue el doctor utilizado por DUGENTA para el ensayo.

—¿Cómo no le localizamos antes?

—Recibía el medicamento directamente de la empresa y solo rendía cuentas ante ella. Y se fue a vivir a Francia en cuanto acabó el ensayo. Hace unos meses enviudó y volvió a Solsona.

—¿Qué hacía en Hervás?

—Cuando se cruzó con los pacientes iba en una visita guiada por la judería, pero no es una coincidencia, Ben, ya te contaré.

—¿Y cuáles son los resultados?

—Mañana los tendréis. Esta tarde tengo que pasar el test a un último paciente. Por la noche acabaré de compilarlo todo y mañana lo enviaré. Antes haré un par de gráficas que os dejarán aún más boquiabiertos…

—No me parece bien.

—Apárcalo ahora, Ben, mi Vellocino de Ébano. Por cierto, ¿sabes que Michel me llamó ayer?

—Pero no descolgaste el teléfono.

—Sí, sí que lo hice. Ya sé que había quedado en llamarle yo, pero ha dejado pasar con creces los seis meses que le pedí. Y, además, lo que se va perfilando es demasiado grande, Ben: necesitaremos la ayuda puntual de la que te hablaba el otro día.

—¿Le contaste algo?

—No, solo le dije que estaba acabando algo importante, pero que le llamaría en un par de días para pedirle consejo. Quiso saber más y le dije que quería localizar a un tipo, y saber algo más de una empresa

farmacéutica que podría haber cometido irregularidades. Esto último le dejó bastante inquieto. Me preguntó en qué andaba metida, pero no le dije nada más. Solo que le llamaría sin falta en un par de días.

—Te dije muy claramente que no le contaras nada. No es solo Dixon. Es un trabajo de equipo, Dusa. Si no lo ves con los Fantásticos, mira el equipo que tú y yo formamos. No vayas por tu lado.

Me incorporé, sentándome en la cama. La luna solitaria que asomaba sobre los tejados me hacía pensar en la lluvia que debía estar cayendo a esas horas sobre Hervás y de nuevo en nuestra conversación de la mañana. Tenía demasiado presente el enfado con que nos habíamos despedido. Y la inquietud que me causaba este segundo incumplimiento con Dixon. Enfado, miedo, pero no era solo eso. Estaba confusa. Ilusionada por los resultados que me anunciabas, que conocería en unas pocas horas, e irritada porque no los hubieras concretado ya.

Eran casi las doce, pero me puse las zapatillas y crucé el pasillo en busca de Svein y Siri. Contarles la conversación contigo me calmaría, acallaría mis dudas. Me llamaba la atención que quisieras darle a Dixon, así, sin más, la información que habías obtenido más allá de la tarea asignada. Era como si te dejases llevar por el éxito, como si estuvieses fascinada por el buen resultado de tu tarea. Tu flamante pieza del puzle común. El modo frenético con que llamaba a la puerta de los tenistas mostraba que quizá yo también me dejaba llevar por la pura mecánica del proyecto y sus objetivos. Era un entusiasmo contagioso, seguro, pero, pensándolo bien, nos dejaba más nerviosos e inquietos que alegres.

Estábamos a dos pasos del final, pendientes de un correo para enviar otro. Era lógico que no pudiéramos dormir, que nos despertásemos unos a otros. Claro que no les conté a los tenistas que la conversación con Dusa había tenido lugar por la mañana, ni les hablé de Michel ni de Torné, pero les transmití mi entusiasmo y los buenos indicios sobre los resultados de Albox. Ni a Svein ni a Siri les importunó mi visita; al contrario, me acogieron con sonrisas, palmeando un lugar en la cama para que me sentara entre ambos. Me parecía que todo encajaba, hasta mi chándal gris entre sus pijamas de

fantasía. Para Svein la presentación gráfica era una gran idea que realzaría el impacto de nuestros resultados. Seguiríamos tu ejemplo. Todo lo que quedaba por hacer era accesorio, decorativo: gráficas, un último repaso de los elementos formales, un correo para el envío. Nos propusimos repasarlo todo y escoger un par de tablas vistosas, los Tres Fantásticos juntos. Sería al día siguiente, el jodido miércoles 10 de abril por la mañana, tras el desayuno.

XIX

Tenía los dedos entrelazados en el pelo, con el índice ensortijado en su lana sedosa y negra, algo que hacía de niña y que, poco a poco, con el pelo más largo, me descubría recuperando. En ese dedo se enredaba la niebla que el día anterior subía a las cristaleras desde el agua. La niebla blanca donde desaparecían los barcos, la gasolinera, el muelle. Pero también la niebla oscura que volvía a fondear los barcos a la deriva, devolvía los muelles a su sitio, los hangares a su color. Y enredada en la niebla estabas también tú, Dusa, cediéndome el cabello liso, hilo frío que se iba rizando, oscureciéndose hasta llegar a mi extremo.

¿O era al revés? Porque la niebla estaba en el cuarto, era luz que entraba a raudales por la ventana. Siri, que me despertaba cada mañana con su forma descuidada de moverse en la cocina, había debido de quedarse dormida. Me restregué los ojos: las nueve y media. No había mensajes tuyos. No quería llamarte aún por si te habías acostado tarde, puliendo tu deslumbrante trabajo perfecto. Me puse a pensar en el formato de gráfica que le iría mejor al primer ensayo. Algo sencillo y llamativo que encandilara a Siri y Svein cuando se despertaran. Me levanté y anduve hasta la puerta del comedor: no estaban los portátiles, ni los dos que compartía con Loke ni el resto.

Estuve un rato sentada en el comedor, mirando al puerto. La bruma anegaba la explanada, los edificios y ambos diques, roía el borde del agua y del cielo. Lo fundía todo en una masa indistinta, informe, a la que se asomaba, como a un espejo, mi somnolencia embotada. Faltaba uno de los dos barcos fondeados junto a la gasolinera, pero era incapaz de decidir si estaba oculto por la bruma o había levado anclas. Me levanté de la silla para prepararme un café y al pasar por el recibidor vi solo mis botas y mi abrigo. Los dos tortolitos habían salido a desayunar, me dije mientras abría el frasco de café, pero no llegué a servirme: los dos pares de botas se sumaban de pronto a los

ordenadores. Enrosqué el dedo en el pelo y volví al salón. Tampoco estaba el viejo portátil de repuesto que Siri llevaba al parque o al café y dejaba cargando cada noche en el suelo. Abrí los cajones. Ni las memorias externas en las que guardábamos las copias de seguridad. Corrí a la habitación de Svein y Siri. La cama estaba deshecha, pero no había nadie, ni nada en los armarios. Sus teléfonos no respondían.

Sin salir del cuarto, llamé a la tía de Siri. No sabía nada de su sobrina y Loke seguía ingresado, sin fecha prevista de alta. Luego te llamé y no tuve respuesta. Quise creer que aún dormías, que habías decidido acabar el trabajo por la noche y te había llevado más tiempo del previsto. Igual incluso te habías enfadado por la forma abrupta en que di por terminada la llamada el día anterior, después de que me contaras la conversación con tu ex. Salí a buscar a Svein y Siri. Quizá habían decidido preparar las gráficas en algún café, pero ¿por qué faltaban todas sus cosas? Pasé por los lugares habituales, incluyendo el Rex, un par de bares más alejados y hasta por el antiguo apartamento de Svein, donde había un nuevo inquilino que no sabía nada. Sus teléfonos seguían sin dar señal. Igual que el tuyo, pero recordé que habías mencionado el nombre del hotel: Sinagoga. No contestabas en la habitación. En recepción me dijeron que te darían el mensaje de llamarme urgentemente. Aún no habías entregado la llave, pero igual la dejabas en la habitación porque la cuenta ya estaba pagada.

Sabía en qué calle vivía la madre de Svein, pero no en qué edificio, y su número no estaba en la guía. Aun así, a falta de otras ideas, caminé arriba y abajo de la calle, entré en un supermercado y otras tiendas cercanas, hasta que me di cuenta de que no la había visto nunca. Entonces pensé en el plazo, en el proyecto, y corrí hasta el trastero de casa de una amiga en el que guardaba un par de maletas con libros, papeles y cachivaches, entre ellos un viejo portátil. Me conecté allí mismo al servidor de la nube en el que teníamos todo alojado. La cuenta estaba vacía, no había ni un solo fichero. Ni las bases de datos de los hospitales ni las listas de pacientes e historiales clínicos. Ni rastro tampoco de los programas de las arañas. Seguí corriendo hasta el bar de Alf y esperé hasta que llegó. Estaba muy

desmejorado. No sé si borracho o enfermo, o ambas cosas. No había visto a Svein ni a Siri, o igual sí, porque no sabía quiénes eran. No tenía ningún mensaje de ellos para mí. No sirvió de nada recordarle que eran clientes del bar desde hacía más de cinco años. Ni describirlos con todo detalle. No quiso ponerme un café. «Te puedo poner una cerveza», dijo. Y también «Esto es un bar», aunque estaba justo al lado de la máquina del café.

Me tomé dos cervezas y volví a llamarte. No dabas señal. Tampoco contestaba nadie en tu habitación. Entonces puse los brazos sobre la barra, apoyé la cabeza y me eché a llorar.

EL LIBRO DE DOS

I

Si quería escribir contigo este cuaderno, Dusa, adentrándonos de la mano en esta aventura, ¿cómo es posible que acabe compartiendo lápiz y papel con alguien que pertenece a tu pasado, justo la persona que no querías ni ver? Extraño, ¿verdad? Pero déjame explicarte. Este no es un cuaderno común, Michel y yo no podemos escribir lo mismo, darnos reflejo una al otro. Nuestras perspectivas difieren demasiado, y sigo pensando que la suya es radicalmente ajena a ti. Contraria a tus deseos y expectativas, lo que explica que antes de todo este lío fueras tan reticente a verle e incluso a hablar con él. No puede haber entonces un relato único, pero sí un texto que vehicule los puntos de vista de cada cual de forma transitoria. Un transporte textual que línea a línea nos conduzca a los dos a cumplir la parte coincidente de nuestros objetivos, dejándonos a cada uno subir y bajar donde queramos en esta travesía y, al cabo, seguir cada uno por su lado.

Esta colaboración provisional tiene que ser posible. Nuestra perspectiva es diferente y hasta opuesta, pero ambos nos dirigimos a ti, Dusa, y, sobre todo, ambos te estamos buscando. «El libro de dos» no es un libro común ni conjunto, pero nos servirá para acreditar e impulsar esa búsqueda. Y me dirás que si «El libro de dos» contiene la colaboración con Michel no debe empezar hasta que ambos nos encontremos. Que yo estaba sola cuando lloraba en el bar de Alf y seguí sola mientras te llamaba o cuando buscaba en Oslo a alguien que me diera razón del paradero de los Fantásticos. Y aún estaba sola al día siguiente, cuando compré un billete de avión y viajé a Oporto y en el taxi que me condujo a Hervás. Es cierto, pero también lo es que tomé todos esos pasos sin que aflorasen plenamente a la conciencia. Ni siquiera Oporto era el mejor destino, lo vi cerca en el mapa y era el siguiente vuelo. Era como si el agotamiento mental, sobrepasado cierto punto, me pusiera sin reflexión en una pista que recorría por inercia.

Una pista que no era solo mía, porque los pasos que dio Michel por su parte, en paralelo, coincidieron bastante con los míos. También salió enseguida en tu búsqueda, aunque en moto y desde Ginebra, y acudió también al lugar donde te alojabas. Ir al lugar de la desaparición es un paso lógico en cualquier búsqueda, dirás; por eso se puede llevar a cabo sin pensarlo, automáticamente. Y estaría conforme contigo, Dusa, pero, además de todo esto, los dos tomamos por separado una decisión singular, un desvío que nos reunió fuera del camino previsto, por así decir. Y al perder a la vez el paso nos encontramos.

Nada permitía prever ese desvío. Déjame darte un par de pinceladas de esa búsqueda engañosamente solitaria, una vez que llegué a Hervás. Hay una imagen que resume bien la intensidad de mi esfuerzo. Había acabado de rastrear la ciudad y subí a su punto más elevado, la torre del castillo. Era una forma tanto de echar un último vistazo como de comprobar la extensión de mi fracaso. Cuando llegué a Hervás llovía, debían de ser los restos de la fuerte tormenta de la que me habías hablado, pero fue escampando mientras recorría sus calles y al subir al castillo el cielo estaba ya casi despejado. Giraba en el sitio, repasando una y otra vez con la mirada las callejas encaladas que subían hasta donde estaba. Más allá, el barrio nuevo con sus calles paralelas y plazas amplias, el parque. Aún más lejos, la carretera y el río corriendo cuesta abajo, persiguiéndose, jugando a soltarse y atraparse.

Necesitaba una mirada amplia y precisa, como una red de malla tupida. La lanzaba lejos sobre el parque y la iba trayendo despacio. La llevaba desde los árboles al hotel. Nada. Remontaba las cuestas, buscando el trazo de sus vueltas y revueltas, bifurcándola, ganando altura, mientras las casas se espaciaban. Había recorrido a pie el pueblo entero, y pensé que la mirada aérea, desde el punto más alto, daría con elementos que hubiera pasado por alto. Pero ¿qué mirar? ¿Cómo pensar que pudieras estar en estas calles sin dar señales de vida ni responder a mis llamadas? Tu teléfono había dejado de dar señal poco después de que yo aterrizase en Oporto. Desde el taxi que me llevó a Hervás había intentado contactar con Mercedes, la

monitora que te ayudaba, pero en la residencia de Albox, tras pasarme a varias personas al teléfono y tratar de averiguar quién preguntaba y las razones de mi llamada, me dijeron que no tenían ningún empleado con ese nombre.

Desplegaba entonces la mirada por el parque, tratando de localizar dónde podrías haber dejado la moto que habías alquilado. Que apenas hubiera visto motos de gran cilindrada y ninguna sin su dueño me parecía buena señal, daba pie a pensar que la tenías contigo. Al recoger la mirada, trayéndola de nuevo hacia el castillo, me descubrí demorándome en un huerto y un terreno baldío. Era como si la mirada se trabara en esos dos puntos, una y otra vez. No tenía sentido, pero contemplaba la posibilidad de que alguien te hubiera acorralado allí, aprovechando quizá un paseo solitario. Y aguantaba allí la mirada, apretando la mandíbula, dispuesta a llevar la hipótesis adelante, segura de que no iría lejos, porque ¿qué se podía hacer en esos parajes si la estrechez de las callejas impedía acercar un coche para trasladarte a la fuerza o ya inerte? Si la propia agresión y cualquier intento de enterrar o desmembrar tu cuerpo —perdona, Dusa, por pensarlo siquiera— sería visible desde un punto más alto, la ventana de otra casa o el mirador del castillo donde me encontraba.

La panorámica desde el castillo era una comprobación final, una forma de envolver mis recorridos a pie de calle con un último rastreo visual. Los pensamientos escabrosos e irracionales que ensombrecían esa mirada mostraban que la búsqueda en Hervás no daba más de sí. En unos pocos comercios situados en esquinas transitadas había mostrado una fotografía tuya. Nadie sabía nada. En el hotel tampoco, más allá de que te alojaste allí las noches acordadas, que sí, coincidieron con las de un grupo de ancianos que viajaban juntos. La habitación estaba abonada. No habías utilizado el parking del hotel, y no, no recordaban haberte visto en moto.

No me quedaba nada por hacer allí. Pasaría por Albox, a ver si tus cosas seguían en la casa que habías alquilado. Pero, en todo caso, ya estuvieras en Albox o de vuelta en Oslo, ¿por qué no me contestabas? ¿Debía asumir que te habías ido voluntariamente y me habías dejado plantada? Eso era, al parecer, lo que habían hecho los Fantásticos. La

noche anterior había conseguido hablar con la madre de Svein y la tía de Siri, y ambas me habían confirmado que los dos tortolitos estaban bien y que estarían de viaje varios meses. Habían llamado a sus familiares, pero no habían querido decirles ni dónde estaban ni por cuánto tiempo estarían fuera de Oslo. Que tú hubieras podido hacer lo mismo me dolía, pero más aún me tranquilizaba. Si era así, nada te había pasado. Yo era la única damnificada, aunque enseguida desechaba esa posibilidad. Podía imaginar que Svein y Siri se fueran sin avisar, que mediara alguna razón turbia e inconfesable, seguramente vinculada al dinero de Dixon, pero no Barbie Bruja. Glaciar Hilado. Cabello de Nieve. Ni hablar, me repetía mientras caminaba aprisa, deshaciendo la madeja de calles de vuelta al hotel. Tú no, Dusa, me decía, negando que esto fuera lo que se veía desde la orilla abandonada por la marea. No era razonable, pero sobre todo no podía admitirlo. Si lo hacía, si lo pensaba, si dejaba pasar la duda, me cercaba un frío demasiado familiar y las manos corrían a los bolsillos. Dusa no. Y seguía repitiéndolo al entrar en el cuarto, cerrando el paso a la duda. ¡Dusa no! ¿Es esto tu cambio de marea?

II

El chasquido de la puerta me despertó. Estaba fuera de la habitación, desnuda, sin llave. Empujé la puerta un par de veces, respiré hondo, y eché a andar despacio por el pasillo oscuro. Sobre el panel de los ascensores, el reloj marcaba las tres y media.

Sonreí. Qué otra cosa podía hacer, dirás, imaginar la reacción del que se cruce conmigo en el hotel y sonreír: voluminosa mujer negra escrutando el pasillo con los ojos ojerosos, enrojecidos por el sueño, y el afro subido. Y un pequeño detalle más: desnuda, paseando de madrugada por el pasillo del hotel sus posaderas contundentes y los pechos grandes. Sí, muy chistoso, pero no sonreía por eso. Podría haberme levantado medio dormida y haberme dejado la llave, e incluso haber olvidado vestirme, pero no me había confundido, como pensé al principio. No, no había tomado la puerta del cuarto por la del baño. Estaba de camino a recepción, rumbo a lo «superdesconocido», conforme al razonamiento que había seguido en sueños.

Afortunadamente, la puerta del ascensor se abrió a un vestíbulo desierto, en penumbra, y aceleré el paso hasta alcanzar el mostrador. Probé a doblar las rodillas para utilizarlo de parapeto, pero era absurdo, mejor la desvergüenza que el ridículo. Tomé un papel y escribí tu nombre. Toqué el timbre dos, tres veces, y un joven con el pelo alborotado acudió a mi llamada frotándose los ojos y reprimiendo un bostezo para darme las buenas noches, corrigiéndose con los buenos días.

—Quería otra habitación para esta noche.

—Déjeme ver. No sé si tan tarde se la podremos cambiar.

—No tiene que cambiarla. Basta con que me dé una segunda habitación. Justamente la que ocupó esta persona hace diez días —dije, tendiéndole el papel.

Él lo puso sobre el mostrador y encendió el ordenador.

—¿Va a ocupar las dos?

—No sé si seré capaz de ocuparlas al mismo tiempo, pero las voy a pagar esta noche y mañana me cambiaré a la nueva. Deme también una copia de la llave de la que tengo ahora, la 57. Salí sin ella sin darme cuenta.

—De acuerdo —dijo él acercando el papel al terminal del ordenador, pero sin llegar a encenderlo—. Vaya —añadió leyendo el papel—. No hace ni una hora me pidieron lo mismo. La 219. Dusana Zikova. No puedo dársela.

—¿Quién le pidió esa habitación?

—Un hombre mayor. No puedo darle nombres… Tenga su llave.

El recepcionista puso mi llave sobre el mostrador y se me quedó mirando. Fijaba la mirada en mi pelo, como si la perfecta esfera capilar fuera más sorprendente que mi desnudez o el hecho de que todo el mundo quisiera el mismo cuarto.

—Buenas noches —dije, y me di la vuelta con garbo, tratando de estar a la altura de su indiferencia.

Al entrar en el ascensor miré atrás, pero el mostrador estaba vacío.

Mientras me vestía me preguntaba quién era el hombre que quería tu habitación y si él también querría acercarse a lo superdesconocido. Había que conocerte muy bien para plantearse si quedó algo tuyo bajo la protección de lo que ignoramos que desconocemos. Quizá simplemente quisiste recuperar tu antigua habitación, y el chico, medio dormido, no se había dado cuenta de que llegabas detrás del hombre mayor. Pero ¿quién era entonces tu acompañante?

Metí un cenicero de cristal en el bolsillo de la chupa y salí de la habitación. Llamé a la puerta de la 219 e imaginé los pasos mullidos hacia la puerta, la inclinación de un cuerpo sobre la mirilla.

—¿Estás ahí Dusa? —pregunté en voz alta.

La puerta se abrió enseguida. Un viejo gordo, con barba desigual, me miraba ligeramente de lado. La ranura de sus ojos no era mucho más ancha que algunas de sus arrugas.

—¿Dusa? —repetí mirando por encima del viejo, como si mostrara a las palabras que debían sortear ese cuerpo voluminoso para alcanzar el fondo del cuarto.

—¿Dusana? ¿Dusana Zikova? —preguntó él sorprendido—. ¿Quién

eres?

—No. ¿Quién eres tú?

Él ladeó aún más la cara. Sus ojos casi desaparecieron entre las arrugas.

—Soy Michel, Michal. Michel Nouval, Nouvak.

—Eres el ex de Dusa.

Michel asintió con la cabeza.

—¿Y tú?

—Me llamo Ben. Soy amiga de Dusana. Y trabajo con ella.

—Justo acabo de leer tu nombre. Pasa.

El ventanal estaba abierto a la silueta de una montaña que se recortaba contra el cielo desleído, un borrón de tinta que embebía la oscuridad del paisaje. Me di la vuelta despacio, poniendo la mirada en lo alto del armario. La secuencia de hechos estaba inscrita en los objetos: la cama pegada al armario, con la huella de las pisadas aún reciente, el altillo abierto de par en par. El calzador, utilizado para explorar las «pavorosas fauces domésticas», estaba apoyado sobre la almohada, cuidadosamente alineado con una linterna. En el escritorio, la luz de un flexo iluminaba uno de tus cuadernos de anillas, abierto por una página que contenía un poema.

—Hablé con Dusa hace tres días y me dijo que me llamaría a más tardar ayer, el día once, porque tenía que consultarme algo importante. No me llamó y la conversación inicial me había dejado muy inquieto. Ayer por la mañana su teléfono no respondía. Por la tarde ni siquiera daba señal. Y lo mismo esta mañana. Así que decidí ponerme en marcha y comprobar qué pasaba. De todas formas, habíamos quedado en hablar.

—Sí, ya sé. Ella me lo dijo. Quería pedirte ayuda para localizar a alguien que las dos buscamos. Y más datos sobre las operaciones de una empresa.

—Pero entretanto ha desaparecido.

—El día diez tenía que haberme mandado un trabajo y luego haber regresado a Oslo.

—Que el cuaderno esté aquí no es buena señal —dijo Michel girándose hacia la mesa—. Dusana no se lo dejaría. Y menos en el

altillo.

Michel se pasó la mano por la barba, estrechando aún más los ojos. Sobre la mesa había un casco de moto negro, pero había otro más, rojo, que asomaba de una bolsa de viaje apoyada en el suelo. Que Michel viajara con dos cascos no era mala señal. Quizá algo optimista, pero tranquilizadora respecto a sus intenciones contigo. Le miré de reojo. Los dos cascos le daban un aire caballeresco y un punto patético. Hablaban de su ilusión de rescatarte, de subirte a la grupa de su motocicleta para recorrer a todo motor montes y llanuras y ponerte a salvo.

—Tienes que contarme en qué andáis metidas.

—Puedo contarte lo que hacemos, vale, pero antes quiero leer su cuaderno.

Michel me miró sin decir nada.

—En la habitación tengo un diario que refleja todo el proceso en que trabajamos juntas —dije—. Ella misma me pidió que lo escribiera.

—Tráelo. Intercambiaremos los cuadernos. Los leeremos al mismo tiempo en la habitación.

Al llegar a mi cuarto respiré hondo, tratando de recobrar el aliento. Quizá me estaba precipitando. Se trataba de tu jodido pasado. Si tú estuvieras aquí, Michel no habría venido. Me senté en la cama, ante el tocador. El círculo esférico del pelo destacaba en el espejo oscuro, desvaído. Lo acariciaba con la palma de la mano y medía su curva, su tensión suave, elástica. Un fuelle blando, más aún en la sombra. Sus equivocaciones te habían arrastrado. Había torcido tu rumbo. Occidente o Checoslovaquia. Educadora o sanitaria. Un campeón deportivo o un profesor universitario. Habías tenido que adaptar tu rumbo al cambio de marea hasta poder dominarla, hasta poderlo considerar como un proceso interno.

Quizá exageraba. Michel había perdido las garras. Estaba jubilado y tenía mal aspecto. No había sabido digerir la separación y albergaba ilusiones vanas, casi infantiles, pero parecía de fiar. Y según tú, podía sernos útil. Además, no tenía otras opciones. Hablaría con él, ya que tú también habías decidido hacerlo. Tomé el cuaderno y el lápiz del escritorio. Saqué el cenicero del bolsillo, pero antes de dejarlo en la

mesa volví a guardarlo. Comprobé que no asomaba del bolsillo y salí del cuarto.

EL LIBRO DE DUSANA

ALBOX

Las casas de pueblo dejan paso a los chalets y estos al campo, con los peñascos al fondo. Salgo de Albox siguiendo la excursión de los residentes que tengo que entrevistar. Después de casi un mes y pese a mi entusiasmo inicial, no he llegado a hacerme con este lugar. Quizá no es solo la ciudad, sino el universo tan reducido de mi experiencia, limitada a un par de plazas y el remedo de parque donde me reúno con los residentes.

Cada día Mercedes me los va acercando al banco del parque o a la mesa más discreta de una terraza. Es ella la que decide el lugar y el momento de las entrevistas. Lo hace con cuentagotas, con muchas precauciones y frecuentes cambios de última hora, que me obligan a volver a casa por un catarro o unas pruebas médicas inesperadas. La falta de regularidad me exaspera. Con algo más de un mes y cuarenta y dos residentes por delante, mi objetivo era cubrir al menos doce test por semana y así disponer de un colchón de unos pocos días para afrontar imprevistos y preparar bien los resultados. Sin embargo, no me esperaba oscilaciones tan grandes: la primera semana completé dieciséis test, solo cuatro la segunda, nueve la tercera y siete en lo que llevamos de la cuarta. Me quedan seis residentes, todos van en el autobús que sigo, y hoy es 2 de abril de 2013. Estoy a ocho días de cumplir el plazo fijado por Dixon.

Albox es el reverso del bar de Alf. Día frente a noche, terraza frente a sótano, pero los dos comparten el desbarajuste y el escapismo. En el bar de Alf hay una lucidez oscura que lleva a quienes se despeñan a hacerlo cantando con una jarra en la mano. En Albox se da la voluntad de ignorar esa misma condena. Y eso no solo se nota en la despreocupación de los ancianos y discapacitados de la discreta residencia de Dixon, ni en el secretismo y las prevenciones de sus trabajadores. Albox es un bar de Alf a cielo abierto, para los que salieron ya ancianos del sótano. También puede verse como un osario.

Un camposanto entre el desierto y el mar donde los huesos de quienes trabajaron en toda Europa se apilan, mondos y relucientes, a expensas de una carne cada vez más consumida, la piel más fina y arrugada. Un campo de huesos, alineado junto al campo de plásticos, que alimenta a los que aún trabajan y al campo intermedio de sombrillas y toallas donde descansar en el trayecto entre uno y otro.

¿Qué coño hace esta gente pasando en Albox su jubilación?, me pregunto cada día. ¿Qué hacen en un pueblo sin ningún encanto ni tradición, al borde del único desierto de Europa, de espaldas a un mar que, de hecho, no está tan lejos? Los precios y el clima ofrecen una respuesta manida, pero poco sólida. Cajeras de los supermercados de Basilea, empleadas de banca de Birmingham, conductores de autobús o corredores de seguros de Lovaina. Todos viven la jubilación como el envés de la juventud y la vida laboral. Todos quieren huir, sin darse cuenta de que la escapatoria forma parte del programa. Jubilación y trabajo están tan unidos como la semana laboral y el fin de semana: madrugar muchos días para trasnochar pocos.

Albox es un barrio de muchas ciudades de Europa, y los apartamentos donde viven todos estos viejos son la peor parte de sus hermosas casas del norte, casi diría que el trastero. Aún iría más lejos: la misma distancia que los separaba ayer del trabajo los conduce hoy a la piscina. Entrar hoy en el agua azulada no es tan distinto a sentarse a la mesa del despacho o ponerse tras el mostrador. Estoy casi segura de que la horizontal del agua y la del contrachapado es la misma. Encender el televisor no es distinto a poner en marcha el ordenador. Llevarse una cerveza a los labios, leyendo la prensa deportiva, equivale a sorber la taza de café mientras corregimos un informe. Da igual editar una carta que podar un arbusto. Los párrafos demasiado cargados de palabras se parecen a las ramas del ciprés de Arizona que siembra de agujas el sendero de la entrada.

Si la jubilación es el fin de semana de la vida laboral, ¿por qué pasarlo tan lejos de casa? No es práctico: no tienen tu marca de yogures y los enchufes cambian. La respuesta es sencilla: hay que sacar a los viejos de su ambiente para que su desaparición sea más llevadera, menos conflictiva para el Estado, que los aleja así de

protestas sobre pensiones o atención sanitaria, y menos dolorosa para sus allegados, porque los sentimientos —eso lo sé yo bien por mis hijas— se mitigan en la distancia. La distancia hace la desaparición menos dolorosa también para uno mismo. Empiezas a hacerte a la idea de abandonar lo tuyo cuando apenas puedes reconocerlo: otras casas, otro clima, otra lengua. La vejez en estas costas es más llevadera porque el entorno se adapta al deterioro cognitivo. Es más fácil entonces empezar a soltar lastre, dejarte ir a donde seguro iremos todos.

GIRALDA

Sevilla. Tengo algo con esta ciudad, que visité con Pol hace mil años. Me hubiera encantado seguir por el casco antiguo a los residentes y pasar las encuestas en una terraza, pero justo hoy Mercedes me dice que mejor que me quede en el hotel con ella, que tampoco participará en la visita a la ciudad. Lo harán también dos de los cuatro residentes que me quedan por entrevistar. Pero Mercedes no se fía de la mayor parte de los empleados de la residencia, y el día se convierte en la búsqueda, jalonada de llamadas y aplazamientos, del momento más seguro y tranquilo para pasar los cuestionarios en la cafetería del hotel. La primera cita, de las diez de la mañana, se aplaza tres veces, y al final empiezo a las seis de la tarde y solo puedo pasar el test a una de las residentes.

Acabo el día estresada, subo a la terraza y pido una ensalada y media botella de fino, pero el cansancio no me deja disfrutar de la vista de la ciudad desde el otro lado del río. Guardo la botella casi entera en la neverita de mi cuarto y me meto en la cama a las nueve, pero me desvelo a las dos de la madrugada. La luz de la luna deja un estampado de blanco espectral sobre el suelo y la colcha de la cama. Y como si me extendiera una alfombra sobre la que poner en marcha mi insomnio, me visto medio dormida y salgo de la habitación y del hotel, camino del río.

El agua baja muy oscura frente a la torre chata, decagonal —no, dodecagonal—, pero mientras cruzo el puente fijo la mirada al fondo, en la otra torre, pegada a la catedral, repujada en lo alto como un trabajo de orfebre. Conozco bien la Giralda. Tengo en el salón de casa, en Praga, un grabado no con una, sino con tres giraldas. Me lo regaló Pol cuando visitamos la ciudad hace quince años. La noche anterior me había preguntado qué me había gustado más de la ciudad. No dudé en decir que la Giralda, y eso que el contraste entre la crudeza del cuerpo ocre y macizo de la base y la filigrana de la parte alta me

resultaba chocante y un punto grimoso.

El grabado que me regaló Pol representa tres fases en la construcción de la torre, y lo que me fascina es que la última versión, situada en medio, contiene prácticamente a las dos anteriores. La primera es la edificación musulmana del siglo XII, una torre de planta cuadrangular y ladrillo visto, sin apenas adornos, que servía de alminar de la mezquita. Una construcción que sigue el modelo de otras torres musulmanas del mismo periodo, sobre todo la Koutubia, que aún hoy puede verse en la mezquita principal de Marrakesh. La segunda Giralda es la misma torre, pero añadiendo un campanario y reemplazando el yamur, las cuatro manzanas ensartadas que suelen coronar las mezquitas, por una cruz. Corresponde a los cambios introducidos tras la conquista de la ciudad por los cristianos. La tercera torre incorpora la reforma renacentista. Sobre la edificación árabe se elevan otros cuerpos, cada vez más estilizados, que albergan un campanario, un reloj, arcos y luminarias, todo ello rematado por una veleta en forma de mujer que representa el triunfo de la fe, pero que, en otro giro sorprendente, toma su modelo de la estatuaria grecolatina, en concreto de Atenea. Es esta inmensa estatua giratoria la que da nombre a la construcción.

Las torres, el río, las calles encaladas, las estrellas, todas ellas inscritas en la corriente mayor de la luna, cuya luz espectral rueda con mis pasos. Y es la torre de mi grabado la que busco, el giro detenido en la piedra, su altiva indiferencia y su pálido virtuosismo los que me llevan a buscar su costado. A esa Giralda, hecha de épocas y elementos dispares, quiero contarle paso a paso cómo me sorprendió su quimérica propuesta, cómo fui aceptándola luego. Pol se reía cuando le dije que la torre tenía el torso de un boxeador con la cabeza y los brazos de una bailarina en quinta posición. Por eso me fascinaba: tenía la extraña belleza de un centauro.

Me siento en un banco frente a la torre. La plaza está completamente vacía y la luz parece despejarla aún más, como si pasara una escoba blanca que no deja ni una mota de polvo. Saco de un bolsillo mi botella, y un catavino del otro. Esa torre integra tiempos y funciones. Sus fases y partes conforman un sistema que

incorpora y celebra el cambio. Me sirvo. Por eso la corona precisamente una veleta, una mujer que gira en función del entorno y que, en último término, desencadena los cambios con su giro. Sí, al girar, sus fases se suceden a golpe de cadera. Nuestras fases.

UN HOJALDRE EN HERVÁS

Terminus. Es 5 de abril y solo me quedan tres encuestas. En este pueblo terminaré mi trabajo y lo enviaré a los Cuatro Fantásticos. Hoy, tras pasar el test en la cafetería del hotel a una residente muy amable, Mercedes me dijo que no habría más entrevistas hasta mañana. Estoy en plazo, me repito: cinco días y tres residentes. Para relajarme decido dar un paseo por el pueblo y preparar el regalo que prometí enviarle a Ben, escribirle lo que Loke pensó en las noches que pasaron juntos. Nada fácil meterse en la cabeza de Loke, y menos aún cuando esa cabeza se sitúa entre las piernas de Ben.

He recorrido el pueblo a conciencia. Pese a su tamaño, se adivina una voluntad ilustrada de integrar distintos componentes en un conjunto armonioso y atractivo para el visitante: alameda, casco antiguo, museo, castillo, hoteles, lugares de baño y paseo, industria agroalimentaria. Hasta una estación de ferrocarril, hoy abandonada, y un estudio de cine, recién inaugurado. Y la ladera de la montaña boscosa donde se enclava ofrece un marco incomparable.

Lo único que me disgusta es el primoroso barrio judío. Creo que me condiciona la tarea con los ancianos. No puedo evitar pensar que, en paralelo al desgaste de nuestra memoria, está el deterioro del recuerdo que dejamos. Hervás está lleno de recuerdos de su pasado judío, algunos monumentales, pero la mayor parte limitados a la nomenclatura, incluidos los nombres de muchos establecimientos comerciales. A esto se añaden estrellas de David, cerámica, gastronomía, candelabros y mil detalles que buscan la conexión con los judíos que ocuparon esas calles.

Acabo entrando en uno de los locales más conocidos, la pastelería Dulzura de Sefarad, y hablando con Gabi, su propietaria. Hablamos de gastronomía y repostería judía y de platos y postres eslovacos que contienen ingredientes parecidos. Gabi no es sefardí, sino askenazi y argentina. Y me cuenta que no hay sefardíes en Hervás. De hecho, ella

es la única judía del pueblo.

Esto me parece sorprendente, dada la parafernalia judaica que inunda el pueblo. Le comento que por aquellas calles tan bien dispuestas —casas encaladas, flores en los balcones, tejados restaurados y vigas de madera vista— ronda un espíritu algo macabro y un punto sádico. Se muestra una ciudad judía sin judíos, pero habitada por los descendientes de quienes les expulsaron. Insisto: este ángulo resulta un tanto obsceno. «Pruebe los dulces y la gastronomía de aquellos a quienes sacamos la comida de la boca». O «Contemple las casas primorosamente rehabilitadas de las que fueron expulsados sus habitantes». Y está claro que la expulsión es un asunto antiguo y que no sería razonable recrear el pueblo tal y como se encontraba en los peores momentos de la persecución. También es cierto que quienes ahora habitan Hervás no son culpables de lo que sucedió hace quinientos años, pero se da el aprovechamiento comercial de un pasado doloroso del que pueden beneficiarse los descendientes de quienes se quedaron. Echo en falta un reconocimiento contundente de la masacre y la ignominia, sin paliativos, no un mero recuento historicista, en letra pequeña, de lo que aquí sucedió.

Gabi señala que su caso contradice mi argumento. Vive en una casa judía rehabilitada y vende los dulces tradicionales que los expulsados hacían. Y es judía.

Para contestar tengo que deshacer el mohín de mis labios:

—Eres la esperanza de que mi argumento pueda llegar a contradecirse, pero eso solo pasará cuando un número significativo de casas y comercios vuelvan a los judíos. Mientras tanto, eres como los indios que participaban en el espectáculo circense de Buffalo Bill celebrando su propio exterminio.

A Gabi le hace gracia la comparación. Me gano un dulce de almendra y hojaldre.

FIRMAMENTO

Es tarde. El foco de luz de la mesa se hace borroso y tiembla la montaña en mi mirada cansada, pero estoy contenta. Me queda un solo residente. ¡Y tengo mi regalo para Ben! Mientras ella veía las estrellas, Loke no pensaba nada, como debe ser. Solo pronunciaba su nombre con voz ronca y dulce, una y otra vez: Ben, Ben, Ben. Y esto es lo que pensó al acabar su último encuentro:

ESTRELLA CARNAL

El borracho del barrio —lo mismo en Oslo
que en Lugano— mira por encima
del hombro al obrero moldavo
que restaura la casa de un viejo alemán
que morirá sin haberla visitado.

El mal se teje solo en cualquier parte,
indiferente, aéreo, genérico.
La verdad, en cambio,
tiene sus lugares.

En la bóveda oscura
que encuentro al final de tus piernas
fulge la estrella caída que late
en mi boca algunas noches.

Solo ahí
y aquí, en esta
precisa
puntada.

EL LIBRO DE TRES

I

Tras acabar la lectura del cuaderno, Michel me dijo que quería seguir leyéndolo, que se lo fuera pasando según avanzara en la escritura. No me parece mal. Tú lo dices a menudo: «No escribas solo para ti». Eso sí, este texto será una herramienta para buscarte, sin dejar de ser mío. Tendré en cuenta a Michel, pero no será un testimonio común. Es *mi* testimonio de unos hechos compartidos.

Michel no parece estar en desacuerdo. Es un hombre bastante callado. Y sé que me asalta la profusión de la palabra, su tendencia a la ilación ilimitada, pero, bien mirado, ya no se trata de «El libro de dos». Este concluye en la habitación de Michel, donde leí tu cuaderno, y donde él leyó el mío. Allí incorporamos todos los textos en uno solo. Utilizamos para ello tu cuaderno de anillas, Tac-Tac, Tac-Tac, en el que tu parte quedó como un libro más, «El libro de Dusana». Lo que escribo a partir del encuentro con Michel será «El libro de tres» porque ya no te buscamos en paralelo, cada uno por su lado, sino los dos juntos, y nuestra búsqueda conjunta te tiene como vértice, se orienta directamente a encontrarte.

El nuevo libro parte de la lectura del cuaderno que dejaste en el altillo, de la conciencia de que no te habías ido voluntariamente. Lo leí sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las «pavorosas fauces» enfrente, como si por ahí me pudieran llegar más cosas tuyas. Michel se sentó al escritorio y abrió mi diario. En cuanto acabé de leer, me dije que no habías abandonado el barco, Dusa, como sí hicieron Svein y Siri. La alianza entre Michel y yo se teje en torno a una búsqueda que te volverá a traer con nosotros. Tú estás entonces en este libro, «El libro de tres», eres una presencia virtual pero efectiva, el vacío que aglutina nuestra búsqueda.

«El libro de tres» arranca en la habitación de Michel y sigue en la cafetería del hotel donde empezamos a planear juntos tu búsqueda. No olvidaré a la camarera, que me miraba fijamente y que me hizo

descubrir, en el espejo de detrás del mostrador, lo mucho que me había crecido el pelo, el perfecto e inmenso círculo que formaba sobre mi cabeza.

Me desconcertaban los formularios que había en tu cuaderno, Dusa. Estaban completados por ti, eso seguro: tenían ese bucle tuyo tan característico, como si no te decidieras entre un ocho y una cruz. Eran cinco en total y estaban datados en la semana de tu viaje a Hervás, pero no tenían texto, solo cruces y un número, y aunque pudiera interpretar las respuestas a partir del modelo que nos facilitó Dixon, no había forma de saber a quién correspondían.

Aparte de los cuestionarios, tu cuaderno apenas contaba con unas pocas observaciones de viaje y un poema. No había información sobre los resultados o la evolución de los ensayos, ni un calendario o una lista de residentes que señalara los ya entrevistados para visibilizar los pendientes. Tus apuntes de viaje eran breves y ajenos al proyecto. Confirmaban tu itinerario —Albox-Sevilla-Hervás—, pero apenas aportaban nada más. Y el poema me hizo sonreír y enseguida llorar, porque, tal y como decía Michel, no podías dejar atrás intencionadamente algo tan personal. Desde luego, no ese poema, que desplegaba en verso lo que prometiste traerme el día de nuestra despedida en Oslo: lo que Loke pensaba cuando inclinaba la cabeza. Lo leí de nuevo, más centrada en tratar de averiguar lo que tú sentías al escribirlo que lo que Loke sintió entre mis piernas. No encontré ninguna traza de que estuvieras poniéndote en su lugar. En cambio, recordé tu comentario sobre la inteligencia de Loke y su empeño por enhebrar objetos lo más lejanos y distintos posible, aun a riesgo de perder el hilo. Eso me desconcertó. Salí a la calle y di varias vueltas a la manzana antes de volver a la cafetería. Sabía que no debía dejarme ganar por el desconcierto. Que debía calmarme, secarme las lágrimas y centrarme en buscarte.

—Habría que hacerle una visita al doctor Torné —dije—. Dusa y él tuvieron un encuentro decisivo. Ella estaba entusiasmada. Me dijo que la información que el doctor le facilitó le sirvió no solo para acabar el encargo, sino también para saber quiénes de los residentes tomaron NOXTRO.

—Torné es fundamental. Su encuentro con Dusa no pudo ser una simple coincidencia. Solsona y Albox están lejos. Es demasiada casualidad que su visita y la de los residentes coincidan. Leí en tu diario que Dusa dijo algo en ese sentido. Pero aún antes deberíamos pasar por Albox —siguió Michel—. Un vistazo a la casa de Dusana puede darnos mucha información.

—De acuerdo. Entonces, primero Albox y luego Solsona.

—Y convendría localizar la tienda donde Dusana alquiló la moto para ir a Hervás —dijo él.

—Cuando lleguemos a Albox.

—Mejor hacerlo por teléfono. Si te presentas en la tienda, no te darán información de otro cliente, pero puedes llamar haciéndote pasar por ella.

Asentí con la cabeza. Apenas puse el nombre del doctor Torné en el buscador encontré su dirección en Solsona. No podía creerlo: un simple clic contra un invierno entero dando palos de ciego. Localizar las tiendas que alquilaban motos cerca de Albox fue igual de fácil.

—Yo corro con los gastos —dijo Michel—. El dinero no puede retrasarnos.

No respondí. El dinero sería la contribución de Michel a tu búsqueda, Dusa. Te lo debía por haberte sacado de tu camino. Te devolvía al mapa, aunque fuera otro distinto al de hace treinta años.

—¿Qué es eso?

Me intrigaba la pequeña caja plateada, rectangular, que había sobre la mesa. Tenía dos compartimentos, cada uno coronado por una piedra de color diferente.

—Mi pastillero de la tensión —dijo Michel abriendo las dos cavidades, que contenían pastillas rojas y azules, conforme al color de las piedras.

—¿Todas son para lo mismo?

—Las pastillas azules son para la tensión alta habitual y las rojas por si tengo una crisis hipertensiva. Si esto llegara a suceder, lo importante es detener la secreción de hormonas, no me preguntes cuáles, y hacerlo de forma expeditiva… Lo compré tras una primera crisis a la que sobreviví porque el carterista al que estaba deteniendo,

él también hipertenso, asoció mi insoportable dolor de cabeza a un pico de tensión anormalmente elevado y me pasó una de las suyas. Fue él también el que me recomendó tanto el tensiómetro digital de muñeca, que hace muy fácil tomarse uno mismo la tensión, como el pastillero de doble cavidad que siempre llevo conmigo.

—¿Y le detuviste?

—No, no le detuve. De hecho, nunca debí intentarlo, no es tarea del comisario jefe, pero él trató de sustraer una cartera en el tranvía y le descubrieron otros pasajeros. Yo estaba cerca, y no podía permitir que alguien me acusase de pasividad. El médico confirmó el diagnóstico del carterista y pautó mi respuesta a las mediciones y dolores de cabeza. Más de 160: pastilla normal, azul; más de 180, pastilla de crisis, roja.

—¿A qué se debe?

—Al parecer, mi tensión alta es esencial, idiopática, que es la extraña forma que tienen los médicos de decir que sus causas son desconocidas.

—¿Tomas la roja a menudo?

—No. Desde que tengo el tensiómetro y la cajita no he vuelto a tener ataques. Parece que la tensión se cohíbe ante mi preparación.

Ni el flamante diseño de su estrategia de defensa ni la implacable sencillez numérica de su respuesta subsanaban el desconocimiento sobre la enfermedad. De nada servía tratar de domeñar a King Kong con un tirachinas diseñado por Gucci, pero al menos el juego parecía entretenerle. El estilo y la pauta le ayudaban a organizarse.

—Dame cinco minutos para tomarme la tensión. Mientras, puedes llamar a las tiendas de alquiler… Ah, y toma esto —dijo sacando un casco rojo de su bolsa de viaje—. ¿Sabes de quién es?

—Sí.

—Ella te lo deja hasta que la encontremos.

II

Para seguir buscándote, tuve que entrar por un agujero: arrimar una caja de madera a la pared de la casa que habías alquilado y, con la linterna en la boca, soltar los goznes de la ventana del baño. Trepar no fue fácil, ni saltar adentro, pero, en cambio, no tuve que salir del baño para saber que no habías planeado abandonar definitivamente Albox: cremas, bata, tres bragas apiladas sobre una repisa. Luego le abrí la puerta a Michel y lo confirmamos con más ropa, una novela que no parecía terminada y, sobre todo, las llaves de la moto que dejaste en Oslo. Michel metió en una bolsa unos cuantos de tus cabellos, tan lisos, largos y blancos, un bastoncillo de algodón usado y una lata de refresco medio vacía. Me dijo que lo enviaría a un forense que trabajaba para la policía española. Su amigo se encargaría de que se cotejase tu ADN con el de cualquier hallazgo sospechoso. Salimos por la puerta y caminamos deprisa hacia la moto.

—Quizá deberíamos denunciar la desaparición —propuse.

—He alertado a algún colega más. Si Dusana está en peligro, una denuncia hará más delicada su situación. Propongo que denunciemos, pero solo cuando perdamos la pista.

Me quedé pensando qué pista teníamos. Él pareció darse cuenta.

—Si no sacamos nada de Albox o Solsona, presentaremos la denuncia.

Cenamos algo en un bar del pueblo. Dudábamos entre esperar a la mañana siguiente para investigar en la residencia o seguir hacia Solsona. Le recordé a Michel mis llamadas preguntando por una monitora que nadie conocía, y Michel me dio la razón: acercarse a la residencia levantaría sospechas sin aportar ningún avance. Y tampoco Albox aclaraba nada de la moto que habías utilizado para seguir a los residentes. Había localizado dos tiendas que alquilaban motos cerca del pueblo, y ninguna de ellas tenía una cliente llamada Dusana Zikova. Michel pensaba que las motos disponibles no te habían

gustado y fuiste a buscar otra más lejos. Quizá alguien te acercó o tomaste un autobús o un taxi hasta una tienda más lejana, pero no podíamos entretenernos en averiguarlo.

Decidimos volver a la carretera y acortar el trayecto hacia Solsona. Ponerme tu casco me centraba en tu búsqueda. A los lados de la autopista imaginaba campos, invernaderos y montañas similares a los que atravesamos al venir desde Hervás, pero las sombras no revelaban bien su contorno y los ojos se me cerraban, con lo que, cerca del polígono industrial de Totana, señalé el cartel de un motel. Después de tantas horas de paquete en la moto, solo quería caer hacia atrás en la cama, estirarme, dejarme ir en el sueño. Y aunque me dio tiempo a desvestirme, creo que me quedé dormida antes de que mi espalda alcanzara las sábanas.

Me desperté muy temprano, con los puños apretados y los ojos húmedos. Estaba recitando el poema que querías haberme llevado a Oslo: el borracho del barrio, el obrero moldavo, la bóveda oscura, ¡la estrella fulgente! Todo esto me desconcertaba, Dusa, incluso llegaba a enfadarme. Mi coño no es un lugar para traer las cosas lejanas y dispares de otros, y menos aún para perderlas. Tampoco es una bola de cristal para ver lo que pasa en Lugano o Praga. No es que ya no sintiera pena ni rabia. Es que no me reconocía en tus palabras. No era verdad, o al menos esa verdad, lo que traía la boca de Loke. Por primera vez no te llamé por tu nombre, Dusa. Mientras bajaba a desayunar me sorprendí murmurando:

—Esta mujer no me conoce.

Michel ya estaba en la cafetería. Bebimos el café en silencio, frente a un ventanal que dominaba la autopista vacía. Volvimos a la moto. Hasta llegar a Hervás, el viaje me había dejado una sensación de falta de control. Una secuencia de acontecimientos impenetrables y preparados de antemano que cumplía mecánicamente. Nada había cambiado, pero la moto no parecía conformarse. Tirando del hilo de la carretera, el paisaje se iba desenvolviendo. El recuerdo de las conversaciones con Dusa y las imágenes de otros paisajes se sucedían veloces, como la continuación del entorno que se precipitaba sin cesar hacia la moto. Al acercarse al mar, Michel aceleró. La autopista

pasaba tan cerca del agua que la brisa y las olas parecían animarnos, como una muchedumbre a pie de meta. La policía nos paró un poco más adelante. Michel pagó la multa y nos detuvimos a comer junto a una estación de servicio. Le miré mientras se tomaba la tensión: 163, pastilla azul. Volvimos a la moto.

Un par de horas más tarde salimos de la autopista. La carretera ganaba altura, se hacía tortuosa según se alejaba del mar y se acercaba a Solsona. Los espacios eran amplios, con bosque y montaña al fondo. Un poco más arriba, el horizonte era aún mayor; los picos azules, al fondo, aparecían ribeteados de nieve. Tras una larga recta la carretera descendió, convertida en calle, bordeada por edificios modernos a un lado y una muralla antigua al otro.

La casa de Torné estaba en uno de los edificios nuevos, frente a la muralla. Nadie respondía en el telefonillo del portal, pero una chica que entraba se giró hacia mí.

—¿Buscas al Torné?

—Sí, al doctor Torné.

La vieja camiseta de PG-13, los aros en las cejas y el color violeta de los labios me hicieron pensar que el agujero de Alf tenía aquí una ramificación más risueña, una salida al sur que no me hubiera importado conocer.

—Le acabo de ver. Está en la plaza del Consell, bailando con los gigantes.

—¿Dónde? —le pregunté, como si bailar con gigantes fuese lo más natural del mundo.

Y quizá por eso ella me contestó:

—¿Dónde va a ser? En la plaza del Consell.

Y se giró para señalarme el arco de entrada a la ciudad vieja.

La calle estrecha, alta, formaba un desfiladero de piedras oscuras y apretadas. No tenía ni idea de a qué podía referirse con lo del baile de gigantes, pero no me apetecía preguntarle a Michel, que seguramente sabía tan poco como yo, aunque actuara como si estuviera al tanto. Al levantar la vista, los canes de las enormes vigas de un palacio, esculpidos como monstruos de grandes ojos y colmillos retorcidos, me miraban impasibles. Preguntamos de nuevo. No era fácil orientarse en

aquella red de callejuelas que serpenteaban entre casas de piedra, pero al cabo de unos pocos minutos empezamos a guiarnos por una música que asociamos enseguida al baile.

Vuelta a vuelta, cuesta arriba y cuesta abajo, desembocamos en una plaza donde cuatro figuras descomunales bailaban juntas: un viejo de espaldas cargadas, calvo, vestido de gris; dos viejas, una gruesa y otra delgada, y una chica joven, de sonrisa pánfila y grandes pechos puntiagudos. Los gigantes saltaban en el sitio o se acercaban unos a otros, por turnos, como si se retasen, girando luego juntos en el círculo formado por unos pocos vecinos. Pese al zarandeo y los saltos, sus grandes ojos impávidos nunca pestañeaban. Cabezas y manos eran de cartón piedra, y no era difícil adivinar que el resto era un armazón cubierto de tela que seguramente se apoyaba en los hombros de los bailarines. La música, de flautas y tambores, venía de un transistor colocado en el suelo.

Me puse a observar los pies de las figuras, tratando de identificar, por el calzado o los movimientos, a un hombre que debía de rondar los setenta años, pero la vivacidad de los giros me desconcertaba y las sandalias de esparto, todas iguales, tampoco ayudaban. Se daba un contraste extremo entre el pequeño tamaño de los pies que asomaban bajo las vestimentas y la desmesurada envergadura de los cuerpos, pero también entre su dinamismo y la falta de expresión del rostro y la mirada, de los brazos que colgaban inertes a los costados.

Michel se puso a mi lado y me habló sin dejar de mirar a los cuatro gigantes.

—Creo que es mejor que te acerques tú a Torné, yo os seguiré de cerca. Se sentirá menos cohibido si le hablas tú.

Era la primera vez que me decían que un viejo blanco intimida más que una joven negra. Y con estos pelos. Asentí ligeramente con la cabeza. Me parecía poco probable que alguien de la edad de Torné pudiera sostener aquel mamotreto, y menos bailando, pero alrededor solo había un corro de jóvenes que, de tanto en tanto, cambiaban la música o acercaban a los gigantes una botella de agua que pasaban bajo los grandes faldones. Y su vecina había dicho que estaba bailando, no mirando el baile.

Me acerqué a la vieja giganta más gorda, tirando de su manto cuando se detuvo cerca.

—¿Doctor Torné?

—¡Noooo! —dijo ella con voz cavernosa y lenta antes de arrancar a bailar de nuevo.

La vieja delgada que la seguía le hizo eco con el mismo tono de voz:

—¡Atráááás!

Esperé entonces a que el viejo gigante parase a mi lado, pero el perfume de mujer me disuadió. Solo me quedaba la giganta de los grandes pechos. Decidí tomármelo con más calma y no interrumpir el baile, que además tenía algo hipnótico en su lógica circular. Los gigantes giraban sobre sí mismos, se acercaban unos a otros por turno, como si se presentaran sus respetos, y luego giraban todos juntos. Una y otra vez. De repente quedaron inmóviles. La música había dejado de sonar y de debajo de los faldones de los gigantes salieron una mujer y dos hombres de mediana edad. La giganta de grandes pechos cruzaba la plaza. Apreté el paso hasta alcanzarla. Tiré de su manto.

—¿Doctor Torné?

La respuesta se expandió honda y lentamente, como si llegase del fondo de un pozo, contradiciendo los andares despreocupados de la giganta tetona.

—¡Ahora no, ahora no!

Salimos de la plaza. La giganta alcanzaba con creces el segundo piso de los edificios de aquella calle en cuesta. Andaba deprisa, pero de tanto en tanto se paraba por completo, antes de arrancar de nuevo y volver a detenerse más adelante. Aproveché una de sus paradas para ponerme a su lado.

—Doctor Torné, quería preguntarle por Dusa. Dusana Zikova.

—No te entiendo bien, hija. Pégate a la falda y habla más alto. ¿No ves que hay una rejilla a la altura del estómago? Por ahí respiro y puedo verte.

—Estoy buscando a Dusana Zikova, la señora que conoció en Hervás. Mi nombre es Ben. Soy amiga suya y trabajábamos juntas.

—No hables tan alto y sepárate de mí unos pasos. Dusana me habló de ti. Sígueme, Ben. Hablaremos en un lugar discreto.

Me quedé diez pasos por detrás. Cuando la giganta se paraba, miraba un escaparate o consultaba el móvil. A trechos cortos y rápidos, parando y andando, acabamos por salir del recinto de la muralla por un gran portalón. Un río circundaba aquel lado de la muralla. Nada más cruzar el puente, los edificios se distanciaban e iban dejando paso a una zona rural poco cuidada. Tomamos un camino de tierra. A los lados se sucedían los restos de una granja abandonada, cultivos cubiertos por matorrales, las ruinas de un gallinero y unos establos. Me parecía que las precauciones de Torné estaban de más allí. Apreté el paso hasta alcanzarle.

—La conversación que tuvo con Dusana es muy importante, doctor. Lleva dos días desaparecida. ¿No le dijo adónde iba?

—No me dijo nada. Quedó en enviarme más detalles de vuestra investigación, pero me dijo que antes de hacerlo quería hablarlo contigo. No me ha enviado nada.

—Entender lo que ella supo por usted nos ayudará a encontrarla. Tiene que contarme todo lo que hablaron.

—Ayer le envié a Dusana un correo con más detalles de mis pacientes. Era mi parte del trato. La suya era ponerme al corriente de vuestra investigación, darme más datos que sostuvieran una explicación sólida.

—Yo se lo contaré todo, pero tiene que repetirme lo que le dijo a ella.

Salimos del camino para dirigirnos hacia una gran nave de ladrillo rojo con las puertas abiertas. El campo alrededor estaba cubierto de maleza salpicada de escombros y aperos de labranza oxidados. Pensé que ella, quiero decir Torné, no cabría por la puerta, que tendría que quitarse el armatoste, y trataba de imaginar cómo lo haría, pero entró con una pequeña inclinación de cabeza. Me ofrecí a ayudarle a desembarazarse de la giganta, sin saber cómo, pero Torné no respondió. Se limitó a salir de debajo de las faldas mientras la giganta se quedaba inmóvil.

—¿Ves qué fácil? Basta con apoyar el armazón en el suelo. El truco para soportar tanto peso es apoyarlo a menudo y hacerlo de manera que pase desapercibido para el espectador. Un baile puede ser una

sucesión de paradas. ¿Dónde he puesto el tabaco?

La voz de Torné sonaba fuerte, quizá por la costumbre de hablar desde la giganta, quizá porque era duro de oído. Y seguía teniendo un dejo grave, cavernoso, como si se lo hubiera traspasado el muñeco. Torné era delgado, pequeño y fuerte, de nariz ganchuda. Recordaba algo a la máscara del gigante anciano que había sido su pareja en el baile. Sus pobladas cejas y patillas acentuaban la calvicie, resaltada por el sudor. Se quejó de tener que llevar a su giganta tan lejos. Como había estado ausente de Solsona tantos años, no había logrado aún bailar con uno de los gigantes oficiales. Tras mucho insistir y mediando una donación consistente, le dejaban participar en los ensayos con la giganta que se había hecho fabricar. Para él todo eso era un primer paso: pronto podría llevar uno de los gigantes de la fiesta, e incluso elegir uno más acorde consigo mismo. Me daba la impresión de que nuestra charla, todos aquellos detalles, le servían para relajarse, pero también para saber con quién tenía que tratar y calibrar si podía fiarse. Y hasta cierto punto era comprensible. Que tuviera que repetir conmigo la conversación que había tenido con Dusana resultaba chocante. No me quedaba más que tener paciencia, dejarle seguir con su juego de acercamientos y huidas, e insistir hasta que se decidiera a seguir adelante.

—No puedo dejar a la giganta en el almacén oficial del Consistorio, pero este galpón es de la familia. Aunque no lo creas, me vale la pena traerla hasta aquí si puedo bailar con ella.

Y girándose hacia la giganta tetona preguntó:

—Ha quedado bonita, ¿verdad?

—Preciosa.

Encendió un cigarrillo y dio una calada profunda.

—¿Sabes para qué servían estos armatostes?

Negué con la cabeza, pero él ya estaba hablando:

—Se utilizaban para celebrar la presencia divina en la Sagrada Forma durante la procesión del Corpus Christi. Danzaban alborozados por la presencia del Señor o se alejaban espantados, como demonios, ante su potencia. Al fin y al cabo, se manifestaba que la carne de Dios estaba en el pan y, más difícil aún, y esto es para enloquecer a

monstruos y diablos, que Dios al completo estaba en cada trocito de pan… Pura farmacopea, ¿te das cuenta? El principio activo divino se mantiene íntegro en cada fragmento. Alucinante, ¿verdad?

—Doctor, es urgente que me cuente su conversación con Dusana Zikova —dije quitándome la mochila.

—Vuestra investigación puede revelar informaciones gravísimas, pero hay que documentarlas bien, tenéis que contarme más. Dusana me prometió hacerlo.

—No se preocupe, doctor. Yo se lo contaré todo. Su encuentro con los pacientes de la residencia de Hervás no fue casual, ¿verdad?

—No, no lo fue. Desde que murió mi mujer y volví a Solsona quise ver a mis antiguos pacientes, tenía razones poderosas para ello… En la residencia de Albox no me facilitaron las cosas, ni siquiera me dejaban hablar con ellos por teléfono. Supe de la excursión a Hervás a través del hermano de uno de ellos —dijo Torné, y alcanzó un destornillador de un aparador cercano.

Reptó bajo las faldas de la gigante.

—¿Qué hace? —pregunté.

Su voz se amplificó de nuevo, llenaba el almacén con su eco:

—El manto no queda bien sujeto al armazón. ¿No has notado un vuelo raro en la hombrera?

—No, no he notado nada, pero ahora el humo sale por la rejilla. ¿No sería mejor que apague el cigarrillo antes de meterse ahí dentro?

Y era cierto que el humo impresionaba. Se deslizaba por la sonrisa hierática de la giganta y pasaba entre sus grandes ojos saltones. Torné usaba el truco del humo para alejarse de nuevo. A través de la rejilla me miraba inquisitivo.

—¿Te asusta el humo? Cuando era niño, un cofrade nos hacía esto y nos moríamos de miedo… De eso se trata. De causar asombro, espanto.

—Doctor, volvamos a Dusa —dije—. Usted identificó a los pacientes suyos que están en la residencia de Albox.

—Espera que salga, pero sí: en Hervás, Dusa me mostró una lista, e identifiqué a veinte pacientes míos. Y te digo lo que le dije a ella: lo único que pueden tener en común entre sí sus residentes, mejor dicho,

aquellos de sus residentes que fueron también mis pacientes, es un ensayo que hicimos en los noventa con un medicamento para el colesterol.

—NOXTRO.

El doctor levantó la falda de la giganta y, sentado en el suelo, me miró fijamente.

—Sí, no lo llamábamos así, pero era NOXTRO.

—Cuéntemelo todo sobre ese ensayo. Es importante.

—Déjame pensar. Lo que tenemos que hablar exige todas las cautelas. Mi sobrino vendrá a cerrar el galpón en unos minutos. Si no me encuentra se alarmará, pero es mejor que no nos vea juntos.

—Dusa puede estar en peligro, doctor. No sé nada de ella.

—Sí, hija, todos corremos peligro. Espérame en la plaza de Sant Joan, muy cerca de donde estuve bailando. No tiene pérdida, hay una estatua del santo bajo un templete. Cruzaré la plaza sin hablarte. Tú sígueme sin decir nada. En veinte minutos estaré allí.

III

La plaza estaba vacía. Era un triángulo en cuesta, rodeado de edificios de piedra, con cuatro árboles en la base y uno en el vértice. En la parte alta, un templete albergaba la escultura de un hombre joven con las piernas desnudas. Dos caños asomaban del templete y vertían agua en un pilón de piedra. Michel y yo nos apoyamos en el borde de la fuente mientras le acababa de contar la conversación con Torné. Michel apenas preguntaba, y yo hablaba deprisa porque no quería que el doctor nos encontrara juntos. Nada más terminar, él se dirigió a un lateral de la plaza, mientras yo daba una vuelta al templete. Un león protegía cada caño, y las inscripciones en el pedestal de la estatua confirmaban que el joven de las piernas desnudas, que se apoyaba en un cayado, era san Juan Evangelista, animosamente encaminado a las prédicas que le costarían la cabeza. Di un par de vueltas más al templete. Mientras bajaba la cuesta iba recordando todo lo que había pasado desde que habíamos salido de Hervás y anticipaba cómo lo contaría en «El libro de tres». Michel estaba a punto de salir de la plaza. Miré el reloj y le escribí un mensaje de texto: «Han pasado más de 30 minutos y ni rastro de Torné».

Michel se detuvo junto a los árboles. Sacó el teléfono del bolsillo y comenzó a escribir: «Ve yendo. Espero 5 m por si viene por otro camino y te sigo».

Al no ver a Torné en la larga calle que desembocaba en la plaza, aceleré el paso. Al llegar al puente eché a correr. Una columna de humo espeso salía por el techo del almacén. Me detuve un instante para escribir de nuevo, «Ven deprisa», y seguí corriendo.

Desde el camino de tierra distinguí a varias personas que se arremolinaban ante la puerta: unas trataban de abrirla golpeándola con una viga, otras pedían auxilio y preguntaban a gritos dónde había una toma de agua.

Tras un fuerte golpe, la puerta se vino abajo. La giganta salió

corriendo, envuelta en llamas. El fuego le devoraba las faldas; dejaba a la vista el armazón y salía propulsado, como por sendos lanzallamas, por las tetas. La enorme cabeza resplandecía como una bombilla, resaltando la sonrisa inmóvil y los ojos saltones. La giganta se tambaleaba y balanceaba las llamas a un lado y otro mientras todos se apartaban.

—¡Agua! —gritaba con voz cavernosa.

Dio varios pasos hacia el río y se desplomó en medio del camino. Entonces arrancó un aullido inestable, incontenible. Era una voz estridente, aguda, sin restos del eco grave de antes. Varias personas corrieron hacia el grito, pero se detuvieron ante la fuerza de las llamas, sin saber cómo apartar al doctor del amasijo de tela, correajes y madera. Finalmente, el cuerpo de Torné rodó fuera de las llamas. Ya no aullaba ni se movía. Tampoco ardía, aunque seguía echando humo y emitía una especie de silbido. Quedó ennegrecido, empequeñecido y deforme, a poca distancia de las llamas que consumían la madera y las telas. Un ojo de la giganta, medio carbonizado y pegado al suelo, quedó fijo sobre Torné, como si vigilase su combustión decreciente. Me acerqué a él, pero una voz me conminó a apartarme: un chorro de agua cayó sobre el cuerpo del doctor y los restos de la giganta. En pocos segundos el fuego quedó extinguido y Torné tendido sobre un inmenso charco negro sobrevolado por el humo. Michel llegó jadeando a mi lado.

Dos paisanos se inclinaron sobre el cuerpo abrasado, pero no sabían qué hacer, por dónde alzarlo. Uno apartó el lienzo de ropa quemada que lo cubría mientras el otro le tomaba el pulso y negaba con la cabeza. Un chico joven que debía de ser el sobrino andaba de un lado a otro frente al cuerpo, gritando por el móvil, entre sollozos. Sonaron las sirenas de la policía y de una ambulancia que cruzaban el puente. Mientras nos alejábamos, Michel iba farfullando. Al cruzar el puente se giró hacia mí.

—No parece un accidente —dijo. Y ante mi silencio, preguntó—: ¿Qué te pasa?

Pasaba que no podía responder ni levantar la cabeza. Las lágrimas no llegaban a caer, pero pesaban en mis ojos y me bloqueaban la

garganta. Era la primera vez que veía una muerte violenta, y además tan cerca, tan atroz, y quería que fuese la última. Torné me pareció un viejo sensato y bienintencionado, pero verle arder ante mis ojos era una llamada de atención demasiado clara. Si quería seguir buscándote, volver a verte, tenía que luchar contra esa advertencia.

—A mí sí me parece un accidente —alcancé a decir, y al oírme recobré el aliento—. Le dejé en el almacén echando humo dentro del disfraz.

—Te fuiste del almacén hace más de media hora y el doctor estaba fumando. Vale, pero la puerta estaba abierta. El incendio se ha producido más tarde. No lo causó aquel cigarrillo.

—¿Y qué? Se encendió otro.

—No creo que volviera a hacer la broma de echar el humo por la rejilla. Ya no había niñas que impresionar. Y la puerta estaba cerrada.

—Quizá no estaba muerto.

—Yo creo que sí —dijo Michel—, bastaba con ver su cuerpo y los gestos de quienes lo atendían. Si no está muerto, estará en la UCI una buena temporada.

—Conjeturas.

Estábamos rodeando la muralla, subiendo una larga cuesta, la misma en la que habíamos aparcado la moto al llegar al pueblo. Bien pensado, conjeturas era lo único que teníamos. Quizá debíamos tomar un respiro antes de seguir, pasarlas a limpio. Y dejar que se apagase el recuerdo de la giganta.

—Busquemos un sitio tranquilo para decidir qué hacemos —propuse.

A partir de ahí volvimos a repetir casi todo el recorrido previo, como si estuviéramos en un circuito. Cruzamos de nuevo el arco de piedra y nos adentramos en el casco antiguo. Miré arriba, tratando de localizar la viga con la cara del monstruo. No la encontré, pero había más canes de madera tallados con caras diferentes. Un hombre barbudo de nariz aguileña, otro con los ojos saltones y la nariz chata. Michel caminaba en silencio. Nunca me había dicho qué le parecía el proyecto ni cómo lo veíamos tú y yo.

—No parece que te haya sorprendido el encargo de Dixon. Después

de leer el cuaderno esperaba que me dijeras algo.

—No sé lo suficiente —dijo.

—Tampoco me has preguntado. Lees, pero no me dices lo que piensas. A veces me parece que te molesta lo que hacemos Dusa y yo.

—Tienes razón, Ben. Me gusta leer lo que escribes. Me da envidia, me gustaría ser capaz de contar las cosas como tú, de forma clara, entrando en el detalle y las motivaciones de cada uno. Pero me molesta y me asusta lo que hacéis Dusana y tú. Me parece una cadena de despropósitos. Fantásticos o no, no debisteis aceptar un encargo sin saber quién estaba detrás. Dusana no debió unirse a vosotros. No tiene la excusa de vuestra edad. Y ella y tú no debisteis emprender eso que llamáis un proyecto dentro del proyecto. Investigar lo que hay detrás de un encargo como este, que además ya has aceptado, es un imán para el desastre.

Michel quería que los Fantásticos se comportasen como simples fogoneros, alimentando el rumbo desconocido del barco que otro dirige. Para el fogonero que no conoce a la tripulación, salir a cubierta podía ser mala idea. Nunca mires el horizonte, eso era lo que nos decía.

—El encargo no me importa, Ben. Los efectos de un viejo medicamento. Y menos aún la búsqueda particular de Dusana y tuya. Mejor dicho, me importa porque esa búsqueda es la única vía que tenemos para encontrar a Dusana. Pero esto no será siempre así. En un momento dado, Dusana y el proyecto se bifurcarán y no perderé ni un minuto más con las pastillas. Bastante tengo con las mías.

Estuve a punto de responderle que ambas búsquedas eran la misma. Al final del proyecto estará Dusa. O dentro del proyecto, como la última matrioska. No dije nada. Era mejor limitarse a los puntos comunes, la colaboración concreta más allá de las motivaciones. Había una terraza cerca de la plaza del Ayuntamiento, pero pasaba mucha gente, las mesas estaban demasiado cerca unas de otras. Michel parecía estar de acuerdo, porque siguió andando.

—¿La moto que Dusana llevó a Oslo era una Jawa 638?

—No sé nada de motos. Era una moto roja, antigua, más pequeña que la tuya. Más simple.

Me mostró una foto del móvil. Asentí con la cabeza.

—¿Por qué preguntas?

—Tenía la esperanza de que la hubiera cambiado.

—Me pareció muy chula.

—Sí, pero no deja de ser una máquina de los ochenta. Para mí esa moto debería estar en el Museo de la Motocicleta Checoslovaca que yo quería organizar. De hecho, tengo una casi igual.

—La que llevas tú también es Jawa, ¿no?

—Sí, pero ahí se acaba el parecido. La mía es una 650 Bizon, de hace un par de años. ¿Qué te lleva mejor? ¿Más rápida y cómodamente? Esa es la única pregunta a la que responde una moto. Por mucho que la actualice, la 638 es hoy un lindo cachivache.

Me daba la impresión de que Michel marcaba territorios de conversación ajenos a la búsqueda para seguir a solas, a lo suyo. Lotes baldíos que traía de su pasado. No me importaba que encarásemos la búsqueda de un modo tan diferente, siempre que la colaboración funcionase. Debíamos trazar juntos los límites de lo que sabíamos. Por usar la terminología dusaniana, necesitábamos empezar por definir lo que sabíamos que ignorábamos e ir achicando su espacio. Eso nos permitiría luego adentrarnos en lo superdesconocido.

Al llegar a una plaza pequeña me detuve. Aunque habíamos pasado antes por allí, vimos ahora una taberna casi oculta entre los árboles. Tenía un par de mesas altas con taburetes. Una chica salió a atendernos, acompañada de un par de perros que no paraban de perseguirse. Pedimos dos copas de vino tinto. La chica nos dijo que lo hacían en su bodega.

—Tenemos que ir acercándonos a lo que no sabemos que ignoramos, paso a paso, capa a capa. Como lo superdesconocido es por definición indescriptible, iremos anotando cosas que vemos alrededor, cercándolo poco a poco —dije sacando mi cuaderno de la mochila.

La chica puso una botella en la mesa y un plato con unas rodajas de embutido.

—Os cobro lo que bebáis.

—¿Te das cuenta? —preguntó Michel—. Estás cerrando un círculo.

La noche que os despedisteis en Oslo brindasteis con este vino.

—No sé si era este mismo, pero sí, era tinto de Solsona —dije, y levanté la copa para tratar de reconocer su color, el aroma. Bebí.

—Solo tienes que seguir el hilo hasta Dusana.

—¿Qué hilo? —dije.

—Ese hilo rojo. El hilo del trago.

Si tiraba de ese hilo rojo llegaba hasta Oslo; la sugestión me llevaba hacia atrás, sí, pero no estaba seguro de poder seguirlo hacia delante. Le pregunté a Michel por las motivaciones de su búsqueda.

—Es mi ex.

—Ya lo sé. Y también que le has dado bastante la lata, pero no te pregunto por eso, sino por lo que sientes al buscarla, por qué lo haces.

Alzó los hombros, sus mejillas enrojecieron. Para animarle a hablar, reconocí que en mi búsqueda lo que más pesaba era el miedo, miedo por ti, Dusa, por mis amigos, por mí misma.

—Mi búsqueda es una forma de huir, pero, curiosamente, me está sacando de muchos escondrijos.

Michel apuró la copa y volvió a servirse. Dijo que sentía rabia e indefensión a partes iguales. Que ambas se juntaban en algo más grande y fuerte, decía, un peso sobre el pecho que de tanto en tanto saltaba a la garganta y reclamaba su nombre.

—¿Cuál?

—Venganza. Parece que ese es su nombre.

Tras arrojar un trozo de fuet a los perros, reconoció que no sabía si pesaba más la venganza o el deseo de encontrarte. Pensaba que yo encontraría mejor tu rastro porque mis razones eran distintas. No se refería al deseo de desentrañar el encargo, sino a lo que se había desarrollado entre tú y yo mientras estuviste en Oslo. «Lo que quiera que sea», dijo. A medida que Michel avanzaba en sus argumentos, que su voz se adelgazaba hasta casi quebrarse, yo iba tomando distancia. Echaba de menos no tener el pelo más corto y los bolsillos más amplios para borrarme mejor de esa mesa, salir de la escena. Era demasiado tarde para desmentir su visión y aclararle que no debía leer nuestra relación en clave romántica. Que un simple beso no podía sostener su lectura. Su pecho se henchía como el de un pavo real,

como si recobrase desde una lejana juventud las reglas de la colaboración y la competencia entre amantes concurrentes. Le llenaba de orgullo sentirse en liza.

Pobre diablo. Sus ojos se enturbiaron, se humedecieron, y reflejaban la indecisión del resto de sus rasgos: los pómulos desdibujados por las mejillas, el mentón por la papada, las cejas por la frente. Un rostro en retirada, acechado por las dunas del tiempo, incansables en su asalto a cualquier rastro de un pasado carácter. Me puse a mirar al perro que más saltaba. Ya casi ni le escuchaba, hasta que se metió con la escritura.

—Tu relato me contendrá, estará allí algo de lo que hago y digo, aunque sea para criticarme. Si el cuaderno llega a sus manos, ella registrará algo de mis deseos y hasta de mi aspecto. Me encanta ir pasando por la punta de tus lápices.

—Ya te he dicho que lo que escribo no será un cuaderno conjunto, un libro común, sino un texto que te tiene en cuenta de forma temporal, limitada y pasajera. Y que se dirige a un tercero, a cuya búsqueda sirve. «El libro de tres» es una herramienta. —Apuré mi copa de vino—. De hecho, creo que voy a llamar libro también a mi diario original: «El libro de Ben». Así los separo mejor, pero dejo claro que están vinculados.

Michel asintió. Su admiración por la escritura era una forma de reconocer que no era lo suyo. No podía relatar el presente porque estaba demasiado centrado en el pasado. Miraba otro mundo a través de su entorno. Cuando hablaba de Dusa su mirada se perdía; como ahora, clavada al fondo de la plaza.

—¿En qué estás pensando?

—Da igual.

—No da igual. Dime en qué año se atrancó la jodida puerta.

—El año que pasamos en Ginebra. Ese invierno regresó sola a Praga, pero yo recuerdo una mañana de verano. A Dusa le gustaba conducir sola. Siempre que tenía que tomar una decisión importante se daba una vuelta. Pero si estaba de buen humor, como ese día, me decía que subiera a la «grupa». Lo decía con descaro, señalándome con voz terminante el asiento trasero: «¡Tú, sube!». Recorrimos el borde del

lago, luego fuimos subiendo por carreteras pequeñas del Jura, sin rumbo fijo. El ruido del motor se confundía con su risa. Llevaba una CZ, un modelo aún más antiguo que la Jawa 638… No quería saber nada de mis motos italianas, decía que su brillo me había ofuscado. Hicimos cumbre en Saint-Cirgue y enlazamos varias más. Aunque la había desilusionado con mi deserción, teníamos recorrido. Podíamos seguir rodando juntos.

—Pues ya viste que no, Michel. Vamos a anotar todo lo que ignoramos y luego damos una vuelta para despejarnos. Toma, sécate los ojos.

IV

Nos acabamos sentando en un banco de un parque vacío situado detrás del museo y la catedral. Michel me pidió que leyera de nuevo la lista de cosas que ignorábamos. Según él, los diez puntos que habíamos anotado no decían nada concreto sobre la desaparición de Dusa, de los Fantásticos y quizá también de la monitora. Saber qué ignoras apenas es saber. Le dije que quizá no era tan poco. Para reforzar mi opinión añadí que, aunque hacer una lista había sido idea mía, lo fue antes tuya, Dusa. Fuiste tú quien me enseñó lo útil que era dibujar el contorno de lo que ya sabíamos para así delinear el borde de lo que ignorábamos.

A ese contorno lo llamaba conjetura. Y dibujarla era lo que habíamos hecho Michel y yo en la taberna. Y quizá, como Michel proponía, el vino tinto de Solsona me sirvió para coser nuestra conversación a la charla que tú y yo tuvimos la noche de tu despedida en Oslo. Y quizá podía tirar de ese hilo rojo hacia delante, y por eso tú estabas también presente cuando abrí el cuaderno con cierta gravedad, como si me hubieses nombrado notaria de tu búsqueda, y comencé a leer en voz alta el primer punto:

> Dixon podría haber corrido la misma suerte que los Cuatro Fantásticos. O podría ser la causa de su dispersión. No lo sabemos. La segunda alternativa casa mejor con la idea de que hay un proyecto dentro del proyecto, otro nivel operativo que hace rodar el engranaje de las tareas de los Fantásticos. Casa mejor con la percepción de Dusa y con la mía.

Michel dijo que también él pensaba que Dixon estaba detrás de las desapariciones. Eso sí, no podía probarlo. Le parecía que toda la lista sería igual, un cúmulo de impresiones. Le dije que no, que el siguiente punto mostraba que había cosas que ya sabíamos, avaladas por testimonios directos. Leí:

> Sabemos que, de los cuarenta y dos residentes, veinte fueron pacientes de Torné. Sabemos que los pacientes de Torné tomaron NOXTRO y que todos obtuvieron el mismo resultado en el test de Alzheimer que les pasó Dusa. No sabemos cuál fue el resultado. Torné y Dusa seguro que lo supieron tras su encuentro en Hervás.

Michel me dijo que el testimonio de Torné por sí solo era una pequeña isla en un mar de incertidumbre. También señaló que en gran parte la culpa era tuya, Dusa, por no dejar información útil por escrito ni habérmela comunicado por teléfono. Le di la razón en parte. Tu mutismo, motivado por una tozudez vanidosa e infantil, nos había perjudicado. Y a ti más que a nadie. Sin embargo, esas omisiones también contenían información: nos ayudaban a definir lo que ignorábamos. Leí el tercer punto:

> Dusa no dejó una lista anotada de pacientes ni un recuento de su charla con Torné, así que no sabemos cuáles de los internos de la residencia fueron pacientes suyos y tomaron NOXTRO en el curso del ensayo que el doctor dirigió en los noventa. Ella sí lo supo.

Michel exclamó que volvíamos siempre a lo mismo. No sabíamos nada. No le contesté. Había una fuente cerca y me levanté a beber. Volví a sentarme con el buche lleno. Me parecía que el siguiente punto le daba la razón y al tiempo proponía un curso a seguir, una respuesta.

> Con la información actual, no es posible conocer el resultado del test. Habría que deducirlo para construir una hipótesis. Añadir más posibilidades, más cosas que sabemos que ignoramos. Montarlas unas en otras como un andamio, con la esperanza de que se acerquen a alguna certeza.

Michel bajó varias veces la cabeza. No era tanto una señal de que estuviera conforme, sino de que me seguía en la pobreza de lo que teníamos, el contorno de la conjetura, y movió la mano para que avanzase. Tosí un poco y leí:

> Lo normal sería que algunos de los pacientes de Torné tuvieran Alzheimer y otros no; pero, como sabemos que todos tenían el mismo resultado en el test,

Michel y yo concluimos que, o bien todos tienen Alzheimer, o ninguno lo tiene.

Michel volvió a mover la mano. Lo hacía rápido, como dirigiéndose a mis palabras, pidiéndoles que pasaran aprisa para no detenerlas.

Sabemos que el viejo NOXTRO, la Tigresa, tuvo un efecto positivo en la arritmia y muy probablemente en el temblor esencial y varias dolencias nerviosas. En consecuencia, nuestra hipótesis señala que, igual que NOXTRO detiene o remedia la arritmia, previene la aparición del Alzheimer. Pensamos que ninguno de los pacientes de Torné, los que tomaron NOXTRO a mediados de los noventa, desarrollaron la enfermedad.

Me molestaba su apatía. La indiferencia con que me escuchaba. Le dije que lo que seguía era lo más importante. La hipótesis valía lo que valiera la motivación que la sostenía. Había rascacielos de bambú imposibles, estrafalarios, que soportaban un gran peso. La explicación es simple: las cañas son muchas y están bien atadas. Si no trazábamos bien la pista del dinero, la hipótesis se derrumbaría… Hablaba a la ligera, pero quería atraer su atención y no quería perder el hilo. Seguí leyendo sin esperar su respuesta:

DUGENTA, la empresa propietaria de NOXTRO, cambió la fórmula en 2002, antes de vender la patente. Aprovechó los conocimientos adquiridos en su desarrollo y los aplicó a una serie de medicamentos de menor alcance. Extirparon de la molécula los efectos positivos. Hicieron esto con la arritmia y lo repitieron con el Alzheimer. Cronificaron la dolencia para convertir un remedio global y completo en una serie de paliativos parciales, que afectaban a distintos efectos y síntomas del Alzheimer: pérdidas de memoria, ataxias, agnosia, falta de equilibrio y coordinación motora, cambios bruscos de humor, etcétera. Teníamos que buscar medicamentos paliativos y parciales en el catálogo de DUGENTA para afianzar nuestra hipótesis.

Michel me miró impasible y seguí leyendo:

Antes de la venta, DUGENTA dejó a cargo de una institución benéfica el seguimiento de los internos, asegurándose cierto grado de acceso a ellos. Y para que, si algún día alguien investigaba, no fuera tan visible la perfecta condición mental de los que se sometieron al ensayo, la residencia admitió pacientes con distintos grados y tipos de demencia.

Michel asintió con los ojos cerrados.

> Esta deducción está en línea con los resultados del primer ensayo. De hecho, no es sino la consecuencia de continuar su trazado en el ámbito de otra dolencia. Calcarlo de la arritmia para pasarlo al Alzheimer. Y esta es una estrategia habitual para colonizar el territorio de lo completamente desconocido.

Estaba agotada. Tenerte siempre presente era fácil, Dusa, el rumbo estaba claro, pero me cansaba tomar en cuenta en cada asunto la opinión de un tercero tan reacio a mis propuestas. No era fácil escribir «El libro de tres», no encontraba el gusto que Michel sentía al leerlo. Aproveché que Michel seguía con los ojos cerrados para abordar el último punto:

> Alguien con intereses en NOXTRO identificó que la investigación de Dusa podía perjudicarle, al poner al descubierto una producción farmacéutica alejada de criterios médicos y orientada exclusivamente a la obtención de beneficios. Podrían ser los evangelistas de los que hablaba Dixon, o bien propietarios de acciones menos espirituales. Sería aún peor si este alguien supo de las investigaciones paralelas de Dusa, dirigidas a descubrir las razones últimas del encargo. Ese alguien neutralizó a los Fantásticos y a Dusa, y quizá aún la retiene.

Michel tardó aún unos segundos en abrir los ojos.

—No hay conjeturas sobre Torné.

—No, no las hay —confirmé—, porque creo que sufrió un accidente. Fumar mata.

—Hay indicios de lo contrario —dijo Michel—. Lo mataron por fisgonear.

No quería analizar sus indicios. Era demasiado brutal, demasiado reciente. Necesitaba preservar mi convicción para seguir buscándote. Michel se dio cuenta de que no le iba a responder.

—Todo esto es un galimatías, pero no importa.

—Sí que importa —respondí—. Y no es un galimatías. Es una lista de conjeturas bien trabada.

—Lo único que importa es el hilo que te une a Dusana, el que junta y sostiene los elementos de la búsqueda. Si todas estas palabras forman parte de ese hilo, nos resultarán útiles. Así es como te leo. Tendremos que ir tirando de ellas, de tu visión y tu sentimiento.

—No te entiendo.

—Es el mismo hilo que me unió a ella hace años, el que me sostenía en cada curva durante la competición, el que la llevaba a ella a sus colegios en el campo checoslovaco.

—Creo recordar que tú acabaste cayéndote de la moto.

—El hilo se rompió, la rueda delantera empezó a vibrar justo antes: ella ya no me seguía a cualquier lado y yo no miraba por ir a donde ambos queríamos. Perdimos el compás, el hilo. Tú no lo pierdas. Tienes que reconocerlo en sus conversaciones, en su mirada, ver cómo te cose a ella, por dónde sigue. Cómo lo sigues.

—No parece un método muy científico. Ni muy policiaco.

—Te sorprenderás, pero ese hilo es responsable de mi mayor éxito profesional. El más inesperado, porque en treinta años de carrera siempre fui muy consciente de qué debía o no investigar. Mi objetivo era el de aquellos que me pagaban: preservar el orden social. Eso significa perseguir las infracciones que perturben la convivencia, sí, pero sobre todo proteger a los agentes responsables del tráfico social, los que hacen que los engranajes sigan girando. Déjame ponerte un ejemplo. El menudeo es más aparente que la concertación de precios, y los navajazos en la calle más que la venta de armamento en los despachos. Lo que vemos, lo que está en la superficie, permite que otras cosas pasen desapercibidas. Que unas cosas se vean a diferencia de otras no es una casualidad. Es una tarea social en la que muchos participamos.

—Un millón de polis muertos le darán sabor a mi caldo —musité.

—¿Qué dices?

—Nada. Recordaba una pintada que vi hace poco en Oslo.

—Solo una vez me dejé llevar por la intuición de un colega y seguí un hilo que llevaba al corazón del poder, y hasta acabé tirando de él con todas mis fuerzas. Pese a la oposición de todas las autoridades, provoqué la caída de uno de los mayores banqueros ginebrinos. Lo

hice con un compañero, en el curso de unas pocas semanas en las que actuamos en un estado casi febril, obsesivo. Ausentes e implacables, sin escuchar a nadie ni detenernos ante nada.

—Parece que hablas de otra persona.

—A mí también me lo parecía. Cuando todo acabó, empecé a pensar en cómo había podido comportarme así, contra mi entorno y mi propia costumbre de tantos años. Llegué a la conclusión de que el desencadenante fue la cercanía de la jubilación, el saber que volvería a Praga a buscar a Dusana; más aún, el deseo de compensar mi deserción, los meses en que fui incapaz de verla a mi lado, porque solo pensaba en marcharme del país como fuera. Quería recobrar el modo en que Dusana me miraba antes de irnos, de irme. El hilo que nos unía ya estaba roto, ese hilo invisible con el que cada uno tiraba del otro a cada paso, pero fue el recuerdo de nuestro compás lo que me hizo dar un puñetazo en la mesa.

Estuve a punto de decirle que si mi conjetura era un galimatías su hilo estaba bien enmarañado, pero preferí asentir y levantarme. Debíamos rodear de nuevo el casco antiguo para llegar hasta la moto. Aunque no sabíamos nada del paradero de Dusa, sí conocíamos el siguiente paso. De hecho, cada uno de nosotros podría seguir ahora la búsqueda por su cuenta. Michel no tenía los trayectos precisos de Dixon, pero sabía dónde empezar a buscarle y seguro que contaba con contactos en Budapest: otros dinosaurios de la pasma o el hampa, igual de callados y amargados. Con gusto le dejaría allí mismo, y él seguramente haría lo mismo conmigo. Sin embargo, pese a las diferencias, yo seguía viendo ventajas en nuestra colaboración, y él seguramente también.

—Tengo cinco días de trayectos de Dixon en Budapest. No se movió de allí hasta que el GPS se quedó sin batería. Creo que sería mejor ir en avión para ganar tiempo. He localizado un vuelo que sale de Barcelona esta noche. Puedes dejar la moto en el aeropuerto.

Michel torció el gesto, pero asintió. Me pasó tu casco y se puso el suyo antes de subir a la moto.

V

Me pararon. Mientras un agente de seguridad me llamaba para un registro más detallado, Michel me miraba desde el otro lado del control de seguridad del aeropuerto. No había sorpresa alguna en su mirada, como si viera normal que fuera yo la que tenía que levantar las manos y dejarme palpar costados y piernas, no la señora mayor que había pasado delante ni la chica rubia que venía detrás. Era frecuente, y por tanto normal, nada que no se pudiera mirar apaciblemente a distancia. Y, sobre todo, podía haber sido peor: otras veces me habían palpado con más entusiasmo o incluso me habían pedido que me desnudara en un cuartito.

Nunca hablaba de esto, y menos con alguien al que apenas conocía; sin embargo, cuando recuperé mis cosas no lo dejé pasar. Al fin y al cabo, Michel era un expoli.

—Tranquilo. Nada extraordinario. Drogas, terrorismo, da igual, el perfil delictivo siempre tiene la piel oscura y el pelo rizado. Lo peor es que uno de los agentes es más negro que yo.

Caminamos hasta el panel de salidas y comprobamos que faltaban diez minutos para embarcar a Budapest. Seguimos andando hasta la puerta de embarque.

—¿No tienes nada que decir?

—La intuición del policía coincide con el algoritmo. Se realimentan mutuamente —dijo Michel.

Y unos pasos más adelante añadió:

—Y acierta.

—Acierta por racista.

Michel se sentó ante la puerta de embarque mientras yo apoyaba mi bolsa en el suelo y me quedaba de pie frente a él. Quería que se explicara.

—Al policía no le interesa encontrar nada fuera del espacio que le marcan. Si sale de su caladero, se meterá en problemas. Por eso solo

encuentra donde busca, sus peces son casi todos del mismo color.

—Es una profecía autocumplida. Todo, la educación, la sanidad, el empleo, se organiza para que nos encontréis donde queréis vernos.

—Hay formas de cambiar de pecera, Ben, pero pocas con ese pelo.

—Pues solo le veo ventajas, Michel: mi pelo habla por mí. Da respuesta a todo el mundo y en todo momento. Me ahorra saliva. Desde el que asume que bailas bien, que eres buena en atletismo y mala nadadora, hasta quien te pregunta en una fiesta quién tiene buena maría, sin que sepas si te ha tomado por especialista o directamente por camella.

—Habla por ti, pero veo que no te gusta lo que dice.

—No me estás entendiendo, Michel. Lo que hace mi pelo es llamar racista a todos esos gilipollas. O gilipollas a todos esos racistas, como prefieras.

Anunciaron el embarque, pero no había acabado de hablar.

—Y algo les dice también a los que miran impasibles como tú. Siempre es peor el mundo oficial que el ocio. Detrás de la pasma vienen las empresas, el verdadero reino de la microagresión. En más de una reunión me han tomado por la secretaria del que se sienta a mi lado. Les cuesta asumir que soy la programadora. Y puede ser peor. Una vez, al abrirse la puerta del ascensor, un empleado se acercó corriendo para que fuera a limpiar no sé qué cafetera que habían derramado en una sala de juntas. Entonces ni siquiera llevaba el pelo así. Si no está tan claro que pueda salir de la pecera, quizá será mejor inundarlo todo. ¡Y cuidadito con cómo te expresas! Si eres demasiado vehemente o asertiva, te encuadran en el estereotipo de negra iracunda o pasional. Si te pasas de elocuente o usas términos sofisticados, te tacharán de «intelectual», «subida», «distante» o algún otro eufemismo para la soberbia y el privilegio.

—Mejor quedarse al fondo.

—¡Qué bien lees lo que quieres, Michel! Detrás de la empresa llega la universidad, pero llega. En mi curso había otra chica negra, Afú. Éramos distintas a más no poder. Ella, dicharachera, delgada y con el pelo afro, como el mío ahora. Yo con el pelo corto, gorda y callada. ¿Puedes creer que en tercer curso aún había gente que se equivocaba

de nombre?

Apenas quedaba nadie en la cola del embarque.

—Afú me decía que vivía el racismo como un ruido de fondo. De tanto oírlo acababa por obviarlo, pero estaba siempre ahí y condicionaba todo lo que hacía. Fijaba su estado mental.

Nada de esto parecía sorprender a Michel, que ahora comprobaba algo en su tarjeta de embarque.

—Decía que estaba tocada por ese ruido como por un dolor de cabeza constante, algo que perturba tu percepción del entorno.

—¿Vamos? —preguntó Michel poniéndose en pie.

Asentí. Para Michel no era más que un talismán. Una perra de caza de cuyo olfato te fías. El carrete del que recoger hilo hasta llegar a ti, Dusa. Así es como leía mi cuaderno. No le importaban mis motivos y explicaciones. Y, sin embargo, yo tenía algo más que decir, algo que me decía Afú cuando me veía más callada. Lo repetí despacio, para mis adentros, mientras me dirigía al mostrador: «No te repliegues, negra. No trates de mimetizarte. Si te blanqueas pueden subir aún más el volumen. Ese ruido forma parte de lo que entre todos preferimos desconocer. Su fuerza es tan grande que hasta quienes lo sufrimos acabamos por preferir la ignorancia».

VI

Llovía entre los altos edificios de revoque ennegrecido. Desfiladeros comerciales que tejían una trama tupida a ambos lados del río. Llevábamos cuatro horas en el mismo café, apostados junto a una cristalera para vigilar la entrada del edificio que Dixon visitó una noche a principios de marzo, hacía más de un mes, tras volver de su encuentro en Oslo con los Cuatro Fantásticos. En la guía telefónica y en los buzones no aparecía nadie llamado Dixon, solo nombres húngaros, varios de ellos de empresas, y lo mismo en los otros dos apartamentos donde había pasado la noche aquellos días. Sin embargo, el GPS no se equivocaba: Dixon había volado de Oslo a Budapest y no se había movido de la ciudad en los cinco días en que el dispositivo había estado emitiendo la señal que mi jodido ordenador captaba. Y aunque había dormido en tres edificios diferentes, por la mañana había visitado siempre la misma empresa farmacéutica.

La moto que Michel alquiló en el aeropuerto de Budapest era parecida a la que había dejado aparcada en Barcelona, pero tenía nombre japonés. Nos estaba siendo muy útil para movernos por esta ciudad de tráfico endiablado. Me gustaba llevar tu casco rojo: lo sujetaba con mucho cuidado, me lo ponía despacio. Después de un día y medio, estaba cansada de mirar portales, simulando leer, conversar y pasear. Michel y yo no estábamos de acuerdo en cómo continuar.

—Deberíamos buscarle en la empresa, Michel. Es lo único constante en sus trayectos.

—AZOK no es una buena opción. Como toda multinacional farmacéutica, está sujeta a estrictas medidas de seguridad. No es el lugar ideal para abordar a quien no quiere verte.

Odio cuando Michel rompe su mutismo habitual con ese tono paternalista. Da la impresión de que no puede evitarlo. Debe de ir con la jubilación de la pasma. Con la barba desigual, las arrugas y los ojos empequeñecidos: la máscara de viejo duro y perdedor. Con el

tensiómetro y el pastillero de dos cavidades. Igual que conmigo va cada vez más el fastidio, la resistencia. Este pelo que crece como advertencia y bandera. No. No me relajo ni me conformo.

—Hemos probado ya en las tres direcciones que marcaba el GPS, Michel, sin ningún resultado. Ya decidiremos cómo abordarle, pero antes tenemos que dar con él, ¿no te parece? Da la impresión de que sus costumbres nocturnas son muy volátiles.

—Que cambie tanto de cama puede ser una cuestión de seguridad, pero, si es así, debemos medir más aún cómo acercarnos.

El protocolo acordado para abordar a Dixon no dependía del lugar donde lo hiciéramos. La idea era salirle al paso, pero yo sola, como habíamos hecho con Torné. Solo así podría aceptar una conversación: supondría que yo actuaba por mi cuenta y no se sentiría amenazado. No sé si esto tenía de verdad que ver con la psicología de la intimidación o si procedía de la costumbre de Michel de enviar aquí y allá a sus subordinados a cumplir distintas tareas. En todo caso, si el encuentro se producía, debía dejarle hablar. Michel insistía mucho en eso. Podía tratar de reconducir la conversación, pero sin que lo notara, y sobre todo sin interrumpirle, porque lo que nos dijera sería lo único que tendríamos. Y yo debía recordarlo todo, aun lo que me pareciera más anodino e irrelevante.

—Escucha, Michel, si ha cambiado de dormitorio tantas veces, lo seguirá haciendo. Solo ha pasado poco más de un mes desde que voló de Oslo a Budapest. En cambio, es muy posible que su trabajo en AZOK continúe. Aunque sea consultor, como decía su tarjeta, su tarea puede prolongarse. Lo sé por experiencia: yo he sido consultora informática y, en contratos largos, dispones de tu propio despacho. Acudes al curro con la regularidad de un empleado.

—Si le abordas en un contexto desfavorable, le perderás para siempre.

Michel me habla como si me hiciera un favor escuchando mis argumentos, pero dándome a entender que ya es hora de que ceda y ocupe mi sitio al fondo. Al notarlo me afianzo, me enraízo y enrosco. No quiero que me lleve, que me peine a su gusto.

—No hemos conseguido nada mirando la puerta de estos tres

edificios. Nada tampoco ha salido de la conversación con tus viejos colegas de la poli húngara, que nada saben de un tal Dixon, ni de la foto que te pasé. Esta tarde es tuya, pero mañana a primera hora vamos a la jodida empresa, Michel.

Cada vez que baja la frente, su cara pierde definición. Los ojos se hacen más pequeños e inexpresivos, los pómulos pierden su perfil, lo mismo que el cuello. Todo queda sepultado bajo las dunas de unas mejillas y una papada hinchadas. Lo compruebo cuando vuelve a levantar la cara, asintiendo, poniendo ante mí más derrota. Cosas de un viejo desfondado que no van a pararme.

VII

La luz del amanecer iluminaba el contorno de la fábrica y resaltaba el gran cartel de letras azules desplegado en lo alto: AZOK. Nos bajamos de la moto. No era solo que Michel condujera con rapidez y solvencia, zigzagueando entre el tráfico como un adolescente, sino que al llegar sacaba otra jeta del casco y hasta algo parecido a una sonrisa. Nos sentamos en un banco de la acera de enfrente, Michel con su periódico y yo con mis gafas de sol y el pelo recogido en un gorro de lana, ambos con la mirada fija en la entrada. Me centraba en los coches porque era más difícil comprobar quién iba dentro. Solo cuando no venían coches desviaba la mirada a quienes bajaban del autobús.

Las berlinas y todoterrenos, casi todos oscuros, iban accediendo al complejo mientras que una sucesión de autobuses azules descargaba pasajeros a sus puertas. Un conjunto de chaquetas, carteras, faldas, peinados, mochilas, gestos, piernas y paraguas rodaba entonces sobre la acera y se recomponía enseguida en distintas personas. Y entre ellas, de repente, se ensambló el pelo rizado, el cuerpo alto y delgado y el ademán comedido de Dixon, que se sacudía las mangas de un chaquetón oscuro, sosteniendo un momento el maletín entre las piernas. Alguien le llamó en ese momento y Dixon se quedó hablando en la parada. Nada de gorra, ni de chaquetas vaqueras, pero era él, sin duda.

—¡Ahí está! —dije señalándole.

Antes de que Michel pudiera hablar, me levanté y empecé a cruzar a la carrera la ancha avenida. Ni siquiera me detuve cuando se me cayó el gorro, y grité a voz en cuello:

—¡Dixon!

Pensé que no le costaría nada hacer como que no me había oído y entrar en la fábrica, pero se detuvo antes de hacerlo. Se giró despacio con una sonrisa que me daba por descontada.

—¡Ben, dichosos los ojos! —exclamó, y me tendió una mano que

sujeté demasiado fuerte, por inercia, cuando al fin le alcancé, jadeando—. Respira un momento. Estás sofocada.

—Parece que no te sorprende verme, Dixon.

—Claro que me sorprende, pero positivamente. Creo que en algún lugar aquí arriba —dijo, y se tocó la sien con dos dedos— estuvo siempre la posibilidad de tu visita. Subamos a la oficina y charlaremos más tranquilos.

Marcó un número en el móvil para decir algo en húngaro y enseguida colgó. Un guardia salió de la garita para acompañarnos al torno de acceso y me dio paso por una portilla adyacente.

—Antes de nada, quiero mostrarte dónde estamos, Ben —dijo Dixon.

Tomamos un pasillo que nos condujo a una gran nave llena de estanterías y máquinas empaquetadoras. No se veía a nadie. Un sistema automatizado de piezas articuladas iba colocando cajas pequeñas en otras mayores y las envolvía en papel de celofán, dirigiéndolas a distintas cintas que las transportaban a los muelles de carga que se divisaban al fondo.

—Comenzamos por el final, Ben. Este es un almacén robotizado que prepara los pedidos y los despacha con una trazabilidad perfecta. Ya ves que la planta está separada de nosotros por una cristalera que encinta toda el área de operaciones. El escaso personal que te puedes cruzar lleva batas, mascarillas y gorros, y el calzado va recubierto de plástico. En las siguientes plantas los requisitos de asepsia son aún más exigentes.

Un pequeño ascensor nos llevó a la tercera planta. Puse la palma de la mano sobre el pelo. Estaba preparada para interpelarle, para impedir que me condujera a su gusto de un lado a otro, pero tenía presente la consigna de Michel: «No le interrumpas, déjale hablar y recuérdalo todo». De nuevo el espacio de la nave estaba separado de nosotros por una enorme cristalera.

—Esta planta y la segunda tienen líneas de producción de distintos medicamentos —dijo Dixon señalando a una operaria que tecleaba en varias pantallas encastradas en un enorme panel metálico.

Al fondo, a lo largo de la nave, cadenas automatizadas rellenaban

ampollas, otras dejaban caer las pastillas en inmensos tanques de acero inoxidable que giraban a distintas velocidades.

—La fábrica de AZOK es ideal para una visita rápida. Con un tamaño mediano, integra el conjunto de la actividad farmacéutica. No todo, luego hablaremos de lo que falta.

Una mujer mayor salió gesticulando por una puerta lateral.

—¡Dexter Halgand! ¿A qué se debe el honor? ¿Va a entrar a la cabina?

La puerta entreabierta dejaba ver al fondo una sala blanca y, más cerca, la antesala para cambiarse.

—No, no, doctora Ficsor. Le estaba enseñando las instalaciones a esta joven investigadora. Solo un vistazo general.

La señora Ficsor miró su reloj.

—Tenemos una reunión pronto, ¿verdad?

—Así es, doctora, pero le llamo en cuanto acabe. Llevo algo de retraso.

Y, volviéndose hacia mí, añadió:

—En la planta siguiente hay un departamento de control de calidad y un par de grupos de investigación y desarrollo. Ahí están las salas blancas más exigentes, las que tienen mayores filtros y medidas profilácticas para preservar atmósferas completamente estériles. Además de lo que ves en esta planta, allí encontrarás probetas, pipas, manómetros, muchos ordenadores y salas con algo más de conversación entre operarios, pero básicamente lo mismo, Ben. Vamos ahora a mi despacho.

No me había dado cuenta de que en aquella pared había un ascensor, de que Dixon lo había llamado. Solo le vi entrar en la caja iluminada de luz mate, amarillenta, y situarse al fondo con los ojos cerrados, inmóvil. Respiré hondo antes de seguirle.

VIII

—¿Qué te parece, Ben? En unos pocos minutos te has asomado al proceso productivo de los medicamentos: la investigación y el desarrollo del producto, su fabricación, el control de calidad y la logística para su distribución, pero hoy en día los medicamentos no son esto…

Dixon había empezado a hablar al abrirse la puerta del ascensor, mientras me señalaba una silla. Estábamos en un enorme despacho vacío, sentados frente a frente. No había papeles sobre la mesa, solo una pantalla de ordenador, y tampoco cuadros ni estanterías. Una cristalera dejaba ver al fondo otros complejos industriales, cada vez más separados por prados y bosque.

—Falta algo que no has visto, la pieza decisiva. Te sonará lacónico, pero los medicamentos se producen por dinero. «Y para curar», dirás tú. Vale. Estoy dispuesto a conceder que, como principio general de la visibilidad del mercado, se producen para curar, pero solo en cuanto generen beneficios. Si no generan beneficio no se producen, o se modifican en consecuencia. Del dinero en mayúsculas se trata en esta planta, aunque menos que en otros despachos de Londres, Nueva York, Basilea o Shanghái. Eso explica que esta empresa me reciba como consultor un par de meses. Hay que definir las últimas modificaciones que el dinero introduce en la molécula de un nuevo producto. Hay que pensar cómo presentarlo al consumidor. Todo tiene que definirse atendiendo a sus expectativas, aunque las generemos nosotros.

—¿Qué has hecho con la gorra, Dixon?

—No te engañes, Ben, no se trata de que confluyan dos principios, la salud y el beneficio económico, y que de su encuentro surja el medicamento. El dinero es el factor prevalente. Si generan dinero, los medicamentos se producen, aunque no curen. Escúchame bien: aunque sean inocuos o dañen la salud. Y si no generan dinero no

existen, por muy vitales que sean.

—¿O debo llamarte Dexter?

—Dexter Halgand es correcto. Mi familia emigró a Estados Unidos al quedar Hungría del lado equivocado. Yo volví dos años después de la caída del Muro. Desde entonces vengo a menudo. Tengo aquí familia, propiedades y falsos recuerdos, ya sabes, los generados por terceros que asumimos como propios. Recuerdo tanques soviéticos en calles precisas, y eso que, cuando tuvo lugar la invasión, apenas había nacido y vivía en otro continente. Por cierto, tú también has cambiado de aspecto. Ese pelo está en plena efervescencia.

—Entonces te seguiré llamando Dixon. Así llevas la mentira en tu nombre —dije poniendo las manos sobre la mesa.

Me daba cuenta de que esto era lo contrario de lo que Michel me había aconsejado. Debía callar y escuchar, callar, no preguntar ni contradecir. Pero las manos habían olvidado el camino a los bolsillos.

—¿Y la gorra?

—Ah, la gorra, sí, me hablas de Oslo. La gorra tiene su historia… El proyecto del viejo NOXTRO se me ocurrió mientras escuchaba vuestra sugestiva intervención en el concurso a la mejor innovación nórdica. No fue nada premeditado. Siempre que tienes una idea hay que vestirla, buscar el modo de presentarla, y aquí había que hacerlo a toda velocidad. Salí a la tienda de souvenirs del puerto y me traje la gorra. Tenían hasta una maquinita ideal para hacerse tarjetas de visita.

—Y los pins.

—Sí, también las insignias del pez y la paz. Buscaba el ángulo propio de las ONG, centrarme en la transparencia en aras del interés público.

—Pero en realidad no era eso lo que buscabas. El ángulo no era tuyo.

—Sí y no, quiero decir que ahora me ves en una gran farmacéutica y mi actitud es distinta. Hoy cualquier actividad comercial tiene los dos fundamentos: el dinero y los buenos sentimientos.

Dixon miraba detrás de mí las paredes blancas, quizá también el cielo nublado que yo veía desde mi lado de la mesa.

—Cuando interpreto o represento a una ONG, mi disposición es cercana a una de esas comunidades evangélicas: inorgánicas, transparentes, crédulas, espontáneas. Cuando trabajo para una farmacéutica, me centro en la institución más que en la fe. Soy más católico, por así decir. En la corporación, las formas se hacen aparentes, en el vestir y en el trato. De hecho, deberíamos hablarnos de usted, pero contigo siento una complicidad especial y me resulta difícil cambiar ahora. Sentado en este despacho, me siento como uno de esos viejos católicos que han perdido la fe, pero que siguen frecuentando la iglesia y los sacramentos. Yo creo mucho más en la industria farmacéutica que en los medicamentos.

—Todo era mentira.

—¿Por qué eres tan negativa, Ben? En todo lo que os dije había una parte de verdad; si no, no sería convincente. Estudié en la universidad baptista que desarrolló NOXTRO, conozco bien a los evangélicos, y he sido luego un católico muy convencional. He trabajado para la gran industria farmacéutica, incluso para DUGENTA cuando hizo sus ensayos en Europa. Pero, con los años, me he ido centrando en quienes facilitan la coordinación del sistema. Los que se ocupan de los movimientos transversales de información y facilitan una respuesta colectiva, más o menos coordinada. Es el área más importante, Ben, la más interesante, a la que me gustaría que también tú volvieras la mirada.

—¿De quién hablamos? ¿De los estafadores? ¿Los mistificadores? ¿Los cantamañanas?

Dixon entornó los ojos.

—Fondos y fundaciones son los vasos capilares, las sinapsis del sistema. Ellos coordinan sus dos manos: el lenguaje y la aritmética, el aire y el metal, los sentimientos y el dinero. A menudo se presenta la economía como una batalla encarnizada entre agentes enfrentados, pero esto es accesorio, de lo que se trata es de que el capital se reproduzca. Los que se enfrentan en el mercado se sientan luego en unos pocos consejos de administración. Allí es donde se comparte la información crucial. Es como quien piensa que puede hacerse una batalla con agua: ¡ridículo! Por mucho que la mandes en una dirección

u otra, el agua siempre sigue su curso, conforme a sus propias reglas, y acaba en el mismo punto. El dinero es igual: busca siempre la pendiente, el punto de máximo rendimiento.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

—Vosotros hablabais de lo que se conoce que se desconoce y lo que se desconoce que se desconoce.

—Lo superdesconocido —confirmé.

—Además de esas dos categorías —siguió Dixon—, está lo que desconocemos que sabemos, lo que de forma más o menos inconsciente colocamos en el fondo más recóndito de la mente y del trato social. El discurso nunca abre esos cajones, pero sabemos lo que contienen. Fondos y fundaciones se ocupan de guardar la información y tenerla disponible para cuando el dinero la precise. No hay que desestimar la fuerza de lo que ignoramos que sabemos.

Incliné un poco la cabeza para dejar de mirar a Dixon. Buscaba un asidero para callarme. Primero tu figura, como una llama blanca en la tempestad del bar de Alf. Luego Afú y su pelo esférico que precedió al mío. Trataba de recitarme su viejo consejo, echármelo encima como un conjuro. Colgármelo como un amuleto: «No te repliegues, negra. No trates de mimetizarte. Si te blanqueas, subirán el ruido de fondo».

Tenía que haber una manera de sumarme al tiempo al consejo de Afú y al de Michel. Sin replegarme, ¿cómo dejar hablar a este ser inane, limitarme a memorizar lo que dijera? Fijaría la mirada en la cristalera mientras Dixon le hablaba al techo. La fijaría en el techo cuando la suya se descolgara afuera. Aceptaría su partida de miradas huidizas y palabras vacías. Mi escucha y su discurso empatarían en la misma luz pálida que llenaba la oficina. Si se paraba, le invitaría a seguir hablando. Lo haría discretamente, no como ahora, que me apoyaba de nuevo en el borde de la mesa para decir, demasiado alto:

—Fondo, fundación o bulo, todo lo que nos contaste en Oslo era mentira.

—No hubo tantos cambios, Ben. Hay que aderezar un poco las motivaciones. Estas suelen quedar fuera de las transacciones comerciales, ¿verdad?

—¿Dónde están mis colegas? Svein, Siri… Loke ya sé, está

ingresado. ¿Dónde está Dusa?

—Hubo un cambio de planes y el proyecto se suspendió. Como compensación por no ver su trabajo terminado, saldé con una prima la cuenta de Siri y Svein.

No, no podía seguir el consejo de Michel ni aceptar el juego de una conversación banal con Dixon. No en estas condiciones.

—¿Y Dusa?

—No respondo de Dusana. Quedamos en que no era del equipo, sino una especie de consultora vuestra.

—¿Dónde está?

—No respondo de ella, Ben.

—¿Por qué no me buscasteis a mí? ¿Por qué no me pagasteis?

—Tú eres un caso especial, Ben. Contigo el dinero sigue buscando su pendiente. La encontrará, no hay duda, y hasta quizá trace un recorrido digno de contemplarse. Como la detención del proyecto fue muy abrupta, no fue fácil borrar todas las huellas. Parte de la compensación de Svein y Siri va ligada a que olviden lo que pasó y que se queden lejos de Oslo al menos seis meses. Al ver las condiciones de su retiro, agradable y lejano, me pidieron prolongarlo hasta un año. Contigo era conveniente proceder de forma más discreta y paulatina. Estás en observación. Todas las opciones están abiertas, desde las más ventajosas a las más drásticas. Si todo va bien, Svein te hará llegar tu parte en unas semanas, pero sin entrar en comunicación contigo. El dinero es un bálsamo, es bueno que circule, que siga a las palabras. Vigila tu cuenta; es lo único que puedo decirte… De todas formas, que hayas llegado hasta aquí me confirma en un viejo plan que siempre me rondó por la cabeza. No quiero solo compensarte, Ben, me gustaría contratarte.

—¿En qué consistió el cambio de planes? ¿Por qué parasteis el proyecto?

—Todo empieza por un movimiento del mercado. Uno más, tan anodino como cualquier otro. Una empresa que ya conoces, DUGENTA, planea comprar esta otra en la que hoy estamos. AZOK considera poco amistosa la fusión y se prepara para defenderse a toda costa. Una revelación sobre actividades inapropiadas de DUGENTA,

aunque datara de años atrás, habría sido ideal para reducir su empuje.

—Entonces ¿encargaste nuestro estudio para AZOK?

—Sí y no —dijo Dixon, y entrecruzó las manos apoyando un pulgar en el otro—. Trabajo para un fondo de inversión activo en el sector farmacéutico. Dicho de otro modo: lo mismo trabajo para unos que para otros. Me sitúo en el punto de mayor rendimiento y me encargo de goznes y bisagras. Si quieres, soy un experto en el giro. La oportunidad estaba al principio del lado de DUGENTA. Es una empresa mayor, más antigua, mejor asentada, pero mi fondo ayudaba a AZOK a defenderse, y para hacerlo quiso achicar la boca de DUGENTA, de ahí el encargo a los Fantásticos. Sin embargo, luego se demostró que era más conveniente ampliar la boca de AZOK.

—¿Qué quieres decir?

—Tras muchas discusiones, el fondo que pilotaba la fusión llegó a la conclusión de que era AZOK quien debía hacerse con DUGENTA. En el mercado, si hace falta, el pez chico se come al grande. Se facilitó un acuerdo en ese sentido, y entonces ya no convenía envenenar a nuestra presa. El proyecto ya no tenía razón de ser, es más, se hizo urgente tapar cualquier resultado. Además, no había nada que descubrir, al situarnos en los dos lados de la operación teníamos toda la información que se buscaba.

—Hablemos entonces de los resultados del ensayo de NOXTRO.

—No. De eso hablaremos cuando empieces a trabajar conmigo.

—Sí, Dixon, quizá trabaje para ti, pero antes debo encontrar a Dusa.

—Las arañas que desarrollaste son extraordinarias. Las queremos a nuestro servicio.

—Ya las tenéis. Todos los programas de rastreo desaparecieron de la nube y de los discos duros que estaban en el apartamento de Oslo.

—No solo esas arañas, Ben, queremos la capacidad de replicarlas, mejorarlas, de crear otras nuevas. Las que desarrollaste te están esperando.

—Puede que vuelva a trabajar con ellas, Dixon, y que lo haga para ti. Las echo en falta, pero antes debo aclarar algo, encontrar a alguien. Ya sabes a quién, Dixon.

Dixon negó con la cabeza.

—Las arañas son maravillosas, pero no son la razón principal de que quiera contratarte. Eres un radical libre, Ben. Importantísimo para desencadenar otros procesos. Independiente e inestable, y de vida extremadamente corta. Unirte a mí te dará estabilidad, te permitirá desencadenar reacciones más provechosas con menos desgaste. ¡Qué forma más descabellada de acelerar la entropía, vincularte a esa anciana atolondrada!

—Ten cuidado.

—Eso es lo que me gusta de ti, Ben. Solo quien vive con tanta pasión un lado de las cosas puede darles la vuelta, hacerse dueño del eje, dominar su giro. Tomemos la transparencia, tu obsesión porque todo sea visible, accesible… Es difícil imaginar un concepto más desestabilizador para una empresa sólida, jerárquica, de saber compartimentado, como la Iglesia o la industria farmacéutica. La transparencia es la semilla del caos. ¿Sabes de dónde viene el poder de la Iglesia, Ben? De que no se pueden sentir las piernas de Jesús cuando nos llevamos la hostia a la boca. Ya lo decía santo Tomás: *E si sensus efficit*… —dijo, y se detuvo para ver si le seguía, mientras yo negaba con la cabeza—. «Y aunque fallen los sentidos, la fe es suficiente para fortalecer el corazón de la verdad». Y habría que ir más lejos, Ben: *porque* fallan los sentidos, la fe basta. Esto es, los sentidos deben fallar, tanto la Iglesia como la industria deben cegar las vías para cualquier constatación directa. Solo así el logo, la cruz, la marca, irradiarán todo su poder. Las letras inscritas sobre los medicamentos y sus cajas, completamente opacas, revelarán toda su potencia. «Lo que no comprendes porque no lo ves, lo afirma tu fe viva».

—Nos estamos alejando de la cuestión, Dixon.

—Dexter, aquí Dexter. ¿Te das cuenta, Ben? Santo Tomás habría sido el perfecto patrón de la industria. Fíjate en esto otro: «Bajo diversas formas tan solo se ven los signos, que esconden una realidad sublime». ¡Qué descripción más acertada del poder de la marca farmacéutica! La farmacopea debe ocultar el principio activo y rodearlo de misterio y seducción para preservar su *realidad sublime*. El paciente expresa su fe adquiriendo la medicina y tomándola conforme a la prescripción. Igual que el fiel eucarístico, no ve nada en el cuerpo

opaco de la pastilla. La lengua no reconoce ni la molécula ni las espinas de Cristo.

—Dixon…

—Dexter. Siempre estuve en contra de esas grageas transparentes que muestran su contenido. Por no hablar de las cápsulas que se pueden abrir y permiten manipular el interior. Ni siquiera tolero las de varios colores. Todas esas combinaciones son intentos burdos de representar la sustancia.

—Ya está bien, Dixon.

—Las formas deben ser ciegas, esto es, insípidas, inodoras y opacas, cerradas al entendimiento para acrecentar la confianza en la sustancia, representada solo por la marca. Solo el logo salva. Y los prospectos no deben ser demasiado explícitos sobre los procesos que desencadenan las pastillas. Ni sobre los curativos ni, mucho menos, sobre los efectos secundarios. A menos acceso, más deseo. Es decir, más fe y más demanda. Tenemos que volver a los orígenes, Ben… En las laderas de la Acrópolis pueden visitarse las ruinas del primer hospital.

—No he venido a hablar contigo de la Acrópolis.

—El protocolo era sencillo. Los pacientes se echaban a dormir, quizá bebían algún narcótico antes, y Escolapio los visitaba y los curaba en sueños. ¿Te imaginas la emoción del que veía las sandalias del dios, su cayado con la serpiente enroscada? No se sabe cómo se curaban. Ni lo sabían ellos ni los sacerdotes que facilitaban el encuentro. Esa es la actitud que debemos recuperar. No saber nada y confiar plenamente. Dormirse escuchando el cayado que se acerca. *Quod non capis, quod non vides, animosa firmat fides!*

De repente dejó de moverse. Su mirada quedó fija sobre la mesa.

—¡Tengo que devolverte algo! —exclamó.

Sacó de un cajón el cuaderno de anillas con tu currículum, Dusa, y lo examinó por ambos lados. Lo dejó sobre la mesa, tomó un cortaúñas y rasgó la cubierta de plástico. El GPS estaba encajado en el lomo. Lo guardó en el bolsillo y me tendió la carpeta.

—¡Qué ingeniosa solución! ¡Ingeniosa y artesanal!

—Fue idea mía —dije—. Dusa ni siquiera estaba al tanto.

—Lo creo, Ben. Eso prueba que estás interesada en lo que hago más

allá del encargo. Ahora quiero que tú te lleves un recuerdo, pero tengo que ir a buscarlo. Y de paso hablar un momento con la doctora Ficsor, a la que ya conoces. Me esperas un momento, ¿verdad? No serán más de quince minutos.

Dudé si responderle que se diera prisa, que había quedado con un policía que sabía que estaba en la sede de AZOK. Eso me protegería, sin duda, pero abortaría cualquier acercamiento futuro. No quería perder mi utilidad como anzuelo. Si Dixon me estaba probando, quería que siguiera adelante, que confirmase su voluntad de colaborar conmigo.

—Puedo esperar —dije mientras él se levantaba.

—Ya sé, Ben, ya sé —respondió él antes de cerrar la puerta tras de sí.

IX

Lo que pensaba es que estaba siendo observada. Que si me mostraba inquieta tendría problemas. Que los tendría si me veían demasiado curiosa, fisgoneando en el despacho. Me sentía como en una entrevista de trabajo en la que me jugaba el pellejo. No me levantaría. Respiraría con más calma. Miraría la pared. Para tranquilizarme fui listando en silencio los nombres de todas las Bitch Coders, después los de mis profes y compañeras de la uni. Al llegar a Afú me detuve. Me dirigí a ella: «No, no me repliego, Afú. Tomo aire en silencio. Carrerilla de puntillas. Me sumerjo lentamente para saltar desde el agua en cuanto alcance el fondo».

Lo sabe el muelle rudo y sedoso sobre el que pongo la palma de la mano, el círculo perfecto que traza su silueta reflejada en la cristalera. Bandera, talismán con que abro y cierro los ojos, ya tranquila: «No me repliego».

Dixon abrió de golpe la puerta. Puso una bolsa de plástico sobre la mesa y empezó a sacar cajas de medicamentos con textos en distintos idiomas y dibujos variados: una tigresa mostrando sus garras, flores, espigas, tubérculos y semillas de distintas formas y colores, elefantes, carpas, ranas, un rinoceronte…

—Es el NOXTRO tal y como se ha comercializado en distintos países de Asia y África en los últimos años. Siempre junto a animales y plantas que representan fuerza, suerte y salud en distintos lugares. Vinculado a distintos conocimientos y recursos tradicionales para ofrecer la misma Sustancia en diversos ropajes —dijo mientras volvía a sentarse.

—¿Para qué me das esto?

—Porque, por supuesto, la única Sustancia es el dinero. Irreductible, pero capaz de todas las metamorfosis. Y para que veas la confianza que te tengo. Estoy deseando que te unas a mí, Ben. Es duro despertar susceptibilidades a un lado y otro, siempre en equilibrio inestable. En

peligro, Ben. Un peligro que llega de los extremos que pongo en contacto. ¿Lo puedes creer?

—Parece que el radical libre eres tú.

—Puede que sí, puede que tengamos eso en común —dijo. Por vez primera me miraba a los ojos, detenidamente.

—¿Dónde está Dusa? —pregunté de nuevo.

—No insistas. Ya te dije que Dusana no es responsabilidad mía.

—AZOK quiso parar lo que ella investigaba.

—Esa investigación tenía muchos otros adversarios. AZOK cambió de idea y quería parar, pero otros estuvieron siempre en contra.

—DUGENTA.

—He dicho «otros», Ben. ¿Sabes cuántos son los licenciatarios de NOXTRO en países en desarrollo? Más de treinta. A todas esas empresas, la mayoría propiedad de caciques locales con pocos escrúpulos, les afectaría un escándalo como el que iban a alumbrar vuestros estudios. Vuestros cálculos y el recorrido de vuestras arañas les harían perder millones de dólares, sobre todo si sacaban a la luz que la nueva versión de NOXTRO, la que ellos distribuyen, había perdido propiedades curativas frente a la vieja versión de la molécula.

—Nuestro estudio se centra en la arritmia, y NOXTRO se usa para el colesterol.

—Ni las empresas ni sus clientes se paran a pensar si pierde propiedades en esto o lo otro. Para eso han logrado envolver de mistificación su molécula. Lo verán como un ataque a la marca. Verán una Tigresa mellada, sin garras. Un elefante que ya no reparte suerte. Raíces y plantas sin fuerza curativa. Y a quienes la distribuyen y consumen en Tailandia o Egipto no les gusta la imagen de una medicina floja, ni semejante a cualquier otra.

Dixon miró el reloj. Me daba la impresión de que se dejaba llevar, que buscaba la limitación del tiempo o de los temas de discusión, pero no la encontraba. Mi escucha le impulsaba a seguir hablando sin límite, y aunque lo que contaba no era siempre directamente aprovechable, todo ese tiempo facilitaba información y me confirmaba como posible aliado. Era justo esto lo que Michel quería.

—Verás, Ben. Si vamos a colaborar hay que saber cuál es el terreno

de la mistificación, delimitar los hechos y las apariencias y jugar con ambos… El verdadero ensayo de doble ciego es el mercado. Ni quien administra el producto ni quien lo consume sabe qué se trae entre manos. Puede saber con mucha precisión lo que desea y lo que produce, pero apenas nada de su impacto social y ambiental, ni de lo que supone producir y consumir ese producto y no otro. Y aquí el contexto lo es todo, Ben, sin él no se distingue la necesidad de la redundancia. Ahora bien, si oferta y demanda componen un ensayo, ¿qué estamos ensayando? ¿En función de qué conocimiento se ordenan sus respectivas ignorancias?

No me estaba preguntando nada: Dixon seguía mirando por la ventana, como si buscase la respuesta en las nubes bajas y el contorno desdibujado de las fábricas.

—La suma de sus cegueras abre los ojos del mercado, vale, pero ¿qué ve el mercado? No somos los primeros en hacerse esta pregunta. Demanda y oferta son ciegas porque así facilitan la distribución de bienes a la población. Ese sería el objeto del tanteo incesante de una y otra, de sus desencuentros en la sobreproducción y la escasez, de su despliegue a veces fallido, otras fulgurante, coordinado, planetario. Esa es la respuesta que nos han dado durante años, Ben, y es reconfortante pensar que si cada uno va a lo suyo se logra entre todos el bien común… Lamentablemente, la realidad es más prosaica. Lo que el sistema ensaya con la oferta y la demanda no es el mejor modo de distribuir bienes, sino cómo incrementar el beneficio. En función de este se ordena la doble ignorancia. Esa es la única visión del mercado.

—No hay mano invisible.

—Claro que sí, y es tremendamente eficaz. Solo que no nos conduce a donde dice llevarnos. Si estableces la suposición de que la riqueza individual conduce al bien común, engrasas el sistema. La tranquilidad moral y social incrementa los beneficios. Hay una doble ceguera, sí, pero el resultado no es una visión global, un mercado que sabe encontrar al que necesita un producto y llevárselo, retribuyendo a los productores adecuadamente, sino su apariencia.

—No te vendes bien, Dixon. Me pides que colabore en generar una apariencia criminal.

—Prefiero llamarlo un espejismo intencionado. O un trampantojo. Un trampantojo ordenado en función de la consecución de beneficios. Y aquí si hay una dimensión humanitaria, porque si la apariencia es buena contribuye a la paz social: hace que quienes más sufren lo noten menos. Esa es la conexión con el bien común, Ben… —Dixon se interrumpió para mirar de nuevo el reloj—. Basta por hoy. Creo que hemos avanzado mucho.

Apoyé las manos en el reposabrazos para ponerme de pie, pero suprimí enseguida el impulso. Dixon empezó a meter de nuevo las cajas de NOXTRO en la bolsa.

—En los próximos días voy a estar de un lado a otro. Si estás dispuesta a colaborar, no tienes más que entrar en tu cuenta de Twitter y colgar un mensaje que contenga la palabra «giro».

—Hace siglos que no uso mi cuenta. No sé si está activa.

—Pues la reactivas. Yo retuitearé tu mensaje desde una cuenta que incluya ese mismo nombre. Te daré una cita por mensaje privado. Aparte del dinero que ya has ganado hay una prima importante por inicio del contrato, alrededor de sesenta mil dólares.

—¿Me confirmas que podré trabajar con mis arañas? ¿Sin ninguna restricción?

—Cuenta con ello. Tendrás tus arañas y todos los medios para desarrollarlas sin límite alguno. Ya verás, las soltaremos en los escenarios más insospechados, pero antes tendremos que aclarar una serie de puntos.

—¿De qué se trata?

—Unas pocas medidas de cautela. No quiero fiascos como el de los Fantásticos con Dusana. Entras en un orden de cifras nuevo, nada que ver con tus colegas.

Ahora sí me levanté con Dixon, que me tendía la bolsa con las cajas.

—Toma, quédate las pastillas de NOXTRO como recuerdo. Ya sabes, una sola Sustancia bajo muchos ropajes. Te acompaño a la salida.

X

En el ascensor, Dixon parecía otro. La luz amarillenta iluminaba su piel y contrastaba con las cavidades oscuras de la boca y los ojos, pero su cara ya no estaba rígida, ni sus ojos cerrados. Sonreía, y no solo eso, me escudriñaba: brazos, camiseta, pantalón. Para su expresión curiosa y asombrada yo no tenía consignas, ni de Michel ni de Afú. Nada frente a esa mirada imprevista, danzarina, insistente. Solo la distracción de las palabras:

—Fue Svein quien te contó que nos llamábamos los Cuatro Fantásticos.

—Sí, claro, Svein —contestó Dixon—. Me dijo que empezó él y que todos adoptasteis el nombre como una broma común. Estaba dicharachero, muy contento con el acuerdo al que llegamos. Se divertía llamándome Doctor Muerte, pero, claro, se equivocaba. No erais los Cuatro Fantásticos: ellos nunca habrían pactado con el Doctor Muerte. Es curioso como alguien tan insustancial puede estar tan bien anclado en el suelo. Dicen que hay gente que siempre cae de pie, pero yo creo que nacen así.

—¿Por qué sonríes?

—Estaba pensando en cómo vestirás cuando empieces a trabajar conmigo. Tu aspecto de ahora es ideal para el entorno de las ONG, pero no valdría aquí. Tendrás que encontrar una indumentaria para el modo industria. Algo verdaderamente católico.

—No me visto para nadie, Dixon.

—Desde luego, el pelo no vale. No sé si pareces una Pantera Negra o un miembro de los Jackson Five. Lo tendrás que cortar, alisar o moldear de algún modo, pero no es solo eso.

—Nadie me tocará el pelo.

El ascensor se detuvo en la planta tercera. Las puertas se abrieron, pero no entró nadie. Dixon negó con la cabeza, con aire resignado.

—Este ascensor tiene una función que te permite ir sin paradas a

cualquier piso, pero olvidé activarlo al subirnos y ya no se puede corregir… Quizá fue la buena onda de nuestra charla. ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Al recoger la bolsa de medicamentos me he fijado en el encaje de tu camiseta, es solo un detalle, pero no es trivial. Cuando se usa la ropa interior fuera del ámbito íntimo estás diciendo que no hay diferencia entre dentro y fuera. Entre forma y sustancia. Es lo mismo que pasa con algunos edificios, el Centro Pompidou en París, por ejemplo, donde han hecho pasar por la fachada las conducciones de aire, tuberías y desagües, y hasta las resaltan en colores chillones. Edificios despelotados, los llamo. Llevar a la superficie las mallas, la lencería, o la simple incorporación de sus motivos, como ese borde de encaje tuyo, es un llamamiento al acceso libre. Y peor aún si los combinas con aros y tatuajes, como tu amiga la pelirroja, la novia de Svein, ¿cómo se llama?

—Siri.

—Me temo que no solo lleva los anillos de la oreja y la nariz. Ni el tatuaje del brazo. ¿Me equivoco?

—No es asunto tuyo, Dixon.

—Que sepas que su localización visible, pero cercana a las partes íntimas, las desacraliza e invita a recorrerlas. Si escribes algo cerca de las partes erógenas, es que quieres que se lea, ¿o no? Y no me digas que hay lecturas privadas…

El ascensor se detuvo en la primera planta. Un hombre con traje oscuro hizo al entrar un gesto con la cabeza a Dixon, que le ignoró y siguió hablando, elevando el tono:

—… porque la escritura de por sí es potencialmente pública. Lo que se escribe para uno puede leerlo otro, secuencial o simultáneamente. «Léeme. Lee mi intimidad» es el mensaje que se acaba pasando. Y luego está la mirada naif, idiotizada, del que inscribió el nombre de su novio cerca del pene, poco antes de que este le dejara.

—Ya veo que has tenido experiencias de todo tipo, Dixon —dije bien alto, buscando la complicidad del hombre de traje oscuro, que miraba obstinadamente la puerta.

—La transparencia se pretende auténtica, incontestable, pero si te fijas suele ir unida al deseo de editar la propia apariencia. Es la

ambición de reescribirse, borrar las huellas naturales y crear otro texto: tatuarse la piel, atravesarla, depilarse las cejas y pintarse otras, recortarse de mil formas las barbas o el pubis. Incluso editarse quirúrgicamente, hincharse los labios o resaltar los pómulos. Hablamos entonces de *cierta* transparencia, la que facilita determinado grosor del cristal, con cierta luz y color. Y poco a poco nos deslizamos hacia un juego de espejos…

Llegamos a la planta baja y el hombre de traje oscuro se alejó aprisa, mirando al suelo. Dixon se detuvo en medio del vestíbulo mientras yo me esforzaba por no sonreír ante el bullicio del tráfico que llegaba de la avenida.

—¿Te das cuenta? Empezamos a darle la vuelta a un concepto para hallar su opuesto. Y es aquí donde quiero que te sitúes, que nos situemos juntos, Ben: el giro, el gozne.

Y abriendo el torno con su tarjeta, añadió:

—La bisagra, Ben. La bisagra.

XI

Michel pasó la lengua por la espuma de cerveza que empapaba su bigote. Estábamos sentados en una terraza cerca del puente Margarita. Le acababa de contar, paso a paso, mi encuentro con Dixon. Según Michel, por fin teníamos opciones. Era la segunda vez que alzaba la cerveza, adelantándola hacia mí, pero tampoco esta vez levanté mi refresco.

—Alegra esa cara, Ben. Estamos achicando el terreno de lo *superdesconocido*.

La palabra parecía hacerle mucha gracia. La pronunciaba despacio, llenándose la boca. Le daba ganas de beber.

—Por vez primera podemos levantar una hipótesis. Es poca cosa, pero esos andamios de los que hablabas empiezan a llevarnos hacia Dusana. La relación de Dexter con AZOK explica el inicio del encargo y su final.

Me molestaba esa alegría superficial, los elogios a Dixon, como si solo importara seguir la pista, anticipar un lance con otro, que hubiera partida. Estaba claro que sabíamos más, pero lo que habíamos aprendido no era bueno para ti, Dusa. Y la excitación de Michel parecía trasladarse a su relación con el teléfono. Era la segunda vez que se levantaba para hablar mientras caminaba hacia el río. A eso se añadían los mensajes de texto que había estado enviando y recibiendo mientras yo le contaba el encuentro con Dixon. Ya había llegado a la cabecera del puente cuando se dio la vuelta.

Quería borrarle la sonrisa satisfecha antes de que se sentara.

—No me parece que hayamos avanzado tanto. Dixon ha confirmado cosas, pero poco más.

—Dixon se ha sincerado. Ha conectado contigo de forma extraordinaria. Creo que quiere guiarte, ser tu maestro, pero también parece buscar tu complicidad y tu ayuda. Gracias a eso hemos movido varias fichas. Ya no están en la lista que preparamos en Solsona. Han

dejado de pertenecer a lo que sabemos que desconocemos.

—Creía que no te interesaba esclarecer lo que pasó con NOXTRO. Solo encontrar a Dusana.

—Son trenes distintos, ya te dije, pero es que el convoy de NOXTRO va como una flecha hacia ella. Empieza a verse una trama y Dusana puede estar al final del hilo. De tu hilo, Ben, yo tenía razón, eres tú la que has traído todo esto. Tengo buenos amigos en Hungría. Contar con el nombre completo de Dixon es un punto de arranque. Malo será si no consigo localizar su domicilio.

—Dixon dijo que se iba unos días. Me da la impresión de que, después de mi visita, tiene razones para ello. Eso vale para su casa y para el trabajo. Su despacho me pareció un lugar transitorio, que se habilita para una persona u otra.

Michel asintió.

—Estoy convencido de que si entramos mañana en su despacho no habrá nadie. Y quizá nadie en AZOK conocerá a Dexter Halgand. En cambio, con algo de ayuda y su nombre completo quizá podamos localizar dónde pasa la noche y hacerle una visita.

—No puedo imaginar una casa mejor protegida. Hay una opción mucho más sencilla, Michel. Dixon me ha dicho lo que tengo que hacer para contactar con él. Solo tengo que aceptar su colaboración y ganarme su confianza.

—El problema es el tiempo. Te llevará días, quizá semanas, colocarte en una situación que te permita acceder a la información que necesitamos. Y además tienes que ponerte en sus manos. No puedes descartar que lo que quiera es saber más de tu búsqueda o acabar contigo.

—Aun así, es la mejor opción posible.

—Hay otra —dijo apurando la cerveza.

Le miré con curiosidad.

—¿Te acuerdas de la llamada que hice hace un rato, cuando te pedí que me dieras cinco minutos?

—¿Cuál de ellas, Michel? Has llamado varias veces.

—La primera. Cuando me diste el nombre de Dexter Halgand llamé a Ginebra para que rastrearan sus movimientos bancarios. Mira esto

—dijo acercándome su móvil.

—Hagymatikum. Baños termales. ¿De qué nos sirve saber en qué ha gastado Dixon su dinero?

—No es lo que ha hecho, Ben, sino lo que va a hacer. Dexter ha pagado con su tarjeta la entrada a un balneario a un par de horas de Budapest. No es la primera vez que va. Es un pase especial para el área nudista. Pasado mañana.

—¿En Makó? —pregunté tras leer el nombre en la pantalla.

—Sí. La ciudad de la cebolla. Toda la zona está dedicada a su producción. Y, al parecer, el edificio de los baños adopta la forma cóncava de ese tubérculo: las cúpulas del vestíbulo, de los baños, las paredes de las saunas y estanques. El espacio se va desplegando también en capas. Es un proyecto de un arquitecto organicista. Y esto es lo bueno: un viejo colega húngaro, ya jubilado, puede darme acceso al jefe de seguridad del balneario. Este nos facilitará un encuentro privilegiado con Dexter.

—Ya no eres policía, Michel. No puedes retener ni interrogar a nadie. Ganarme su confianza es más seguro.

—No descartes que tengamos que recurrir a un interrogatorio. La información es como el agua: no siempre se encuentra en la superficie.

—Ya, hay que bombearla a golpes.

Michel rompió a reír. No me acostumbraba a su aire satisfecho; la sonrisa y las piernas bien abiertas, como para recibir mejor el sol y la cerveza. El puente detrás de él hacía la escena aún más extraña. Desde la moto, al acercarnos, me había llamado la atención el dibujo tan largo de los arcos, los vanos anchos y bajos, su trazo retranqueado, cambiando de dirección en medio del Danubio, pero ahora pesaba más la piedra sucia y el óxido verdoso, como si fuera un anciano el que se esforzaba en vadearlo tan atléticamente.

—La coacción desempeña un papel, pero no el más importante ni el que más nos interesa. Cuando cavas un pozo, buscas fuerzas que acudan a tu encuentro, que tratan de aflorar y trabajan a tu favor. La confusión trabaja contigo. El interrogado pierde la noción de lo que ha contado, y hay que reforzar su ignorancia sobre lo que sabemos. A eso le llamo poner aceite en el suelo, hacer la conversación resbaladiza. Y

al alcanzar estratos más profundos, la presión aumenta. Si algo le preocupa o alguien le amenaza, hay que dejarle que lo use como excusa. Que se explaye bien. O que nos use a nosotros como arma arrojadiza. Eso es lo que tenemos que buscar en Dixon. ¿Viste cómo reconocía su fragilidad? La insistencia en lo inestable de su posición, ese aire desengañado puede conducirnos a Dusana.

—Aceptar el trabajo es lo más seguro. Lo más sencillo —dije.

—No lo discuto, pero Dusana está desaparecida y no podemos esperar mucho. Si no consigues información en tres días, máximo cuatro, buscaremos el modo de interrogarle.

—En cuanto volvamos al hotel, me conectaré a la cuenta de Twitter para quedar con Dixon —dije, pero no nos movimos de la terraza.

El sol se extendía sobre el río. Michel pidió otra cerveza y yo dejé de lado mi refresco y le secundé. Sí, era cierto que habíamos hecho progresos, necesitábamos un respiro antes de decidir el curso a seguir. Mirábamos juntos el agua. Intentaba anticipar el trabajo con Dixon mientras la corriente pasaba bajo los jodidos arcos del puente Margarita. Qué tipo de relación, qué escenarios, cuántos días. Conformes ambos en el silencio: un tiempo para persuadir y deducir antes de interrogar.

No sabía que Michel tenía otro teléfono móvil. Uno pequeño, antiguo. Lo llevaba en un bolsillo del interior de la chaqueta, debajo de la cartera, y quien le llamaba debía de ser importante porque se puso de pie antes de contestar y comenzó a hablar una vez que se hubo alejado varios pasos hacia el puente. Siguió hablando apoyado en su barandilla mientras yo extendía la mirada y buscaba de nuevo el cuerpo del agua, sus brillos al tiempo monótonos y cambiantes: constantes en la alteración. Evitaba pensar dónde estarías, como siempre que me quedaba sola. Y el río me ayudaba, y la cerveza, porque empezaba a imaginar cómo cambiaría según avanzara hacia el sur, al rozar otras tierras y plantas, alejándose del hierro, la industria y la nieve. Llegaría el día en que abriera sus brazos en un delta. Allí, chapoteando en el barro, entre juncos y aves, casi estancado, entregaría despacio su cuerpo.

Algo no encaja en esa lenta progresión de las aguas porque Michel

acaba de dejar caer su teléfono al río y cae él también de rodillas sobre la acera, agarrándose a la barandilla del puente mientras convulsiona. Salgo corriendo hacia él, tan rápido como me permiten unas piernas que parecen haber ganado tamaño con la cerveza, lo mismo que la cintura y los brazos, todos rozándose entre sí para frenar mi carrera. Tratando al tiempo de recuperar el aliento para gritar al grupo de chicas que cruzan el puente en sentido contrario. Que no parecen darse cuenta de que ese hombre mayor que se agita en el suelo, sacudiendo el cuerpo contra la acera del puente y la barandilla, no baila, ni protesta: está sufriendo un ataque. Y tengo que ser yo la que les haga entender con mi grito lo que sucede, aunque deba detenerme en seco para ello. Aunque note todo mi pelo erizado como una corona de ira y alarma.

—¡Sujetadle!

Y justo cuando Michel se golpea fuerte en la nuca, dos veces, una de las chicas se separa del grupo, corre hasta él y le sujeta la cabeza. Sacude aún las piernas, la cadera y los brazos hasta que las demás chicas van llegando y lo inmovilizan. Tendido en el suelo, Michel no parece capaz de fijar su mirada desorbitada. Balbucea el nombre de Dusana y algo parecido a «agón». Mientras las chicas se esfuerzan por sujetarlo, busco el pastillero en los bolsillos de la chaqueta, abro el compartimento rojo. Le pongo en la boca dos pastillas y con la botella de agua de una de las chicas se las hago tragar a la fuerza.

Nada cambia. Sigue convulsionando y la espuma empieza a rebosar por su boca. Me doy cuenta del sonido de las sirenas justo cuando una ambulancia se cruza en la acera y dos enfermeros se colocan junto a nosotros.

—¡Tiene la presión arterial alta! —les grito, pero ya se la están tomando con un aparato parecido al que él utiliza.

Le están inyectando algo en el brazo, subiéndole a la camilla. Solo entonces cierra los ojos y deja de agitarse. Lo meten en la ambulancia, que arranca a toda velocidad mientras el sonido de la sirena repta rabioso, boca abajo, por el cielo despejado.

XII

Michel seguía dormido, y volví a acurrucarme en el sofá. Cuando me desperté, la luz del día llenaba la habitación. Una doctora leía el estadillo colgado de la cabecera de la cama. Me froté la cara y la seguí al pasillo.

—Todavía dormirá un buen rato. Saldrá de esta, pero de milagro. De no haber pasado por allí la ambulancia, habría sufrido un accidente cerebrovascular.

—¿Y las pastillas?

—No le hicieron nada. Como usted insistió en que le hizo tragar dos para detener la crisis, hemos analizado lo que había en el pastillero. No sirven para nada.

—¿Están caducadas?

—No, nunca han servido. Excipiente. Puro placebo. Es criminal llevar eso encima pensando que bajan la tensión. Y que cortan las subidas agudas, nada menos.

Esperé un buen rato sentada junto a Michel y me volví a dormir. En sueños oía a Michel hablar en un idioma desconocido, primero pensaba que hablaba contigo, Dusa, pero luego supe que hablaba de ti, que algo malo te había pasado. Iba apoyándome en tu nombre como en una escala, Dusa… Dusa… Dusa…, una escala que me sacaba del sueño hasta despertarme. Michel tecleaba en el teléfono con los ojos enrojecidos y la cabeza vendada. Parecía mayor, más pálido, más ojeroso, con la barba más rala.

Al verme despierta se tapó la cara con las manos.

Tardé un instante en darme cuenta de que aquel quejido ahogado, sin fuerza, era su llanto, como si el dolor llegara avergonzado, recorriendo un camino muy largo y estrecho. Una exclamación había atravesado su sollozo —«¡Está muerta, Ben!»—, pero no sé cómo ni cuándo, porque él seguía lloriqueando con la cara tapada. Y yo le estaba siguiendo. Lo supe primero por la visión borrosa y enseguida

por las mejillas calientes y la boca salada. Michel se iba deteniendo y yo le adelantaba con mi sollozo más fuerte hasta que él arrancaba después, acomplejado. Así muchas veces, como dos caballos que se van enganchando en una cadena de envites sin objeto. Michel se descubrió la cara y respiró hondo.

—Al despertarme, pensé que lo había soñado. Hablé de nuevo con el forense que me llamó cuando estábamos en el puente, el mismo al que le envié el ADN de Dusana. No hay duda, Ben. Se despeñó la noche antes de que notáramos su desaparición. Encontraron su moto en un pantano, varios kilómetros curso abajo, incluso saben por dónde se salió de la carretera… El río Alagón forma allí una garganta, y el golpe era visible en el quitamiedos de la carretera y en las ramas quebradas de un árbol junto al cauce.

—¿Y el cuerpo?

—Hay restos de sangre en la trayectoria de la caída, rocas y ramas de la copa del árbol. Y este colgante —dijo Michel, mostrándome la imagen de su móvil— que quedó enganchado en una rama alta. ¿Lo reconoces? Yo sí, ya lo tenía cuando vivíamos juntos.

Era el collar de ámbar con su ala dentro, intacta e inútil.

—El forense dice que es imposible sobrevivir a una caída así, pero que el cuerpo tardará en aparecer. Esa noche hubo una gran tormenta, pero llevaba lloviendo todo el día y siguió haciéndolo al día siguiente. La crecida fue tan fuerte que tal vez lo haya arrastrado hasta el Tajo, o más allá. Se desembalsó mucha agua, así que podría haberse adentrado en Portugal.

—¿Estará en el océano? —pregunté, y te imaginaba arrastrada sin rumbo, a merced de peces y corrientes. La cabellera blanca extendida en el agua como una medusa grande y triste.

Michel se secó los ojos con la mano, me miró extrañado.

—No. La desembocadura está lejos.

Rompí a llorar más fuerte, como para darte impulso, corriente, pero no era capaz de ver si estabas boca abajo o mirabas al cielo a través del agua. Ni siquiera sabía si tus ojos estaban abiertos, si seguían ahí tus bellas arrugas. No te vería más.

—Hay varios embalses y parajes donde el curso se hace más angosto

y es fácil que su cuerpo quede detenido en la maleza. Si finalmente se encuentra, el forense no nos garantiza su estado. Habló con sus colegas portugueses… No es solo la crecida, Ben. El río atraviesa una zona muy agreste, varios santuarios de buitres, quebrantahuesos y todo tipo de animales de rapiña.

—Volvamos allí.

—¿Para qué? El forense no deja margen de duda. Ha cotejado la sangre con las muestras que tomamos en Albox. La policía está ya contactando con sus hijas.

Se me ocurrían dos razones: el respeto hacia un ser querido y que no había nada más importante que hacer. Y sabía que había más razones, las buscaba con la mirada perdida en la pared, pero Michel no quería hablar del duelo.

—Cuando digo que no tengo dudas, quiero decir que sé que está muerta, pero no creo que haya sido un accidente. Dusana era una excelente motorista. Cuando necesitaba pensar o quería relajarse se daba una vuelta en moto, a veces incluso más larga que esa noche, pero nunca, nunca se distraía. Le trucaron los frenos, o interfirieron la dirección, pero algo hicieron.

—¿Qué dice tu colega?

—La moto está demasiado dañada para un examen en condiciones. No hay ninguna prueba, pero yo sé que no se cayó por sí sola.

—¿Por qué? Tú también te has caído alguna vez, ¿no?

Michel miraba por la ventana. Los ojos se le volvían a llenar de lágrimas. Era la segunda vez que se lo recordaba.

—No es igual. ¿Te han dicho lo de las pastillas? —preguntó.

—Sí.

—La última vez que las repuse fue en Solsona. Las normales se habían acabado y me pareció que las de las crisis llevaban demasiado tiempo en el pastillero. Aún tengo las cajas. Los mismos que prendieron la mecha de Torné las cambiaron. Los que trucaron la moto de Dusana.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a seguir. Sí, ya sé que te dije que mi búsqueda se limitaba a Dusana, que no me interesaba la trama farmacéutica que las dos

queríais desvelar. Es cierto, pero necesito saber más de su muerte. Es la única forma de saber de ella, de recuperar algo suyo. Por cierto, voy a seguir con las mismas pastillas. Dejaré el placebo en el pastillero. A partir de ahora, la pastilla roja buena, la de las crisis, estará en el bolsillo trasero del pantalón, el izquierdo. Y la azul en el derecho. Y esta tarde quiero salir de aquí, que empecemos a preparar juntos tu colaboración con Dixon.

—No voy a trabajar para él, Michel. No sería capaz de hacerlo sabiendo lo que pasó con Dusa. Ni siquiera en apariencia. Habla con tu colega. Quiero que nos encontremos con Dixon en los baños de la cebolla.

XIII

El jodido viaje a Makó, la ciudad de la cebolla. Dos horas en moto por una autopista que cortaba limpiamente, sin curvas ni cuestas, la inmensa llanura verde y dorada. En el viaje se me secaron las lágrimas y ya no llegaron otras nuevas. Quizá se debía a que no conocía el lugar del crimen ni sus circunstancias y, por viva que fuese la descripción de Michel, no acababa de situarte allí, Dusa. No flotabas en el mar ni quedabas cubierta por espuma y maleza en la crecida del río. Por eso, contra las evidencias de los forenses y la poli —española, portuguesa o suiza, en activo o jubilada—, sigo escribiéndote este texto. Y entregarme sin descanso al plan del interrogatorio reducía el espacio de la pena.

Derechos a los baños de la cebolla. Apenas una tarde para familiarizarnos con el escenario del encuentro con Dixon y conocer al viejo colega de Michel. El encargado de seguridad nos cedería por una noche el control de la sección nudista del Hagymatikum, sendas piscinas ovaladas de agua caliente, templada y fría, una hilera curva de duchas y tres saunas. Dixon había reservado la hora antes del cierre. No era la primera vez que iba y tenía costumbre de apurar el tiempo, con lo que la función no empezaría hasta que hubieran salido el resto de los clientes. A esa hora había pocas reservas, y no se admitirían otras nuevas. Además, a los que ya tenían entradas se les comunicaría que esa noche se cerraba quince minutos antes, a las 21.15. Y, como garantía final, una vez que el pájaro estuviera en el nido, se colocaría en la puerta un cartel de avería para clausurar el acceso a la sauna nudista. Michel había recibido ya en un correo planos de las instalaciones y sus accesos.

Paramos a tomar algo en una cafetería de la autopista. Michel seguía teniendo los ojos enrojecidos y la boca seca, pero la mirada que salía del casco continuaba fija en la carretera. Seguimos la discusión sobre el interrogatorio donde la dejamos en Budapest. Michel no

revelaría su identidad para que Dixon buscase por su cuenta las posibilidades que más le atemorizasen. Expondríamos asuntos ya tratados y otros nuevos, hasta inventados, para desdibujar su recuerdo. En cuanto al método, la única cuestión que quedaba por decidir era si utilizaríamos apoyo químico: pentotal o algún otro suero de la verdad. Michel me explicó que, según la dosis, el pentotal vale para la anestesia, las ejecuciones y eutanasias intravenosas o para hacer cantar al más pintado. La multiplicidad de usos me puso nerviosa.

—Mi colega nos ayudaría con las dosis. Me ha dicho que tiene otros barbitúricos, igual de útiles, pero de administración oral. Más adaptados al tiempo y al entorno en que actuaremos.

—¿Burundanga?

—Ese es el más conocido, pero los hay mejores, más fáciles de dosificar para minar la voluntad del interrogado.

—¿Estás diciendo que si le damos un suero nos contará todo lo que sabe? ¿Y que es seguro que Dixon no quedará reventado allí mismo? Si es así, yo no lo dudaría, Michel.

—Es seguro y será más fácil, sí, y no hará falta mancharse las manos, pero ahí está también la debilidad del método. El resultado es artificial.

Le miré fijamente. Me parecía que faltaba algo.

—Todo lo que la química toca queda transformado.

Lo dijo como si eso le quitara valor. Michel no quería condimentos. La presentación de las opciones solo buscaba justificar una decisión ya tomada. Parecía prepararse para unas peculiares exequias en las que la venganza era una forma de homenaje, de hacer presente a la víctima. En todo caso, quería estar al mando, ser consciente de extraer la información de aquel cretino, pregunta a pregunta, como el que va girando el sacacorchos con la botella bien agarrada por el cuello.

Volvimos a la moto. Ponerme tu casco me acercaba a ti, como si uniera nuestras cabezas en una nueva despedida, y así, aunque siempre te ibas, nunca lo hacías del todo. Más campos lisos, ahora más dorados. Michel apretaba el manillar como si aplicara un cuchillo sobre la planicie, que se abría a ambos lados de la rueda. Cuando se

detuvo estábamos ante un extraño racimo de bulbos metálicos, coronados por una cúpula de cristal en punta. Sin mirarlo apenas, como si el inmenso edificio de los baños fuera un elemento más de nuestra pesadilla, bajamos de la moto. Michel ya estaba hablando al quitarse el casco:

—No habrá mediación química. Y una vez que comience a hablar hay que situarlo en una posición de comodidad. Un lugar que le haga sentir claramente las ventajas de continuar.

Me chocaba su excitación, la forma atropellada de hablar, pero la prefería a los sollozos en voz baja.

—¿Adónde quieres llevarlo?

—A ningún sitio. Los traslados siempre son complicados, y la sauna puede servir para el interrogatorio. Es un espacio de relajamiento, pero treinta minutos a más de noventa grados hace que demasiada sangre abandone los órganos vitales para enfriar la piel. La presión arterial baja, el cerebro y el corazón se van quedando sin flujo sanguíneo. Un simple mando regula el tránsito del confort al peligro.

—No parece ideal para quien tiene problemas de tensión.

—No lo es, pero mis problemas me han llevado a conocerla mejor. Y tranquila, pienso sudar mucho menos que él.

—¿Por dónde quieres empezar el interrogatorio?

—Lo primero es darle un susto. Hacerle ver que vamos en serio. Tú te encargarás de eso. Le sorprenderá más. Luego hay que comenzar por lo que no va a contarnos. Le preguntaremos directamente por la suerte de Torné y Dusana. Hay que anotar su negativa y hacerle ver que se trata de un compromiso, que nos tiene que contar una parte, no todo. A partir de ahí yo trataría de que nos explicase algo más del proyecto.

—Ya nos explicó su origen. Las batallas entre AZOK y DUGENTA, cómo la inclinación del dinero fue alterando su curso.

—Hay que tratar de que vaya un poco más allá. Que entre en el resultado de los ensayos.

—De eso no quiso hablarme —dije.

—NOXTRO curaba la arritmia y el Alzheimer. Y DUGENTA quiso convertir un medicamento eficaz en una serie de remedios paliativos y

parciales. Esto es lo que tenemos que confirmar para ambas dolencias. No es una petición desmedida, si tenemos en cuenta que su situación será precaria y no nos habrá dicho nada de Dusana y Torné. En cuanto hable, levantamos la presión y le hacemos ver las ventajas de colaborar. Y volvemos a la suerte de Dusana. Para entonces se jugará más si no habla.

—Aquí podemos entroncar con su propio discurso —apunté —. Dixon insistió mucho en la corriente que subyace a los medicamentos y los datos. Los flujos de capital, el modo en que se consolidan o disgregan, pueden seguir muchas direcciones. Tenemos que ver de qué modo contrarió Dusa esa mecánica de fluidos.

Michel se pasó la mano por la cara.

—Yo tampoco lo entiendo, Ben. Si ese flujo del que hablas cambiaba, ¿por qué nadie la avisó? Lo hicieron con los demás. Hay también un factor humano. ¿Por qué nadie le dijo que se invertía el giro de los engranajes y corría el riesgo de quedar atrapada? ¿Por qué Svein y Siri no la llamaron? ¿Por qué no la avisó Dexter? No le dieron ninguna oportunidad.

—Creo que Dixon pensó que ni ella ni yo habríamos parado la búsqueda.

—¿Y es cierto?

—Lo que empezábamos a ver con la arritmia era demasiado fuerte para dejarlo de lado. Conocer el verdadero efecto de NOXTRO desvelaba las razones últimas del encargo. Y eso se había convertido en lo más importante. Más aún que cumplir la tarea y cobrarla.

Michel asintió con la cabeza, varias veces, mientras sus ojos, vueltos hacia las cúpulas del balneario, se humedecían de nuevo.

XIV

Cristales pequeños incrustados en la bóveda de la noche, jodidas esquirlas que atraviesan el vapor, que destellan sobre los cuerpos desnudos, sobre el sudor que cubre nuestra piel pegajosa. Me restriego de nuevo los ojos. Con el vapor la visión se desplaza, se cierra y abre en una sucesión de instantáneas. La última es de la vieja que se levanta renqueando del banco de madera, arrugada y roja. Se va y nos deja solos en la sauna. Dixon sentado frente a Michel, ambos cerca de la puerta, y yo al fondo, donde la penumbra y el vapor hacen difícil identificarme. Aún más difícil porque Dixon se ha quitado las gafas nada más entrar, apoyándolas en la toalla.

Lo de la toalla no desentona. Michel tiene la suya, y un neceser encima en el que guarda una pistola de pequeño calibre que le ha traído su colega. Los clientes se han ido marchando y no han podido entrar otros nuevos, pero aun así el desfile ha sido variado y bastante deprimente: grandes tetas caídas y otras diminutas, pollas viejunas y arrugadas, alguna bella espalda, papadas de dos y tres hileras, piernas zambas, paticortas y otras de garza. Un par de pies exquisitos. Barrigas peludas, dos, pero gana la de Michel. En cambio, yo me impongo en culo prominente, aunque no necesariamente visible en la oscuridad. Aliso el pelo contra la cabeza. Pese a que lo he mojado bien antes de entrar y el sudor lo mantiene húmedo, ya lo noto crecer y agrandar la cinta que lo sujeta. Sé que son imaginaciones mías, que no oigo el silbido con que se esponja y sube, pero maldigo igual su exhibicionismo. Y como esto siga así, mi mata de pelo rizado echará de la sauna a Michel y Dixon.

Michel mira el reloj y se gira hacia mí: las 21.30. Y quizá porque empiezo a mover los pies en el sitio, Dixon levanta la mirada hacia mí. Parece que se fija en el tatuaje del muslo, achicando la mirada ante el vapor y la oscuridad, pero es imposible que lo distinga sin gafas. Entonces mira por encima de mi cabeza. Mala cosa. Extiende la mano

hacia la toalla y desdobla las gafas. Se las coloca y alza de nuevo la mirada, instante en que le atizo con el cucharón de madera, el que sirve para verter agua sobre las piedras incandescentes. Justo antes, mientras calculaba el gesto para dar tres pasos y empuñar el mango, me preguntaba cómo se golpeaba a alguien así. Alguien tan limpio, tan blanco, una cara tan bien dibujada, la línea de labios, nariz y mentón tan fina y clara. Si hasta los rizos rubios, en vez de replegarse, vuelan exentos y delicados como los de un querubín. ¿Y cómo, sobre todo, se golpea al que mira el techo de la sauna, sus pequeños cristales incrustados, como si de verdad estuviera bajo el cielo estrellado?

Así. Se hace así. Duro y sujetando bien el cucharón para que no se escurra. La prueba es que las gafas rotas caen al suelo mojado y la sangre mana abundante por la cara, resaltando un instante los ojos sorprendidos de Dixon, antes de que sus manos los cubran, no sé si para tapar la herida o para protegerse de otro golpe. Michel se gira hacia mí. Sus labios apretados, las cejas alzadas y la palma de la mano abierta dicen sin palabras que le he golpeado demasiado fuerte. Ya lo sé. Lo dicen también las manos pulcras de Dixon cubriéndose la cara ensangrentada, los cristales rotos y la montura casi invisible de las gafas, retorcida en el suelo. Pero pasan los segundos y no hay más golpes y Dixon entreabre los dedos para mirar a Michel, que lo apunta con la pistola, y también a mí, antes de preguntar:

—Señorita Hofseth, Ben, ¿es usted? —dice, y antes de que pueda responder añade—: ¿Debo entender que declina mi oferta de trabajo?

En vez de responder me levanto, agarro el cubo de agua y se lo echo por encima mientras me pregunto si es el golpe lo que le hace hablarme de usted, como si yo hubiese introducido en la conversación un factor nuevo, diferente, palabras mayores, con las que conviene mantener la distancia. Tiene un corte en la ceja y la frente amoratada. El ojo está bien, aunque, por el grosor de las lentes, calculo que sin gafas no ve gran cosa.

—Me hablarás de Dusana, ¿verdad, Dexter? —pregunta Michel sin bajar la pistola.

—No nos conocemos.

—Cierto, pero hoy nos vamos a conocer —dice Michel levantándose

—. Ben y yo vamos a salir un rato a beber y refrescarnos. A la vuelta queremos oírte.

Atrancamos la puerta de la sauna. En el espacio nudista el silencio era absoluto. La bóveda dejaba pasar la luz sin peso de la noche clara. Resbalaba por los azulejos blancos de la sala circular, pero sin acercarse a las lámparas de luz mate de las paredes ni entrar en el estanque, iluminado desde dentro. Nos duchamos con agua fría y bebimos un té de hibisco, muy rojo, que, según Michel, era perfecto para recuperar sales e hidratarse. Nos volvimos a servir y, con una botella de té cada uno, entramos en la piscina templada. Michel estaba muy colorado y, pese a la ducha fría y el estanque, seguía sudando.

—¿Tienes cerca tus pastillas?

—Encima del aparador, junto al tensiómetro.

—Antes de entrar en la sauna, tómate la tensión.

Me hizo caso. Salimos del estanque y nos acercamos al aparador: pastilla azul.

Michel abrió la puerta de la sauna. Esperé en el umbral hasta que los ojos se acostumbraran y distinguí en la sombra la silueta brillante y chupada de Dixon, iluminada por el destello de una multitud de pequeños cristales: la misma mano sujetando la cabeza en el mismo punto. Antes de entrar, Michel le preguntó de nuevo por Dusa.

—No sé nada. Solo la vi una vez, cuando nos reunimos en Oslo a finales de febrero. Ben estaba allí.

—Sí, ya sé. A Ben le dijiste algo parecido cuando te visitó en la oficina hace un par de días. Parecido, pero no igual.

—Es cierto. Me dijo que él no responde de Dusa.

—¿Y del doctor Torné, tampoco sabes nada? ¿De él sí respondes?

—Doctor ¿qué?

—Le vimos arder, Dexter.

—Tengo sed.

—No estamos avanzando. Y no me extraña, es un problema de concepto. Un interrogatorio, al fin y al cabo, es una negociación. Guardas algo y das algo. Incluso cuando alguien se derrumba y lo cuenta todo por salvarse, ese «todo» es relativo. Aunque lo haya soltado como un vómito, el cerebro reptilíneo decide y hay cosas que

se dejan en el fondo del cajón más recóndito. Si el interrogatorio es bueno, bueno para las dos partes, suele ser lo que esperabas, suele estar bien, y hay incluso una sorpresa, como un pequeño regalo adicional, pero eso no quiere decir «todo». Nosotros tampoco lo queremos «todo», Dixon.

—Tengo sed.

—Solo queremos que nos confirmes dos cosas. Dos cosas y te podrás ir a casa. Ben y yo estamos sometidos a una gran presión que busca una vía de escape. Hemos recibido malas noticias, y el dolor tiende a conformar una correa de transmisión. Recibes y das, trasladas. Es natural. Un accidente en una sauna es poco frecuente, pero no imposible. Alguien se durmió dentro de una instalación que no se apagó correctamente, o tropezó golpeándose contra un banco. El funesto resultado se descubrió por la mañana. Si colaboras, en cinco minutos puedes estar fuera. Bebiendo té de hibisco frío y refrescándote la piel. No deberías quedarte dentro mucho más tiempo.

—Es cierto…Tengo que salir.

Los ojos de Dixon se desorbitan, como si midiera con ellos un tiempo muy limitado. Como si acabara de darse cuenta de que la sangre le cae desde la frente hasta la cadera, cubriendo todo el costado. Que el sudor se le une en un gran charco rojizo a sus pies.

—Lo primero que queremos es que confirmes nuestra hipótesis sobre el proyecto. Tal y como Ben y sus amigos constataron en los ensayos sobre la arritmia, el viejo NOXTRO tenía una capacidad curativa extraordinaria. En vez de explotarla directamente, DUGENTA utilizó el conocimiento generado en su elaboración para desarrollar distintos medicamentos paliativos. Parceló y cronificó los tratamientos para multiplicar sus beneficios. En la nueva molécula, a partir de 2002, no hay ya rastro de esos efectos curativos.

—Todo correcto —dice Dixon, pero no se le entiende bien, él mismo parece extrañado. La sangre que le resbala por la cara desde la ceja ha cambiado de curso y le entra en la boca. Le acerco una toalla y se limpia—. Todo correcto —repite—. De principio a fin.

—Y lo mismo con el Alzheimer. Los veinte pacientes de Torné, tratados con la vieja fórmula, quedaron inmunizados o curados. Pero

no interesaba una medicina tan eficaz, y por eso la nueva fórmula de NOXTRO eliminó las propiedades curativas. La experiencia con el medicamento sirvió de base para crear medicamentos paliativos que trataban distintos síntomas y fases del Alzheimer. Al menos hemos localizado dos remedios en el dosier de DUGENTA, ¿verdad, Ben?

—Sí, un protector del sistema colinérgico y un inhibidor del glutamato. De nuevo DUGENTA parceló y cronificó los tratamientos.

— No, no. DUGENTA no cambió la fórmula de NOXTRO en lo que toca al Alzheimer.

—¿Estás diciendo —pregunto— que hay un medicamento en el mercado, consumido por cientos de miles de personas en todo el mundo, que previene y cura el Alzheimer? ¿Y que la empresa propietaria se deshizo de su patente?

Dixon está balbuceando, pero no conseguimos oírle. Nos inclinamos hacia él.

—No entendéis nada.

—¿Qué no entendemos? —pregunto.

No puedo verle. El vapor forma volutas lentas, que brillan bajo los cristales, dificultando de nuevo la visión en la sauna.

—Los veinte pacientes de Torné son los que desarrollaron Alzheimer.

Espero en vano que se disipe el vapor, que se desplace para ver el gesto de Dixon.

—Quiero salir.

Michel se gira hacia mí, me sujeta del brazo.

—Ayúdame a sacarlo.

Le metimos en la ducha y Dixon sacaba la lengua para capturar el agua sanguinolenta que corría por su cara. Le vendé la cabeza con una toalla seca. Entramos en el estanque templado y nos sentamos frente a él, Michel con la mano cerca de la pistola, apoyada en una toalla al borde del agua. La bóveda brillaba sobre nosotros con el reflejo de la luna y las estrellas, pero estas no se veían. Un grupo de nubes estrechas, afiladas, surcaba la noche despejada.

—Explícate —dijo Michel.

—Espera, un momento —dijo Dixon, y se sumergió en el agua para

llenar el buche.

Se enjuagó la boca y escupió, formando una espiral de flema y sangre en el agua azulada. Carraspeó.

—No quiero tonterías, Dexter.

—A mediados de los noventa, DUGENTA detectó un extraño fenómeno en los primeros usuarios de NOXTRO, los pacientes del hospital baptista que inventó la fórmula. Habían pasado diez años desde que empezaron a tomar el medicamento en el marco de un ensayo sobre el colesterol. Pues bien, aquellos que lo habían tomado varios años, más de cuatro o cinco, desarrollaron una variante de Alzheimer especialmente virulenta, asociada con fuertes delirios. En el reducido grupo de investigadores que llevaban a cabo el ensayo había opiniones distintas, pero DUGENTA paralizó los planes para la comercialización en Occidente. Sin embargo, no se quedó parada. Tomó dos medidas en paralelo. Por un lado, aprovechando que el medicamento estaba autorizado en Europa, organizó ensayos adicionales. Quería áreas bien atendidas, pero discretas. Yo participé en su elección: el Prepirineo catalán en España, el norte de Macedonia en Grecia y Salento en Italia. Por otro lado, en 1999 DUGENTA se decidió a comercializar el medicamento en tres grandes mercados de países en desarrollo: Nigeria, Egipto y Tailandia.

—¿Por qué? —preguntó Michel—. ¿Por qué comercializar en unos países y no en otros? ¿Por qué no esperaron a tener resultados de los nuevos ensayos?

—La oportunidad de negocio era demasiado grande. Y era una forma de tantear el desarrollo comercial, que fue excelente. Por no hablar de que los controles en esos tres países eran prácticamente inexistentes —dijo Dixon—. En 2002 cambiaron la molécula de NOXTRO para capitalizar los descubrimientos de la arritmia, pero no tocaron su incidencia en el Alzheimer. Al parecer, no era tan fácil y no tenían los resultados de los ensayos. En 2005, en cuanto empezaron a confirmarse los malos presagios sobre el Alzheimer, vendieron la patente a un fondo que se encargó de licenciarla para distintas empresas de países en desarrollo. NOXTRO tuvo una expansión desbocada en varios mercados africanos y asiáticos, pero no en

Occidente, que se mantuvo alejado de esa estatina tan rumbosa.

—DUGENTA vendió la patente para eludir responsabilidades.

—Sí, pero no se han desentendido. Ni han renunciado al beneficio. Pese a que la mayoría piensa que NOXTRO fue un fracaso para DUGENTA, mucha especulación y poco negocio, nada más lejos de la realidad. Si haces un mapa de los mercados donde se vende NOXTRO, encontrarás que en todos ellos DUGENTA está ya posicionada con medicamentos que tratan los efectos del Alzheimer: pérdida de memoria, ataxia, desorientación… Los dos medicamentos que mencionó Ben no son los únicos, ni los más lucrativos. Ninguno ha sido desarrollado por DUGENTA, sino que los compró anticipando lo que llegará muy pronto. Tienen las licencias aseguradas y en poco tiempo sus ventas subirán como la espuma.

—Michel y yo pensábamos que esos medicamentos eran resultado de investigaciones relacionadas con NOXTRO. Que habían encontrado una cura para el Alzheimer y preferían parcelar, cronificar su tratamiento. Lo mismo que pasó con la arritmia. Lo que ahora nos cuentas es distinto.

—Es más sofisticado —dijo Dixon.

—Más grave. Supone facilitar que una enfermedad se expanda para beneficiarse de ello a largo plazo —dije.

—Es grave tal y como lo planteas, pero las cosas no suceden así. No hay un villano que planifica ese resultado funesto, sino un cúmulo de acciones concertadas, autónomas, pero guiadas por los mismos principios económicos. De forma espontánea, la misma lógica se refleja en decenas de consejos de administración y centenares de decisiones ejecutivas. Cada uno a su manera, todos maximizan sus beneficios. Todos coinciden. Por la mecánica de fluidos de la que hablábamos. Cada molécula de agua, esté donde esté, sigue el mismo recorrido. Se coordinan solas. ¿Te acuerdas, Ben?

Su pregunta tenía un tono implorante, pegajoso. Quizá quería confirmar que todo había acabado, que solo le quedaba recuperarse del calor y el susto en el agua templada.

—No te desentiendas, Dixon.

—No es eso, Ben. No estás enfocando bien el tema. No es una

cuestión moral, ni personal siquiera. El dinero solo repite el resultado, pero tiene muchos medios distintos para alcanzarlo. NOXTRO ha generado necesidades comunes, amplias e intensas, que recorren el globo. Sana y enferma, pero eso no es lo primordial, lo único importante es que genera beneficios. Si no, no existiría.

—Está bien, Dexter. Has respondido a nuestra primera pregunta —dijo Michel levantándose de golpe. Una onda en la que flotaban coágulos de sangre y flemas cubrió parte de la cara de Dixon. Acerqué la toalla que me señaló Michel, en la que estaba apoyada la pistola—. Voy a traer un poco de té de hibisco. Así nos hidratamos y descansamos unos minutos más en el estanque antes de empezar con la segunda parte del interrogatorio.

XV

Dixon bebió a grandes tragos de la botella de té. Tenía la espalda apoyada en la pared del estanque y el agua le llegaba al cuello. Cuando acabó de beber, levantó la botella vacía hacia nosotros, como si su gesto y la mirada desorientada, suplicante, pudieran llenarla. Michel tenía otros planes.

—Ahora vamos a dejar de lado las ideas y vamos a hablar de personas, Dexter. Háblame de Svein y de Siri.

—Acallar su voluntad fue tan simple como sumarla a la sintaxis del dinero. Hablan mejor que nadie ese lenguaje.

—Pero con quien no se vende hay que actuar de otra forma —intervine.

—¿Hablas por ti?

—Hablo de Dusa.

—Ya os he dicho que no respondo de ella. Y no hablo de ella con vosotros: no actuáis razonablemente.

—Hablemos entonces de Torné —dijo Michel—; si no, entramos de nuevo en la sauna y subo la temperatura. Tú lo sabes mejor que nadie: no puedes tenerlo todo cuando se negocia.

Dixon replegó las piernas en el agua, sujetó con ambas manos los bordes del estanque.

—Conocí a un doctor Torné, es cierto, hace muchos años, cuando lanzamos los ensayos de NOXTRO en Europa. Era un tipo peculiar, exseminarista y médico extraordinario, con grandes conocimientos farmacéuticos. Uno de esos católicos sin fe de los que le hablaba a Ben el otro día. En esa época yo era mucho más tradicional en mis convicciones y me molestaba el modo en que él mezclaba religión y farmacia. Torné decía que para probar la calidad de algo había que exponerlo a un agente destructivo: rayarlo con un objeto duro, un diamante, por ejemplo; dejarlo caer para comprobar cómo sonaba; golpearlo para ver si se rompía; aplicarle un ácido o una llama. Según

Torné, toda materia tenía su piedra de toque, salvo la Sagrada Forma. ¿Cómo podía el fiel comprobar que estaba bien consagrada y que Dios estaba presente en Ella? No podía sentir en la lengua ni los clavos ni las piernas de Jesús. Ni podía descubrir su silueta mirando al trasluz o con un microscopio atómico… En teoría, se podía recurrir a un ensayo clínico de doble ciego. Se administrarían hostias consagradas y sin consagrar a una población de fieles, asegurándose de que ni estos ni los sacerdotes supieran cuáles eran las buenas. Luego se mediría el impacto de Jesús en la vida de un grupo y del otro.

—Te estás alejando, Dixon.

—Discrepo: el concepto es correcto —dijo él—. La imposibilidad del ensayo tiene solo que ver con la falta de instrumental apropiado, porque ¿cómo se mediría la presencia de Jesús en la vida de los fieles? Habría que registrar cada acción y hasta cada pensamiento y, en último término, también habría que conocer el destino final del alma de cada uno.

—Ben, ¿podrías ir subiendo tres grados la temperatura de la sauna? —preguntó Michel.

—Es importante, espera. Os hablo de Torné. Él decía que nunca se habían registrado datos del cielo o del infierno. Ni siquiera se ha vuelto de tales lugares, salvo en forma literaria, como Virgilio en la *Divina comedia*.

—Vamos, Dexter, arriba —dijo Michel apuntándole con la pistola y saliendo del estanque.

Había algo contradictorio en su aspecto, al tiempo amenazante y desvalido: la barriga empequeñeciendo su polla arrugada, el escaso pelo alborotado y grandes bolsas y ojeras bajo los ojos, pero el ceño apretado, la mano crispada empuñando, firme, el metal.

—Espera, espera —decía Dixon levantándose, avanzando en la dirección que señalaba la pistola.

Estaban uno frente a otro, uno rollizo y otro huesudo, pero ambos desnudos, enrojecidos, mojados, con la puerta de la sauna abierta y la pistola entre ambos. Dixon buscó los ojos de Michel. Abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

—Entra —dijo Michel—. En diez minutos me asomo a la puerta y

me dices si quieres hablar de Virgilio o contarme lo que les pasó a Torné y a Dusana.

Michel cerró la sauna y se puso a rellenar las botellas de té de hibisco. Bebimos. Le pregunté por qué Dixon seguía tan tranquilo, incluso sonreía a veces. Michel siguió rellenando botellas. Según él, Dixon pensaba que las palabras le sacarían de allí, lo mismo que él había creído que le llevarían hasta Dusana, pero las palabras no bastaban. Me fui al baño y me quedé un rato sentada. Me temblaban las manos. Para tranquilizarme, traté de imaginar lo que dirías si me vieras allí. Tu mirada se volvería curiosa, húmeda y azul al ver a qué lugares me llevaba tu búsqueda. Las arrugas de la boca se acentuarían en un mohín por el golpe que le di a Dixon con el cucharón, pero no me criticarías. Y, eso sí, te reirías al vernos a todos desnudos. Me puse otra vez en marcha.

Michel estaba secando y revisando el arma en el aparador. Al verme llegar entreabrió la puerta de la sauna.

—Pasad, pasad —dijo Dixon con un hilo de voz. El cambio de aspecto era drástico. El sudor arrastraba de nuevo la sangre de la herida, que empapaba la toalla y resbalaba por su cuerpo. Su piel había adquirido un color rojo oscuro y tenía la mirada hundida, la mandíbula desencajada. Jadeaba—. Tengo cosas que contaros.

—¿Estás seguro, Dexter? —preguntó Michel sosteniendo un momento la puerta abierta, bebiendo despacio el té de color rojo para que Dixon pudiera verlo.

Dixon asintió y Michel se sentó frente a él.

—Háblanos de Torné.

—Lo menos que se puede decir de Torné es que puso en práctica su teoría sobre la calidad de los materiales. Se lo llevaron las llamas, lo que demostró su poca consistencia.

—Acabasteis con él.

—Se puso en medio del movimiento natural del dinero. Contradijo los principios de la mecánica de fluidos.

—Quería hablar.

—Sí, llevaba tiempo incordiando, pero desde que se encontró con Dusana en Hervás y supo de los efectos del viejo NOXTRO quería

contarlo todo. Él estuvo a cargo del ensayo solo los primeros años. Aunque no llegó a ver los efectos a largo plazo, tampoco se hizo muchas preguntas. Obtenía pingües beneficios de DUGENTA, y eso siempre tranquiliza. Y no hablo solo de cruceros y congresos de pacotilla en el Caribe, para él y su exclusiva esposa francesa, sino de jugosas transferencias mensuales durante años. Parece que la viudedad le deprimió, no tenía con quién gastarlo, por quién corromperse, y la vuelta a sus raíces le hizo de nuevo honesto. Pese a todos sus compromisos y compensaciones, quiso saber de los pacientes que se habían sometido a los ensayos. Supo de la residencia y trató de contactar con sus viejos pacientes. Primero quiso visitarlos, luego hablar con ellos por teléfono. Le pasamos un par de advertencias discretas, pero siguió intentándolo. Finalmente logró que un familiar le informara del viaje a Hervás y trazó su plan para hacerse el encontradizo. La mala suerte hizo que allí se encontrara con Dusana y que juntos ataran cabos. La opinión de un médico tan involucrado en el proceso habría hundido a NOXTRO para siempre. Se habría llevado por delante tanto a DUGENTA como a AZOK.

—No solo a ellos —apuntó Michel.

—No. Ya le dije a Ben que hay decenas de licenciatarios de NOXTRO, desde quien se ocupa del medicamento en Kirguistán a quien lo distribuye en Indonesia. Todos tenían mucho que perder. Si se hacía público que a largo plazo los pacientes podrían desarrollar Alzheimer, las licencias caerían como naipes.

—Se acabará sabiendo de todos modos —dije—. Más pronto o más tarde.

—La juventud te hace optimista. Hay tantas causas posibles, tantos factores concomitantes. Y, en todo caso, hablamos de personas que ganan millones de dólares, semana a semana, mientras no se sepa… De todas formas, creo que todo esto aburre a Michel.

—¿Por qué? —pregunté.

—A Michel solo le preocupa el último eslabón de la cadena, aquel con el que trabajaba cuando era comisario. Sabe mejor que nadie que los grandes no se manchan las manos, pero hacen que la información circule. La pasan discretamente para facilitar una respuesta colectiva,

más o menos coordinada o espontánea. El dinero busca siempre su pendiente. Si hay un obstáculo lo rodea, pero si no puede, lo desplaza. Yo no sé si quien movió este obstáculo era indio, uzbeko o malayo. No lo sé, Michel, ni quiero saberlo.

—Ya veo que sabes quién soy, Dexter, aunque no nos hayan presentado. Creo que ahora estamos empezando a hablar.

Dixon miraba al suelo. Los goterones de sudor y sangre caían entre sus pies. En el silencio de la sauna parecía seguir su cadencia, apoyarse en ella para levantar la vista hacia Michel mientras hablaba.

—Hay un factor importante que se os escapa. Cuando quieres asegurar el resultado y que el éxito sea realmente planetario, entonces cuentas con alguien que remate el trabajo, que asegure que lo espontáneo alcance su objetivo a la perfección. Un finalizador.

—¿De quién hablas, Dexter?

—Cuando DUGENTA vendió la patente de NOXTRO, el fondo que la adquirió no la explotó directamente, sino que fue licenciándola en cada territorio, con gigantescas plusvalías. El encargado de estas transacciones fue una organización que en el pasado ha comprado otros productos controvertidos o directamente tóxicos. Se trata de una entidad singular, en parte pública y en parte privada, en parte criminal y en parte policial. Cercana al régimen chino y con sede en Hong Kong.

—¿Cómo se llama y quién la dirige? —preguntó Michel, y sujetó la pistola con la mano izquierda mientras se secaba la derecha en la toalla.

—Se llama Canje. Y tuve ocasión de conocer a su líder, Nora Wang, una mujer fascinante, al tiempo alto cargo del ejército y directiva empresarial. Nadie mejor, si quieres asegurarte de que no queden hilos sueltos. No me refiero solo a la venta de NOXTRO, sino a la coordinación de sus licenciatarios para frenar fugas de información y preservar el negocio. Para que se haga en todo momento, de forma discreta, lo que resulta necesario. A veces el intermediario puede acabar por controlar el negocio, pero su eficacia compensa ese riesgo. Y, de todas formas, el negocio se controla solo. Nos controla a todos…

—¿Fue Canje, fue Nora Wang quien mató a Dusa? —pregunté

alzando la voz.

Michel añadió sin interrupción:

—Si no fueron ellos, no estamos aquí para charlar ni de la economía de las cloacas ni de las empresas pantalla ni de Hong Kong.

—Tengo sed.

Michel se giró hacia mí.

—Espera, Ben, creo que podemos acabar enseguida.

Se volvió despacio hacia Dixon.

—Me interesa lo que cuentas de Canje, pero más aún lo que dejas entrever. Lo que nos has contado de Torné se aplica a Dusana. Una vez que se encontraron, ella pudo identificar a los pacientes. Supo del efecto del viejo NOXTRO en el Alzheimer. Y sabíais que no se lo callaría, ¿verdad?

—Agua.

Michel se levantó y apuntó el arma hacia él. Alzó la voz:

—¿Es cierto?

Ante el silencio de Dixon, Michel volvió a sentarse. Se frotó los ojos, apoyó el arma a su lado y respiró hondo.

—Te haré una propuesta. Si nos cuentas qué le pasó a Dusana, te soltaré esta misma noche. Ben sabe que cumplo mi palabra.

—Agua. Té. Vuestro té rojo.

Puse agua, pero sobre las piedras incandescentes. Dixon buscaba mi cara en el vapor que cubría y destapaba la suya. Goterones de sudor ensangrentado caían junto a sus pies, empapando y manchando las tablas de madera.

—Confío en ti, Ben, eres garante de lo que me suceda.

Asentí con la cabeza, pero había demasiado vapor para que pudiera verme. Cuando quise confirmarlo de palabra, él ya había empezado a hablar:

—No sé qué pasó con Dusana. Y tampoco con Torné. Lo juro. Su suerte forma parte de lo que no reconocemos que sucede. Lo que el sistema guarda en cajones recónditos que pretende ignorar. El inconsciente colectivo, societario, si preferís.

—No sabes nada de Dusa, cuya suerte conoces perfectamente —dije.

—Eso es. No sé qué partículas de aire ocupa ella y cuáles Torné, ni

cómo llegaron hasta ellas, pero sus pies no dejan huellas. No se puede decir, pero se sabe.

Michel señaló la puerta de la sauna.

—Puedes irte —dijo—. Tienes té en el aparador de la derecha. He dejado allí también lo que queda de tus gafas. La puerta de la izquierda es una salida de emergencia desactivada. Da directamente a la calle.

XVI

Michel y yo nos quedamos mirando a Dixon, que bebió hasta atragantarse. Después de la primera botella de té, se sentó en un taburete y empezó la segunda. La tenía casi acabada cuando, sin decir nada, echó a andar hacia el vestuario sin dejar de beber. Llevaba una tercera botella roja en la mano. Me encaré con Michel.

—¿De verdad le vas a dejar irse así, sin más, después de lo que nos ha contado?

Michel no contestó. Metió el tensiómetro en la mochila. Desenrolló la manguera, la dejó en el suelo, alrededor del aparador, y luego la dirigió hacia el interior de la sauna. Dixon cruzó la sala ya vestido, sin mirarnos, y salió por la puerta de emergencia. Michel siguió pasando la manguera por los bancos de madera.

—¡No es solo que se vaya de rositas! —exclamé—. Es que cuando doble la esquina ya estará organizándose para venir contra nosotros.

El chorro de la manguera arrastraba hacia el desagüe un agua sanguinolenta, turbia, que iba poco a poco clareando. Michel seguía callado, pero yo no lo podía dejar pasar.

—Esto no lo habíamos hablado. Ahora tendremos que huir a la carrera.

—Cuando cruce el parque de los baños —dijo Michel—, antes de que doble la esquina, Dexter no sabrá ni quién es ni qué hace aquí.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabemos lo que lleva el té?

—Hinojo no, hibisco, eso dijiste. Yo sé poco de plantas.

—Sí, hibisco, pero el suyo en particular llevaba diluidas seis cajas de NOXTRO, de las que él te dio en su oficina. Y seguro que recuerdas el efecto más notorio de la intoxicación por Tigresa, tanto la vieja como la nueva.

—Amnesia.

Michel pronunció cada palabra despacio, como si la saborease, con

los ojos húmedos y una sonrisa que parecía tallada en su cara:

—Total, fulminante. Irreversible.

Fuimos a vestirnos. Michel propuso evitar la puerta que había usado Dixon. Su colega le había señalado una salida alternativa al otro lado del vestíbulo principal. El disco perfecto de la luna asomaba por las cúpulas del balneario y se reflejaba, multiplicada, en los estanques. Tuvimos que atravesar varios espacios adosados, cada uno rodeado de arcos y coronado por una bóveda, sobre la que se acumulaban otros pisos, formando capas horizontales y verticales. En medio del inmenso vestíbulo central, una columna blanca ascendía hasta la cúpula más alta, recubierta de vidrieras. Una luz espectral bañaba la columna y deshojaba las sombras en el racimo de paredes curvas, estanques y bóvedas, sala a sala, piso a piso.

—Tenemos casi una hora antes de que lleguen los servicios de limpieza. Descansemos un momento —dijo Michel jadeando y acercándose a un banco de piedra.

La extrañeza por la suerte de Dixon se unía a la tensión y el cansancio, y empezaba a agitarme por dentro. No podía parar, caminaba de un lado a otro, volviendo una y otra vez sobre mis pasos. Notaba crepitar la mata de pelo, que al secarse crecía y se erizaba como un penacho blando, amenazador, que anticipaba mi enfado. Lo giré hacia Michel.

—¿Y ahora qué? ¿Nos cargamos a todos los licenciatarios de NOXTRO, al consejo de administración de DUGENTA y AZOK, al boticario de cada pueblo de Hungría?

Michel tenía los hombros hundidos, su mirada estaba tan apagada como su voz.

—Lo siguiente es Canje, Ben. Es cierto que no podemos acabar con todos los implicados. Son demasiados y su participación es demasiado difusa, pero quiero conocer de primera mano el final de Dusana. Y, si es posible, anotarlo, darle tinta ya que no pude darle tierra. Embalsamarla en papel. Si lo hicieras tú sería mejor, pero he estado leyendo el cuaderno con mucha atención, aprendiendo de tus palabras, pasajes que recorren sucesos y personas, y si no lo haces tú lo haré yo. Y, antes de anotarlo todo, quiero escoger el clavo que más

asome para que reciba el golpe que todos merecen. El que cierre este viaje, este proyecto, todo el infortunio que arrastramos. Ese clavo es Canje.

Yo seguía caminando de un lado a otro, sin dejar de mirarle.

—¿No te parece un poco desorbitado, casi fantasioso? Una organización semipública y semiprivada. Semicriminal y semipolicial. Encargada en su día de distribuir las licencias de NOXTRO y encargada ahora de garantizar su ejercicio pacífico: multinacionales, empresas locales, distribuidores… ¡Todos duermen tranquilos con Canje!

—Creo que Dixon ha descrito bien la criminalidad difusa de nuestros días, Ben, todo lo que yo no perseguía en mis tiempos de comisario.

—¡Cómo no la va a describir bien, Michel! Lo suyo es la palabra. Y sabe mejor que nadie cómo participamos en el crimen, tal y como decía, relegando a cajones cada vez más remotos lo que ignoramos que sabemos, esto es, lo que no queremos reconocer… Creí que todo eso no te interesaba, que lo tuyo era solo la búsqueda y la venganza. De haberlo sabido, podría habértelo contado yo, quizá no tan bien como Dixon, pero sin que nos costara tanto. El consejero delegado de una empresa puede pedir que un problema se solucione, sí o sí, y poner sobre la mesa una suma consecuente, pero a medida que esa orden va descendiendo debe ir concretándose, hasta que alguien tiene que mancharse las manos. A su vez, el consejero no hace sino responder a las demandas del mercado, de sus accionistas y consumidores… Somos todos los que le pedimos que se haga lo necesario. Las corporaciones nos sirven para ignorar lo que sabemos, dejar los encargos, las motivaciones y réditos en manos neutras, que son de todos o de nadie, según nos convenga. Las Bitch Coders le hemos dado muchas vueltas a cómo escribir el código que obstaculice esta delegación sucesiva de la muerte, cómo desvelarla y detenerla en cada etapa y nivel.

—Pues si ya lo sabías no debe de sorprenderte el papel que desempeña Canje. Lo que nos recuerda Dexter es que al final las cosas hay que hacerlas. Y para asegurarse de que se hacen hay que recurrir

a quien puede traer a flote el inconsciente colectivo…

—¿Disparo a disparo? —pregunté.

—Como sea. A tiros. Con llamas o trucajes. Dexter tanteaba la opción del soborno, y si el dinero no funcionaba, como con Torné y Dusa, llamaba a Canje.

—El finalizador —apunté.

—Y ahora mi diana.

—No tiene sentido ir detrás de Canje. No es más que otra pieza, y quizá no la peor. Lo importante es poner al descubierto el daño que causa el sistema de producción de medicamentos.

—No tiene remedio —dijo Michel—. No tengo ninguna ambición de cambiarlo. Nunca he querido interferir en el engranaje de los hechos.

—Hong Kong no tiene sentido. Ni remedio.

—Sin ti puede que pierda el hilo, Ben.

Lo que me decía esa luz cruda, vertida sobre el cuerpo sentado, derrumbado sobre sí mismo, de Michel era que yo solo era una especie de talismán; que él podía tirar del hilo que me unía a ti, Dusa, para alcanzarte. Lo que me decía era aún peor que eso, era que él podía manipularme con ese hilo, moverme a su compás, y que era eso lo que llevaba haciendo desde que empezamos a buscarte, lo que Svein había hecho con otros hilos durante años, y quizá también un poco lo que tú hacías, Dusa. Todos, de una forma u otra, me dejabais amarrada al fondo con vuestros hilos.

—No iré a Hong Kong, Michel.

—Quieres irte, Ben, lo más rápido y lejos posible. Lo entiendo, pero antes tenemos que coordinarnos. Y me tienes que devolver el cuaderno con todos sus libros: «El libro de tres», «El libro de Dusana» y «El libro de dos». Y lo que escribiste antes.

—«El libro de Ben». ¿Por qué iba a dártelos?

—Porque abandonas, Ben. Te vas a estudiar cómo funciona esta máquina rota y qué piezas habría que cambiar, o incluso cómo construir una máquina mejor, pero yo voy a aflojarle los tornillos a la que hay, Ben. A gripar la máquina o entorpecer su engranaje. Y me mancharé las manos. Yo seguiré el relato.

—Vas a inutilizar una tuerca que será reemplazada al cabo de dos

días. Ya no estás buscando a Dusa. La quieres recobrar a golpes, hacerla presente por el daño. Lo tuyo es un ejercicio forense, funerario. En realidad, la busco yo más, denunciando al sistema, participando en una lucha que también era suya, que tú borrándole la mente a un par de tipos indeseables.

—Será útil coordinarse —dijo Michel levantándose del banco. Tenía la cara hinchada, los ojos enrojecidos, pero al tiempo estaba pálido y demacrado. Miraba la entrada como si estuviera a cientos de kilómetros—. Conviene dejar abierto un canal seguro de comunicación —dijo—. Busquemos un hotel cerca del aeropuerto. Un sitio tranquilo para descansar y decidir juntos el curso a seguir.

EL LIBRO DE MICHAL

I

Cada mañana me quedo un buen rato ante el espejo del baño. Extrañado, pero también fascinado por mi piel abultada y brillante. Hasta la barba, si la dejo crecer, parece de goma; por eso, cada cierto tiempo la recorto buscando salir de mi máscara. En mis movimientos se va imponiendo algo grotesco, acartonado, que a veces me hace ver el entorno como un retablo de fantoches. Bien pensado, la edad refuerza uno o dos gestos en detrimento del resto. No nos resta expresividad, sino que la concentra y recorta la paleta de matices. Por eso los años nos van asemejando a los muñecos, cada uno señal inconfundible de un rasgo de carácter. Los viejos somos como los siete enanitos: el sabio, el jovial, el desmemoriado, el cascarrabias, el avaricioso, el tontorrón… ¿Qué enanito van trayendo al mundo mis años? La pregunta no es sencilla, no se responde a bote pronto, aunque día a día va llegando la respuesta: es el enanito sabueso, rastreador, que ante un mundo incomprensible asume la presa como única certeza.

Con esta cara, me tomé la tensión: 170, pastilla azul, pero comprobando que las rojas estaban en su sitio. Esta tensión esencial y las pastillas que la regulan se han convertido en mis únicas compañeras. De alguna forma, la una y las otras me fueron recetadas por el doctor Scampamorte, hijo del médico de familia que Dusana y yo teníamos en Ginebra, que heredó la consulta del padre. Dusana solía decir que la celebrada praxis del padre se basaba en dos elementos: uno, la aureola salvífica de su nombre y, dos, la economía extrema de sus palabras. El que habla poco no se equivoca mucho. El hijo calcaba los pasos del padre y sabía que, para que su negocio floreciese, bastaba dejar que su nombre hablara por él. Como en otras ocasiones, después de mirarnos a los ojos durante unos segundos interminables, me di cuenta de que el doctor no iba a responder a mi pregunta sobre las causas de la hipertensión. En la tercera sesión,

cuando ya preguntaba por inercia, sin ninguna esperanza, el doctor respondió:

—Podría ser el riñón, el estrés u otras causas.

Y mandó realizar una nueva serie de pruebas, al cabo de las cuales seguía sin saber. Revisó delante de mí los resultados y volvió a mirarme fijamente, con lo que interpreté que se aplicaba lo que ya me había dicho, o no, en las consultas anteriores. Para evitar un silencio interminable, tomé yo la palabra:

—No se sabe.

En todo caso, Scampamorte me ha cambiado dos veces la pastilla azul y una la roja. La ignorancia era vasta, sinuosa y compleja, y se extendía tanto a las causas como a los remedios. Tras el último cambio de pastillas, el doctor habló de una tensión alta basal que reflejaba un estrés soterrado, incorporado a todas nuestras actividades, gestos y reflejos, pero del que no éramos necesariamente conscientes. En ningún momento dijo que ese fuera mi caso, sino tan solo que era una posibilidad, pero la explicación me gustaba. Nada revelaba de las causas ni de las soluciones, pero remitía a algo incorporado a mi vida, como el equipamiento de fábrica de una moto. Y día a día me daba cuenta de que ese defecto integrado en todo lo que hacía, consustancial a cualquier actividad o disposición, no podía ser otro que la ausencia de Dusana. Era ella o, mejor dicho, su falta, lo que elevaba el listón de mi estrés. Y también era Dusana la que me empujaba a ensayar estos escritos en los que trataba de reflejar las enseñanzas que ella transmitió a Ben para hacer volar las palabras: que describan los hechos pero que sepan también despegarse de ellos. Releo de nuevo el inicio de mi libro. Me gusta lo del enanito sabueso. Y mi recuerdo del doctor Scampamorte habría hecho sonreír a Dusana. De tal palo, tal astilla.

Llamé a un viejo colega de la policía de Hong Kong. Un tipo duro, ya jubilado, Jason Kong, que conocía de la época de la colonia británica. La conversación, como siempre que entraba en el entorno policial, fue sobre ruedas. Jason se ocuparía de mí. Me mandaría a alguien para recogerme en el aeropuerto y me ayudaría a llegar hasta Canje. No quiso hablarme de ellos por teléfono, pero me pidió que

fuera muy cauteloso y me dijo que necesitaba tres días para organizarlo todo. Para Ben, Jason entraría en la categoría de dinosaurios amargados, pero ella es demasiado joven para saber que hay deudas que no prescriben ni son alteradas por detalles como la edad o la jubilación.

A las dos de la tarde pedí por teléfono que me llevaran el desayuno al patio y bajé a reunirme con Ben. Al salir tuve que entrecerrar los ojos para protegerme del resol: el suelo de grava, las paredes blancas, las mesas de hierro forjado pintadas de verde claro. Ben era lo único que no destellaba. Debía de llevar un rato despierta, porque tenía su portátil abierto y varios folios emborronados junto a una botella vacía de refresco y un plato con restos de comida. Cada una de sus enormes coletas de pelo rizado y oscuro contenía una cabellera completa.

—¿Qué son esas notas? —pregunté sentándome a la mesa.

—Estoy calculando lo que llevaría replicar el estudio de la arritmia que completamos los Cuatro Fantásticos. Svein y Siri se llevaron ordenadores y discos duros, pero en un servidor de la uni conservo un prototipo del programa que más utilizamos, mi adorada araña saltamuros. Y aquí —dijo tocándose la sien— tengo el itinerario de buena parte de las ciudades y hospitales que analizamos. Una vez que tenga el programa en marcha, con dos buenos informáticos podré replicar el rastreo en tres meses, máximo cuatro. Si puedo sacar a Loke del sanatorio, bastará con dos.

—Entre unas cosas y otras, dentro de medio año tendrás resultados parciales. Y no podrás replicar el ensayo del Alzheimer.

—No, claro. Sin saber quiénes fueron los pacientes de Torné, no podemos medir nada, pero es un principio. Se trata de no detenerse. Seguir dando pasos.

El camarero puso sobre la mesa un café y un cruasán. Esperé a que se alejara.

—Ándate con pies de plomo. Por ahora no contactes con nadie conocido, y menos aún con Loke. No vuelvas a Oslo por una temporada.

—Ya lo había pensado, pero esto no puedo hacerlo sola. Tengo una amiga en Helsinki que quizá quiera ayudarme. Empezaré por ahí.

Igual en unos meses puedo llevarme a Loke. ¿Y tú? ¿Has pensado mejor lo que quieres hacer?

—Lo mío solo se puede hacer solo. Quizá sea mejor así, tú ya has hecho bastante al guiarme hasta aquí. Quiero saber de primera mano qué ha pasado con Dusana. Quiero dar una respuesta, aunque sea testimonial. Y anotarlo todo.

—¿Una sauna para Nora Wang? —preguntó ella con sorna.

—Algo así.

—No tienes ninguna garantía de que tu búsqueda acabe en Hong Kong. Puede que siga por toda la geografía de los licenciatarios de NOXTRO, empezando por el NET… quiero decir, Nigeria, Egipto y Tailandia, para seguir por decenas de otros países de Asia y África. De hecho, Dixon no tenía por qué haber apuntado a Canje.

—Pero lo hizo, Ben. Quería mostrar su buena disposición, sacando a alguien a flote. Le llamó «el finalizador», nada menos.

—Igual no lo hizo solo por agradarnos o salir del paso, sino para utilizarnos. Tú mismo dijiste que podía pasar.

—Lo he pensado. Mencionarlo revela el gesto de querer quitárselo de encima, como si le diera problemas o se sintiera amenazado. El viaje puede ser más largo, pero en todo caso tiene que empezar en Hong Kong.

Apuré el café y acerqué el cruasán. Me lo comí como siempre, desmembrándolo primero, una pata y luego la otra, y abriendo luego en dos el caparazón. Me gusta tener todas las piezas delante antes de disponer de ellas. Eso vale tanto para apropiarse como para deshacerse de algo. El resol de la grava blanca se apagó de golpe al interponerse un cúmulo de nubes. Un avión descendía para tomar tierra, pero desaparecía antes de hacerlo, tapado por los edificios.

—¿Qué son esos dibujos? —pregunté.

—He pasado una noche horrible.

Ben me tendió un folio con dibujos de dos hombres, uno grueso y otro delgado. Estaban situados en un espacio reducido, oscuro, parecido a una cueva cuyos límites no se veían. Se peleaban, o más bien parecían manotear sin darse de veras. En uno de ellos se abrazaban, rendido uno sobre el otro. Blancos, sudorosos, desnudos.

En los márgenes había anotaciones que debían de responder a sus intentos de recordar segmentos de la programación de sus arañas. Se lo devolví. El conjunto me pareció a la vez tétrico e infantil.

—Es un sistema ineficiente. Para conectarse necesita cada día más engaño y más crimen.

—No sé de qué hablas, Ben. Tienes que devolverme el cuaderno.

—El cuaderno no tiene sentido. Nadie lo va a leer. Aunque siguiera viva, Dusa no estaría tan interesada. Le he estado dando vueltas esta noche, y creo que hay una diferencia fundamental entre nosotras.

—¿Qué quieres decir?

—Yo estaba fascinada por ella y ella estaba interesada por mi proyecto. Su experiencia le permitió darse cuenta de esa diferencia y utilizarla a su favor, hasta acabar uniéndose al grupo, y aún más allá.

—Estás resentida, Ben. Eso es nuevo.

—No digo que no fuéramos amigas; no es eso, pero quizá en un lado dominaba la fascinación y en el otro el interés.

—¿Y el poema? ¿No muestra fascinación ese poema?

—El poema está escrito en nombre de un tercero. No refleja los sentimientos de Dusa, solo el deseo de cumplir su palabra, cualquiera sabe por qué. Cortesía, simpatía como mucho. Tienes que leer bien las circunstancias en que se escribió.

—Te entiendo, Ben. Hablar así de Dusana te hace más sencillo dejarla atrás.

Ella no lo desmintió. Cortesía era lo que ella mostraba al rebajar su relación con Dusana antes de despedirnos. Dejó de mirarme y siguió trabajando en su portátil. De tanto en tanto anotaba más líneas de código en los folios o las transcribía en la pantalla. Las nubes corrían altas y fugaces. La grava ya no desprendía luz. Se distinguían mejor cada uno de los cantos rodados. Era una capa bastante espesa, como comprobé apoyando el talón, haciéndolo girar a un lado y otro. Pedí una botella de vino, verduras asadas y queso. Cuando lo trajeron, ella guardó su cuaderno en la mochila. Bebí aprisa, pero apenas hablé. Quizá Ben esperaba que yo sacara el tema de la comunicación entre ambos, pero mi propuesta de coordinarnos empezaba a parecerme un caso perdido. No tenía nada que comunicar, y quizá pronto tampoco

tendría la capacidad de hacerlo, pero sí brindaría con ella: le deseaba lo mejor.

Ben cerró el ordenador y brindó conmigo, aunque apenas bebió una copa. A la segunda botella, aquel vino de Salento, espeso y oscuro, empezó a recordarme la sangre que aflora en las heridas profundas. El balazo en el costado que recibió un sicario que vivía en el barrio de Malagnou pero que, como tantos otros, jamás pegó un tiro en Ginebra. El orificio que escondía bajo un seno una chica que sacamos del lago Leman hace veinte años. El estilete que acabó con ella tenía una punta tan fina que no encontrábamos la herida. Pensábamos que un infarto había acabado con ella hasta que le quitamos la ropa interior. Y tuve que levantar la mirada para no trasladar el color del fondo de la copa a la piel blanca de Dusana. Porque trucaron su moto el día de la tormenta. O la despeñaron ya muerta. Le dieron un golpe seco en la nuca antes de arrojarla, con su vieja moto checoslovaca, al cauce de un río de mierda completamente desbordado. La crecida y las alimañas hicieron el resto. Necesitaba concretar su suerte para que dejaran de agolparse bichos y posibilidades. Y tuve que atornillar la mirada a las nubes porque la bandada de pájaros que cruzaba el cielo traía consigo un torbellino de plumas, garras y picos. No podía abandonar a Dusana cuando mi mirada era su único calor. La fina manta con la que protegía su delicada piel de las bestias carroñeras que se acercaban a pequeños saltos para sacarle los ojos y hundir la cabeza en su bajo vientre.

Ben debió de advertir mi angustia, porque se agachó a mi lado. Trataba de conectar su mirada a la mía, que persistía en rebuscar entre los despojos, revolviendo huesos, levantando jirones de piel y carne. «Michel, Michel», decía ella mientras yo lloraba. La sujeté por los hombros.

—Quédate un día más —le dije, y ella me miró como si no me entendiera—. Durmamos juntos como despedida.

—¿De qué hablas, Michel? —dijo ella soltándose.

—Me enseñarás lo que hacías con Dusana.

—¿Lo que sentía?

—No, cómo te lo montabas. Cómo la seducías y le dabas placer.

Todo eso del firmamento. Serán nuestras exequias compartidas.

Ben me miró con una mezcla de estupor y desprecio.

—Eres un puerco, Michel. Solo piensas en cómo seducir, controlar y manipular a un cadáver, aunque sea a través de un tercero. Tu deseo no es distinto al de un acosador. No me extrañaría descubrir que la habías estado siguiendo.

—Lo pensé. Podría haberla seguido sin que lo hubiera notado. Habría bastado con llegar un poco antes a Albox. ¿Qué habría de malo en ello? Si la hubiera seguido, todo esto nunca habría pasado. Ella estaría a salvo —dije apurando la copa.

—Es acoso igual, Michel. Hiciste bien en no seguirla. Aunque no se dé cuenta, tu acecho influye en cómo se mueve, en lo que ve. Altera su entorno.

—Dame los movimientos, Ben, las caricias.

Quise añadir que bastaba con que señalara las zonas del cuerpo y su secuencia, que yo no la tocaría, y empecé a darle ejemplo acariciando el aire a su alrededor, pero entonces me golpeó en la cara con la palma de la mano y caí hacia atrás de la silla. Recuerdo un golpe porque lo vi venir y el contacto de la grava en mi espalda, aunque sé que me golpeó dos veces porque al despertar tenía marcas de dedos en las dos mejillas, así que caí al segundo golpe.

Cuando desperté, la luz entraba a raudales por la ventana del cuarto. Eran las seis de la mañana y mi cabeza se había convertido en una olla a presión que silbaba a todo volumen. Sobre la pequeña mesa de despacho, junto a la ventana, distinguí el casco rojo de Dusana. En la mesilla de noche estaba el cuaderno de anillas con todos los libros y una nota de Ben: «Al final tuve que pedir ayuda al camarero para meterte en la cama después de atizarte. El cuaderno te hace más falta a ti: me da la impresión de que será tu última compañía. Estás enamorado de tu obsesión, Michel. Tu visión infantil de las relaciones te impide apreciar lo que me unía a Dusa. Acabo de subrayarte varios pasajes que dejan claro lo que ella sentía por mí, están en casi todos los libros: en el de Ben, en el de tres, en el de Dusana. A ver si una segunda lectura te tranquiliza. Me da vergüenza hacerlo, pero es mi regalo de despedida».

He puesto el cuaderno junto al casco de Dusana y me he sentado a la mesa. Me queda un día y medio antes de volar a Hong Kong. Actualizaré «El libro de Michal» y seguiré anticipando su desenlace. No puedo escribirle a Dusana, como hubiera hecho Ben, pero tampoco a esta, porque no creo que mi relato vuelva hasta ella. Recorreré la senda de la vieja Tigresa de Hong Kong al NET, luego a Nom Pen o Yakarta, pero no volveré de este viaje. Quizá Ben tenga razón y yo no sepa distinguir el objeto amado de mi deseo y acabe deseando mi propia obsesión, pero es que esta es lo único que me queda. Escribo en primera persona porque no queda nadie ahí fuera.

II

Al aterrizar en Hong Kong, esperé a que salieran los demás pasajeros del avión y caminé despacio hacia la salida. Jason no me había dicho quién iría a buscarme al aeropuerto, pero tampoco esperaba que nadie sostuviera un cartel con mi nombre. Atravesé el grupo de quienes sonreían y señalaban a la corriente de pasajeros que afluían al vestíbulo y puse la bolsa en el suelo. Una señora de mediana edad me miraba fijamente. Llevaba una blusa negra y un bolso grande, zapatos con poco tacón y el pelo recogido. Se apoyaba en un bastón. Me acerqué hasta ella, que me tendió la mano.

—Hola, Michel, bienvenido a Hong Kong —dijo, y apuntó con el bastón hacia la salida—. Tengo el coche aquí mismo.

La seguí por el vestíbulo, acomodando el paso a su cojera, a lo largo del pasillo y las escaleras mecánicas que nos sacaron del edificio. El bastón era negro y bastante fino, de madera laqueada, con una cabeza de plata que no pude distinguir. Subimos a un viejo Toyota aparcado en la zona de carga y descarga. Ella se puso unas grandes gafas de sol antes de arrancar.

—El aire acondicionado no funciona, igual tienes que bajar la ventanilla.

El aire que entraba era igual de húmedo y caliente, pero corría rápido sobre el sudor de la cara y me refrescaba. Con la mirada fija en la autopista, la señora no parecía interesada en darme conversación, ni yo en que me la dieran. Entrecerré los ojos. Mientras los párpados se vencían distinguía la vegetación boscosa, verde oscura, que se recortaba contra el cielo en las colinas y contra el agua, formando ensenadas e islas. La sucesión de puentes sobre el mar acrecentaba la intensidad del viento.

Me sobresaltó la voz de mi acompañante:

—Allí al fondo estuvo la ciudad amurallada de Kowloon. Al principio era una fortaleza que formaba un enclave chino dentro del

enclave británico. Durante la colonia dejó poco a poco de ser un fuerte para convertirse en una enorme manzana de infraviviendas, el lugar más densamente poblado del mundo, solo podía crecer a lo alto o apretando aún más las construcciones.

Miré al fondo sin distinguir más que grandes edificios escalonados por las montañas verdes, plantadas frente al mar.

—Tejía en el corazón del Imperio británico una red impenetrable de callejuelas insalubres que conectaba burdeles, casas de juego, locales para drogarse y dentistas sin licencia. La jurisdicción era dudosa, lo cual convenía a las dos partes. Hoy es un bonito parque público. ¿Nunca has oído hablar de la ciudad amurallada?

—Creo que he visto alguna película ambientada allí.

—Ambientada y quizá también rodada, Michel. A finales de los ochenta, los servicios públicos y el control policial apenas se hacían notar, y la situación se hizo insostenible. Para que te hagas una idea, cada noche se abandonaban decenas de cadáveres en los baños públicos, resultado de las sobredosis y los ajustes de cuentas. Las autoridades se limitaban a retirarlos por la mañana. El lugar se había convertido en un atractivo turístico para amantes de emociones fuertes y en meca para directores de películas de serie B. Ya sabes, el peligro amarillo, al tiempo invisible y multitudinario.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Jason Kong me dijo que te interesas por Canje. La ciudad amurallada tiene que ver con su origen. Cuando Canje se instaló en Hong Kong, a principios de los noventa, ese fue el primer lugar en el que pensaron las autoridades chinas. Era un lugar de jurisdicción controvertida, y los servicios secretos lo habían utilizado a menudo para infiltrarse en territorio británico. Hubo un debate prolongado en el Ministerio de Seguridad. Finalmente, Canje no se estableció allí, pero la idea de hacerlo delataba la intención inicial del régimen: un capitalismo del crimen en el corazón de uno de los grandes centros financieros del mundo. Era como derrotar al capitalismo en su propia casa, llevando sus propios términos al extremo.

—Ya. ¿Y dónde se instaló entonces?

—El general Wang Yunning, fundador de Canje, compartía la visión

de una organización moderna, muy conectada al mundo empresarial, enclavada en el distrito financiero. Pero no debía instalarse allí de golpe, sino tras un proceso paulatino. El general impuso su visión de establecerse primero en un barrio popular, industrial incluso, y utilizar ese emplazamiento para observar el funcionamiento del mercado y el comportamiento de los consumidores. Un centro comercial era ideal para esto. Date cuenta de que la República Popular retomaba entonces sus experimentos con el mercado tras el desastre de Tiananmén. Se hicieron con un establecimiento de electrónica en un centro comercial del barrio de Kwun Tong, el Plaza se sigue llamando, y con un piso entero del edificio aledaño, como si fuera la trastienda, donde instalaron a una docena de agentes. Todo muy discreto: por la tienda los agentes salían y entraban como si fueran clientes u operarios que iban al taller; al edificio subían directamente mediante un ascensor exclusivo. Y el mercado de abastos daba muy buena cobertura a todo lo que entraba y salía, ya me entiendes.

Dejamos la autopista. Perdimos de vista las torres de cristal que circundaban la bahía, los buques inmóviles, las lanchas y juncos que la surcaban, y empezamos a callejear por una zona en transición. Los edificios de oficinas salpicaban viejas construcciones portuarias, talleres, almacenes y viviendas modestas. Me llamó la atención que dos de los coches que había visto por el retrovisor cuando cruzábamos los puentes callejearan con nosotros. Uno de ellos nos adelantó.

—El general decía que la Tienda, así es como llamamos a esas dependencias, nos serviría para tomarle el pulso a la gente, para conocer mejor su relación con el dinero y la tecnología —dijo ella, suspirando—. Y así ha sido. Hasta el punto de que cuando, al cabo de los años, nos mudamos al distrito Central, no abandonamos la Tienda. Siguió funcionando como observatorio y para cumplir algunas operaciones especiales. Y la seguimos conservando todavía, en parte como homenaje a nuestro fundador.

—¿Es ahí adonde vamos?

—Sí. Kwun Tong está cambiando deprisa, pero el Plaza sigue como siempre. Si lo comparas con los centros comerciales nuevos de Hong Kong, y más aún los de Shanghái, Cantón o Chongqing, parece un

gallinero.

La mujer aparcó de nuevo en una zona de carga y descarga. Sacó el bastón de un lateral del asiento y pude ver mejor su empuñadura. Era una extraña figura con cabeza de dragón, ojos desorbitados y largos colmillos, pero con el cuerpo fuerte y peludo de un lobo. Se recolocó el pañuelo y entramos a un centro comercial abarrotado.

Las pequeñas tiendas se asomaban a un entramado de pasillos enrevesados y pequeñas rotondas que se iban elevando varios pisos. Era como si aquel espacio hubiera ido creciendo en aluvión, en todas direcciones, apilando unos locales con otros, abriendo nuevas galerías para acoger más comercios que invadían los pasillos con sus mercancías y servicios dispares: comida, ropa, electrónica, masajes, peluquería, plantas y animales vivos, incluidos conejos y gallinas, pero también insectos y reptiles de distintos tipos y peces, anguilas, cangrejos y pepinos de mar, colocados a veces en simples cubos de plástico. La mujer caminaba deprisa, en silencio. De vez en cuando, sorteábamos las dos o tres mesas de las casas de comidas que nos cerraban el paso. El ruido y los olores se combinaban en disposiciones indescifrables e insólitas, como otras tantas torres disparatadas y efímeras. Al fondo de un pasillo casi vacío del último piso, el dependiente de un establecimiento de electrónica levantó la portilla del mostrador para darnos paso.

Atravesamos enseguida la tienda y el almacén, repleto de estanterías con móviles, cables y tabletas, cajas con CPU y pantallas mal amontonadas, y tomamos un largo pasillo escasamente iluminado. Me giré para ver un poco mejor a la mujer que caminaba a mi lado: era como si hubiera ganado envergadura. Se había quitado el pañuelo, que no ocultaba la cabellera canosa que yo había anticipado, sino un pelo negro, lustroso a la luz de los fluorescentes. Sus ojos, fijos en el pasillo, brillaban con un punto de avidez. En todo caso, ya no cojeaba. Detrás de nosotros caminaban tres hombres fornidos, con el pelo muy corto y vestidos de chándal.

—¿Ves? —dijo ella señalando las puertas a los lados—. Esto eran antes oficinas y salas de reuniones para los agentes. Ahora han quedado vacías y las hemos acondicionado para operaciones

especiales.

—Es un honor que haya venido a buscarme en persona, señora Wang.

—Puedes llamarme Nora —respondió ella—. Entre quienes formamos parte del oficio, no deben levantarse barreras absurdas.

—Su colega Dexter Halgand no era de la misma opinión.

—No me hables. Qué hombre más pomposo, histriónico y fútil. Por él estamos hoy aquí reunidos. ¡Qué idea tan absurda, contratar a un grupo de jóvenes inestables para evaluar un producto tan sensible! ¿Cómo se puede dejar en manos de una masajista, un demente y semejante fatuo la pieza clave de una campaña de desprestigio? El problema de Dexter es que se consideraba un artista. Y podía llegar a serlo, pero basta un desliz para pasar del arte a la chapuza. —Y bajando la voz añadió—: En el fondo, me alegré de que le agradecieras tan eficazmente los servicios prestados.

—No era mi intención, Nora. Le estaba agradeciendo otra cosa. Algo que me gustaría agradecerte a ti también.

Nora Wang sonrió y siguió andando. Ya ni siquiera apoyaba el bastón.

III

El pasillo desembocaba en una sala circular, abovedada, flanqueada por varias puertas. Nora señaló mi puesto en la mesa redonda que ocupaba el centro, junto a una jarra y un vaso. Ella se sentó enfrente. Los hombres que nos seguían se quedaron de pie. Se les había unido otro más, mayor que ellos, en el que reconocí a mi viejo colega. Nora Wang se dio cuenta.

—Sí, Michel, está con nosotros Jason Kong, que tuvo la amabilidad de advertirme de tu llegada.

Jason miraba al frente. Me pareció normal que adoptara ese aire tan marcial. Así evitaba mirarme.

—Disculpa que no le invite a sentarse con nosotros, pero tiene trabajo, y nosotros también.

La luz general se extinguió al tiempo que un foco tenue se posó sobre la mesa. Con el cambio de iluminación se hizo evidente que mi situación era muy precaria. Apenas veía más allá de la mesa. Cualquiera de los cuatro sicarios podría situarse a mi espalda y liquidarme con la facilidad con que se hacía el nudo de la corbata. Jason parecía albergar con respecto a Canje temores, deudas o lealtades mucho más importantes que las que nos habían unido a los dos. A aquel capullo lo había sacado de un lío de contrabando en el puerto franco de Ginebra que le habría costado la carrera. Lo hice sabiendo que podía estar implicado, para no meterme en más líos de los necesarios, es cierto, pero también por si llegaba un día como este, que él no parecía reconocer.

—No hace falta que te diga que este es el fin del trayecto, Michel. El viaje siempre da algo. Aunque no pueda eliminar el dolor, puede cambiarlo de signo. Para nosotros ha sido una experiencia complicada, pero creo que hemos sabido reconducirla en buena medida. La ignorancia se ha hecho manejable.

Ese aire distendido no me engañaba. No debía hacerme ilusiones.

Mis objetivos se limitaban a averiguar qué había pasado con Dusana. Nora tenía que entender que yo contaba con información útil, que la iría soltando según ella hiciera lo propio. Me servía entonces replicar su tono desenfadado, pero acercándome a lo único que me importaba.

—Es curioso que me hables del tratamiento de la ignorancia. Describir cada situación en función de lo que se desconoce era una vieja afición de Dusana. Cuando vivíamos en Varese y luego en Ginebra, no dejaba de darle vueltas a lo que llamaba la taxonomía de la ignorancia… Ben llegó a esa noción por la misma fuente, pero muchos años después. Para serte sincero, Nora, toda esa reflexión me parece mejorable.

—¿Qué quieres decir?

—Los grados de ignorancia dependen del punto de vista. Yo conozco lo que llevo en mi pastillero. Si vosotros también lo sabéis, podéis manipular mis decisiones accediendo a mis pastillas. Yo creo que estoy tomando una medicina para la tensión y tomo un placebo.

Nora Wang asintió.

—Ahora bien, si yo sé que vosotros habéis logrado acceder a mi pastillero, dejo de usarlo. Me hago con nuevas pastillas y las llevo en otro lugar, pero os hago ver que nada ha cambiado.

—Ingenioso, Michel, pero yo tengo un ejemplo mejor. Tiene que ver con los altillos. Al hacerte partícipe de su gusto por esos huecos domésticos, Dusana hizo que pasaran a definir lo que sabes que desconoces. Abandonaron el espacio de lo completamente desconocido para delimitar un territorio en el que puede encontrarse algo. Tú sabías que en el altillo de la habitación del hotel de Dusana, en Hervás, podía haber algo suyo, y nosotros sabíamos que lo sabías. Eso nos permitió alterar tu conocimiento e influir en tus acciones.

—¿Te refieres a su cuaderno?

—Si te fijas, lo tenía todo para que abandonaras la búsqueda. De un lado, cuestionarios incomprensibles, sin nombres ni texto, pero cumplimentados de su puño y letra. Algo suyo, pero absolutamente opaco.

—Y el poema —apunté.

—Eso es. El poema que tanto te hizo pensar. Hablaba de una tercera

persona, pero su contenido revela una intimidad innegable entre dos mujeres.

—Ben dice que leo mal su relación con Dusana.

—Es posible, Michel, no me meto, pero el poema refleja una complicidad intensa. Fascinación e intereses confluyentes. Quizá también infatuaciones de la juventud haciéndose eco de las de la madurez. Y hablar por boca de otro puede dar pie a una ambigüedad que algunos tendrán por romántica. El cuaderno decía que Dusana no se había ido voluntariamente, vale, pero también que encontrarla era prácticamente imposible y que, en todo caso, quizá no era la persona que imaginabas. Otras tantas invitaciones a desistir.

Bajé la mirada y apreté los dientes. No quería preguntarle qué le habían hecho a Dusana para hacerse con su cuaderno, cómo la habían obligado a juntar esos cuestionarios incomprensibles con un poema absurdo. Tenía que aguantar, tirar del hilo de palabras.

—En todo caso, yo seguí buscando. Y di con Ben. Sin ella habría tirado la toalla, o estaría dando vueltas como una peonza.

—Sin ella todo habría sido mucho más fácil para nosotros. La subestimamos. No pensamos que llegaría hasta Hervás, y menos aún que os encontraríais. Y aun anticipando esa remota posibilidad, nunca pensamos que ella aceptaría colaborar contigo. No después de todo lo que Dusana le había dicho a Ben sobre ti.

Sujeté con ambas manos el borde de la mesa. Alcé la voz:

—¿Cómo sabes lo que le dijo Dusana? ¿Qué le habéis hecho? ¡Dame todos los detalles, Nora! No quiero nada más que eso.

—Es lo que te contaba antes, Michel. Los viajes ayudan a canjear penas. Dejar unas y tomar otras.

Nora me miraba igual que en el aeropuerto. Quizá el bastón, el pañuelo y el viejo Toyota no me habían engañado. La había seguido para sentarme con ella en aquella mesa y que me mostrara lo que escondía. Lo habría hecho a cualquier precio. Sentí el rumor de unos pasos, el más leve movimiento de la silla a mi izquierda.

—¿Qué tal, Michel?

Dusana estaba distinta, pero igual. La voz ligeramente ronca. El pelo más blanco, brillante sobre la piel morena. El cuerpo aún más fibroso.

Nora seguía hablando:

—Creo que en su lenguaje ampuloso y ambiguo Dexter te dejó claro que él se ocupaba de los sobornos y Canje de las ejecuciones. Es cierto, pero no hay reglas absolutamente fijas. Especialmente cuando se actúa con tan poco juicio.

—Cuando se decidió detener el proyecto, no nos pusimos de acuerdo sobre cómo hacerlo. Dexter sostenía que los miembros originarios del grupo aceptarían el dinero, aunque a Ben le llevaría algo más de tiempo, pero que Dusana era un caso perdido… Yo le dije que no estaba tan segura, y hasta sugerí que intentara captar a Dusana y a Ben, me parecían verdaderos diamantes en bruto, pero él siguió en sus trece. Ya le conoces. Según él, su incomparable olfato para el mundo asociativo le permitía detectar al instante a un radical libre irreductible y no sé cuántas tonterías más. Le dejé soltar su perorata al techo y a las paredes y me fui a Hervás con un pequeño equipo a conocer a Dusana.

Me giré despacio hacia Dusana. Su expresión plácida parecía confirmar el relato.

—Fue una intervención de último minuto —siguió Nora—. Dusana y Torné ya se habían puesto de acuerdo en desvelarlo todo. Torné hablaría con un viejo amigo periodista. Esperaría unos días, eso sí, a que los Fantásticos cobrasen lo prometido por Dixon y a que Dusana le enviara más detalles del encargo. Cuando me reuní con Dusana llevaba conmigo las dos opciones que había discutido con Dexter. Tuvimos un encuentro singular bajo una tormenta imposible. Hablamos de muchas cosas. De Checoslovaquia, de la caída del Muro, de China. Y mucho de ti, Michel, del tiempo que os exiliasteis en Ginebra y de su regreso sola a Praga a mediados de los setenta. La vergüenza y las dificultades sin cuento a las que tuvo que hacer frente durante años. Me contó tu absurdo viaje a Praga para recuperarla tras la jubilación. ¡Qué humillante! Como si ella fuera parte del plan de pensiones. Le di algún dato más de cómo durante décadas habías seguido discretamente al tanto a través de tus viejos colegas de Praga, cómo escudriñabas su rastro en la red, sobre todo los fines de semana que te quedabas bebiendo a solas en casa. No le gustó nada, ¿verdad,

Dusana?

—Nada.

—Acordamos simular un accidente en un recodo bellísimo del río Alagón. Dejamos la escena preparada. La moto en el cauce del río, los restos de sangre y ropa. El colgante. Todo quedó en el lugar asignado por el relato de esa muerte accidental, desencadenada por los elementos. Achicamos todo el margen desde el que podías plantearte seguir la búsqueda o desear la venganza.

—No todo: me creí su muerte. El colega que me llamó es una eminencia entre los forenses europeos. Aun así, por mucho que dijera, nunca pensé que fuera un accidente.

—Tozudez e incredulidad, solo eso. Lo habíamos dejado todo arreglado al milímetro —dijo Dusana.

De repente no podía girarme hacia ella. No sé cómo llamar a lo que lo impedía: vergüenza, humillación, parálisis, pero no era amor. No era afecto, ni nada positivo. Seguí dirigiéndome a Nora:

—¿Por qué Dexter confirmó la muerte de Dusana?

—¿Cómo no iba a hacerlo? Habíamos pasado a estar en el mismo bando, y simular su muerte formaba parte del guion común para hacerte desistir de la búsqueda. No queríamos que siguieras más allá de Budapest. Y eso que una de las máximas de Canje es preservar lo más posible al antagonista. Mi padre, el general Wang Yunning, decía que es la única fuente de información fiable. La más inesperada y menos complaciente.

Respiré hondo.

—Y lo intentasteis todo: las pastillas para la tensión, la noticia de la muerte de Dusana.

—Hicimos todo lo posible para evitar este encuentro. Y hasta creíamos que lo habíamos logrado cuando desaparecisteis tras tu hospitalización. Os imaginábamos asustados, escondidos. Luego localizamos a Dexter en Makó y nos dimos cuenta de que no era así, pero os habíamos perdido la pista de nuevo. Tu llamada a Jason Kong fue una inesperada bendición, aunque también la constatación de que había que poner en juego medios más contundentes para detener tu periplo. Me alegra que Ben haya decidido no acompañarte.

Al acordarme del casco pude volver la mirada a Dusana.

—Tengo algo tuyo —dije, y me agaché para sacarlo de la bolsa y ponerlo sobre la mesa—. Te lo dejaste en Ginebra hace más de treinta años.

—Siempre te empeñas en decirme lo que quiero, Michel. Nunca quise llevármelo. No sabes lo que supone completar el camino inverso al que recorrimos hace tantos años. Este paso me ha permitido saldar cuentas conmigo misma, con el pasado y con el mundo que me rodea.

—No sabes dónde te metes, Dusana. No se trata de un club de pioneros cantando al amanecer rojo. ¿Sabes a qué se dedica esta gente?

Dusana abrió la boca y la volvió a cerrar. Tenía quizá la respuesta, pero no entonces, no para mí. O la respuesta era otra y tenía que meditarla, formularla correctamente. Remontarse a un plano más general donde nuestras figuras se volvieran miniaturas, personajes de un tiempo anterior. Cuando dio con él empezó a hablar:

—Hay que controlar el juego para poder cambiarlo, Michel. Nora puede hablarte largo y tendido de eso. No habrá futuro sin bajar a la arena, sin mimetizar los gestos del capitalismo, hasta los más execrables. Cada victoria es una victoria de todos y un paso más que facilita el cambio desde dentro.

La vena del cuello se le hinchaba al alzar la voz y retomaba luego poco a poco su forma. Dejé de mirarla, de pedirle explicaciones en silencio. De poner en marcha una y otra vez una conversación imaginaria en la que yo le contaba cómo fue nuestra vida juntos y por qué la seguía buscando. Ese diálogo de años, que siempre volvía a mi justificación por el exilio y sus protestas, había terminado. No podía cambiar las palabras, pero por primera vez me sentía aliviado, como si el desequilibrio de su partida, cuando me había abandonado en Ginebra para volver a Praga, se hubiera compensado de golpe, desalojando del pecho el peso de la culpa y el amor. La conformidad con la escena abarcaba todos sus elementos, incluyendo ese único vaso de gres sobre la mesa, que era mío, y el contenido de la jarra, que, ahora me daba cuenta, me entregaría a la corriente de olvido.

—Este es mi vaso, ¿verdad?

—Dexter era un impresentable, pero su desmemoria no puede quedar sin respuesta. Es una cuestión de principios. No usamos NOXTRO, pero el efecto es parecido —dijo Nora.

—Indoloro.

—Completamente. Canje ha usado bastante este recurso, sobre todo porque las autoridades de Hong Kong tienen un acuerdo con las del continente para sacar de la isla a todos los desmemoriados. Los llevan a una aldea de Xinjiang en la que prácticamente se organizan ellos mismos, con ayuda de unos pocos voluntarios de la mezquita local.

Nora no había acabado de hablar cuando Dusana me interpeló de nuevo:

—No entiendo que te quedes callado, Michel. Me uní a Canje hace poco más de dos semanas, pero tengo la impresión de que me hace inmune a tu paternalismo. A tus morbosas intromisión y curiosidad. Deja de decirme lo que me conviene. Hong Kong es mi camino para volver a la Praga que abandoné en los setenta.

Dejé de mirarla. El enfado y la resignación se disputaban su voz, como si se dirigiera en parte a sí misma, tratando de convencerse. En todo caso, ya casi no le prestaba atención. Nora Wang seguía explicando el régimen de vida de los desmemoriados en Xinjiang mientras Dusana seguía con sus reproches y las insólitas correspondencias entre Canje y su pasado socialista. A decir verdad, que hablase al mismo tiempo que su jefa no le auguraba una brillante carrera. Esa breve cacofonía, que duró apenas un par de minutos, era la única victoria a mi alcance. Mi mejor despedida posible. Y, sin embargo, creo que Dusana se equivocaba. El alivio que sentía, la hondura nueva de mi respiración, mostraban que, si hubiera salido de esa, no habría vuelto a pensar en ella. No me apetecía discutir su nuevo renacimiento: el cambio de marea que le traería una actividad criminal respaldada por la República Popular China y la certeza de no volver a verme.

Cuando se callaron, miré fijamente a Nora Wang.

—Creo que tienes que concederme un deseo. Es una cuestión de forma. O, como tú dirías, de principios.

Ella sonrió.

—Quiero acabar de escribir el cuaderno, el relato que llega hasta esta sala, hasta que beba de la jarra, para ser más preciso. Me dejaréis solo para concentrarme. Acabaré el texto, lo dejaré sobre la mesa y beberé lo que habéis preparado para mí. Luego podréis hacer lo que queráis con él, pero respetando su integridad.

Nora Wang asintió con la cabeza sin mirarme. Se levantó y tomó el bastón apoyado contra el borde de la mesa. Los cuatro sicarios la siguieron fuera de la sala. El último era Jason, que al llegar a la puerta se giró un instante para mirarme. Quizá quería pedirme perdón o mostrarme su compasión, pero tantos años de labrarse un rostro duro e inexpresivo se lo impedían. Creo que Dusana me dijo adiós, pero, aunque parezca increíble, no lo recuerdo. Tampoco se llevó el casco. En todo caso, yo no le dije nada.

Bajo aquella luz tenue escribí este capítulo y el anterior. Antes de cerrar el cuaderno y servirme de la jarra tuve cuidado de no recordar las motos, ni a quién llevaba detrás por las viejas carreteras de Moldavia o quién me llevaba a mí montaña arriba por el Jura. Me propuse brindar por Ben, imaginarla conectada a su ordenador en Helsinki, con amigas nuevas que se harían fantásticas unas a otras. Sí, juntas trataban de desvelar los tejemanejes de la industria farmacéutica o las deficiencias del sistema de salud y proponían acciones concretas para cambiar el funesto curso de las cosas. Y deseé verla, cuando diera los primeros tragos al brebaje del olvido, inclinada sobre el ordenador, las grandes coletas negras destacando contra la grava blanca del jardín del hotel de Budapest, la tarde en que nos despedimos: inocente y resuelta y sola, levantando un nuevo mundo en su teclado.

EPÍLOGO

Han pasado ya siete años desde que Michel me visitara en la sede de Kwun Tong. Del cuaderno que dejó sobre la mesa me interesó al principio la reflexión sobre los tipos de ignorancia y cómo se proyectaba sobre la encrucijada de intereses del sistema de producción de medicamentos. Era un interés un tanto abstracto, rayano en la mera curiosidad intelectual. Tuvieron que pasar varios años para que el cuaderno empezara a mostrar su verdadera utilidad práctica. Algunos protagonistas del relato fueron cobrando un relieve especial en escenarios en los que estábamos muy presentes, y yo misma me sorprendía revisando algunos pasajes para entender mejor cómo podían haberse convertido al tiempo en antagonistas temibles y aliados potenciales.

En la Comisión de Seguridad Nacional debisteis de seguir una reflexión parecida, lo que justifica vuestra doble petición. Queréis que complemente el informe que os remití hace siete años con los testimonios directos de sus protagonistas. Por otro lado, me pedís que los cierre con una breve descripción de su trayectoria posterior.

El cuaderno que tenéis ante vosotros cumple ambas peticiones. Ofrece en primer lugar una sucesión de testimonios que considero íntegros y auténticos. El término «sucesión» no es baladí. Los testimonios se siguen conforme al orden en que los narradores van tomando la palabra en el relato de unos hechos comunes.

Al respetar escrupulosamente los libros de Ben, Dusana y Michal, los curiosamente denominados «El libro de dos» y «El libro de tres», reconozco la primacía de los hechos sobre las palabras. Aunque sin apenas voz, yo no estoy ausente de este relato. Son mis hechos y los de la organización que dirijo los que editan y corrigen el curso de los acontecimientos. Los que limitan, modulan y, finalmente, desmienten el alcance de la escritura en que se afanan sus protagonistas. Palabra tras palabra crece la ilusión de encontrar personas, desentrañar

misterios, desvelar secretos. Esas voces se encienden unas a otras, llevando cada vez más lejos una confianza en la palabra que al final yo apago.

Hay un punto donde me he permitido una pequeña intervención, y me gustaría explicarla. La primera narradora, Ben, tituló su testimonio «Manual de la ignorancia», y quien lo continuó, Michel, dio por buena esta denominación, pero rebajó un tanto su ambición, quizá por su mayor edad, dejándolo en «Apuntes para un manual de la ignorancia». Este es el título del cuaderno que llegó a mis manos en Kwun Tong. He de decir que me gusta la palabra «manual». Cuando se recurre al manual no se busca el saber por el saber, que sería algo más propio del tratado, sino orientarse e intervenir de forma práctica y eficaz en el entorno. Admitamos que hay una enseñanza propia de la ignorancia, que abarca tanto sus tipos como el modo en que nos acercan al conocimiento. Pues bien, el manual que tenéis entre las manos aplica esa enseñanza a las dinámicas propias de la industria farmacéutica, ilustrándolas con un caso concreto.

Sin embargo, cuando preparaba esta documentación no acababa de resignarme a un título que me parecía prosaico y general, como si no fuésemos capaces de precisar algo más la configuración de las ignorancias, que no se generan y despliegan de forma amorfa e inorgánica, sino que se ordenan en función de un conocimiento y un resultado superiores. Es por ello por lo que, rompiendo por una vez la composición colectiva y espontánea del texto, convertí el título en subtítulo y puse por delante mi propuesta: «A doble ciego». Al fin y al cabo, los ensayos a doble ciego son paradigmáticos de esa utilización instrumental de la ignorancia; lo son tanto para quienes se someten a ellos como para quienes administran medicamento y placebo.

La primacía de los hechos se refleja también al cumplir vuestra segunda petición: ofreceros una breve secuela de los testimonios iniciales, dando así cuenta de la trayectoria posterior de los protagonistas del relato. Puede parecer paradójico subrayar la prevalencia de los hechos mediante la escritura, pero estas palabras finales no esconden su carácter limitado y accesorio. También dejan constancia de quién sostiene el bolígrafo al final del relato, esto es, de

otro hecho. En todo caso, ya veréis que tengo poco que decir.

Las cosas fueron simples para Michel. Cuando volvimos a la sala, ya no nos reconoció. La jarra estaba vacía y su escrito acabado. El agente que lo acompañó a la prefectura de Aksu me dijo que se había quedado muy tranquilo en la residencia donde lo ingresamos. Cada dos o tres años recibo noticias suyas. Hace unos meses me llegó una fotografía en la que mira con atención la página del Corán que un imán uigur le muestra con el índice. Ambos tienen la boca abierta, con lo que es posible que, con mayor o menor aprovechamiento, estén recitando juntos las suras. Michel lleva puesto un casco rojo. Como diría Dexter, la apariencia de la visión puede resultar de la confluencia de dos cegueras.

El caso de Ben es más complejo. Ya vimos que el relato arranca con una chica gorda, apocada y huérfana, incapaz de reconocerse como negra, tirando a regañadientes de un grupo disfuncional en el que, a la vez, encuentra refugio. Y que acaba con esa misma chica viajando sola a una ciudad desconocida. En apariencia solo su pelo ha cambiado, pero los hechos demuestran el alcance de su transformación: en poco más de un año ha conseguido organizar un grupo de jóvenes mucho más eficaz y motivado que los Cuatro Fantásticos. Formado sobre todo por chicas e instalado en una barriada obrera del norte de Helsinki, este grupo desvela tramas que pensábamos bien cubiertas, amenaza negocios que no habíamos conseguido reventar y se acerca de modo inquietante a algunas de nuestras operaciones más rentables.

En 2015 las Galeotes Virtuales, que es como se llaman a sí mismas, dieron un golpe espectacular. Se infiltraron en una empresa de tratamiento informático encargada de reciclar los viejos servidores y equipos de una red de cien hospitales estadounidenses. La empresa aplicó un sistema de borrado que, debidamente hackeado, eliminó tan solo temporalmente el contenido de los discos duros. En el marco de una campaña de responsabilidad social corporativa, los equipos usados se donaron a una ONG de Ghana. Las Galeotes se hicieron con ellos en Acra y recuperaron toda la información, desvelando un sinfín de prácticas ilícitas en la negación de tratamiento a colectivos de bajos ingresos, devaluación encubierta de la protección asegurada, cárteles

para la fijación de precios y parcelación de mercados. Fue entonces cuando advertimos que el grupo se ampliaba y una parte se establecía permanentemente en Ghana, muy cerca de Agbogbloshie, el mayor cementerio de equipos informáticos del mundo. La expurgación de las montañas de chatarra se sumó a las operaciones en la red y al espionaje industrial para conformar un proceso de extracción de datos a escala planetaria.

El grupo de Acra, que se hace llamar Carroñeras Digitales, está formado sobre todo por programadoras africanas. Loke, que había pasado los últimos años entre el hospital y la casa de su tía, apareció de repente entre ellas. Al parecer, sigue comportándose de un modo tan estrafalario como cuando formaba parte de los Cuatro Fantásticos; eso sí, no ha perdido habilidad con el teclado. No hemos sido capaces de infiltrarnos ni en las Carroñeras ni en las Galeotes. Tampoco nos planteamos tomar medidas contra ellas, al menos por ahora. Nos lo impiden sus conexiones con movimientos alternativos en Occidente y con iglesias, sindicatos y partidos en distintos países africanos. Sus perspectivas resultan insólitas y esclarecedoras y dañan a nuestros competidores tanto o más que a nosotros, por lo que tampoco en China, aunque socaven negocios importantes, se daría cobertura política a ello.

Carroñeras y Galeotes no olvidan reflexionar sobre su propia tarea. Algunas observaciones que comparten en su foro pueden ser útiles para hacerse una idea de cómo se ven a sí mismas: «Vivimos en una nave digital a la deriva. Solo si hay motín habrá rumbo». Y otra: «Poner algo negro sobre blanco es subirlo a la pantalla de los hechos». Otras, en cambio, revelan enseguida un origen particular que el lector de este cuaderno reconocerá enseguida: «Al fondo de un amasijo de hierros, entre pantallas rotas, fragmentos de CPU y cables pelados, encontré el corazón de silicio de la Ley, cubierto de roña e insectos. Lo limpié, lo conecté y encendí. Se iluminó: latía como un tambor bajo mis manos…».

Svein y Siri volvieron de Barbados al cabo de dos años. Invirtieron su botín en ampliar el stock de pisos de la madre de Svein, que acababa de fallecer, y transformar su actividad inmobiliaria en una

empresa moderna y solvente. Últimamente han expandido sus actividades a lo que llaman «el negocio del bienestar», y a veces, entre risas, «el bienestar del negocio». Se trata de dar a los spas de lujo un barniz sanitario, como si el mármol y las toallas gruesas sanaran. Les hemos visitado un par de veces, bajo distintas apariencias, y nos ha quedado claro que no hablarán. De hecho, todo lo relativo a sus inquietudes políticas y sociales parece haberse esfumado sin dejar rastro. Si acaso, se ha transformado en un gusto por categorizar de forma sofisticada la extracción social de los distintos barrios en los que operan. El otro rastro de los días de los Cuatro Fantásticos es el nombre de su flamante empresa: «La Ley».

Y llegamos por fin a Dusana, que, desde que terminó su formación como agente, se había ocupado de seguir a los grupos de Ben, aprovechando su conocimiento de las rutinas personales y profesionales de quien fue su amiga. El seguimiento era impecable, si no fuera porque Dusana se entusiasmaba demasiado con Carroñeras y Galeotes, y sobre todo con Ben, como si hubiese empezado a pensar que aquel lejano beso en Oslo podía dejar de ser frontera para convertirse en la llave de un paisaje común e inexplorado. Acudía a mí con la mirada encendida por el modo en que aquellas chicas demostraban la ineficaz voracidad de los sistemas privados de salud, el impacto en la población de productos farmacéuticos y sistemas de gestión orientados al beneficio.

—Tenemos que captarlas, Nora, sumarlas a nuestro esfuerzo. Son eficaces y apuntan a donde hace más daño.

Yo entrecerraba los ojos para mirarla, como si el despacho se hubiera ampliado y ella estuviera más lejos. Me preguntaba si Dusana no se paraba a pensar cuántas veces somos nosotras, nuestras empresas, los gobiernos que sostenemos, quienes sufrimos esa eficacia y buen tino.

—Espera, Dusa. Esas chicas son todavía demasiado buenas. Rebosan buenos sentimientos. Espera que se sitúen y pierdan fuelle, y a lo mejor podemos encontrarnos en un punto medio. Nosotras también queremos mejorar, pero necesitamos espacio.

Eso le decía, pero ella seguía viniendo. Su entusiasmo se convirtió

en un riesgo difícil de asumir. Trazó planes para establecer contacto con Ben por su cuenta, aunque no pudo cumplirlos. Esta chica no tenía paciencia.

NORA WANG,
Hong Kong, 4 de junio de 2020

AGRADECIMIENTOS

«Di toda la verdad, pero dale un giro». Me gusta leer este verso de Emily Dickinson como si el tamiz, la perspectiva, el sesgo, fueran necesarios para decir la verdad. Ursula K. Le Guin lo dijo de otra forma: «La verdad es un asunto de la imaginación».

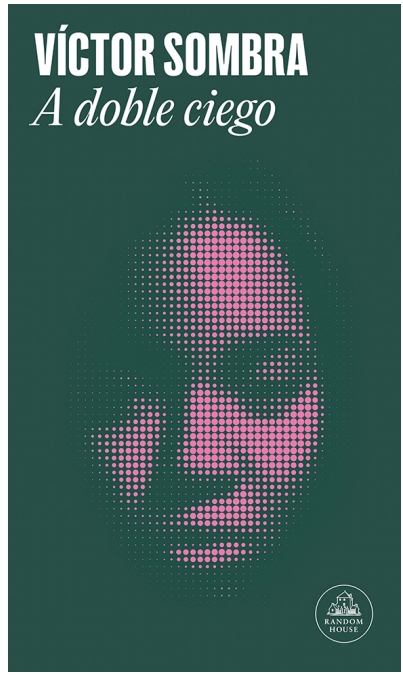
Cada verdad exige su ficción. Para alcanzar la otra orilla hay que trazar un arco diferente en cada caso. Que ese arco esté sostenido por datos no hace menos necesarios los vanos de la ficción.

Vanos, algunos abismales como partir de un medicamento completamente ficticio, y datos; sin duda, pero el proceso de escritura de *A doble ciego* ha contado también con apoyos externos bien reales. Entre ellos, quiero destacar el ejemplo, la conversación y la cercanía de algunas personas. Mis primeros lectores: Eloísa y Alberto. Maestros de palabras y de palabra: Tino de Féliz, Belén, Ignacio. Magos que transforman textos en libros: Albert, Lourdes, Rubén. Diseñadores de asombrosos vanos en otros puentes de ficción: Robert, Aroa, Philippe, Gonzalo, Lina, Natalia, Elvira. Y profesionales médicos: Paula, Zunzu, María, Pedro, Joaquín, y todos los que nos sostuvieron durante la pandemia.

Gracias, Cris, Cristina y Sara.

«Una manera nueva de contar, un thriller que estremece y al mismo tiempo piensa».

Belén Gopegui



Un grupo de jóvenes activistas y hackers de diferente procedencia se presenta al concurso a la mejor innovación nórdica con un proyecto para recopilar datos de cualquier sistema y crear conexiones con el big data. No logran resultar premiados, pero al final del evento reciben un misterioso encargo para recabar datos sobre un medicamento y su uso en pacientes de distintos lugares del mundo. El grupo acepta sin saber apenas nada de quien les ha hecho un encargo tan bien retribuido ni para qué servirán sus resultados. Poco a poco se irán desvelando algunos engranajes de la interacción entre el sector farmacéutico y el dinero.

A doble ciego es una novela negra sin disparos ni apuñalamientos, una inteligente y apasionante trama de espionaje situada entre

Noruega y España en la que Sombra se adentra en las encrucijadas del big data y la producción de medicamentos, y pone de manifiesto lo que él denomina «crowdkilling»: los delitos sistémicos en los que todos participamos, los que se mimetizan con el día a día y se detectan apenas como un ruido de fondo.

La crítica ha dicho:

«Una manera nueva de contar, un thriller que estremece y al mismo tiempo piensa. En la partida íntima y colectiva que los personajes juegan contra su destino, dos preguntas: ¿por qué empezó a parecer normal que una parte de la industria farmacéutica se convirtiera en máquina de guerra contra la vida?, y ¿por qué empezó a parecer inverosímil la resistencia?».
Belén Gopegui

Sobre su obra anterior:

«Un novelista riguroso y muy sutil en la defensa de la novela como arma de reflexión social y estética».
J. Ernesto Ayala-Dip, *Babelia*

«Víctor Sombra es uno de los narradores más inconformes, más sólidos intelectualmente, más severamente escrutadores también, e interpeladores, del panorama literario español».
Ignacio Echevarría, *El Cultural*

«Sombra enfrenta las razones de las personas a las de los organismos, integrando con asombrosa y rara fluidez extensas disquisiciones prácticamente ensayísticas al desarrollo de una trama apasionante».
Gabi Martínez, *Qué leer*

Víctor Sombra resume su poética enunciando: «Si sufres de insomnio lees y escribes mucho, los remordimientos y los secretos pueden alimentar la vocación literaria». En 2012 Caballo de Troya publicó su primera novela: *Aquiescencia*, y en 2014, *Canje*, ambas ambientadas en Ginebra, ciudad en la que reside desde hace más de quince años.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Primera edición: marzo de 2023

© 2023, Víctor Sombra
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía original de portada: © Stocksy randomhouse_es penguinlibros

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4157-2

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Índice

A doble ciego

El libro de Ben

- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI
- Capítulo VII
- Capítulo VIII
- Capítulo IX
- Capítulo X
- Capítulo XI
- Capítulo XII
- Capítulo XIII
- Capítulo XIV
- Capítulo XV
- Capítulo XVI
- Capítulo XVII
- Capítulo XVIII
- Capítulo XIX

El libro de dos

- Capítulo I
- Capítulo II

El libro de Dusana

- Albox
- Giralda

Un hojaldre en Hervás
Firmamento
El libro de tres
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
El libro de Michal
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Víctor Sombra
Créditos